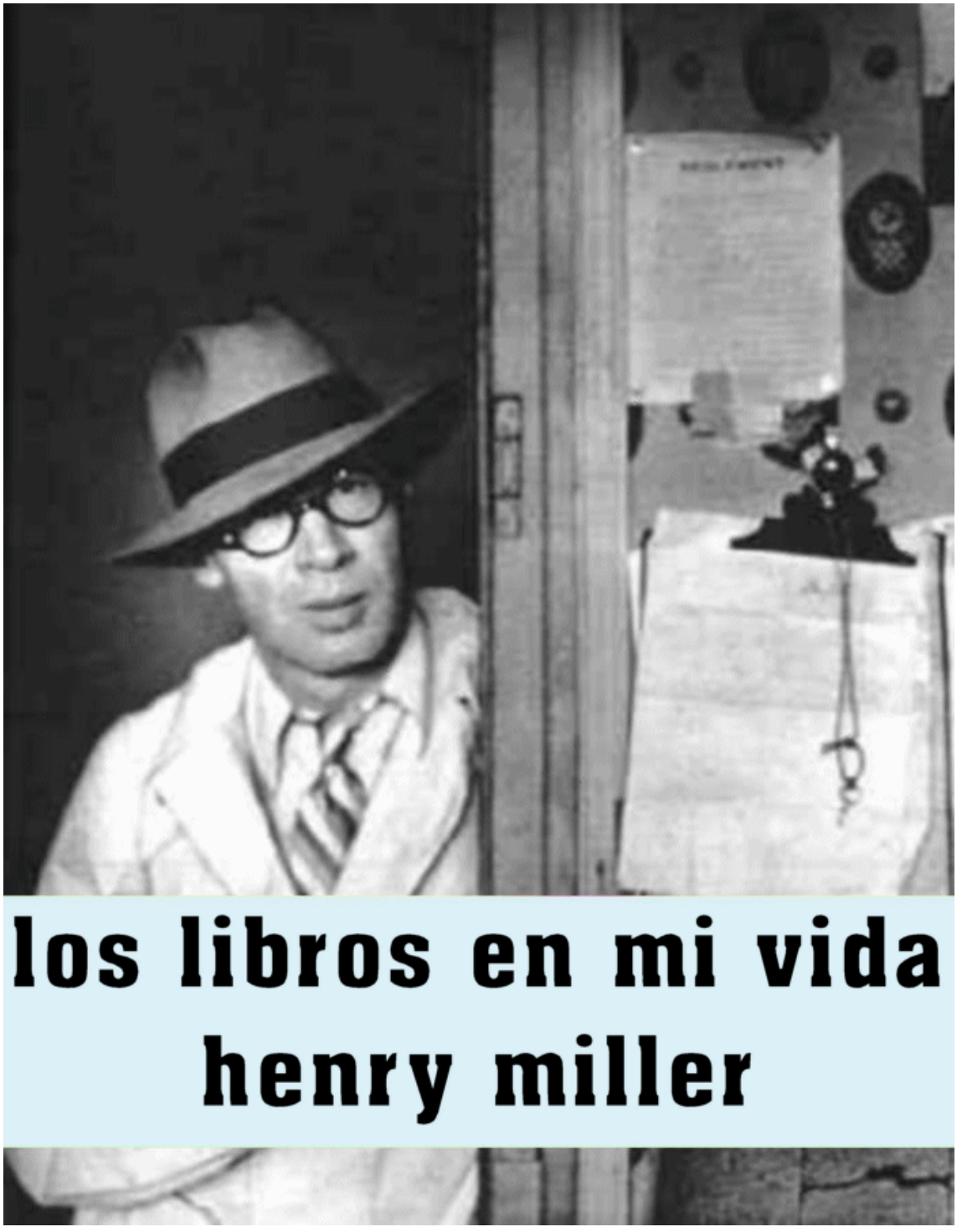
Los libros en mi vida
Henry Miller



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A LAWRENCE CLARK POWELL
Bibliotecario de la Universidad de California
en Los Ángeles

PREFACIO

Esta obra, que alcanzará varios volúmenes en los próximos años, tiene la finalidad de redondear la historia de mi vida. Trata de los libros como experiencia vital. No es un estudio crítico ni contiene un programa de autoeducación.

Uno de los resultados de este examen de conciencia —porque a eso equivale la redacción de este libro— es *la confirmada creencia de que se debe leer menos y menos, y no más y más. Según se comprobará recorriendo con la mirada el Apéndice, no he leído ni remotamente tanto como el catedrático, la rata de biblioteca o siquiera el hombre -bien educado-, pero no cabe duda de que he leído un centenar de veces más de lo que debí haber leído para mi propio bien. Dícese que sólo uno de cada cinco norteamericanos lee libros pero hasta este pequeño número de lectores es exagerado. Escasamente habrá alguno de ellos que viva con sabiduría o plenitud.*

Siempre hay libros auténticamente revolucionarios, o sea inspirados e inspiradores. Son pocos y muy escasos, por supuesto. Puede considerarse afortunado quien encuentre un puñado de ellos en toda su vida. Además, estos no son los libros que se dirigen al público general. Son los depósitos ocultos que alimentan a los hombres de menor talento que saben atraer al hombre de la calle. El vasto cúmulo de la literatura, en todos los dominios, está compuesto por ideas prestadas. La interrogante —nunca resuelta, por desgracia— consiste en saber hasta qué punto sería eficaz restringir la enorme oferta de lectura barata. Pero hay una cosa de la cual no cabe duda en la actualidad: decididamente los analfabetos no son los menos inteligentes entre nosotros.

Sea conocimiento o sabiduría lo que se busca, conviene dirigirse directamente a la fuente de origen. Y esa fuente no es el catedrático, ni el filósofo, ni el preceptor, el santo o el maestro, sino la vida misma: la experiencia directa de la vida. Lo mismo reza para el arte. También aquí podemos prescindir de los maestros. Al decir vida, pienso en un tipo de vida que no es la que conocemos hoy. Pienso en eso de que habla D. H. Lawrence en Etruscan Places. O *bien en lo que refiere Henry Adams cuando la Virgen reinaba soberana en Chartres.*

En esta era, en la que se cree que todo tiene su atajo, la gran lección que debemos aprender es que el camino más difícil es a la larga el más fácil. Todo lo que está en los libros, todo lo que parece terriblemente vital e importante, no es sino un ápice de aquello que le ha dado origen y que está dentro del alcance de todos aprovechar. Nuestra teoría de la educación se basa íntegramente en la absurda noción de que debemos aprender a nadar en tierra antes de lanzarnos al agua. Esto se aplica tanto a la adquisición de las artes como a la búsqueda del conocimiento. Todavía se enseña a los hombres a crear estudiando las obras de otros hombres o trazando planes y bocetos que nunca se pensó materializar. El arte de escribir se enseña en el aula y no en la espesura de la vida. Todavía se entregan a los estudiantes modelos que presuntamente concuerdan con todos los tipos de temperamento y con todos los tipos de inteligencia. No nos extrañe, entonces, que produzcamos mejores ingenieros que escritores, mejores expertos industriales que pintores.

Considero en gran medida mis encuentros con los libros, algo así como mis encuentros con otros fenómenos de la vida o el pensamiento. Todos mis encuentros están configurados y no aislados. En este sentido, y en este sentido solamente, los libros son parte tan integrante de mi vida como los árboles, las estrellas o el estiércol. No reverencio los libros por los libros mismos. No coloco a los escritores en ninguna categoría especial ni privilegiada. Son como los demás hombres, ni mejores ni peores. Explotan los dones que se les han dado, así como lo hacen todos los demás tipos de seres humanos. Si los defiendo de vez en cuando —como clase— es porque creo que, por lo menos en nuestra sociedad, nunca han alcanzado la jerarquía y la consideración que merecen. Los grandes, en especial, casi siempre han sido

tratados como chivos expiatorios.

Verme a mí mismo como el lector que fui otrora, es como ver a un hombre abriéndose paso a brazo partido en la selva. No cabe duda que viviendo en el corazón de la selva aprendí algunas cosas sobre ella, pero nunca tuve la intención de vivir en la selva, sino de ir a ella. Abrigo el firme convencimiento de que no hace falta habitar primero esta selva de libros. La vida misma ya es bastante selva, una selva muy real y muy instructiva, por decir poco. Sin embargo, preguntará usted, ¿los libros no pueden servir de ayuda, de guía en nuestra lucha a través de la espesura? -N'ira pas loin —dijo Napoleón— celui qui sait d'avance oú il veut aller.-

El fin principal que motiva este libro es rendir homenaje a quien lo merece, labor que de antemano sé que resulta imposible realizar. Si quisiera hacerla como corresponde tendría que ponerme de rodillas para agradecer a cada hoja de pasto el haberse dignado alzar su cabeza. En esta vana tarea me anima principalmente el hecho de que en general conocemos demasiado poco las influencias que modelan la vida y la obra del escritor. En su pomposa altanería y arrogancia, el crítico deforma el cuadro hasta volverlo irreconocible. El autor, por veraz que crea ser, inevitablemente tiene que deformarlo también. El psicólogo, con su enfoque unilateral de las cosas, sólo profundiza el borrón. Como escritor, no creo ser la excepción a la regla. Yo también soy culpable de alterar, deformar y disfrazar los hechos, siempre que los "hechos" existan. Mi esfuerzo consciente —aunque quizá falible— se ha orientado en sentido contrario. Estoy de parte de la revelación, aunque no siempre de parte de la belleza, la verdad, la sabiduría, la armonía y la perfección en incesante evolución. En esta obra ofrezco datos nuevos que habrán de juzgarse o analizarse, o de aceptarse y disfrutarse por el mero hecho de disfrutarlos. Naturalmente, no puedo escribir sobre todos *los libros y mucho menos sobre todos los libros importantes que he leído en el curso de mi vida. Pero pienso seguir escribiendo sobre libros y autores hasta agotar la importancia que tiene (para mí) este dominio de la realidad.*

El haber emprendido la ingrata tarea de hacer una lista de todos los libros que recuerdo haber leído, me depara extraordinario placer y satisfacción. No conozco a ningún autor que haya cometido la locura de intentarlo. Quizá mi lista dé lugar a mayor confusión, pero mi finalidad no es esa. Quienes saben leer a un hombre saben leer sus libros. Para ellos la lista será elocuente.

Escribiendo sobre el "amoralisme" de Goethe, Jules de Gaultier, creo que citando a éste, dice: -La vraie nostalgie doit toujours étre productrice et creer une nouvelle chose qui soit meilleure. En la médula de este libro hay *genuina nostalgia. No es nostalgia por el pasado mismo, como puede parecer a veces, y tampoco es nostalgia por lo irrecuperable; es nostalgia por los momentos vividos con máxima plenitud. Estos momentos ocurren a veces mediante el contacto con los libros, a veces mediante el contacto con hombres y mujeres a los cuales he calificado de "libros vivos". A veces es nostalgia por la compañía de los muchachos con los cuales he crecido y a quienes me unió uno de mis vínculos más íntimos: los libros. (Sin embargo debo confesar aquí que por brillantes y revivificantes que sean estas memorias, no son nada comparadas con el recuerdo de los días pasados en compañía de mis ídolos de carne, esos muchachos —¡todavía muchachos para mí!— que pasaron con los inmortales nombres de Johnny Paul, Eddie Carney, Lester Reardon, Johnny y Jimmy Dunne, a ninguno de los cuales vi jamás con un libro ni asocié con un libro ni siquiera de la manera más remota.) Haya sido Goethe o De Gaultier quien lo dijo, también yo creo firmemente que la verdadera nostalgia siempre tiene que ser productiva y conducir a la creación de cosas nuevas y mejores. Si simplemente se tratara de rehacer el pasado, sea en forma de libros, personas o acontecimientos, mi tarea sería vana y fútil. Por muerta y fría que pueda parecer ahora, la lista de títulos que aparece en el Apéndice podrá resultar para algunas almas afines la llave que les permita abrir* sus *vivos momentos de gozo y plenitud del pasado.*

Uno de los motivos por los cuales me molesto en escribir un prefacio, que siempre resulta un tanto aburrido para el lector, uno de los motivos por los cuales lo he reescrito por quinta y, espero, última vez, es el miedo de que la obra no llegue a ser completada debido a algún acontecimiento imprevisto. Terminado este primer volumen, debo ponerme a trabajar para

escribir el tercero y último tomo de The Rosy Crucifixión *(La Crucifixión Rosada), que es la labor más ardua que jamás me haya impuesto a mí mismo y que he evitado por muchos años. En consecuencia, mientras el tiempo lo permita, querría sugerir algunas cosas que tenía en proyecto o que pensaba escribir en los volúmenes siguientes.*

Naturalmente, cuando comencé esta obra tenía en la mente un plan flexible. A diferencia del arquitecto, empero, muchas veces el escritor descarta su plano en el proceso de erigir el edificio. Para el escritor un libro es algo que debe vivirse, es una experiencia, no es un plan que se ejecute de conformidad con leyes y especificaciones. De todos modos, lo que queda de mi plan original se ha hecho tenue y complicado como una telaraña. Solamente cuando me acercaba a la terminación de este libro viene a comprender cuánto deseo y debo decir sobre ciertos autores y ciertos temas, algunos de los cuales ya he tocado. Por ejemplo, no importa con cuánta frecuencia lo mencione, nunca dije, y quizá nunca llegue a decir, todo lo que quisiera sobre Elie Faure. Tampoco he agotado de ninguna manera el tema de Blaise Cendrars. Y también está Céline, gigante entre nuestros contemporáneos, al que ni siquiera he comenzado a encarar. En cuanto a Rider Haggard, es indudable que tendré que decir de él, en particular de su Ayesha, *secuela de* Ella. *Si se trata de Emerson, Dostoievsky, Maeterlinck, Knut Hamsun y G. A. Henry, sé que jamás diré mi última palabra sobre ellos. Un tema como* El Gran Inquisidor, *por ejemplo, o* El Eterno Marido *—mis obras favoritas de Dostoievsky— parecían exigir libros aparte por sí mismos. Quizá cuando llegue a Berdyaev y a la gran hueste de exaltados escritores rusos del siglo diecinueve, los hombres con aroma escatológico, no llegaré a decir algunas de las cosas que deseaba decir ni siquiera en veinte años o más. Después está el Marqués de Sade, una de las figuras más vilipendiadas, difamadas e incomprendidas —deliberada y premeditadamente incomprendidas— de toda la literatura. ¡Con el tiempo llegué a estar de acuerdo con él! Detrás de él y proyectándole su sombra se yergue la figura de Gilíes de Rais, una de las figuras más gloriosas, siniestras y enigmáticas de toda la historia de Europa. En la carta a Fierre Lesdain dije que no había recibido todavía un buen libro sobre Gilíes de Rais. Mientras tanto un amigo me había enviado uno de París y lo he leído. Era exactamente lo que buscaba: se llama* Gilíes de Rais et son temps, *por George Meunier. He aquí algunos libros y autores más a los cuales pienso referirme en el futuro: Algernon Blackwood, autor de* The Bright Messenger *(El Brillante Mensajero) que en mi parecer es la novela más extraordinaria sobre psicoanálisis y que empequeñece el tema;* The Path to Rome *(El Camino de Roma), de Hilaire Belloc, favorito de mis primeros tiempos y constante amor; cada vez que leo las páginas de apertura, -Elogio de Este Libro-, bailo de regocijo: Mane Corelli, contemporánea de Rider Haggard, Yeats, Tennyson y Oscar Wilde, quien dijo de sí mismo en una carta al vicario de la iglesia parroquial de Stratford-on-Avon: -Con respecto a las Escrituras, no creo que ninguna* mujer *las haya estudiado jamás con tanta profundidad y devoción como yo, o, permítame decirlo, con* mayor *profundidad y devoción.- Escribiré sin ninguna duda sobre Rene Caillé, el primer hombre blanco que entró en Tombuctú y salió vivo; su historia, según el relato de Galbraith Welch en* The Unveiling of Timbuctoo *(La Revelación de Tombuctú), es para mí la narración de aventuras más grande de los tiempos modernos. Y Nostradamus, Janko Lavrin, Paul Brunton, Péguy,* In Search of the Miraculous *(En Busca de lo Milagroso),* Letters from the Mahatmas *(Cartas de los Mabatmas), de Fechner, las novelas metafísicas de Claude Hougbton,* Enemies of Promise *(Enemigos de la Promesa) de Cyril Connolly (otro libro sobre libros), el lenguaje de la noche, según lo llama Eugene Jolas, el libro de Donald Keyhoe sobre los platillos voladores, cibernética y dianética, la importancia del absurdo, el tema de la resurreción y la ascensión y, entre otras cosas, un reciente libro de Cario Suarés (el mismo que escribiera sobre Krishnamurti) titulado* Le Mythe Ju-déo-Chrétien.

También —¿por qué no?- según dice Picasso— me explayaré sobre el tema de la -pornografía y la obscenidad en literatura. En efecto, ya be escrito algunas páginas sobre el tema, que reservo para el segundo volumen. Mientras tanto necesito muchos datos auténticos. Quisiera saber, por ejemplo, cuáles *son los grandes libros pornográficos de todos los tiempos. (Conozco muy pocos.) Quiénes son los escritores que todavía son considerados "obscenos". ¿Qué circulación tienen sus libros y dónde principalmente? ¿En qué idiomas? Solamente se*

me ocurren tres grandes escritores cuyas obras todavía están prohibidas en Inglaterra y Norteamérica, pero nada más que ciertas de sus obras, no todas. Me refiero al Marqués de Sade (cuya obra más sensacional todavía está prohibida en Francia), Aretino y D. H. Lawrence. ¿Restifde la Bretonne, sobre quien un norteamericano, J. Rives Childs, ha compilado en francés un formidable tomo de -témoignages et jugements-? ¿Y la primera novela pornográfica en idioma inglés, The Memoirs of Fanny Hill? *(Las Memorias de Fanny Hill) ¿Por qué, si es tan "aburrida", no se ha convertido en un "clásico" a estas horas, libre de circular en las tiendas, estaciones ferroviarias y otros sitios inocentes? Hace exactamente doscientos años desde que apareció y nunca ha dejado de imprimirse, como todo turista norteamericano en París bien lo sabe.*

Lo curioso es que de todos los libros que busqué mientras escribía este primer volumen, los dos que más deseaba no aparecieron: The Thirteen Crucified Saviours *(Los Trece Salvadores Crucificados) de sir Godfrey Higgins, autor de la célebre* Anacalypsis, *y* Les Cléfs de l'Apocalypse, *de O V. Milosz, el poeta polaco que muriera no hace mucho en Fontainebleau. Tampoco he recibido todavía un buen libro sobre la Cruzada de los Niños.*

Tres revistas olvidé mencionar cuando hablé de las buenas revistas; Jugend, The Enemy *(editada por ese asombroso y brillante espíritu que es Wyndham Lewis) y* The Masque *de Gordon Craig.*

Y ahora una palabra sobre el hombre a quien dedico este libro: Lawrence Clark Powel. En una de sus visitas a Big Sur esta persona, que sabe más de libros que cualquier otra que tuve hasta ahora la suerte de conocer, me sugirió que escribiera (para él, si no podía para otros) un libro corto sobre mí experiencia con tos libros. Algunos meses después la semilla, que siempre había estado aletargada, comenzó a germinar. Después de escribir unas cincuenta páginas comprobé que jamás podría conformarme con una versión sumaria sobre el tema. Powell también lo sabía, sin duda, pero fue lo suficientemente astuto y discreto como para no decírmelo. Debo mucho a Larry Powell. Ante todo, y es un gran hallazgo para mí porque significa la corrección de una actitud falsa, le debo mi actual habilidad para contemplar a los bibliotecarios como seres humanos, seres humanos de mucha vitalidad —a veces— y capaces de proveer dinámicas fuerzas a nuestro medio. No cabe duda de que ningún bibliotecario podría ser más celoso que él al incorporar los libros como parte vital de nuestra vida, cosa que no sucede en la actualidad. Tampoco ningún otro bibliotecario habría podido prestarme mayor asistencia directa que él. Jamás le hice una sola pregunta que no me haya contestado completa y escrupulosamente. Ningún pedido de ningún tipo, en efecto, me fue rechazado por él. Si este libro resulta ser un fracaso, la falta no será suya.

Debo agregar aquí algunas palabras sobre otras personas que me prestaron ayuda de una manera u otra. En primer término está Dante T. Zaccagnini, de Port Chester, Nueva York. A usted, Dante, que nunca conocí personalmente, ¿cómo podría expresarle mi profunda gratitud por las arduas labores que usted ha realizado —¡y voluntariamente!— en mi favor? Me sonrojo pensando lo tediosas que fueron algunas. Además, usted insistió en obsequiarme algunos de sus libros más preciosos ¡porque opinó que yo los necesitaba más que usted! ¡Y cuan valiosas sugestiones me ha hecho y qué sutiles correcciones! Todo esto lo hizo con discreción, tacto, humildad y devoción. No tengo palabras para agradecerlo.

Debo dejar constancia de que cuando comencé esta tarea me pareció que me faltaban varios cientos de libros que debía obtener prestados o poseer. Mi único recurso, careciendo de dinero para comprarlos, fue preparar una lista de títulos y diseminarla entre amigos y relaciones, y entre mis lectores. Los hombres y mujeres cuyos nombres consigno al final de este volumen suplieron mis necesidades. Muchos fueron simples lectores que llegué a conocer por correspondencia. Los "amigos" que más podían hacer para enviarme los libros que necesitaba con tanto apremio y con los cuales contaba, no me respondieron. Una experiencia de este tipo siempre es aleccionadora. Los amigos que nos fallan siempre son sustituidos por otros nuevos que aparecen en el momento crítico y de las esferas más inesperadas. ..

Una de las pocas recompensas que el escritor obtiene por sus tareas es la de convertir a un lector en un cálido amigo personal. Una de las raras delicias que experimenta es recibir exactamente el obsequio que esperaba de un lector desconocido. Todo escritor sincero tiene,

según deduzco, centenares o quizá miles de tales amigos desconocidos entre sus lectores. Podrá haber, y sin duda los hay, autores que necesitan poco a sus lectores, excepto como compradores de sus libros. Mi caso es un tanto distinto. Los necesito a todos. Tomo prestado y presto a los demás. Aprovecho la ayuda de todos los que me la ofrecen voluntariamente. Me avergonzaría no aceptar sus amables sugerencias. La última fue la de un estudiante de Yale, Donald A. Sebón. Al archivar una carta mía dirigida al profesor Henri Peyre, del Departamento Francés de allí, carta en la cual pedía un empleado de oficina, este joven leyó mi carta y espontáneamente me ofreció sus servicios. (¿Magnífico gesto, Sebr Schón!).

Un caso a propósito es la fortuita aparición de John Kidis, de Sacramento. Un pedido suyo de una fotografía autografiada condujo a un breve intercambio de cartas seguido por una visita y una lluvia de regalos. John Kidis (originariamente Mestakidis) es griego, lo cual explica mucho, pero no todo. No sé lo que aprecio más, si el montón de libros (algunos de ellos difíciles de encontrar) que colocó sobre mi escritorio en su incesante sucesión de obsequios, como chaquetas y medias de pura lana y nylon tejidas por su madre, pantalones, gorras y otras prendas elegidas al azar, pasteles griegos (¡y qué deliciosos!) preparados por su abuela o su tía, latas de Jaiva, jarras de resina, juguetes para los niños, útiles para escribir (papel, sobres de todo tipo, tarjetas postales con mi nombre y domicilio impresos, papel carbón, lápices, secantes), circulares y anuncios, toallas bautismales (su padre es sacerdote), dátiles y nueces de todo tipo, higos frescos, manzanas y hasta granadas (todo de la mítica "granja"), por no hablar de las copias a máquina que me hizo ni de los grabados (The Waters Reglitterized, *por ejemplo), los colores al agua que compró, los papeles y pinturas que me proporcionó, las diligencias que realizó voluntariamente para mí, los libros que vendió por mi cuenta (abandonando todas sus demás actividades y convirtiéndose en ("La Casa Henry Miller"), los neumáticos que me adquirió, la música que ofreció conseguirme (discos, partituras y álbumes), y así sucesivamente ad infinitum... ¿Cómo retribuir tan grande generosidad? ¿Cómo pagarle alguna vez?*

Confío en que no hace falta decir que recibiré de los lectores de este libro toda indicación de un error, omisión, falsificación o falta de juicio. Tengo perfecta noción de que este libro, porque es -sobre los libros-, llegará a muchos que nunca me han leído hasta ahora. Espero que disemine una buena palabra, no sobre este *libro, sino sobre los libros que* ellos *aman. Nuestro mundo acércase rápidamente a su fin: está por abrirse otro mundo nuevo. Para que florezca ese mundo nuevo, tendrá que descansar tanto en los actos como en la fe. El mundo tendrá que hacerse carne.*

Pocos de nosotros estamos hoy en condiciones de contemplar el futuro inmediato con otra cosa que aprensión y miedo. Si de todos los libros que he leído recientemente hay uno que podría señalar por su contenido de palabras de consuelo, paz, inspiración y sublimidad, es el Mont-Saint-Michel and Chartres *de Henry Adams, y en especial los capítulos relacionados con Chartres y el culto de la Virgen María. Toda referencia a la 'Reina' es exaltada e imponente. Permítaseme citar un pasaje —el de la página 194— que viene a propósito:*

> *Allí está realmente ella, no como símbolo ni fantasía, sino en persona, descendiendo en sus misiones de piedad y escuchando a cada uno de nosotros, como sus milagros lo prueban, o satisfaciendo nuestras oraciones por su simple presencia, que calma nuestra excitación así como la presencia de una madre calma a su hijo. Está allí como Reina, no simplemente como intercesora, y su poder es tal que para ella las diferencias entre nosotros, los seres terrenales, no son nada. Pierre Mauclero y Philippe Hurepel y sus hombres de armas la temen, y ni el obispo mismo se siente cómodo en su presencia, pero para los campesinos y pordioseros, para la gente que sufre, este sentido de su poder y calma es mejor que la simpatía activa. La gente que sufre más allá de las fórmulas de expresión —que vive aplastada hasta ser silenciada y perder la noción del dolor— no quiere despliegues de emoción, no quiere corazones sangrantes, ni lágrimas al pie de la cruz, ni histeria ni frases. Quiere ver a Dios y saber que Él vela por los Suyos.*

Hay escritores, como este hombre, que nos enriquecen y hay escritores que nos empobrecen. No obstante, mientras tanto se está desarrollando algo más importante. Mientras tanto, enriquezcamos o empobrezcamos, quienes escribimos, los escritores, los hombres de letras, los que garabateamos, somos sostenidos, protegidos, mantenidos, enriquecidos y dotados por una vasta horda de individuos desconocidos, los hombres y mujeres que ven y oran, por así decirlo, para que revelemos la verdad que hay en nosotros. Nadie sabe lo vasta que es esta multitud. Ningún artista ha llegado jamás a toda la gran masa doliente de la humanidad. Nadamos en la misma corriente, bebemos de la misma fuente, pero sin embargo, ¿cuántas veces o con que profundidad tenemos noción nosotros, los que escribimos, de la necesidad común? Si escribir libros es restituir lo que nos hemos llevado del granero de la vida, de los hermanos y hermanas desconocidos, entonces digo -¡Que haya más libros!-

En el segundo volumen de esta obra escribiré, entre otras cosas, de Pornografía y Obscenidad, Gilíes de Rais, Ayesha *de Haggard, Marie Corelli,* El Gran Inquisidor *de Dostoievsky, Céline, Maeterlinck, Berdyaev, Claude Hoyghton y Malaparte. El índice de todas las referencias para todos los libros y autores citados en todos mis libros, figurará en el segundo volumen.*

HENRYMILLER

CAPÍTULO I

VIVÍAN Y ME HABLABAN

Estoy sentado en una pequeña habitación, una de cuyas paredes está totalmente cubierta de libros. Es la primera vez que tengo el placer de trabajar con algo que parezca una colección de libros. Puede que en total no sean más de quinientos, pero en su mayor parte representan mis propias preferencias. Es la primera vez, desde que iniciara mi carrera como escritor, que me hallo rodeado por un buen número de los libros que siempre ansiaba poseer. Sin embargo, considero que el hecho de que en el pasado haya realizado la mayor parte de mi tarea sin ayuda de una biblioteca fue más una ventaja que una desventaja.

Una de las primeras cosas que asocio con la lectura de los libros es la lucha que he debido librar para obtenerlos. No poseerlos, advierto al lector, sino tenerlos a mi alcance. Desde el momento en que esta pasión hizo presa en mi ser, no encontré otra cosa que obstáculos. Los libros que buscaba en la biblioteca pública siempre estaban cedidos, y, por supuesto, jamás tuve el dinero necesario para comprarlos. Obtener permiso de la biblioteca de mi barrio —tenía en esa época de dieciocho a diecinueve años de edad— para que me entregaran una obra tan "desmoralizadora" como *The Confession of a Fool* (La Confesión de un loco), de Strindberg, fue sencillamente imposible. En esa época los libros prohibidos para la gente joven eran decorados con estrellas —una, dos o tres— según el grado de inmoralidad que se les atribuía. Sospecho que todavía sigue este procedimiento. Ojalá sea así, porque no conozco nada mejor calculado para satisfacer el propio apetito que esta estúpida clasificación y prohibición.

¿Qué factor otorga vida a un libro? ¡Con cuánta frecuencia se plantea este interrogante! La respuesta, en mi opinión, es sencilla. El libro vive a través de la apasionada recomendación de un lector a otro. Nada podría estrangular este impulso básico del ser humano. A pesar de las opiniones de los cínicos y misántropos, sostengo que el hombre siempre se empeñará en compartir sus más profundas experiencias.

Los libros son una de las pocas cosas que los hombres atesoran profundamente. Y cuanto mejor sea el hombre, con mayor facilidad será capaz de desprenderse de los bienes que más atesora. El libro que yace inane en un anaquel es munición desperdiciada. Los libros deben mantenerse en constante circulación como el dinero. ¡Prestad y tomad prestado ambas cosas: libros y dinero! Pero especialmente libros, porque los libros representan infinitamente más que el dinero. El libro no sólo es un amigo sino que sirve para hacernos conquistar amigos. El libro enriquece al que se apodera de él con toda el alma, pero enriquece tres veces más al que lo analiza.

Me asalta aquí el irresistible impulso de ofrecer un gratuito consejo. Es el siguiente: ¡leed lo menos posible, no todo lo posible! Oh, he envidiado, sin duda, a los que se ahogan en los libros. Yo también en secreto habría querido navegar por todos los libros que acariciara en mi mente durante tanto tiempo. Pero sé que no es importante. Sé ahora que ni siquiera me hacía falta leer la décima parte de lo que he leído. Nada hay más difícil en la vida que aprender a no hacer otra cosa que lo estrictamente ventajoso para el propio bienestar, lo estrictamente vital.

Existe un excelente método para poner a prueba este valioso consejo que no he dado precipitadamente. Cuando encontramos un libro que nos agradaría leer o que creemos que nos convendría leer, dejémoslo sin tocarlo por unos días, pero pensemos en él con la máxima intensidad posible. Dejemos que el título y el nombre del autor nos den vueltas en la mente. Pensemos en lo que nosotros mismos habríamos escrito si hubiéramos tenido la oportunidad de hacerlo. Pregun-témonos sinceramente si habría sido absolutamente necesario agregar esta obra a nuestro cúmulo de conocimientos o a nuestra capacidad de entretenimiento. Tratemos de imaginar lo que significaría anticipar este placer o instrucción adicionales. Entonces, si

hallamos que *debemos* leer el libro, observemos con qué extraordinaria penetración emprendemos su lectura. Observemos también que, por estimulante que pueda ser, muy poco hay en el libro que sea realmente nuevo para nosotros. Si somos honestos con nosotros mismos, descubriremos que nuestra estatura ha aumentado por el mero esfuerzo de haber resistido nuestros impulsos.

No cabe duda de que la inmensa mayoría de los libros se superponen los unos a los otros. Pocos son en realidad los que dan la impresión de originalidad, sea en estilo o contenido. Los libros excepcionales son raros, menos de cincuenta, quizá, sobre un depósito entero de literatura. En una de sus recientes novelas autobiográficas, Blaise Cendrare señala que Rémy de Gourmont, debido a su conocimiento y noción de la cualidad repetitiva de los libros, consiguió seleccionar y leer todo lo que vale la pena en todos los dominios de la literatura. Cendrare mismo —¿quién lo habría sospechado?— es un lector prodigioso. Lee la mayoría de los autores en su lengua original. No sólo eso, sino que cuando le agrada un autor, lee hasta el último libro que haya escrito ese hombre, como también sus cartas y todos los libros que se hayan escrito sobre él. En nuestros tiempos su caso no tiene parangón, creo, porque no solamente ha leído amplia y profundamente, sino que él mismo ha escrito muchos libros. Todos como si fuera de paso. Porque, si es algo, Cendrare es hombre de acción, aventurero y explorador, un hombre que sabe cómo "desperdiciar" su tiempo como un rey. En cierto sentido es el Julio César de la literatura.

El otro día, a petición del editor francés Gallimard, hice una lista de los cien libros que, según creo, ejercieron mayor influencia en mí. La lista es realmente extraña porque comprende títulos incongruentes como *Peck's Bad Boy* (El Niño Malo de Peck), *Lettersfrom of the Mahatmas* (Cartas de los Mahatmas) y *Pitcaim Island* (La Isla de Pitcairn). El mencionado en primer término, que es decididamente un libro "malo", lo leí siendo muchacho. Me pareció que valía la pena incluirlo en la lista porque ningún otro libro me ha hecho reír de tan buena gana. Posteriormente, después de los diez años de edad, hice visitas periódicas a la biblioteca local para echar mano a los libros del anaquel rotulado "Humorismo". ¡Cuan pocos fueron los realmente humorísticos! Éste es uno de los dominios de la literatura especialmente pobre y deficiente. Después de citar a *Huckleberry Finn, The Crock of Gold* (El Caldero de Oro), *Lysistrata, Dead Souls* (Almas Muertas), dos o tres obras de Chesterton y *Juno and the Paycock,* me resulta difícil mencionar alguna otra cosa destacada en esta categoría del humorismo. Si bien en Dostoievsky y Hamsun hay pasajes que todavía me arrancan lágrimas de hilaridad, sólo son pasajes. Los humoristas profesionales, cuyos nombres forman legión, me aburren a muerte. Los libros humorísticos, como los de Max Eastman, Arthur Koestler o Bergson, también me resultan mortíferos. Sería una hazaña, creo, si pudiese escribir un sólo libro humorístico antes de morir. Los chinos, dicho sea de paso, poseen un sentido del humor que me resulta muy íntimo y querido para mí. Particularmente sus poetas y filósofos.

En libros para niños, que son los que más nos influyen —me refiero a cuentos, leyendas, mitos y alegorías— el humorismo brilla totalmente por su ausencia, por supuesto. Los ingredientes cardinales son el horror y la tragedia, la lujuria y la crueldad. Pero mediante la lectura de estos libros se nutre la facultad imaginativa. A medida que vamos entrando en años, la fantasía y la imaginación van siendo cada vez más raras. Damos vueltas y vueltas en un sendero de noria que se vuelve más y más monótono. La mente se embota tanto que se requiere un libro realmente extraordinario para sacarnos de nuestro estado de indiferencia o apatía.

En la lectura infantil hay un factor importante que tendemos a olvidar: el ambiente físico de la ocasión. Con cuánta nitidez, después de muchos años, recordamos el tacto de un libro favorito, su tipografía, su encuadernación, sus ilustraciones y así sucesivamente. Con cuánta facilidad localizamos el momento y lugar de la primera lectura. Asociamos algunos libros con las enfermedades, otros con el mal tiempo, algunos con el castigo y otros con la gratificación. En el recuerdo de estos acontecimientos los mundos interior y exterior se fusionan. Estas lecturas son "acontecimientos" bien definidos en la vida de uno.

Sin embargo hay una cosa que diferencia la lectura de la infancia y la que se hace más tarde, y es la ausencia de opción. Los libros que leemos durante la niñez nos son impuestos.

¡Afortunado el niño que tiene padres sabios! Sin embargo, tan poderosa es la autoridad de ciertos libros que hasta el padre ignorante raras veces puede evitarlos. ¿Qué niño no ha leído *Simbad el marino, Jasón y el Vellocino de Oro, Alí Baba y los Cuarenta ladrones,* los *Cuentos de Hadas* de Grimm y Andersen, *Robinsón Crusoe, los Viajes de Gullivery* obras por el estilo?

¿Quién no ha vivido —pregunto también— esa incomparable emoción que se experimenta en años posteriores de la vida cuando se releen los favoritos de los primeros años? Hace poco, tras un lapso de casi cincuenta años, releí *Lion of the North* (El León del Norte), de Henty. ¡Qué experiencia! Cuando yo era un muchacho Henty fue mi escritor preferido. Todas las Navidades mis padres me regalaban ocho o diez de sus libros. Debo de haber leído todas sus obras antes de los catorce años. Hoy, y esto lo considero fenomenal, puedo abrir cualquier libro suyo y obtener el mismo placer fascinante que obtuve siendo muchacho. Este autor no parece hablar "desde arriba" a su lector, sino que parece estar en íntima relación con él. Todos sabemos, presumo, que los libros de Henty son romances históricos. Para los muchachos de nuestros días eran vitalmente importantes porque nos dieron nuestra primera perspectiva de la historia mundial. *The Lion of the North* (El León del Norte), por ejemplo, es sobre Gustavo Adolfo y la guerra de los treinta años. En él aparece esa extraña y enigmática figura que es Wallenstein. Cuando el otro día di con las páginas sobre Wallestein, fue como si las hubiera leído apenas unos meses antes. Según señalé en una carta a un amigo después de cerrar el libro, fue en esas páginas sobre Wallenstein donde encontré por primera vez las palabras "destino" y "astrología". Palabras preñadas, para un muchacho, de todos modos.

Comencé hablando de mi "biblioteca". Sólo más tarde tuve el placer de leer sobre la vida y momentos de Montaigne. Como la nuestra, la suya fue una era de tolerancia, persecuciones y matanzas al por mayor. Muchas veces había oído hablar, eso sí, de cuando Montaigne se retiró de la vida activa, de su devoción por los libros, de su vida serena y sobria, tan rica en aspectos interiores. Ese sí que era un hombre que podía decirse poseedor de una biblioteca, por supuesto. Algunos momentos le envidiaba. Pensaba para mis adentros que si pudiese tener en esta pequeña habitación, a mi lado, todos los libros que anhelaba cuando niño, muchacho o joven, ¡cuan afortunado sería! Siempre acostumbré anotar demasiado los libros que me agradaban. Qué maravilloso sería, pensé, volver a ver esas anotaciones, saber qué opinaba y cómo reaccionaba yo en esa época tan distante. Pensé en Arnold Bennett y en la excelente costumbre que había adquirido de introducir al final de todos los libros que leía, algunas hojas en blanco para ir anotando sus observaciones e impresiones a medida que leía.

Uno siempre siente curiosidad por saber cómo era, cómo se comportaba, cómo reaccionaba frente a los pensamientos y acontecimientos en diversos períodos del pasado. En las anotaciones marginales de los libros se descubre con facilidad la propia personalidad anterior.

Cuando se comprende la enorme evolución que experimenta la propia persona durante una vida, se suele preguntar: -¿Termina la vida con la muerte corporal? ¿No he vivido antes? ¿No volveré a aparecer otra vez en la tierra, o quizá en algún otro planeta? ¿No seré realmente imperecedero, como todo lo demás del universo?- Puede que también nos sintamos animados a formularnos una pregunta más importante todavía: *-¿He aprendido mi lección aquí en la tierra?-*

Montaigne, noté con placer, menciona con frecuencia su mala memoria. Dice que no podía recordar el contenido, ni siquiera sus impresiones, de ciertos libros, muchos de los cuales no había leído una sino varias veces. Tengo la certeza, sin embargo, de que tiene que haber tenido muy buena memoria en otros aspectos. La mayoría de las personas poseen una memoria defectuosa y esporádica. Los hombres capaces de referir citas largas y exactas de los miles de libros que han leído, los que narran la trama de una novela con todos sus detalles, los que dan nombres y fechas de los acontecimientos históricos, y así sucesivamente, poseen una memoria monstruosa que siempre me ha resultado repulsiva. Soy uno de los que tienen poca memoria en ciertos respectos y mucha en otros. En suma, justo el tipo de memoria que me es útil. Cuando realmente quiero recordar algo, lo recuerdo, aunque consuma considerable tiempo y esfuerzo. Sé tranquilamente que nada se pierde, pero también sé que es importante cultivar el "olvido". El sabor, el gusto, el aroma, el ambiente, como también el valor o la falta

de valor de una cosa, jamás lo olvido. La única memoria que quisiera preservar es la de tipo proustiano. Con saber que existe esta memoria infalible, total y exacta me basta. ¿Con cuánta frecuencia sucede que al recorrer con la mirada un libro leído hace mucho tiempo, se encuentran pasajes donde todas las palabras tienen una ardiente, inagotable e inolvidable resonancia? Hace poco, al completar el original del segundo libro de *La Crucifixión Rosada,* me vi obligado a recurrir a las acotaciones que hiciera hace muchos años en *Decline of the West* (La Decadencia de Occidente), de Spengler. Hubo ciertos pasajes, muchos, podría decir, de los cuales me bastó leer las palabras iniciales para que el resto acudiera a mí como música. En algunos casos las palabras habían perdido en parte el importante sentido que otrora les había asignado, pero no las palabras mismas. Siempre que daba con esos pasajes, porque los leí y releí hasta el cansancio, el lenguaje se tornaba más fragante, más rico, más cargado de esa misteriosa cualidad que todo gran autor imparte a su lenguaje y que es la marca de su singularidad. De todos modos, tanto me impresionaron la vitalidad y el carácter hipnótico de estos pasajes spenglerianos, que decidí transcribir varios de ellos textualmente. Fue un experimento que me vi obligado a realizar, un experimento entre yo mismo y mis lectores. Las líneas que decidí transcribir se habían hecho muy mías y me parecía que debía trasmitirlas. ¿Acaso no eran tan importantes en mi vida como los encuentros, crisis y acontecimientos fortuitos que describiera como míos? ¿Por qué no pasar a Oswald Spengler intacto, puesto que había sido un acontecimiento en mi vida?

Soy uno de esos lectores que de vez en cuando copian extensos pasajes de los libros que leen. Hallo estas citas por todas partes siempre que reviso mis cosas. Nunca están a mi lado, por fortuna o por desgracia. A veces dedico días enteros a tratar de recordar dónde las habré guardado. Así, al abrir el otro día uno de mis cuadernos de apuntes de París buscando otra cosa, di con uno de los pasajes que han vivido conmigo durante años. Ha sido escrito por Gautier y corresponde a la Introducción de *Against the Grain,* de Havelock Ellis. Comienza: -El poeta de las *Fleurs du Mal* amaba lo que impropiamente se llama el estilo decadente, y que no es otra cosa que un arte que ha llegado a ese punto de extrema madurez que dan los soles ponientes de antiguas civilizaciones: un estilo ingenioso y complicado, cargado de sombras y de indagación, que constantemente presiona hacia atrás los límites de la palabra, tomando prestado de todos los vocabularios técnicos, tomando colorido de las paletas y tomando notas de todos los teclados...- Después sigue una frase que siempre resalta como iluminado semáforo: -El estilo decadente es la última palabra del mundo, elevada a su expresión más acabada y llevada a su último escondrijo.-

Expresiones como éstas muchas veces las he copiado en extensas cartas y las he colocado en lo alto de mi puerta para que, al marcharme, mis amigos las leyesen inevitablemente. Algunas personas sienten impresiones opuestas: mantener en secreto estas preciosas revelaciones. Mi debilidad es gritar desde lo alto de los tejados siempre que creo haber descubierto algo de vital importancia. Al terminar de leer un libro maravilloso, por ejemplo, casi siempre me siento a escribir cartas a mis amigos, a veces al autor y en ocasiones al editor. La experiencia se convierte en parte de mi conversación diaria, penetra en los alimentos y en las bebidas mismas que consumo. He dicho que esto era un debilidad. Puede que no lo sea. -¡Creced y multiplicaos!-ordenó el Señor. E. Graham Howe, autor de *War Dance* (La Danza Guerrera), lo ha dicho de otra manera, que me gusta todavía más: -¡Cread y compartid!- Y si bien a primera vista la lectura podrá no parecer un acto de creación, en un sentido profundo lo es. Sin el lector entusiasta, que en realidad es el equivalente del autor y muchas veces su más secreto rival, el libro moriría. El hombre que propaga la buena palabra, no solamente aumenta la vida del libro en cuestión sino también el acto de la creación misma. Insufla espíritu a los demás lectores. Sostiene el espíritu creador en todas partes. Lo sepa o no lo sepa, lo que está haciendo es cantar loas a la artesanía de Dios. Porque el buen lector, así como el buen autor, sabe que todo surge de la misma fuente. Sabe que no podría participar en la experiencia privada del autor si no estuviese compuesta de la misma sustancia. Y cuando digo autor significo Autor. El escritor es, por supuesto, el mejor de todos los lectores porque al escribir o "crear", como se dice, no hace otra cosa que leer y transcribir el gran mensaje de la creación que el Creador, en su bondad, ha puesto de manifiesto en él.

En el Apéndice el lector hallará una lista de autores y títulos dispuestos de una manera franca y curiosa. Lo menciono porque creo que es importante recalcar desde el principio un hecho psicológico sobre la lectura de libros que se descuida un tanto en la mayoría de las obras sobre el tema. Es el siguiente: muchos de los libros con los cuales se vive en la propia mente, son libros que nunca se han leído. A veces estos adquieren asombrosa importancia. Hay por lo menos tres categorías de este orden. La primera comprende los libros que uno tiene la intención de leer algún día, pero que con toda probabilidad nunca llegará a leerlos, la segunda comprende los libros que uno cree que debiera haber leído y de los cuales por lo menos leerá algunos antes de morir; la tercera comprende los libros de los cuales uno oye hablar, comentar o leer, pero que se tiene casi la certeza de que nunca se llegarán a leer porque al parecer nada será capaz de derribar la muralla de prejuicios erigida contra ellos.

En la primera categoría están esas obras monumentales, en su mayoría clásicos, que por lo general nos avergüenza admitir que nunca hemos leído: en ocasiones uno toma algún volumen, sólo para dejarlo de lado, convencido la mayoría de las veces de que todavía son ilegibles. La lista varía según el individuo. Para mí, por dar algunos nombres destacados, comprenden las obras de autores célebres como Homero, Aristóteles, Francis Bacon, Hegel, Rousseau (exceptuando *Emilio),* Robert Browning y Santayana. En la segunda categoría incluso *Arabia Deserta, Decadencia* y *Caída del Imperio Romano, The Hundred and Twenty Days of Sodom* (Los Ciento Veinte Días de Sodoma), las *Memorias* de Casanova, las *Memorias* de Napoleón y la *Historia de la Revolución Francesa* de Michelet. En la tercera están el *Diario* de Pepys, *Tristam Shandy, Wilhelm Meister, The Anatomy of Melancholy* (Anatomía de la Melancolía). *The Red and the Black* (Rojo y Negro), *Marías the Epicurean* (Mario el Epicúrero) y *The Education of Henry Adams* (La Educación de Henry Adams).

A veces una referencia casual a un autor que no hemos leído o a cuya lectura renunciamos por completo —como un pasaje, por ejemplo, en la obra de un autor que admiramos, o las palabras de un amigo que también es amante de los libros— basta para hacernos correr en busca de un libro, leerlo con nuevos ojos y afirmar que es el libro que queríamos. En general, sin embargo, los libros que omitimos o que rechazamos deliberadamente raras veces llegamos a leerlos. Ciertos temas, ciertos estilos o asociaciones desagradables relacionadas con los nombres mismos de ciertos libros, crean una repugnancia casi insuperable. Nada en la tierra, por ejemplo, podría inducirme a emprender de nuevo la lectura de *Faery Queen* (La Reina de las Hadas) de Spenser, que comencé en el colegio y por supuesto abandoné porque me marché precipitadamente de esa institución. Nunca jamás volveré a mirar ni una línea de Edmund Burke, Addison o Chaucer, aunque al último me parece que vale la pena leerlo. Racine y Corneille son otros dos que dudo que alguna vez vuelva a mirarlos, aunque Corneille me intriga debido a un brillante ensayo que leí no hace mucho sobre *Phédre* en *The Clown's Grail.* Por otra parte, hay libros que están en los cimientos mismos de la literatura, pero que distan tanto del propio pensamiento y experiencia que nos resultan “intocables”. Ciertos autores que presuntamente serían el baluarte de nuestra particular cultura occidental, son para mí de espíritu más extraño que los chinos, los árabes o los pueblos primitivos. Algunas de las obras literarias más estimulantes surgen de culturas que no han contribuido directamente a nuestro desarrollo. Ningún cuento de hadas, por ejemplo, ha ejercido una influencia más potente sobre mí que los de los japoneses, con los cuales me familiaricé por medio de la obra de Lafcadio Hearn, una de las figuras exóticas de la literatura norteamericana. Cuando niño no había para mí cuentos más seductores que los tomados del *Arabian Night's Entertainment* (Las Mil y Una Noches). El folklore indio norteamericano me deja frío, mientras que el folklore de África me es más grato y más preciado. Además, como he dicho reiteradamente, no importa lo que lea de literatura china (descartando Confucio) me parece como si hubiese sido escrito por mis antepasados inmediatos.

He dicho que a veces quien nos pone sobre la pista de un libro sepultado es un autor que estimamos: -¡Qué! ¿Le gustó ese libro?- decimos para nosotros mismos, e inmediatamente las barreras se desmoronan y la mente no solamente se vuelve abierta y receptiva, sino también positivamente en llamas. Muchas veces sucede que no es un amigo de gustos similares quien revive el propio interés en un libro muerto, sino una relación casual. A veces este individuo da

la impresión de ser nulo, y uno se pregunta por qué ese libro ha captado la memoria de la persona que lo recomendó al azar, o que quizá no lo recomendó en absoluto sino que simplemente lo mencionó durante la conversación como un libro "raro". Cuando no tenemos nada que hacer, de pronto nos llega a la memoria esta conversación y nos disponemos a someter a prueba al libro. Entonces se produce el descubrimiento imprevisto. *Wutherign Heights* es para mí un ejemplo de este tipo. De haberla oído elogiar tanto y tan a menudo, había llegado a la conclusión de que era imposible que una novela inglesa —¡y escrita por una mujer!— fuese tan buena. Hasta que un día un amigo, cuyos gustos consideraba superficiales, dejó caer algunas palabras muy sabias sobre el particular. Aunque procedí a olvidar inmediatamente sus observaciones, la ponzoña penetró en mi ser. Sin darme cuenta, abrigaba la secreta resolución de echar un vistazo a este famoso libro algún día. Por último, hace pocos años, Jean Varda lo depositó en mis manos. Lo leí de un solo trago, tan asombrado como todos los demás, sospecho, por su sorprendente poder y belleza. Sí, es una de las grandes novelas en idioma inglés. Y yo, por orgullo y prejuicios, había estado a punto de perdérmela.

Otra historia completamente distinta es la de *The City of God* (La Ciudad de Dios). Hace muchos años, como todas las demás personas, había leído las *Confesiones* de San Agustín, que me habían causado profunda impresión. Después, en París, alguien me entregó *The City of God* (La Ciudad de Dios), en dos volúmenes. No solamente lo hallé aburrido y árido, sino también monstruosamente ridículo en partes. Al enterarse por un amigo mutuo —para su sorpresa, sin duda— de que yo había leído esta obra, un librero inglés me informó que podría obtener buen precio por él si le hacía acotaciones. Tomé asiento y me puse a leerlo una vez más, cuidando minuciosamente de hacer copiosas acotaciones, por lo general adversas, en los márgenes; tras perder más o menos un mes en esta vana tarea, despaché el libro a Inglaterra. Veinte años después recibí una postal del mismo librero, en la que me decía que esperaba vender el ejemplar dentro de pocos días. Por fin había hallado comprador. Esa fue la última vez que tuve noticias de él. Dróle d'histoire!

Durante toda mi vida la palabra "confesiones" siempre me ha atraído como un imán. He mencionado *Confessions of a Fool* (Confesión de un loco), de Strindberg. También debí haber mencionado la famosa obra de Marie Bashkirtseff y las *Confession of Two Brothers* (Confesiones de Dos Hermanos), de Powys. Hay algunas confesiones muy célebres, sin embargo, que nunca le logrado soportar hasta el final. Una es la de Rousseau y la otra la de Quincey. Sólo hace poco hice otro intento con las *Confesiones de* Rousseau, pero a las pocas páginas no me quedó otro remedio que abandonarlas. Su *Emilio,* en cambio, pienso leerlo por completo, cuando encuentre un ejemplar de tipos legibles. Lo poco que leí de esta obra ejerció extraordinario atractivo sobre mí.

Creo que están completamente equivocados quienes afirman que los cimientos del conocimiento o de la cultura, o cualquier otro cimiento, son necesariamente los clásicos que figuran en cualquier lista de los "mejores" libros. Sé que varias universidades basan todos sus programas en tales listas selectas. Sostengo que cada individuo tiene que construir sus propios cimientos. El hecho de que uno sea un individuo se debe a su singularidad. No importa cuál haya sido el material que afectó vitalmente la forma de nuestra cultura, cada hombre debe decidir por sí mismo los elementos de la misma que habrán de penetrar en él para modelar su propio destino personal. Las grandes obras que son elegidas por las mentes magistrales representan *sus* preferencias exclusivamente. Está en la naturaleza de tales intelectos presumir que son nuestros guías y mentores designados. Puede ser que, librados a nosotros mismos, con el tiempo llegaríamos a compartir su punto de vista. Pero la forma más segura de conspirar contra ese fin es promulgar la lectura de listas selectas de libros, las llamadas piedras fundamentales. El hombre debe comenzar con sus tiempos. Debe familiarizarse ante todo con el mundo en que vive y participa. No debe temer leer ni demasiado ni demasiado poco. Debe recibir su lectura como recibe sus alimentos o su ejercicio. El buen lector gravitará hacia los buenos libros. Descubrirá por sus contemporáneos lo que sea inspirador o fecundo, o simplemente agradable, en la literatura del pasado. Deberá tener el placer de hacer esos descubrimientos por su cuenta y a su manera. Lo que tiene valor, encanto, belleza y sabiduría, no puede perderse ni olvidarse. Pero las cosas son susceptibles de perder todo su valor, todo

su encanto y atractivo si nos arrastran a ellas tomados de los cabellos. ¿No ha percibido usted, tras muchos remordimientos y desilusiones, que cuando recomienda un libro a un amigo, cuanto menos diga tanto mejor? En cuanto usted elogia demasiado un libro, provoca resistencia en su posible lector. Hay que saber cuándo dar la dosis y cuánto, y si debe repetirse o no. Muchas veces se señala que los gurús de la India y el Tibet durante siglos han practicado el elevadísimo arte de *desalentar* a sus ardientes discípulos del mañana. El mismo tipo de estrategia bien podría aplicarse a la lectura de los libros. Desanime a un hombre de manera concreta, o sea teniendo en cuenta el fin correcto, y usted lo colocará en el sendero con mucha mayor prontitud. Lo importante no es *qué* libros, *qué* experiencias debe tener el hombre, sino lo que les aporte de sí mismo.

La influencias son de todas las cosas intangibles de la vida una de las más misteriosas. No cabe duda de que las influencias entran dentro de las leyes de la atracción. Pero debe tener en cuenta que cuando nos atraen en cierta dirección, también es porque nosotros empujamos en esa dirección, quizá sin saberlo. Es obvio que no estamos a merced de todas y cada una de las influencias. Tampoco reconocemos siempre las fuerzas y factores que nos influyen de un período a otro. Algunos hombres nunca llegan a conocerse a sí mismos ni a conocer lo que motiva su conducta. Son la mayoría de los hombres, en realidad. En otros, en cambio, el sentido de destino es tan claro y tan poderoso que difícilmente parece haber cabida para alguna elección; crean las influencias necesarias para cumplir sus fines. Empleo la palabra "crean" deliberadamente porque en ciertos asombrosos casos el individuo literalmente ha sido obligado a crear las influencias necesarias. Aquí pisamos terreno extraño. Mi motivo para presentar un elemento tan abstruso es que, en lo tocante a los libros, así como en cuanto a los amigos, amantes, aventuras y descubrimientos, todo está inexplicablemente mezclado. Muchas veces el incidente más inesperado despierta el deseo de leer un libro. Para comenzar, todo lo que sucede a un hombre es de una sola pieza, y los libros que elige no son la excepción. Puede que haya leído las *Vidas* de Plutarco o *Las Quince Batallas Decisivas del Mundo* porque una tía al morir se los dejé bajo la nariz. Puede que no las haya leído si detestaba a esta tía.

De los millares de títulos que llegan al alcance de nuestra vista, inclusive en los primeros años de la vida, ¿cómo es que un individuo se encamina directamente hacia ciertos autores, mientras que otro lo hace hacia otros? Los libros que el hombre lee son determinados por lo que el hombre es. Si se dejara a un hombre a solas con un libro en una habitación, un solo libro, no significa que lo leería porque no tiene otra cosa que hacer. Si el libro le aburre lo deja, aunque enloquezca de ganas de hacer otra cosa. Algunos hombres, cuando leen, se toman la molestia de examinar todas las referencias que aparecen en las notas; otros, en cambio, jamás leen las notas. Algunos emprenden arduas jornadas para leer un libro cuyo título les ha intrigado. Las aventuras y descubrimientos de Nicholas Flamel en relación con el Libro de Abraham el Judío constituyen una de las páginas de oro de la literatura.

Como decía, la observación casual de un amigo, un encuentro inesperado, una nota al pie, una enfermedad, la soledad, los extraños caprichos de la memoria, mil y una cosas pueden lanzar a uno en busca de un libro. Hay veces en que uno es susceptible a cualquier sugestión, insinuación o confidencia; hay momentos, en cambio, en que haría falta una carga de dinamita para ponernos en pie y hacernos mover.

Una de las grandes tentaciones del escritor es leer mientras está entregado a la redacción de un libro. A mí me parece que en el momento en que empiezo un nuevo libro también aumenta mi pasión por la lectura. En efecto, por causa de algún perverso instinto, en el momento en que me he lanzado a escribir un nuevo libro siento inquietud por hacer un millar de cosas distintas, no, como sucede muchas veces, por el deseo de eludir la tarea de escribir. Lo que hallo es que puedo escribir y hacer otras cosas. Cuando la urgencia creativa se apodera de mí —por lo menos tal es mi experiencia— me vuelvo creativo en todas las direcciones al mismo tiempo.

Fue en los días previos a la época en que me dedicaba a escribir, confieso, cuando la lectura fue para mí uno de los pasatiempos más voluptuosos y perniciosos al mismo tiempo. Mirando al pasado, me parece como si leer libros no fuese más que un narcótico, que al

principio estimula pero después tiene efectos deprimentes y paralizantes. Desde el momento en que comencé a escribir con dedicación, el hábito de la lectura cambió en mí y un nuevo elemento se introdujo en ese hábito. Un elemento fecundo, podría decir. Siendo joven, muchas veces cuando dejaba un libro pensaba que yo podría haberlo escrito mejor. Cuanto más leía, más criticaba mi material de lectura. Difícilmente encontraba algo que me satisficiera. Poco a poco comencé a despreciar los libros... y también a los escritores. Muchas veces los escritores que castigaba con mayor saña eran los que más adoraba. Pero siempre había, indudablemente, un grupo de autores cuyos mágicos poderes me intrigaban y eludían. Al ir llegando a la época de afirmar mi propio poder de expresión, comencé a releer a estos "hechizantes" con nuevos ojos. Los leía a sangre fría, con todos los poderes de análisis de que era capaz, con la intención, créase o no, de arrancarles su secreto. Sí, fui en esa época lo bastante ingenuo como para creer que podría descubrir lo que hace que el reloj funcione, desarmándolo. Por vana y tonta que haya sido mi conducta, este período se destaca, no obstante, como el más provechoso de todos mis encuentros con los libros. Aprendí algo sobre estilo, sobre el arte de la narración, sobre los efectos y sobre cómo se producen. Lo más importante de todo fue que aprendí que en realidad en la creación de buenos libros entra en juego un misterio. Decir, por ejemplo, que el estilo es el hombre, es decir casi nada. La forma en que un hombre escribe, la forma en que habla, la forma en que camina, la forma en que lo hace todo, es singular e inescrutable. Lo importante, tan obvio que por lo general no lo advertimos, es no maravillarse por esas cosas sino escuchar lo que un hombre tiene que decir, dejar que sus palabras nos conmuevan, nos alteren, nos hagan más y más y lo que realmente somos.

El factor más importante en la apreciación de cualquier arte es la práctica de ese arte. Están la maravilla y la embriaguez del niño cuando encuentra por primera vez el mundo de los libros; están el éxtasis y decepción de la juventud cuando descubre a sus "propios" autores; pero más que todo esto, porque combinadas con ellas hay otros elementos más permanentes y turbadores, están las percepciones y reflexiones de un ser maduro que ha dedicado su vida a la labor de la creación. Leyendo las cartas de Van Gogh a su hermano, nos llama la atención la vasta meditación, análisis, comparación, adoración y crítica que hiciera en el curso de su breve y frenética carrera como pintor. Esto no es infrecuente entre los pintores, pero en Van Gogh adquiere proporciones heroicas. Van Gogh no solamente miraba la naturaleza, la gente y los objetos, sino también los lienzos de otros, estudiando sus métodos, técnicas, estilos y enfoques. Reflexionaba larga e intensamente sobre lo que observaba, y estos pensamientos y observaciones penetraban en su trabajo. No fue otra cosa que un primitivo o un "fauve". Como Rimbaud, estaba a punto de ser "un místico en estado salvaje".

No por accidente en absoluto elijo un pintor y no un escritor para ilustrar lo que digo. Sucede que Van Gogh, sin haber tenido ninguna pretensión literaria, escribió uno de los más grandes libros de nuestro tiempo, y sin saber que estaba escribiendo *un libro.* Su vida, según la apreciamos en sus cartas, es más reveladora, más conmovedora, más obra de arte, diría, que la mayoría de las famosas autobiografías o novelas autobiográficas. Nos habla sin reservas de sus luchas y pesares, sin ocultarnos nada. Despliega su raro conocimiento del oficio del pintor, aunque es aclamado más por su pasión y su visión que por su conocimiento del medio. Su vida, donde expone con claridad el valor y el significado de la dedicación, es una lección para todos los tiempos. Van Gogh es simultáneamente —¡qué pocos son los hombres de los cuales podemos decir esto!— el humilde discípulo, el estudiante, el amante, el hermano de todos los hombres, el crítico, el analista y el hacedor de buenas acciones. Puede que haya sido un obseso o un poseído, pero no era un fanático que trabajaba en la oscuridad. Poseyó, ante todo, esa rara facultad de ser capaz de criticar y juzgar su propia obra. Demostró, en efecto, ser mucho mejor crítico y juez que aquellos cuya ocupación es lamentablemente criticar, juzgar y condenar.

Cuanto más escribo, más comprendo lo que otros tratan de decirme en sus libros. Cuanto más escribo, más tolerante soy con respecto a mis colegas escritores. (No incluyo a los "malos" escritores, porque con ellos me niego a tener ningún trato.) Pero con los que son sinceros, con los que luchan honestamente por expresarse, soy mucho más blando y

comprensivo que en la época en que todavía no había escrito libros. Sé aprender del más pobre de los escritores, siempre que haya hecho todo el esfuerzo posible. En efecto, he aprendido mucho de ciertos escritores "pobres". Leyendo sus obras me ha llamado reiteradamente la atención esa libertad y audacia que es casi imposible recuperar una vez que se está "en el arnés", una vez que se tiene conciencia de las leyes y limitaciones de su medio. Pero es leyendo a los autores favoritos cuando se adquiere la suprema noción del valor que tiene el practicar el arte de escribir. Los leemos con el ojo derecho y con el izquierdo. Sin perder en lo más mínimo el intenso goce de la lectura, uno adquiere noción de un maravilloso enaltecimiento de la conciencia. Leyendo a estos hombres el elemento de lo misterioso nunca retrocede, sino que el vaso en que sus pensamientos están contenidos se torna más y más transparente. Ebrio de éxtasis, uno regresa a su propia labor revivificado. La crítica se convierte en reverencia. Uno comienza a orar como jamás oró previamente. Ya no se ora por uno mismo sino por el Hermano Giono, el Hermano Cendrars, el Hermano Céline, por toda la galaxia de colegas autores en realidad. Uno acepta la singularidad de su colega artista sin reservas, comprendiendo que solamente por medio de la propia singularidad uno afirma lo que hay de común con él. Ya no se pide algo *distinto* de su autor predilecto, sino más de lo mismo. Hasta el lector ordinario testifica esta necesidad. ¿Acaso cuando termina de leer el último volumen de su autor favorito, no dice, por ejemplo: -¡Ah, si hubiese escrito algunos libros más!- Cuando cierto tiempo después de la muerte de un escritor alguien desentierra un manuscrito olvidado, un rimero de cartas o un diario desconocido, ¡qué grito de alegría se levanta! ¡Cuánta gratitud hasta por el más mínimo fragmento póstumo! Hasta el examen de la cuenta de gastos de un escrito nos emociona. En el momento en que la vida de un escritor se extingue, de pronto esa vida cobra un trascendental interés para nosotros. Con frecuencia su muerte nos permite ver lo que no podíamos ver cuando estaba con vida: que su vida y su obra eran una sola. ¿No es obvio que el arte de la resurrección (biografía) enmascara una profunda esperanza y anhelo? No nos conformamos con permitir que Balzac, Dickens o Dostoievsky permanezcan inmortales en sus obras: queremos restaurarlos en carne y hueso. Cada era trata de unir a los grandes hombres de letras con los suyos, de incorporar la pauta y significado de sus vidas a las suyas. A veces parece como si la influencia de los muertos fuese más potente que la de los vivos. Si el Salvador no hubiese resucitado, sin duda el hombre lo habría hecho resucitar con su pesar y anhelo. El autor ruso que habló de la "necesidad" de resucitar a los muertos estaba en lo cierto.

¡Vivían y me hablaban/ Esto es lo más sencillo y elocuente que podría decir de los autores que me han acompañado a través de los años. ¿No es extraño decir esto si consideramos que, en los libros, tratamos con signos y símbolos? Ningún artista ha conseguido reproducir jamás la naturaleza en el lienzo, y tampoco ningún escritor ha sido capaz de darnos su vida y sus pensamientos en su totalidad. La autobiografía es la más pura de las novelas. La ficción siempre se acerca más a la realidad que los hechos. La fábula no es la esencia de la sabiduría mundana sino su amarga cáscara. Podremos seguir adelante, a través de todos los rangos y divisiones de la literatura, desenmascarando la historia, exponiendo los mitos de la ciencia, desvalorizando la estética, pero nada, en profundo análisis, demuestra ser lo que parece o pretende ser. El hombre sigue hambriento.

¡Vivían y me hablaban! ¿No es extraño comprender y gozar lo que es incomunicable? El hombre no se comunica con el hombre por medio de las palabras, sino que comulga con su prójimo y con su Hacedor. Una y otra vez uno deja leído un libro y uno se queda mudo. A veces es porque el autor parece "haberlo dicho todo". Pero no pienso en este tipo de reacción. Pienso que esta cuestión de quedarse mudo corresponde a algo más profundo. Desde .el silencio las palabras brotan; hacia el silencio las palabras retornan, si se utilizan debidamente. En el ínterin algo inexplicable tiene lugar: un hombre muerto, digamos, resucita, toma posesión de nosotros y al marcharse nos deja completamente alterados. Hizo esto mediante signos y símbolos. ¿Esto que poseyó —o que quizá todavía posee— no es magia?

Aunque no lo supiéramos, poseemos realmente las llaves del paraíso. Hablamos mucho de comprensión y comunicación, no solamente con nuestros semejantes, sino también con los muertos, con los no nacidos, con los que moran en otros dominios, en otros universos.

Creemos que poderosos secretos no han sido revelados todavía y esperamos que la ciencia o, de lo contrario, la religión, nos indiquen el camino. Para el futuro distante soñamos con una vida totalmente distinta de la que conocemos ahora; nos investimos de poderes que no podemos manejar. Sin embargo, los escritores de libros no solamente han dado muestras siempre de poseer poderes mágicos, sino también de la existencia de universos que infringen e invaden nuestro propio y pequeño universo y nos son tan familiares como si los hubiéramos visitado personalmente. Estos hombres no tuvieron maestros "ocultos" que los iniciaran. Surgieron de padres similares a los nuestros, fueron productos de ambientes semejantes a los nuestros. ¿Por qué se yerguen aparte, entonces? No es el ejercicio de la imaginación, porque hombres de otros ámbitos de la vida han desplegado facultades de imaginación igualmente grandes. No es el dominio de una técnica, porque otros artistas practican técnicas igualmente difíciles. No, para mí el hecho cardinal sobre el escritor es su capacidad para "explotar" el vasto silencio que nos envuelve a todos nosotros. De todos los artistas, es el que mejor conoce que "al principio estaba el Mundo y el Mundo estaba con Dios y el Mundo *era* Dios". Ha captado el espíritu que informa a toda la creación y lo ha expresado en signos y símbolos. Pretendiendo comunicarse con sus semejantes, sin quererlo nos ha enseñado a comulgar con el Creador. Utilizando el lenguaje como instrumento, demuestra que no es en absoluto lenguaje, sino oración. Un tipo muy especial de oración, además, porque nada se demanda en ella al Creador. "¡Bendito seas, oh Señor!" Así se desarrolla, no importa cuál sea el tema, no importa cuál sea el idioma. "¡Permite que me agote, oh Señor, cantando mis loas a Ti!"

¿Acaso no es éste el "trabajo celestial" de que hemos hablado?

Dejemos de preguntarnos lo que ellos, los grandes, los ilustres hacen en el más allá. Sepamos que todavía cantan himnos de alabanza. Aquí, en la tierra, puede que lo hayan practicado; *allá* están perfeccionando su cántico.

Una vez más debo mencionar a los rusos, esos oscuros del siglo diecinueve que sabían que hay una sola misión, un solo gozo supremo: establecer la vida perfecta aquí, en la tierra.

CAPÍTULO I I

LAS PRIMERAS LECTURAS

Recuerdo con precisión los primeros libros que elegí para este fin: *The Birth of Tragedy* (El Nacimiento de la Tragedia), *The Eternal Husband* (El Eterno Marido), *Alice in Wonderland* (Alicia en el País de las Maravillas), *The Imperial Orgy* (La Orgía Imperial) y *Mysteries* (Misterios), de Hamsun. Hamsun, como he dicho con frecuencia, es uno de los autores que me afectaron vitalmente como *escritor.* Ninguno de sus libros me intrigó tanto como *Mysteries.* En ese período de que he hablado previamente, cuando comencé a separar a mis autores preferidos para descubrir el poder secreto de su encantamiento, los hombres en que me concentré fueron ante todo Hamsun, y después Arthur Machen y Thomas Mann. Cuando releí *The Birth of Tragedy* (El Nacimiento de la Tragedia) recordé lo mucho que me había asombrado el empleo mágico que hacía Nietzsche del lenguaje. Hace apenas algunos años, gracias a Eva Sikelianou, volví a deleitarme una vez más con este libro extraordinario.

Mencioné a Thomas Mann. Durante un año entero viví con Hans Castorp de *La Montaña Mágica* como persona real, hasta podría decir, como hermano de sangre, pero fue la maestría de Mann como novelista lo que más me intrigó y desconcertó durante el período "analítico" al que me refiero. En esa época *Death in Venice* (Muerte en Venecia) era para mí la narración suprema. En el espacio de pocos años, sin embargo, mi opinión de Thomas Mann, y en especial de su *Death in Venice* (Muerte en Venecia), se alteró radicalmente. Fue un hecho curioso que quizá valga la pena relatar. Sucedió más o menos así... Durante mis primeros días en París conocí a un individuo sumamente cordial y atrayente al que tomé por un genio. Se llamaba John Nichols. Era pintor. Como tantos otros irlandeses, poseía también el don de ser muy locuaz. Era un deleite escucharlo, hablase de pintura, literatura, música o simplemente necesidades. Era proclive a la invectiva y, cuando se enardecía, tenía una lengua ponzoñosa. Cierto día le mencioné al azar mi admiración por Thomas Mann, y minutos después me encontré discutiendo acaloradamente sobre *Death in Venice* (Muerte en Venecia). Nichols respondió con expresiones burlonas y despectivas. Exasperado, le dije que buscaría el libro y se lo leería en voz alta. Admitió que no lo había leído y mi proposición le pareció excelente.

Jamás olvidaré esta experiencia. Antes de leerle tres páginas, Thomas Mann comenzó a resquebrajarse. Nichols, debo advertir, no había pronunciado ni una sola palabra. Pero leyendo el cuento en voz alta y para un oyente crítico, de pronto se puso de manifiesto la crujiente maquinaria oculta por debajo de la superficie. Yo, que creía tener en mis manos oro puro, encontré en realidad un pedazo de cartón arrugado. Hacia la mitad arrojé el libro al suelo. Más tarde releí rápidamente *La Montaña Mágica* y *Buddenbrooks,* obras que hasta entonces consideraba monumentales, sólo para hallarlas igualmente fallidas.

Debo apresurarme a añadir que este tipo de experiencia me ha sucedido no pocas veces. Hubo una notable —que me sonroja mencionar— relacionada con *Three Men in a Boat* (Tres Hombres en un Bote). No alcanzo a comprender cómo fue posible que llegara a encontrar "gracioso" ese libro. Sin embargo así lo consideré en una época. En efecto, recuerdo que reí hasta llorar. El otro día, tras un lapso de treinta años, lo cogí y comencé a leerlo de nuevo. Nunca he probado un trapo tan andrajoso. Otra desilusión, aunque mucho más leve, me deparaba la relectura de *The Triutnph ofthe Egg* (El Triunfo del Huevo). El huevo resultó estar casi podrido, pero en otro tiempo me hizo reír y llorar.

Oh, ¿quién era yo, qué he sido yo en esos sombríos días de antaño?

Lo que comencé a decir es que, al releer, compruebo en medida creciente que los libros que me agradaría releer son los que he leído durante la niñez y los primeros años de mi juventud. He mencionado a Henty, ¡bendito sea su nombre! Pero también hay otros, como

Rider Haggard, Marie Corelli, Bulwer-Lytton, Eugene Sue, James Fenimore Cooper, Sienkiewicz, Ouida *(Under Two Flags:* Bajo dos Banderas) y Mark Twain *(Huckleberry Finn* y *Tom Sawyer* particularmente). ¡Imagínense, no haber leído a ninguno de estos hombres desde la niñez! Parece increíble. En cuanto a Poe, Hack London, Hugo, Conan Doyle. Kipling, importa poco que jamás vuelva a poner mis ojos en sus obras.

También me agradaría mucho releer los libros que solía leer en voz alta a mi abuelo cuando éste trabajaba sentado junto a su mesa de sastre en nuestra vieja casa del Fourteenth Ward en Brooklyn. Recuerdo que uno de ellos versaba sobre nuestro gran "héroe" (de un día) el almirante Dewey. Otro era sobre el almirante Farragut, quizá sobre la batalla de Mobile Bay, si ese encuentro se produjo alguna vez. Con respecto a este libro, recuerdo ahora que al escribir el capítulo titulado "Mi sueño de Mobile" en *The Air-conditioned Nightmare* (Pesadilla de Aire Acondicionado), tuve activamente presente esta narración de las heroicas hazañas de Farragut. No cabe duda de que mi concepción de Mobile estuvo matizada por este libro que había leído hace cincuenta años. Pero el libro sobre el almirante Dewey tuvo la virtud de familiarizarme con mi primer héroe vivo, que no era Dewey, sino nuestro declarado enemigo, Aguinaldo, el rebelde filipino. Mi madre había colgado el retrato de Dewey flotando sobre el acorazado Maine, en la cabecera de mi cama. Aguinaldo, cuyo semblante aparece ahora borroso en mi mente, me recuerda físicamente a esa extraña fotografía de Rimbaud tomada en Abisinia, donde está con indumentaria como de presidiario, de pie en la ribera dé un río. Mis padres lejos estaban de imaginar cuando me entregaron a nuestro precioso héroe, el almirante Dewey, que nutrían en mí la semilla de un rebelde. Comparado con Dewey y Teddy Roosevelt, Aguinaldo se destaca como un coloso. Fue el primer Enemigo Número Uno que se me cruzó en el horizonte. Todavía reverencio su nombre, así como reverencio los nombres de Robert E. Lee y de Toussaint l'Ouverture, el gran libertador negro que combatió a los hombres escogidos de Napoleón y los derrotó.

En este aspecto, ¿cómo podría dejar de mencionar *El culto a los Héroes* de Carlyle o los *Hombres Representativos* de Emerson? ¿Y por qué no dar cabida a otro ídolo de mis primeros años, John Paul Jones? En París, gracias a Blaise Cendrars, aprendí lo que no está en los libros de historia ni en las biografías sobre John Paul Jones. La espectacular historia de la vida de este hombre es uno de los libros en proyecto que Cendrars todavía no ha escrito y que quizá nunca llegue a escribir. El motivo es sencillo. Siguiendo la huella de este aventurero norteamericano, Cendrars amasó tan inmensa cantidad de material, que prácticamente quedó sepultado por él. Cendrars confesó que en el curso de sus viajes, buscando documentos y comprobando libros raros relacionados con la miríada de aventuras de John Paul Jones, gastó más de diez veces el importe que los editores le habían adelantado a cuenta de los derechos de autor. Siguiendo los pasos de John Paul Jones, Cendrars hizo de su viaje una auténtica odisea. Por último confesó que algún día escribiría un volumen enorme o un libro muy chico, cosa que comprendo perfectamente.

La primera persona a quien me aventuré a leerle en voz alta fue a mi abuelo. ¡No porque él me instase a hacerlo! Todavía recuerdo que le decía a mi madre que algún día se arrepentiría de colocar en mis manos tantos libros. Tenía razón. Mi madre se arrepintió amargamente años después. Fue mi propia madre, dicho sea de paso, a la que escasamente recuerdo haber visto alguna vez con un libro en la mano, quien me dijo cierto día, cuando yo estaba leyendo *Las Quince Batallas Decisivas del Mundo,* que ella había leído ese mismo libro años antes... en el baño. Esto me dejó patitieso. No porque admitiera haber leído este libro en el cuarto de baño, sino porque justamente, de todos los libros, tuvo que haber sido ese el que leyera en el baño.

La lectura en voz alta a los amigos de mi niñez, particularmente Joey y Tony, mis primeros amigos, me abrió los ojos. Descubrí en los comienzos de mi vida lo que algunos descubren mucho más tarde, para su disgusto y pesar, y es que leyendo en voz alta la gente se queda dormida. Mi voz era monótona, o leía mal, o los libros que leía eran aburridos. Inevitablemente mis oyentes se dormían apoyados en mis hombros, cosa que, por supuesto, no me indujo a abandonar esta práctica. Tampoco estas experiencias modificaron la opinión que abrigaba de estos amiguitos, no; insensiblemente llegué a la conclusión de que los libros no son para todos, criterio que todavía sostengo. El último consejo que daría en esta tierra es

que alguien aprenda a leer. Si por mí fuese, primero me ocuparía de que un muchacho aprenda carpintería, albañilería, jardinería, caza o pesca. Primero las cosas prácticas; después los lujos. Y los libros son lujos. Espero, por supuesto, que el niño normal baile y cante desde la infancia. Y que practique algunos juegos. Yo fomentaría esas tendencias con todas mis energías. Pero la lectura de libros puede esperar.

Jugar... Ah, éste constituye por sí solo todo un capítulo de la vida. Me refiero principalmente a los juegos al aire libre, los juegos de los niños pobres en las calles de las grandes ciudades. A duras penas resisto la tentación de extenderme sobre este asunto mientras escribo un libro completamente distinto.

No obstante, la niñez es un tema del cual nunca me canso. Tampoco me cansa el recuerdo de los juegos desordenados y gloriosos con que nos entreteníamos día y noche en las calles, como tampoco los personajes con los cuales entablé amistad y que a veces endiosaba, como tienden a hacer los muchachos. Compartí todas mis experiencias con mis camaradas, incluso la experiencia de la lectura. Con mucha insistencia he mencionado en mis escritos la asombrosa erudición que desplegábamos en nuestras discusiones sobre los problemas fundamentales de la vida. Temas como el pecado, el mal, la reencarnación, el buen gobierno, la ética y la moral, la naturaleza de la divinidad, Utopía y la vida en otros planetas, todo esto era pan y vino para nosotros. Mi verdadera educación comenzó en la calle, en los terrenos baldíos, durante los fríos días de noviembre, o en las esquinas, de noche, muchas veces con los patines puestos. Naturalmente, uno de los temas de eterna discusión para nosotros eran los libros, los libros que estábamos leyendo en esos momentos y que hasta nos era vedado saber que existían. Parece extravagante decirlo, lo sé, pero creo que solamente los grandes intérpretes de la literatura pueden rivalizar con el muchacho callejero cuando de extraer el sabor y la esencia de un libro se trata. En mi humilde opinión, el muchacho está más cerca de la comprensión de Jesús que el sacerdote, mucho más cerca de Platón, en sus opiniones sobre el gobierno, que las figuras políticas de este mundo.

Durante este dorado período de la niñez, introdujeron de pronto en mi mundo de libros una biblioteca completa de libros para jóvenes, contenida en un hermoso mueble de nogal, con puertas de cristal y anaqueles móviles. Pertenecía a la colección de un inglés, Isaac Walker, el predecesor de mi padre, quien gozaba la distinción de haber sido uno de tos primeros sastres comerciales de Nueva York. Cuando repaso ahora estos libros mentalmente, me parece verlos hermosamente encuadernados, con los títulos por lo general grabados en oro, así como también los diseños de las portadas. El papel era grueso y brillante, y los tipos redondos y claros. En suma, eran libros de lujo en todos los sentidos. Tan prohibitivo, por lo elegante, me resultaba su aspecto, que tardé cierto tiempo en atreverme a tomarlos entre mis manos.

Lo que estoy por relatar es una cosa curiosa Se relaciona con mi profunda y misteriosa aversión por todo lo inglés. Creo decir la verdad si afirmo que el motivo de esta antipatía tiene una profunda conexión con la lectura de la pequeña biblioteca de Isaac Walker. La profundidad de mi disgusto cuando me familiaricé con el contenido de estos libros, puede inferirse por el hecho de que olvidé por completo los títulos. Uno de ellos, sin embargo, me ronda en la memoria, pero ni siquiera tengo la certeza de que sea exacto: *A Country Squire.* El resto ha quedado en blanco. He de expresar en pocas palabras la naturaleza de mi reacción. Por primera vez en mi vida capté el significado de la melancolía y la morbidez. Todos esos libros elegantes parecían envueltos en un velo de densa niebla. Inglaterra se convirtió para mí en un país rodeado de impenetrable oscuridad, maldad, crueldad y tedio. Ni un rayo de luz brotó de esos libros mustios. Eran barro primordial en todos los planos. Por intenso e irracional que sea este pensamiento, tal cuadro de Inglaterra y de la vida inglesa persistió hasta bien entrado en mis años maduros, para ser sincero, hasta el momento en que visité Inglaterra y tuve oportunidad de conocer a los ingleses en su propia salsa. (Debo admitir, sin embargo, que mi primera impresión de Londres coincidió mucho con el cuadro que me había formado durante mi niñez, impresión que nunca llegó a disiparse del todo.)

Cuando leí a Dickens, estas primeras impresiones se corroboraron y robustecieron, por supuesto. Tengo muy pocos recuerdos agradables vinculados con la lectura de Dickens. Sus libros eran sombríos, terroríficos en algunas partes, y por lo general agotadores. De todos

ellos *David Copperfield* se destaca como el más agradable, el que más se aproximaba a lo humano, según la concepción que entonces yo tenía del mundo. Por fortuna hubo un libro, obsequiado por una tía, que sirvió para corregir en mí esta noción negativa de Inglaterra y del pueblo inglés. El título de este libro, si no me equivoco, era *A Boy's History of England* (Historia de Inglaterra para Niños), de Ellis. Recuerdo nítidamente el placer que me dio la lectura de este libro. Estaban, además, los libros de Henty, que también leía o que acababa de leer poco antes, y de los cuales adquirí una noción distinta del mundo inglés. Pero los libros de Henty trataban de proezas históricas, mientras que los libros de la colección de Isaac Walker versaban sobre el pasado inmediato. Años después, cuando di con las obras de Thomas Hardy, reviví estas reacciones infantiles... me refiero a las malas. Sombríos, trágicos, repletos de percances e infortunios accidentales o coincidentes, los libros de Hardy me obligaron a ajustar una vez más mi cuadro "humano" del mundo. Por último me vi forzado a emitir juicio sobre Hardy. A pesar de todo el aire de realismo que impregnaba sus libros, debo admitir ante mí mismo que no se ajustaban a la "realidad de la vida". Yo quería que mi pesimismo fuese "directo".

Cuando regresaba de Francia a Norteamérica conocí a dos personas que hablaban maravillas de un escritor inglés del que nunca había oído hablar hasta entonces Claude Houghton. Muchas veces se dice de él que es un "novelista metafísico". De todas maneras Claude Houghton ha hecho más que cualquier inglés, con excepción de W. Travers Symons —¡el primer "caballero" que he conocido jamás!—, para modificar profundamente mi imagen de Inglaterra. He leído la mayoría de sus obras. Haya sido buena o mala su actuación, los libros de Claude Houghton me cautivan. Muchos norteamericanos conocen *I Am Jonathan Scrivener* (Yo Soy Jonathan Scrivener), que serviría para realizar una magnífica película como sucede con algunas otras de sus obras. Sus *Julián Grant Loses His Way* (Julián Grant Pierde el Camino), una de mis preferidas, y *All Change, Humanity!* (¡Todo Cambia, Humanidad!), son menos conocidas y es lamentable.

Pero uno de los libros de Claude Houghton —toco aquí un tema que espero ampliar más adelante— parece haber sido escrito especialmente *para mí.* Se llama *Hudson Rejoins the Herd* (Hudson Vuelve al Rebaño). En una extensa carta al autor expliqué el motivo por el cual me parece que es así. Esta carta se dará a la publicidad algún día. Lo que me asombró tanto al leer este libro fue que parecía dar un cuadro sumamente íntimo de mi vida durante cierto período crucial. Las circunstancias externas estaban "deformadas", pero las interiores resultaban alucinantemente reales. Yo no habría podido hacerlo mejor. Por un tiempo me pareció como si mediante algún misterioso recurso Claude Houghton hubiese logrado acceso a estos hechos y acontecimientos de mi vida. No obstante, en el curso de nuestra correspondencia, no tardé en descubrir que todas sus obras son imaginativas. Quizá le sorprenda al lector enterarse de que tal coincidencia me parezca "misteriosa". ¿Acaso las vidas y los personajes imaginarios de las novelas no concuerdan muchas veces con equivalentes reales? Por supuesto. Pero a pesar de todo sigo impresionado. Los que creen conocerme íntimamente deberían dar un vistazo a este libro.

Y ahora, sin ningún motivo, a menos que sea una reminiscencia del fulgor de mi adolescencia, brota en mi mente el nombre de Rider Haggard. Este es uno de los escritores que figuran en la lista de cien libros que preparé para Gallimard. ¡He aquí un autor que me tuvo en sus garras! El contenido de sus libros es vago y deshilachado. Sólo puedo recordar algunos títulos: *Ella, Ayesba, Las Minas del Rey Salomón y Alian Quatermain.* Sin embargo, cuando pienso en ellos el mismo escalofrío recorre mi espalda, que cuando revivo el encuentro entre Stanley y Livingstone en las entrañas del África. Tengo la seguridad de que cuando lo relea, cosa que pienso hacer en breve, hallaré, como me sucediera con Henry, que mi memoria se tornará asombrosamente viva y fecunda.

Terminado este período de la adolescencia, resulta cada vez más difícil hallar un autor capaz de producir un efecto que se parezca en algo al creado por las obras de Rider Haggard. Por razones por el momento inescrutables, *Trilby* estuvo a punto de lograrlo. *Trilby* y *Péter Ibbetson* son libros excepcionales. El que provengan de un dibujante de mediana edad, famoso por su diseños en -Punch-, es más que interesante. En la introducción de *Peter*

Ibbetson, editada por la Modern Library, Deems Taylor relata que "caminando una noche en High Street Bayswater, con Henry James, Du Maurier ofreció a su amigo la idea de escribir una novela y procedió a desplegar el argumento de *Trilby". "*James —dice— declinó el ofrecimiento". *Por fortuna,* acotaría yo. Imagino con terror lo que habría hecho Henry James de un tema así.

Lo extraño es que el hombre que me puso sobre la pista de Du Maurier también depositó en mis manos *Bouvard et Pécuchet* de Flaubert, que no abrí sino treinta años después. Ese hombre había entregado ese libro y *Sentimental Education* (Educación Sentimental) a mi padre en pago por una pequeña deuda. Mi padre, por supuesto, se disgustó. Con la *Sentimental Education* (Educación Sentimental) hay una asociación extraña. En alguna parte Bernard Shaw dice que no se pueden apreciar ciertos libros y que, en consecuencia, no se los debe leer hasta después de los cincuenta años. Uno de los que citó fue su famoso trabajo sobre Flaubert. Este es otro de los libros, como *Tom Jones y Moll Flanders,* que me propongo leer algún día, particularmente porque "he llegado a ser adulto".

Pero volviendo a Rider Haggard... es extraño que un libro como *Nadja,* de André Bretón, deba vincularse de alguna manera con las experiencias emotivas engendradas por la lectura de las obras de Rider Haggard. Creo que en la *Crucifixión Rosada* me explayé con cierta extensión —¿o fue en *Remember to Remember?* (Recordar para recordar)— sobre el hechizo que siempre proyecta *Nadja* sobre mi ser. Cada vez que lo leo, siento la misma turbulencia interior, la misma deliciosa y un tanto aterrorizada sensación que nos posee, por ejemplo, cuando nos encontramos completamente desorientados en la negrura azabache de una habitación que conocemos como la palma de su mano. Recuerdo haber escogido una parte del libro que me recordaba vividamente mi primer escrito en prosa, o por los menos el primero que presenté a un editor. (En el momento de escribir estas líneas caigo en la cuenta de que esta declaración no es del todo cierta, porque mi primerísimo escrito fue un ensayo sobre *El Anticristo* de Nietzche, que escribí para mí mismo en el taller de mi padre. Además el escrito que presenté a un editor es anterior en varios años al trabajo mencionado; se trataba de un artículo de crítica que había enviado a la revista *Black Cat* y que, con la consiguiente sorpresa, fue aceptado y pagado con 1,75 dólares o algo parecido, bastándome en esa ocasión este magro pago para ponerme sobre ascuas, para hacerme tirar a la cuneta un sombrero flamante, donde fue aplastado inmediatamente por un camión que pasaba.)

Por qué un escritor de la envergadura de André Bretón guardará relación en mi mente con Rider Haggard habiendo tantos escritores, es una cosa que requeriría páginas para explicarlo. Puede que al final de cuentas la asociación no sea tan recóndita, considerando las fuentes peculiares que sirvieron de inspiración, alimento y corroboración a los surrealistas. Todavía *Nadja* es un libro sin parangón, a mi entender. (Las fotografías que acompañan al texto tienen valor propio). De todos modos, es uno de los pocos libros que he releído varias veces sin que se disipara el encantamiento original. Creo que esto basta para destacarlo.

La palabra que me he abstenido deliberadamente de anotar cuando me refería a Rider Haggard y *Nadja* es "misterio". Esta palabra, tanto en singular como en plural, la he reservado para referirme a mis deliciosas y fértiles asociaciones con el diccionario y la enciclopedia. Muchas veces he perdido días enteros en la biblioteca pública buscando palabras o temas. También aquí, para ser veraz, debo decir que los días más maravillosos los pasé en mi hogar, con mi excelente compañero Joe O'Regan. Tristes días invernales, cuando los alimentos escaseaban y la esperanza o la idea de obtener empleo se esfumaba. Entremezclados con las incursiones en los diccionarios y enciclopedias hay recuerdos de otros días o noches pasados íntegramente jugando al ajedrez o al tenis de mesa, o pintando con colores al agua, tareas a las que nos entregábamos como monomaniáticos.

Una mañana, cuando escasamente me había levantado de la cama, me dirigí a mi enorme diccionario no abreviado Funk *&* Wagnall buscando una palabra que había acudido a mi mente al despertar. Como de costumbre, una palabra condujo a otra, porque, ¿qué es el diccionario sino la forma más sutil del "juego de circuito" enmascarado a guisa de libro? Con Joe a mi lado, Joe el eterno escéptico suscitóse una discusión que duró todo el día y toda la noche, sin amainar en ningún momento la búsqueda de más y más definiciones. Debido a Joe

O'Regan, quien tantas veces me había estimulado a poner en tela de juicio todo lo que yo había aceptado ciegamente, despertaron mis primeras sospechas sobre el valor del diccionario. Hasta ese momento había tomado al diccionario como la última palabra, tal como se hace con la Biblia.

Creía, como todo el mundo cree, que obteniendo la definición se obtiene el significado —lo que yo diría la "verdad"— de una palabra. Pero ese día, pasando de derivación en derivación, tropezando así con, los más asombrosos cambios de significado, con contradicciones e inversiones de significados anteriores, todo el andamiaje de la lexicografía comenzó a tambalearse y ceder. Buscando el "origen" más remoto de una palabra, observé que me encontraba frente a un muro de piedra. ¡A todas luces era imposible que las palabras que examinábamos hubiesen entrado en el lenguaje humano en los puntos indicados! Volver nada más que al sánscrito, el hebreo el islandés (¡y cuan maravillosas palabras surgen del islandés!) no era nada, en mi opinión. La historia se había retrotraído más de mil años y allí estábamos, varados en el vestíbulo de los tiempos modernos, por así decirlo. El que tantas palabras de connotación metafísica y espiritual, que los griegos empleaban libremente, hubiesen perdido todo significado, nos dejaba perplejos. Para abreviar, diré que al poco tiempo llegamos a la conclusión de que el significado de una palabra cambiaba, desaparecía por completo o se convertía en su opuesto, según la época el lugar y la cultura del pueblo que utilizaba el término. La sencilla verdad de que la vida es tal como la hacemos, tal como la vemos con todo nuestro ser, y no lo que se nos da objetiva, histórica o estadísticamente, también se aplica al idioma. Quien menos parece comprender esto es el filólogo. Pero sigamos adelante, del diccionario a la enciclopedia...

Fue natural, al saltar de significado en significado, al observar los *usos* de las palabras cuyos orígenes trazábamos, que para un estudio más completo y profundo tuviésemos que echar mano de la enciclopedia. Al final de cuentas el proceso de la definición es de referencias y de referencias cruzadas. Para saber el significado de una palabra dada es menester conocer las palabras que, por así decirlo, son marginales a ella. El significado nunca es dado directamente: se infiere, se deduce o se destila. Y quizá esto se debe a que no se conoce la fuente original

¡Pero la enciclopedia! ¡Ah, puede que allí pisemos terreno firme! Examinaríamos temas y no palabras. Descubriríamos de dónde surgieron estos símbolos mistificadores por los cuales los hombres han combatido y sangrado, y se han torturado y matado los unos a los otros. Ahora bien, existe un maravilloso artículo en la *Encyclopedia Britannica* (la célebre edición) sobre "Misterios" y, si se desea pasar un día agradable, entretenido e instructivo en la biblioteca, conviene empezar siempre con una palabra como "misterios". Esta palabra lleva al lector a lo lejos y a lo ancho, lo envía a su casa trastabillando, indiferente a las comidas, al sueño y a otras exigencias del sistema autónomo. ¡Pero jamás se logra esclarecer el misterio! Además si, como por lo general suele hacer el buen catedrático, usted se ve obligado a recurrir de las "autoridades" seleccionadas por los sabihondos enciclopédicos a otras "autoridades" sobre el mismo tema, no tardará en descubrir que su respeto y reverencia por la sabiduría acumulada que mora en la enciclopedia se esfuma y se pulveriza. Conviene adquirir una actitud de desafío frente a tanto saber enterrado. ¿Quiénes, al final de cuentas, son estos maestros enterrados en las enciclopedias? ¿Son las autoridades finales? ¡No, en absoluto! La autoridad final siempre tiene que ser uno mismo. Estos maestros embrujados han "trabajado sobre el terreno" y cultivaron mucha sabiduría. Pero no es divina y ni siquiera es la suma de la sabiduría humana (en cualquier tema) lo que nos ofrecen. Han trabajado como hormigas y castores, y por lo general con tan poco sentido del humor y con tan escasa imaginación como esas humildes criaturas. Una enciclopedia elige a sus autoridades, otra elige a *otras* autoridades. Las autoridades siempre son opio en el mercado. Al terminar de hablar con ellas se sale sabiendo muy poco del tema que motivó la consulta y mucho más de otras cosas que no vienen al caso. La mayoría de las veces uno termina sumido en la desesperanza, la duda y la confusión. Si algo se gana, es en el empleo más ingenioso de la facultad de interrogar, la facultad que exalta Spengler y que distingue como la principal contribución que hiciera Nietzsche.

Cuanto más pienso en esto, más creo que la contribución que sin quererlo me han hecho los hacedores de enciclopedias fue fomentar la indolente y placentera búsqueda de saber, que es el más tonto de todos los pasatiempos. Leer la enciclopedia fue como ingerir una droga, una de esas drogas que dicen que carece de efectos nocivos y no produce hábito. Tal como los sólidos, estables y sensatos chinos de la antigüedad, me parece que el opio es mejor. Si queremos relajarnos para gozar la liberación de toda ansiedad, si queremos estimular la imaginación —¿y qué podría conducir mejor a la salud mental, moral y espiritual?— entonces diría que el empleo juicioso del opio es mucho mejor que la droga espuria de la enciclopedia.

Mirando retrospectivamente mis días en la biblioteca —¡curioso que no recuerde mi primera visita a una biblioteca!— los comparo con los días que pasa el opiómano en su pequeña celda. Acudía regularmente en busca de mi "dosis" y la obtenía. Muchas veces leía al azar cualquier libro que llegase a mi poder. A veces me enfrascaba en obras técnicas, en manuales o en curiosidades literarias. En la sala de lecturas de la biblioteca de la Calle 42 de Nueva York había un anaquel, recuerdo, que estaba repleto de mitologías (de muchos países y muchos pueblos) y que devoré como una rata muerta de hambre. A veces, como animado por ardiente misión, solamente taladraba las nomenclaturas. En otras ocasiones me parecía imperioso —y realmente *era* imperioso, tan profundo era mi trance— estudiar los hábitos de las morsas o las ballenas, o de las mil y una variedades de ofidios. Una palabra encontrada por primera vez, como "eclíptica", era capaz de lanzarme a una persecución que duraba varias semanas, dejándome por último encallado en las profundidades estelares de este lado de Escorpión.

Debo hacer aquí una digresión para mencionar los libritos que uno encuentra accidentalmente y cuyo impacto es tan grande que uno los valora más que filas enteras de enciclopedias y otros compendios del conocimiento humano. Estos libros, de microcósmico tamaño pero de monumental efecto, podrían parangonarse con las piedras preciosas ocultas en las entrañas de la tierra. Como las gemas, estos libros tienen un carácter cristalino o "primordial" que les proporciona una calidad sencilla, inmutable y eterna. Su número y su variedad son casi tan limitados como los cristales de la naturaleza. Mencionaré al azar dos que encontré mucho después del período a que me refiero, pero que ilustran mi pensamiento. Uno es *Symbols of Revelation* (Símbolos de Revelación), de Frederick Cárter, al que conocí en Londres en circunstancias extrañas; el otro es *The Round,* firmado con el seudónimo de Eduardo Santiago. Dudo que en este mundo haya cien personas que se interesarían en este último libro. Es uno de los más extraños que conozco, aunque el tema, la apocatástasis, es uno de los temas perennes de la religión y la filosofía. Una de las cosas más monstruosas de esta única y limitada edición de la obra, es el error de ortografía cometido por el impresor. A lo alto de todas las páginas, con letra llamativa, dice: APOCASTASIS. Pero más monstruoso todavía, algo que haría trepidar de espanto a los que aman a Blake, es la reproducción de la mascarilla de William Blake (de la National Portrait Gallery de Londres) que aparece en la página 40.

Como he hablado con cierta extensión del uso del diccionario, de las definiciones y del hecho de que no definen, y dado que el lector común no tenderá a reconocer la importancia de una palabra como apocatástasis, quisiera reproducir tres definiciones ofrecidas por el diccionario no abreviado Funk & Wagnall:

-1.—Regreso a o hacia un lugar o condición previa; restablecimiento; restauración completa.

-2.—*Teología.* Restauración final a la santidad y favor de Dios para todos los que murieron impenitentes.

-3.—*Astronomía.* Retorno periódico de un cuerpo giratorio al mismo punto de su órbita.-

En una nota al pie de la página 4, Santiago consigna lo siguiente, tomado de *Virgile,* por J. Carcopino (París, 1930):

"Apocatástasis es la palabra que los caldeos ya usaban para describir el retorno de los planetas, en la esfera celeste, a los puntos simétricos a su partida. También es la palabra que empleaban los médicos griegos para describir el retorno del paciente a la salud."

En cuanto al librito de Frederick Cárter —*Symbols of Revelation*— quizá sea interesante

saber que el autor de este libro proporcionó a D. H, Lawrence un material de incalculable valor para escribir *Apocalypse.* Sin saberlo, Cárter también me proporcionó, por medio de su libro, el material y la inspiración con los cuales espero algún día escribir *Draco and the Ecliptic* (Dracón y la Eclíptica). Creo que esta obra, sello o piedra cumbre de mis "novelas autobiográficas", según las llaman, será una obra condensada, transparente y alquímica, fina como una oblea y absolutamente hermética.

El más grande de todos los libritos es, por supuesto, el *Tao Teh Ch'ing.* Presumo que no solamente constituye un ejemplo de suprema sabiduría sino que también es excepcional en su condensación del pensamiento. Como filosofía de la vida no solamente tiene coherencia con los sistemas de pensamiento más voluminosos propuestos por otras grandes figuras del pasado, sino que, a mi entender, los supera en todos los sentidos. Posee un elemento que lo separa por completo de otras filosofías de la vida: el *humor.* Aparte el célebre seguidor de Lao-tse que viene varios siglos después, no volvemos a encontrar humor en estas encumbradas regiones hasta Rabelais. Siendo médico, además de filósofo e imaginativo escritor, Rabelais hace aparecer el humor como lo que realmente es: el gran emancipador. Pero al lado del suave, sagaz y espiritual iconoclasta de la antigua China, Rabelais parece un cruzado desaliñado. Quizá el Sermón de la Montaña sea la única pieza breve de sabiduría que podría compararse al evangelio en miniatura de sabiduría y salud de Lao-Tse; puede que sea un mensaje más espiritual que el de Lao-tse, pero dudo que contenga mayor sabiduría. Está, por supuesto, totalmente desprovisto de humor.

Dos libritos de literatura pura, que pertenecen a una categoría apropiada a mi manera de pensar, son *Seraphita* de Balzac y *Siddharta* de Hermann Hesse. Leí por primera vez *Seraphita* en francés, en una época en que mi francés no era nada bueno. El hombre que dejó el libro en mis manos empleó esa refinada estrategia de que hablé previamente: no dijo casi nada sobre el libro, excepto que era un libro *para mí.* Viniendo de él, el incentivo bastó. Había sido realmente un libro "para mí". Llegó exactamente en el momento oportuno de mi vida y ejerció con toda precisión el efecto deseado. Desde entonces, si pudiera expresarlo así, "experimenté" con él entregándolo a personas que no estaban preparadas para leerlo. Con estos experimentos aprendí mucho. *Seraphita* es uno de esos libros realmente raros que se abren paso solos. "Convierten" a un hombre o lo aburren y lo contrarían. La propaganda nada puede hacer por fomentar su difusión. En efecto, su virtud radica en esto, en que nunca son leídos con provecho, salvo por unos pocos elegidos. ¿Acaso no conocemos la exclamación de ese joven estudiante vienes que, abordando a Balzac en la calle, imploró permiso para besar la mano que escribió *Seraphita?* Las modas, sin embargo, no tardan en extinguirse y es una suerte que así sea, porque sólo entonces emprende un libro su verdadera jornada camino de la inmortalidad.

Leí por primera vez *Siddhartha* en alemán, después de no haber leído nada en ese idioma desde por lo menos treinta años. Era un libro que tenía que leer a toda costa porque, según me dijeron, fue el fruto de la visita de Hesse a la India. No había sido traducido al inglés y en esa época me resultaba difícil conseguir la versión francesa de 1935, editada por Grasset en París. Pero de pronto me encontré con dos ejemplares en alemán, uno que me envió mi traductor Kurt Wagenseil, y el otro, la esposa de George Dibbern, autor de *Quest.* Apenas hube terminado de leer la versión original, cuando mi amigo Pierre Laleure, librero de París, me envió varios ejemplares de la edición de Grasset. Inmediatamente releí el libro en ese idioma, para descubrir con la consiguiente satisfacción que no había perdido para nada el aroma ni la sustancia del libro debido a mis escasos conocimientos de alemán. Muchas veces desde entonces he comentado a mis amigos, y hay verdad en la exageración, que aunque *Siddhartha* solamente hubiese estado disponible en turco, finés o húngaro, lo habría comprendido igual, aunque no conozco ni una palabra de esas extrañas lenguas.

No es del todo exacto decir que experimenté el imperioso deseo de leer este libro porque Hermann Hesse haya estado en la India, sino porque la palabra Siddhartha era un adjetivo que siempre yo había asociado con Buda y, por lo tanto, me abrió el apetito. Mucho antes de aceptar a Jesucristo, había abrazado a Lao-tse y a Gautama el Buda. ¡El príncipe de la ilustración! De alguna manera ese apelativo nunca pareció cuadrar para Jesús. Mi concepción

del dulce Jesús era la de un hombre atribulado. La palabra ilustración tocó en mí una cuerda armónica; bien o mal, pareció quemar todas las demás palabras asociadas con el fundador del cristianismo. Me refiero a palabras como pecado, culpa, redención y así sucesivamente. Hasta hoy todavía prefiero el gurú a un santo cristiano o al mejor de los doce discípulos. En torno al gurú siempre brilla y siempre brillará ese aura, tan preciosa para mí, de la "ilustración".

Quisiera hablar extensamente de *Siddharta,* pero, tal como sucede con *Seraphita,* sé que cuanto menos diga tanto mejor. En consecuencia, me conformaré con citar —para beneficio de los que saben leer entre líneas— algunas palabras tomadas de un boceto autobiográfico de Hermann Hesse en el número de *Horizon* de Londres aparecido en septiembre de 1946.

También hallé completamente justo otro reproche que (sus amigos) me hicieron: me acusaron de que carecía de sentido de la realidad. Ni mis escritos ni mis pinturas coinciden de hecho con la realidad, y al componer muchas veces olvido todas las cosas que el lector educado exige de un buen libro, y, más que nada, me falta un verdadero *respeto* por la realidad.

Veo que inadvertidamente he tocado uno de los vicios o debilidades del lector demasiado apasionado. Lao-tse dice que "cuando un hombre que pretende reformar el mundo emprende la tarea, comprueba fácilmente que la tarea no tendrá fin". ¡Demasiado cierto, por desgracia! Cada vez que me siento impulsado a abogar por un nuevo libro —con todos los poderes que hay en mí— creo más trabajo, más angustia, más frustración para mí mismo. He hablado de mi manía de escribir cartas. He dicho que tomo asiento, después de cerrar un buen libro, para informar a todos mis amigos sobre él. ¿Admirable? Puede que sí. Pero también es una tontería y un derroche de tiempo. Los mismos hombres que trato de interesar —críticos y editores— son los que menos se entusiasman por mis entusiastas pregones. En verdad he llegado a creer que mi recomendación basta para que los directores y editores pierdan interés en un libro. Todo libro que patrocino o para el cual escribo un prefacio o comentario, parece condenado al fracaso. Creo que quizá por debajo de esta situación haya una ley profunda y justa. Expresaré como mejor pueda esta ley no escrita: "No te metas en el destino de otro, aunque no sea otra cosa que un libro". También voy comprendiendo más y más por qué procedo con tanta impulsividad en estas cosas. Se trata, aunque resulte triste decirlo, que me identifico con el pobre escritor al que trato de ayudar. (Para revelar un aspecto ridículo de la situación, diré que algunos de estos autores están muertos desde hace mucho tiempo. ¡Ellos me ayudan a mí y no yo a ellos!). Por supuesto, siempre lo planteo ante mí mismo de esta manera: "¡Qué lástima que Fulano de Tal no haya leído este libro! ¡Cómo le agradaría! ¡Cuánta sustancia tiene!" Nunca dejo de pensar que los libros que otros encuentran por su cuenta pueden servir igualmente bien.

Fue debido a mi exagerado entusiasmo por libros como *The Absolute Collective* (El Colectivo Absoluto), *Quest, Blue Boy* (Niño Azul), *Interlinear to Cabeza de Vaca,* el *Diario* de Anais Nin (que todavía existe sólo en manuscrito) y otros, muchos otros, por lo que comencé a importunar a la perversa y huidiza tribu de directores y editores que dictan al mundo lo que debemos leer o no. Con respecto a dos escritores en particular, he escrito las cartas más ardientes y urgentes imaginables. Un niño de escuela no habría sido más entusiasta e ingenuo que yo. Recuerdo que al escribir una de estas cartas hasta lloré. Iba dirigida al director de una colección de libros de bolsillo bien conocida. ¿Creen ustedes que el individuo se conmovió por mi irrefrenable emoción? Tardó exactamente seis meses en contestar, pero dijo, con ese estilo frío e hipócrita que emplean muchas veces los directores de editoriales, que con profundo pesar "ellos" (siempre los caballos negros) habían llegado a la conclusión (la cantilena de siempre) de que mi hombre no era conveniente para su colección. Gratuitamente citaron las excelentes ventas que tenían Homer (muerto hace mucho) y William Faulkner, a los que habían decidido editar. La indiferencia era: búsquenos escritores como estos y morderemos el anzuelo. Por fantástico que parezca, es la verdad. Es exactamente la manera de pensar de los editores.

No obstante, este vicio mío, según veo, es inofensivo comparado con los de los fanáticos políticos, los intrigantes militares, los cruzados del vicio y otros tipos detestables. Al propalar al mundo mi admiración y afecto, mi gratitud y reverencia, por dos escritores franceses vivos,

Blaise Cendrars y Jean Giono, no creo hacer ningún daño. Quizá peque de indiscreto; quizá se me considere un bobo ingenuo, quizá se me critique con justicia o no por mi gusto o por mi falta de gusto; quizá sea culpable, en el más elevado sentido, de “manosear” el destino de los demás; quizá me rebaje por convertirme en un “propagandista” más, ¿pero acaso perjudico a alguien? Ya no soy joven. Tengo, para ser exacto, cincuenta y ocho años. (-Je me nomme Louis Salavin-). En lugar de ser menos apasionado con los libros, encuentro que sucede lo contrario. Quizá mis extravagantes manifestaciones contengan un elemento de insensibilidad, pero nunca fui lo que se llama “discreto” o “delicado”. El mío es un toque tosco, pero honesto y sincero, de todos modos. Así, si soy culpable, pido perdón de antemano a mis amigos Giono y Cendrars. Les ruego que me desahucien si vuelco el ridículo sobre sus cabezas. Pero no me abstendré de hablar. El curso de las páginas precedentes, el curso de toda mi vida, en efecto, me lleva a esta declaración de amor y adoración.

CAPÍTULO III

BLAISE CENDRARS

Cendrars fue el primer escritor que se dignó mirarme durante mi estancia en París y el último hombre que vi al abandonar esa ciudad. Me quedaban contados minutos para alcanzar el tren para Rocamadour y bebía una última copa en la terraza de mi hotel, cerca de la Puerta de Orleans, cuando apareció Cendrars. Nada habría podido alegrarme más que este inesperado encuentro de última hora. En pocas palabras le referí mi intención de visitar Grecia. Después volví a tomar asiento y bebí escuchando la música de su voz sonora, que para mí siempre pareció provenir de algún órgano oculto en el mar. En esos últimos minutos Cendrars consiguió transmitirme un mundo de información con la misma calidez y ternura que rezuman sus libros. Como la tierra misma bajo nuestros pies, sus pensamientos llegaban acribillados por toda suerte de pasajes subterráneos. Lo dejé sentado allí en mangas de camisa, sin soñar jamás que transcurrirían años hasta volver a tener noticias suyas, sin soñar jamás que quizá sería la última vez que vería París.

Había leído todo lo que se había traducido de Cendrars antes de llegar a Francia, o sea casi nada. Mi primer bocado de él en su propio idioma lo percibí en una época en que mi francés no era nada aceptable. Comencé con *Moravagine,* libro de ninguna manera fácil para quien sabe poco francés. Lo leí lentamente, con el diccionario a mi lado, entre taza y taza de café. Lo comencé en el Café de la Liberté, esquina de la rue de la Gaieté y el Boulevard Edgar Quinet. Recuerdo el día perfectamente. Si Cendrars llega a leer alguna vez estas líneas, quizá se sienta complacido o hasta conmovido al saber que en esa sucia pocilga abrí por primera vez su libro.

Moravagine era probablemente el segundo o tercer libro que trataba de leer en francés. El otro día, tras un lapso de unos dieciocho años, lo releí. ¡Cuál no fue mi asombro al comprobar que pasajes enteros habían quedado grabados en mi memoria! ¡Y eso a pesar de que me parecía que mi francés era deficiente! He aquí uno de los pasajes que recuerdo con tanta claridad como el día en que lo leí por primer vez. Comienza al principio de la página 77 (Editions Grasset, 1926).

Os hablo de cosas que trajeron cierto alivio al principio. También estaban en el agua, que gorgoteaba a intervalos, y los grifos del excusado... Una indecible desazón se apoderó de mi ser.

(¿Esto no le transmite nada, mi querido Cendrars?)

Pienso inmediatamente en otros dos pasajes más profundamente grabados todavía en mi mente —pertenecen a *Une Nuit dans la Foreí*— que leí unos tres años más tarde. No los cito para hacer alarde de memoria sino para revelar un aspecto de Cendrars cuya existencia sus lectores ingleses y norteamericanos quizá no sospechen.

1. Yo, el hombre más libre que pueda existir, reconozco que siempre hay algo que nos liga: que la libertad y la independencia no existen, y desprecio rotundamente mi impotencia, pero al mismo tiempo gozo con ella.

2. Más y más comprendo que siempre he llevado una vida contemplativa. Soy una especie de brahmán al revés, que medita sobre sí mismo entre la barahúnda y que, con todas sus fuerzas, se disciplina a sí mismo y desdeña la existencia. O el boxeador y su sombra que, furioso, calmosamente, manoteando al vacío, observa su forma. ¡Cuánto virtuosismo, cuánta ciencia, cuánto equilibrio en la facilidad con que acelera! *Después uno debe aprender a aceptar el castigo con igual imperturbabilidad.* Sé aceptar el castigo y con serenidad fructifico y con serenidad me destruyo a mí mismo en suma, trabajo en el mundo no tanto para gozar como para que otros gocen (son los reflejos de los demás los que me infunden placer, no los míos). Sólo un alma henchida de desesperanza podría alcanzar alguna vez la serenidad, y para estar en la desesperanza se debe haber amado mucho y *amar todavía al mundo.*

Es probable que estos dos pasajes hayan sido citados muchas veces y sin duda serán citados muchas más a medida que pasen los años. Son memorables y auténticamente del autor. Quienes sólo conocen *Sutter's Gold* (El Oro de Sutter), *Panamá* y *On the Transsiberian* (En el Transiberiano), que es casi todo lo que el lector norteamericano llega a conocer, se preguntarán realmente al leer los pasajes que anteceden por qué este hombre no ha sido traducido más. Mucho antes de que tratara de hacer que Cendrars fuese mejor conocido por el público norteamericano (y por el mundo en general, bien podría añadir), John Dos Passos había traducido e ilustrado con colores al agua *Panamá, or tbe adventures of my seven uncles* (Panamá, o las aventuras de mis siete tíos).

Sin embargo lo principal que debe saberse de Blaise Cendrars es que es un hombre compuesto de muchas partes. También es hombre de muchos libros, muchos tipos de libros, y con eso no significo libros "buenos" o "malos" sino libros tan distintos entre sí que el autor da la impresión de marchar en todas direcciones al mismo tiempo. Es un hombre realmente desplegado y un escritor desplegado.

Su vida misma parece *Arabian Nights' Entertainment.* Y este individuo que ha llevado una vida superdimensional también es una rata de biblioteca. Es el más gregario de los hombres y sin embargo es un solitario. (-O mes solitudes!-) Hombre de profunda intuición e invencible lógica. La lógica de la vida. La vida primero y ante todo. La vida siempre con V mayúscula. Así es Cendrars.

Seguir su carrera desde el momento en que abandona furtivamente la casa de sus padres en Neufchátel, cuando tenía de quince a dieciséis años, hasta los días de la ocupación, cuando se refugia en Aix-en-Provence y se impone un largo período de silencio, es para hacernos dar vueltas a la cabeza. El itinerario de sus andanzas es más difícil de seguir que los viajes de Marco Polo, cuya trayectoria, dicho sea de paso, parece haberse cruzado y vuelto a cruzar un sinnúmero de veces. Uno de los motivos de la gran fascinación que ejerce sobre mí es la semejanza entre sus viajes y aventuras, y los que asocio en la memoria con Simbad el Marino o Aladino y la Lámpara Maravillosa. Las asombrosas experiencias que atribuye a los personajes de sus libros y que la mayoría de las veces ha compartido, poseen todas las cualidades de la leyenda y también la autenticidad de la leyenda. Rindiendo culto a la vida y a la verdad de la vida, se acerca más que cualquier autor de nuestros tiempos a revelar la fuente común de las palabras y los hechos. Restaura a la vida contemporánea los elementos de lo heroico, lo imaginativo y lo fabuloso. Sus aventuras lo han llevado a todas las regiones del mundo, particularmente las consideradas peligrosas e inaccesibles. (Debemos leer especialmente los primeros años de su vida para apreciar la verdad de esta declaración.). Ha convivido con toda clase de gente, entre ella bandidos, asesinos, revolucionarios y otras variedades de fanáticos. Ha ensayado no menos de treinta y seis oficios, según sus propias palabras, pero, como Balzac, da la impresión de conocer todos los oficios. Fue titiritero, por ejemplo —en los escenarios ingleses— en la época en que Chaplin debutaba allí; fue traficante de perlas y contrabandista; tuvo una plantación en América del Sur, donde amasó una fortuna tres veces consecutivas y la perdió con mayor rapidez con que la ganó. ¡Pero leamos su vida! En ella hay más cosas que cautivan la atención.

Sí, es un explorador e investigador de los hábitos y acciones de los hombres. Además ha logrado convertirse en eso plantándose en el centro de la vida, compartiendo su suerte con sus semejantes. Cuan soberbio y minucioso es este hombre que ridiculizaría la idea de que se le denomine "un estudioso de la vida". Tiene la facultad de obtener "su noticia" mediante un proceso de osmosis, nunca parece buscar nada deliberadamente. De ahí, sin duda, el por qué su propia historia siempre está entretejida con las historias de otros hombres. No cabe duda de que posee el arte de la destilación, pero lo que le interesa vitalmente es la naturaleza alquímica de todas las relaciones. Esta eterna búsqueda de lo transmutativo le permite revelar a los hombres ante sí mismos y ante el mundo; le lleva a exaltar las virtudes de los hombres, a reconciliarnos con sus defectos y debilidades, a aumentar nuestro conocimiento y respeto por lo esencialmente humano, a profundizar nuestro amor y comprensión del mundo. Es el "reportero" por excelencia porque combina las facultades del poeta, del vidente y del profeta. Innovador e iniciador, siempre el primero en prestar testimonio, nos ha dado a conocer a los

verdaderas precursores, a los verdaderos aventureros, a los verdaderos descubridores entre nuestros contemporáneos. Fue quien nos hizo apreciar el “bel aujourd'hui” más que Cualquier otro escritor.

Mientras actúa en todos los planos, halla tiempo para leer. En los largos viajes, en las profundidades del Amazonas, en los desiertos (supongo que los conoce todos, los desiertos de la tierra y los desiertos del espíritu), en la selva, en las anchurosas pampas, en los trenes, en los tranvías, los lanchones y los trasatlánticos, en los grandes museos y en las bibliotecas de Europa, Asia y África, se ha sepultado en libros, ha examinado archivos enteros, ha fotografiado documentos raros y, según tengo entendido, hasta puede haber robado libros, manuscritos y documentos valiosos de todo tipo, ¿por qué no, considerando la enormidad de su apetito por lo raro, lo curioso y lo prohibido?

En uno de sus libros recientes nos ha dicho que los alemanes (les Boches!) destruyeron o se llevaron, no recuerdo qué ocurrió, su preciosa biblioteca, preciosa para un hombre como Cendrars, que ama proporcionar los datos más exactos cuando se refiere a un pasaje de uno de sus libros preferidos. Gracias a Dios conserva viva su memoria, que funciona como una máquina fiel; memoria increíble, como atestiguarán quienes hayan leído sus libros más recientes: *La Main Coupée, l'Homme Foudroyé, Bourlinguer, Le Lotissement du Ciel, La Banlieue de Parts.*

De paso —en Cendrars casi todo lo importante parece haber sido hecho -de paso—: ha traducido las obras de otros escritores, principalmente el autor portugués Ferreira de Castro *(Forét Vierge)* y nuestro propio Al Jennings, el gran proscrito e íntimo amigo de O. Henry. ¡Qué traducción maravillosa es *Hors-la-loi,* que en inglés se llama *Through the Shadows with O. Henry* (Por las Sombras con O. Henry). Existe una especie de colaboración secreta entre Cendrars y el ser más interior de Al Jennings. En la época en que escribió sobre el particular, Cendrars todavía no había conocido a Jennings y ni siquiera había sostenido correspondencia con él. (Éste es otro libro, debo decir de paso, que nuestros editores de libros de bolsillo han pasado por alto. Hay una fortuna en él, salvo que yo haya perdido la cordura, y sería reconfortante pensar que parte de esta fortuna pudiera abrirse paso hasta los bolsillos de Al Jennings.).

Uno de los aspectos más encantadores del temperamento de Cendrars es su habilidad y disposición para colaborar con otros artistas como él. ¡Imaginémoslo editando las publicaciones de La Siréne poco después de la primera guerra mundial! ¡Qué oportunidad! A él le debemos una edición de *Les Chants de Maldoror,* la primera que apareció desde la publicación privada original que hiciera el autor en 1868. Innovador en todo, siempre minucioso, escrupuloso y exigente en sus demandas, todo cuanto surgiera de las manos de Cendrars en La Siréne es hoy una valiosa pieza para coleccionistas. Mano a mano con su capacidad para la colaboración marcha otra cualidad: su habilidad o don para tomar la iniciativa. Sea un criminal, un santo, un genio o un prometedor bisoño, Cendrars es el primero en ayudar de la manera que la persona más desea. Hablo aquí con justificable calor. Ningún escritor me ha prestado un honor más señalado que mi querido Blaise Cendrars, quien, poco después de la publicación de *Trópico de Cáncer* llamó un buen día a mi puerta para extenderme su mano de amigo. Tampoco podré olvidar el primer cordial y elocuente comentario del libro que apareció poco después en *Orbes* firmado por él. (O quizá haya sido *antes* de que apareciese en el estudio de la Villa Seurat.).

Leyendo a Cendrars —y esto es una cosa que raras veces me sucede—, hubo momentos que dejaba el libro para frotarme las manos de entusiasmo o desaliento, de angustia o desesperación. Cendrars me ha parado en el camino una y otra vez, con la implacabilidad del pistolero que nos apoya el cañón del arma en la espalda. Oh, sí, muchas veces me dejo transportar por la exaltación cuando leo la obra de un hombre. Pero ahora aludo a otra cosa que no es exaltación. Me refiero a una sensación en la cual todas las emociones propias se fusionan y confunden. Hablo de golpes abrumadores. Cendrars me ha derribado en frío. No una vez, sino muchas veces. No soy precisamente un flojo cuando de recibir un golpe en el mentón se trata. Sí, mon cher Cendrars, usted no solamente me detuvo sino que usted paró el reloj. He tardado días, semanas, a veces meses, para reponerme de estos encuentros con usted.

Aún años después puedo poner la mano en el punto donde recibí el golpe y sentir el antiguo escozor. Usted me vapuleó y me lesionó; usted me dejó herido, turbado y mareado de tantos golpes. Lo curioso es que cuanto mejor le conozco —a través de sus libros— mayor susceptibilidad adquiero. Es como si me hubiese estampado un sello indio. Avanzo con el mentón en alto, para "recibir". *Soy carne de usted,* como muchas veces he dicho. Y porque creo no ser el único, porque deseo que otros gocen esta inusitada experiencia, sigo aportando mi pequeña palabra por usted donde y siempre que pueda.

He dicho desprevenidamente: "cuanto mejor le conozco". Mi querido Cendrars, nunca llegaré a conocerlo, no como conozco a otros hombres, de eso tengo la certeza. No importa lo mucho que usted revele de sí mismo, jamás llegaré al fondo de usted. Dudo que alguien lo logre alguna vez y no es vanidad lo que me induce a expresarlo de esta manera. Usted es inescrutable como un Buda. Usted inspira, usted revela, pero usted nunca se entrega del todo. ¡No porque usted sea mezquino! No, encontrándolo a usted, sea en persona o a través de la palabra escrita, usted deja la impresión de haber dado todo lo que puede dar; en efecto, es uno de los pocos hombres que conozco y que, tanto en sus libros como en persona, dan esa "medida extra" que para nosotros lo significa todo. Usted da todo lo que *puede darse.* No es culpa suya si la médula misma de su persona excluye el análisis. Es la ley de su ser. Aunque no cabe duda de que hay hombres menos inquisitivos, menos perceptivos, menos escrutadores para quienes estas observaciones carecen de sentido, usted ha refinado de tal modo nuestra sensibilidad, ha enaltecido de tal manera nuestra conciencia, ha profundizado a tal extremo nuestro amor por los hombres y mujeres, por los libros, por la naturaleza, por mil y una cosas de la vida que solamente uno de sus propios párrafos interminables podría enumerar, que despierta en nosotros el deseo de volverlo a usted del revés para ver lo que tiene dentro. Cuando lo leo a usted o converso con usted, siempre tengo noción de su inagotable conciencia: usted no se sienta simplemente en una silla de una habitación en una ciudad de un país para decirnos lo que hay sobre su mente o dentro de su mente, sino que usted hace hablar a la silla y vibrar la habitación con el tumulto de la ciudad cuya vida es sostenida por el extremo ajetreo invisible de una nación entera cuya historia se ha convertido en la historia de usted, cuya vida es suya y la suya, de ella; y cuando usted conversa o escribe, todos estos elementos, imágenes, hechos y creaciones entran en sus pensamientos e impresiones, formando una tela que la araña que hay en usted incesantemente teje y extiende sobre nosotros, sus escuchas, hasta envolver a la creación entera, y nosotros, usted, ellos, las cosas, todo, hemos perdido identidad para encontrar nuevo significado, para encontrar nueva vida... Antes de seguir adelante quisiera recomendar dos libros sobre Cendrars a todos los que tienen interés en conocer más sobre el hombre. Ambos se intitulan *Blaise Cendrars.* Uno es de Jacques Henry Levés (Editions de la Nouvelle Critique, Paris, 1947) y el otro de Louis Parrot (Editions Pierre Seghers, Paris, 1948); este último fue terminado por el autor en su lecho de muerte. Ambos contienen bibliografías, pasajes de las obras de Cendrars y muchas fotografías tomadas en diversos períodos de su vida. Quienes no lean francés podrán adquirir un asombroso conocimiento de este enigmático individuo solamente por las fotografías. (Es sorprendente el sabor y vitalidad que los editores franceses dan a sus publicaciones mediante la inserción de viejas fotografías. Seghers ha sido particularmente emprendedor en este sentido. En su serie de libritos cuadrados, denominados *Poetes d'Ajourd'hui,* nos ha brindado una verdadera galería de figuras contemporáneas y casi contemporáneas.)

Sí, se puede deducir mucho sobre Cendrars con sólo estudiar su fisonomía. Es probable que haya sido fotografiado más que cualquier otro escritor contemporáneo. Además varios artistas célebres, entre ellos Modigliani, Apollinaire y Léger, han hecho bocetos y retratos suyos. Hojead las páginas de los dos libros que acabo de mencionar —el de Levésque y el de Parrot—; examinad bien este "guele" que Cendrars ha presentado al mundo de un millar de modos distintos. Algunos os harán llorar; otros son casi alucinantes. Hay una foto de él con uniforme tomada durante los días de la Legión Extranjera, cuando era cabo en ella. La mano izquierda, que sostiene una culata que le quema los dedos, sobresale de la capa; es una mano tan expresiva, tan elocuentísima, que si no se conoce la historia de que el brazo no está, esto lo transmitiría inequívocamente. Con esta poderosa y sensible mano izquierda ha escrito la

mayoría de sus libros, ha firmado su nombre en innumerables cartas y postales, se ha afeitado, se ha lavado, ha conducido su veloz Alfa-Romeo por los más peligrosos terrenos; con esta mano izquierda se ha abierto paso a machetazos en la selva, se ha salido con la suya en las grescas, se ha defendido, ha disparado sobre hombres y bestias, ha cargado a sus camaradas a la espalda, ha saludado con un cálido apretón a un amigo perdido de antaño y ha acariciado a las mujeres y animales que amó. Hay otra foto suya, tomada en 1921, cuando trabajaba con Abel Gance en la película llamada *La Roue,* con el eterno cigarrillo adherido a sus labios, un diente que le falta, una gorra de cúpula inmensa con un enorme pico colgando sobre una oreja. La expresión de su rostro parece sacada de Dostoievsky. En la página opuesta aparece una foto tomada por Raymone en 1924, cuando trabajaba en *l'Or (Sutter's Gold).* Allí está, plantado con los pies muy separados, la mano izquierda introducida en el bolsillo de su holgado pantalón y un mégot en sus labios, como siempre. En esta foto parece un robusto campesino de origen eslavo. Hay un expresivo resplandor en su mirada, una especie de desafío franco y optimista. -¿Qué tal, Jack, regio... *y tú?*- parece decir. Eso trasmite su mirada. Otra, tomada junto con Levésque en Tremblay-sur-Maulne en 1926, le sorprende afirmado en la cúspide de la vida. Aquí parece culminar su salud e irradia, salud, gozo y vitalidad. En 1928 tenemos la foto que ha sido reproducida a millares. Es el Cendrars del período sudamericano y se presenta formal, acicalado, bien vestido, con su cabeza coronada por un hermoso sombrero de fieltro con su suave ala vuelta hacia arriba. Hay en su mirada un fulgor ardiente y distante, como si acabase de regresar de la Antártida. (Creo que fue en este período cuando escribía o acababa de escribir *Dan Yack,* cuya primera mitad *(Le Plan de l'Aiguille)* acaba de aparecer hace poco traducida en una edición inglesa.). Pero en 1944 vemos un brochazo de *le vieux Légionnaire* en una fotografía tomada por Chardon, de Cavaillon. Aquí nos recuerda a Víctor MacLaglan encarnando al protagonista de *The Informer.* Éste fue el período de *VHomme Foudroyé,* que para mí es uno de sus libros principales. Aquí esta el hombre terrenal completamente desarrollado y compuesto por muchas ricas capas: peón, trampero, vago, camarero de restaurante, mezclador, pugilista, aventurero, marinero, soldado, matón, el hombre de una y mil experiencias duras y amargas que jamás se marchitó sino que maduró, maduró y maduró. *Un homme, quoi!* Dos fotos tomadas en 1946 en Aix-en-Provence nos ofrecen imágenes tiernas y conmovedoras de él. Una, en la cual aparece apoyado en una cerca, lo muestra rodeado por los chiquillos del barrio; les enseña un puñado de juegos de manos La otra lo sorprende caminando por una vieja y sombría calle que se curva en la lejanía. Tiene una mirada meditativa, si no triste. Es una hermosa fotografía que recuerda la atmósfera del Midi. Se camina con él en su ánimo pensativo, asaltado por pensamientos inasibles que le envuelven... Hago un esfuerzo para frenarme. Podría seguir hablando eternamente de los aspectos “fisonómicos” del hombre. Es una cara que jamás podría olvidarse. Es *humana,* eso es. Humana como las caras chinas, como las caras egipcias, cretenses y etruscas.

Muchas cosas se han dicho contra este escritor... que sus libros son de estilo cinematográfico, que son sensacionales, que exagera y deforma *a outrance,* que es prolijo y verboso, que carece de sentido de las formas, que es demasiado realista o que sus narraciones son demasiado increíbles, y así *ad infinitum.* Tomadas en conjunto, existe por supuesto una pizca de verdad en estas acusaciones, pero recordemos, *sólo una pizca.* Reflejan las impresiones del crítico a sueldo, del académico, del novelista frustrado. ¿Tendrán consistencia? Tomemos por caso su técnica cinematográfica. Pues bien, ¿acaso no vivimos en la era del cine? ¿No es éste un período de la historia más fantástico, más “increíble” que el simulacro de él que vemos desplegarse en la pantalla de plata? En cuanto a su sensacionalismo, ¿hemos olvidado a Gilíes de Rais, el Marqués de Sade, las *Memorias de* Casanova? En cuanto a la hipérbole, ¿qué hay de Píndaro? En cuanto a prolijidad y verbosidad, ¿qué pasa con Jules Romains o Marcel Proust? En cuanto a exageración o deformación, ¿qué decir de Rabelais, Swift, Céline, por mencionar una anómala trinidad? En cuanto a la falta de formas, ese asno perenne que siempre cocea en las páginas de las revistas literarias, ¿acaso no hemos escuchado a europeos cultos explayarse sobre el aspecto “vegetal” de los templos hindúes, cuyas fachadas siempre están repletas de una multitud de formas humanas,

animales y otras? ¿No los he visto torcer los labios de disgusto cuando examinan las asombrosas fluorescencias que encierran los pergaminos tibetanos? ¿No hay gusto, eh? ¿No hay sentido de las proporciones? ¿No hay control? *C'est Ça. De la mesure avant tout.* Estos nulos culturales olvidan que sus amados ejemplos, los griegos, trabajaron con bloques ciclópeos, crearon monstruosidades tanto como apoteosis de armonía, gracia, forma y espíritu; olvidan quizá que la escultura cicládica de Grecia superó en abstracción y simplificación a todo lo que Brancui o sus seguidores hayan intentado jamás. La misma mitología de estos cultivadores de la belleza, cuyo lema era "nada en extremo", es una revelación del "monstruoso" aspecto de su ser.

Oui, Cendrars está repleto de excrecencias. Hay pasajes que sobresalen de las letras de su texto como tumores. Son acotaciones, paréntesis, apartes que constituyen la esencia y sustancia de libros que vendrán todavía en el mañana. Existe una grandiosa eflorescencia y exfoliación y también hay un gran derroche de materia en sus libros. Cendrars ni enjaula ni encasilla, como tampoco se agota por completo. Cuando llega el momento de aflojar las riendas, las afloja. Cuando conviene o resulta eficaz ser breve, es breve hasta reducirse a un punto, como la daga. Para mí sus libros reflejan su falta de hábitos fijos o, mejor todavía, su habilidad para romper un hábito. (¡Signo de verdadera emancipación!) En esos engrosados párrafos que son como *une mer houleuse* y que al parecer algunos lectores no pueden sortear, Cendrars revela su espíritu oceánico. Nosotros, que arrostramos la locura del querido Shakespeare con sus explosiones elementales, ¿vamos a temer ahora estos gustos cósmicos? Nosotros que hemos deglutido el *Pantagruel* y *Gargantúa* por medio de Ur-quhart, ¿vamos a echarnos atrás ante catálogos de nombres, lugares, fechas y acontecimientos? Nosotros que hemos producido al escritor más raro de cualquier idioma —Lewis Carroll—, ¿vamos a alejarnos avergonzados del juego de palabras, de lo ridículo, de lo grotesco, de lo indecible o de lo "totalmente imposible"? Se requiere ser *hombre* para contener el aliento, como hace Cendrars cuando está a punto de desencadenar uno de sus párrafos de tres páginas sin detenerse. *¿Un hombre?* ¡Un buzo de alta mar! ¡Una ballena! Un hombre ballena, dicho con exactitud.

Es *notable* que este mismo hombre también nos haya dado algunas de las frases más breves jamás escritas hasta ahora, particularmente en sus poemas y en sus poemas en prosa. Aquí, en ritmo *staccato* —no olvidemos que antes de escritor fue músico— despliega un estilo telegráfico. (Podría llamarse "telestético".). Se lee con la misma rapidez que el chino, con cuyos caracteres escritos sus vocablos tienen curiosa afinidad, a mi manera de entender. Esta técnica especial de Cendrars crea una especie de exorcismo: una liberación del gran peso de la prosa, de los impedimentos de la gramática y la sintaxis, de la ilusoria inteligibilidad de lo meramente comunicativo en el lenguaje. En *L 'Eubage,* por ejemplo, descubrimos una sibilina calidad de pensamiento y expresión. Es uno de sus libros curiosos. Es un extremo. También es una desviación para alcanzar un fin. Cendrars es realmente difícil de clasificar, aunque no sé por qué razón querríamos clasificarlo. A veces pienso en él como "el escritor de los escritores", aunque decididamente no es eso. Lo que deseo significar, en cambio, es que el escritor tiene mucho que aprender de Cendrars. Recuerdo que en la escuela siempre se nos instaba a tomar como modelos a hombres como Macaulay, Coleridge, Ruskin o Edmund Burke, e incluso Maupassant. Por qué no dijeron Shakespeare, Dante o Milton lo ignoro. Me atrevería a decir que ningún profesor se habría arriesgado jamás a decir que cualquiera de nosotros iba a llegar algún día a ser escritor. Ellos mismos eran fracasados y, por eso, maestros. Cendrars ha indicado con claridad que el único maestro, el único modelo, es la vida misma. Lo que el escritor puede aprender de Cendrars es seguir su olfato, obedecer los mandos de la vida y no rendir culto a otro dios que no sea la vida. Algunos intérpretes sostendrán que Cendrars se refiere a "la vida peligrosa". No creo que Cendrars nos limite de esa manera. Él entiende la *vida* pura y sencilla en todos sus aspectos, todas sus ramificaciones, todos sus atajos, tentaciones, azares y así sucesivamente. Si es un aventurero, es un aventurero en todos los dominios de la vida. Le interesan *todas* las fases de la vida. Los temas que ha tocado, los temas que ha estudiado, son enciclopédicos. Otro signo de "emancipación" es esta global dedicación a la miríada de manifestaciones de la vida. Muchas

veces, cuando más "realista" parece, por ejemplo, es cuando tiende a aplicar todos los frenos a su órgano. El realista es un alma débil. Ve lo que tiene delante, como caballo con anteojeras en los ojos. La visión de Cendrars está perpetuamente abierta; es como si tuviese un ojo adicional sepultado en su cráneo, un ojo que mira en el cielo abierto todos los rayos cósmicos. Puede usted tener la seguridad de que un hombre así jamás llegará a completar la obra de su vida, porque la vida siempre marchará un paso por delante de él. Un artículo de Pierre de Latil en *La Gazette des Lettres,* París, 6 de agosto de 1949, nos informa que Cendrars había proyectado escribir una docena de libros o más en los próximos años. Es un programa impresionante considerando que Cendrars es ahora sesentón, que no tiene secretario, que escribe con la mano izquierda, que por debajo vive en perpetua inquietud, siempre ansioso de salir a conocer mejor el mundo, que en realidad detesta escribir y contempla su labor como un trabajo forzado. Trabaja en cuatro o cinco libros al mismo tiempo. Los terminará, estoy seguro. Sólo ruego vivir para leer la trilogía de "Les souvenirs humains, llamada *Archives de ma tour d'ivoire,* que consistirá en *Hommes de lettres, Hommes d'affairesy Vie des hommes obscurs.* Particularmente el último...

Mucho he reflexionado sobre el confesado insomnio de Cendrars; lo atribuye a su vida en las trincheras, si mal no recuerdo. Será cierto, sin duda, pero presumo que las razones son más profundas. De todas maneras deseo señalar que parece existir un vínculo entre su fecundidad y su falta de sueño. Para el individuo normal el sueño es restaurador. Los individuos excepcionales —los santos, los gurúes, los inventores, los dirigentes, los hombres de negocios o ciertos tipos de dementes— se arreglan con muy poco sueño. Al parecer tienen otros medios para reponer su potencial dinámico. Algunos, con sólo variar sus actividades, son capaces de trabajar casi sin dormir en absoluto. Otros, como los yoguis y los gurúes, al adquirir mayor y mayor lucidez y, en consecuencia, ser más vivos, virtualmente se emancipan de la rutina del sueño. (¿Para qué dormir si el propósito de la vida es gozar al máximo la creación?) En Cendrars, tengo la impresión de que al cambiar de la vida activa a la escritura y viceversa, se reabastece a sí mismo. Esto es pura suposición por mi parte. De lo contrario no puedo explicar que un hombre queme la vela por ambos extremos sin consumirse. En alguna parte Cendrars menciona que tiene una serie de antepasados longevos. No cabe duda de que ha aprovechado como un rey su patrimonio hereditario. Pero no arroja signos de resquebrajarse. En efecto, parece haber entrado en el período de la segunda juventud. Confía que cuando llegue a la madura edad de los setenta estará en condiciones de embarcarse en nuevas aventuras. No me sorprenderá lo más mínimo si lo hace; lo veo a los noventa escalando los Himalayas o subiendo al primer cohete para viajar a la Luna. Pero volviendo a la relación entre su escritura y su insomnio... Si examinamos las fechas consignadas al final de sus libros, que indican el tiempo que dedicó a ellos, llama la atención la rapidez con que los redactó y la rapidez con que se sucedieron el uno al otro (y todos son libros voluminosos). Todo esto implica para mí una cosa, y es "obsesión". Para escribir hay que estar poseído y obsesionado. ¿Qué posee y obsesiona a Cendrars? *La vida.* Es un hombre enamorado de la vida, *et c'est tout.* No importa que a veces lo niegue, no importa que vilipendie nuestros tiempos o ataque a sus contemporáneos en las artes, no importa que compare su propio pasado reciente con el presente y encuentre que éste es peor, no importa que deplore las tendencias, las inclinaciones, las filosofías y la conducta de los hombres de nuestra época, es el único hombre de nuestros tiempos que ha proclamado y anunciado el hecho de que el hoy es profundo y hermoso. Y esto es simplemente porque se ha anclado en el centro de la vida contemporánea, donde, como desde enhiesta torre, domina toda la vida del pasado y el presente y el futuro; la vida de las estrellas y la vida en las profundidades oceánicas; la vida en lo minúsculo y la vida en lo grandioso: esto capté en él como brillante ejemplo del principio correcto, de la actitud correcta frente a la vida. Nadie podría superar mejor que Cendrars los esplendores del pasado; nadie podría loar al futuro con mayor celo; pero es el presente, el eterno presente, lo que Cendrars glorifica y con el cual se alía. Hombres así, y sólo los hombres así, son lo que están en la tradición, los que siguen adelante. Los demás son espectadores atrasados, son idólatras o simplemente meros despojos de desesperanza: son *bonimenteurs.* En Cendrars encontramos mineral. Y porque comprende con tanta profundidad el presente, porque lo acepta y está

amalgamado con él, es capaz de predecir con tanta precisión el futuro. ¡No porque se erija en vaticinador! No. Hace sus proféticas observaciones espontánea y discretamente; muchas veces están sepultadas en una maraña de material que no guarda relación con el particular. En esto suele recordarme al buen médico que sabe tomar el pulso. En efecto, conoce todos los pulsos, como los médicos chinos de la antigüedad. Cuando dice que ciertos hombres están enfermos o que ciertos artistas están corrompidos o son apócrifos, que los políticos en general están locos, que los militares son criminales, sabe lo que dice. Quien habla es el maestro que hay en él.

Sin embargo tiene otra manera de hablar que me resulta más cautivante. Sabe hablar con ternura. Lawrence, como se recordará, originariamente pensó llamar "Ternura" al libro conocido como *Lady Chatterley's Lover* (El Amante de Lady Chatterley). Menciono a Lawrence porque recuerdo vívidamente la alusión que hiciera de él Cendrars con ocasión de su memorable visita a Villa Seurat. «Usted debe pensar mucho en Lawrence», dijo indagativamente. «Así es», respondí. Recuerdo que tras un breve intercambio de palabras me preguntó a bocajarro si no creía que Lawrence ha sido sobreestimado. El lado metafísico de Lawrence, según deduje, era el aspecto que no le agradaba, el aspecto del cual "recelaba", diría yo. (¡Y precisamente en ese período me entusiasmaba este aspecto específico de Lawrence!) De todas maneras abrigo la seguridad de que mi defensa de Lawrence fue deficiente e infundada. A decir verdad, me interesaba mucho más escuchar el criterio de Cendrars sobre ese hombre que justificar el mío. Más tarde, al leer a Cendrars, muchas veces cruzó por mis labios esta palabra "ternura". Escapaba involuntariamente, me arrancaba de mis ensoñaciones. Por fútil que parezca, me internaba entonces en interminables conjeturas, comparando la ternura de Lawrence con la de Cendrars. Ahora me parece que son dos tipos muy distintos. La debilidad de Lawrence es el hombre, la de Cendrars son los hombres. Lawrence anhelaba conocer mejor a los hombres; quería trabajar en común con ellos. Ha sido en su *Apocalypse* donde aparecieron algunos de sus pasajes más conmovedores sobre la desaparición del instinto "societario". Estos pasajes crean verdadera angustia en nosotros, pero por Lawrence. Nos hacen comprender las torturas que ha sufrido tratando de ser un "hombre entre los hombres". En Cendrars no capto ningún indicio de tal privación o mutilación. En el océano de la humanidad Cendrars nada con la misma agilidad que una marsopa o un delfín. En sus narraciones siempre se encuentra junto a los hombres, con ellos en las acciones y con ellos en el pensamiento. Si es un solitario, es, no obstante, total y completamente un hombre. Además también es hermano de todos los hombres. Jamás se erige como superior a sus semejantes. Lawrence se creyó superior muchas, muchas veces —creo que eso es innegable— y con extraordinaria frecuencia no lo era. Muchas veces es un hombre más chico quien le "instruye". O le avergüenza. Lawrence sentía un amor demasiado grande por la "humanidad" como para comprender a sus semejantes o llevarse bien con ellos.

Cuando llegamos a sus respectivos personajes imaginarios captamos la brecha que existe entre ambas figuras. Salvo el caso de los autorretratos, dados en *Sons andLovers* (Hijos y Amantes), *Kangaroo, Aaron's Rod* (La Vara de Aarón) y otros por el estilo, todos los personajes de Lawrence son voceros de su filosofía o de la filosofía que desea ilustrar. Son criaturas ideacionales movidas como piezas de ajedrez. Tienen sangre en sus venas, es verdad, pero la sangre que Lawrence les ha bombeado. Los personajes de Cendrars brotan de la vida y su actividad surge del foco móvil de la vida. También ellos, por supuesto, nos familiarizan con su filosofía de la vida, pero tangencial-mente, con la elíptica manera del arte.

La ternura de Cendrars rezuma por todos los poros. No perdona a sus personajes pero tampoco los ultraja ni los castiga. Sus palabras más duras, permítaseme decirlo entre paréntesis, suelen reservarse para los poetas y artistas cuyas obras considera espurias. Aparte de estas diatribas, raras veces se le ve emitir juicio sobre los demás. Lo que se encuentra es que al desenmascarar las debilidades o fallas de sus personajes, está desenmascarando o pretendiendo desenmascarar su naturaleza heroica esencial. Todas las diversas figuras —humanas, demasiado humanas— que se apretujan en sus libros, son figuras glorificadas en su ser básico e intrínseco. Habrán sido heroicas o no frente a la muerte; habrán sido heroicas o no frente al tribunal de justicia, pero *son* heroicas en la lucha común por afirmar y sostener su propio ser primario. Hace un rato mencioné el libro de Al Jennings que Cendrars tradujera

con tanta pericia. El hecho mismo de que eligiera este libro corrobora lo que afirmo. Este hombre mítico, este proscrito de exagerado sentido de la justicia y el honor que está condenado “a cadena perpetua” (pero eventualmente fue indultado por Theodore Rooselvelt), este terror del oeste que desvorda ternura, es precisamente el tipo del hombre que Cendrars elegiría para proclamarlo al mundo, precisamente el tipo de hombre al que sostendría como investido de la dignidad de la vida. ¡Ah, cuánto me habría agradado estar allí cuando ocasionalmente Cendrars dio con él, nada menos que en Hollywood! Cendrars ha escrito sobre este “breve encuentro” y lo escuché de los propios labios de Al Jennings cuando le conocí por casualidad hace pocos años, en una librería, allá en Hollywood.

En los libros que escribiera desde la ocupación, Cendrars tiene mucho que decir de la guerra, de la primera guerra, naturalmente, no sólo porque fue menos inhumana sino también porque ella decidió, podría decir, el curso futuro de su vida. También ha escrito sobre la segunda guerra, en especial sobre la caída de París y el increíble éxodo que la precediera. Páginas abrumadoras, que recuerdan *Revelation* (Revelación). Sólo igualadas en la literatura bélica por *Flight to Arras* (Fuga a Arras) de St. Exupéry. (Véase la sección de su libro *Le Lotissement du Ciel,* que apareció por primera vez en la revista *Le Cheval de Trote* y titulada *Un Nouveau Patrón pour l'Aviationj.* En todos estos libros recientes Cendrars se revela más y más íntimamente. Tan penetrantes, tan desnudas son estas escenas, que instintivamente retrocedemos. Tan seguras, rápidas y audaces son estas revelaciones que es como ver trabajar a un especialista en fuegos artificiales. En estos destellos se revela todo el enjambre de seres íntimos cuyas vidas marchan en la estela de la suya. Expuestos bajo el lúgubre reflector de su ojo ciclópeo, son sorprendidos por el haz e inspeccionados desde todos los ángulos. Este es un “completamiento” en el que nada se omite ni se altera en aras de la narración. En estos libros la “narración” se acelera, se ensancha, los pilares y puntales se derriban para que el libro se convierta en parte de la vida, para que nade con las corrientes de la vida y permanezca para siempre idéntico a la vida. Aquí tratamos con los hombres que Cendrars realmente ama, los hombres que lucharon a su lado en las trincheras y a los que vio barrer como ratas, los gitanos de la Zona con los cuales convivió en los buenos días de antes, los estancieros y otras figuras del escenario sudamericano, los porteros, los conserjes, los mercaderes, los camio-neros y “gente sin importancia” (como decimos), y es de esta última gente de la que habla con la mayor simpatía y comprensión. ¡Qué galería! Infinitamente más estimulante, en todo el sentido de la palabra, que la galería de “tipos” de Balzac. Ésta es la verdadera *Comedia Humana.* No estudios sociológicos a lo Zola. No una satírica representación de títeres a lo Thackeray. No panhumanismo a lo Jules Romains. Aquí, en estos últimos libros, aunque sin la mirada y el propósito del gran ruso, pero quizá con otra mirada que comprenderemos mejor más adelante y de todos modos con igual amplitud, violencia, humos, ternura y religioso —sí, religioso— fervor, Cendrars nos da el equivalente francés de lo vertido por Dostoievsky en obras como *El Idiota, Los Poseídos* y *Los Hermanos Karamazov.* Es una producción que sólo podría realizarse y consumarse en los años maduros de la mitad de la vida.

Todo lo que venga ahora ha sido digerido un millar de veces. Nuevamente y nuevamente Cendrars ha propulsado hacia atrás —¿adonde? ¿en qué profundo pozo?— la multiforme historia de su vida. Esta densa y fundida masa de experiencia cruda y refinada, sutil y bruta, digerida y predigerida, que ha estado alojada en sus entrañas cual torpe y amorfo dinosaurio que agita inútilmente sus alas rudimentarias, esta carga destinada para su eventual entrega en el momento exacto y en el lugar exacto, demandaba un cartucho de dinamita para volarla. Desde junio de 1940 hasta el 21 de agosto de 1943 Cendrars guardó siniestro silencio. *IIs'est tu. Chut!Motus!'* Lo que lo lanza a escribir nuevamente es la visita de su amigo Edouard Peisson, según relata en las primeras páginas de *l'Homme Foudroyé. Enpasant*evoca la memoria de cierta noche de 1915, en el frente, “la plus terrible que j'ai vécue”. Hubo otras ocasiones, sospechamos, antes de la crítica visita de su amigo Peisson, que habrían servido para detonar el cartucho. Pero quizá en esas ocasiones la mecha ardió con demasiada rapidez, estaba húmeda o se fundió bajo el peso de los acontecimientos mundiales. Pero dejemos estas conjeturas inútiles y sumerjámonos en la Sección 17 de *Un Noveau Patrón Pour l'Aviation...*

Esta breve sección comienza evocando una frase de Rémy de Gourmont: “Y muestra gran

progreso que, donde las mujeres obraron antes, ahora las vacas rumian lo injerido...” En pocas líneas sale esto de la propia boca de Cendrars:

> A partir del 10 de mayo el surrealismo descendió sobre la tierra: no las obras de absurdos poetas que pretenden ser tales y que a lo sumo no son sino *sou-realistes* porque predican el subconsciente, sino la obra de Cristo, el único poeta de lo sur-real...
>
> Si alguna vez tuve fe, fue en ese día que debió haberme tocado la gracia...

Siguen a estos dos párrafos que tratan con arremolinada y comprimida furia la eterna y execrable condición de la guerra. Como Goya, repite: “*J'ai vu”.* El segundo párrafo termina así:

> Se detuvo de pronto el sol. El pronóstico meteorológico anunciaba un anticiclón de cuarenta días. ¡No podía ser! Por esta razón todo salió mal: los engranajes no engranaban, por todas partes se rompían las máquinas; era el punto muerto de todo.

Las próximas cinco líneas me acompañarán para siempre en mi memoria:

> No, el 10 de mayo la humanidad distaba de estar preparada para el acontecimiento. ¡Señor! Arriba, el cielo parecía una espalda de relucientes nalgas y el sol un ano inflamado. ¿Qué otra cosa que mierda podría haber caído de él? El hombre moderno gritó de terror...

Este hombre del 21 de agosto de 1943, que estalla en todas direcciones al mismo tiempo, ya había dado a luz, por supuesto, una montaña de libros, de los cuales no han sido los menores, según descubriremos algún día, los diez volúmenes de *Notre Pain Quotidien,* que compuso intermitentemente a través de un período de diez años en un *chateau* de las afueras de París y en cuyos manuscritos nunca estampó su nombre, confiando los cofres que contenían este material a diversas cajas de seguridad en distintas partes de Sudamérica y después tirando las llaves, (“*Je voudrais rester l'Anonyme”,* dice.)

En los libros comenzados en Aix-en-Provence hay voluminosas notas colocadas donde terminan las diversas secciones. Citaré una solamente, tomada de *Bourlinguer* (la parte sobre Genova), que constituye un imperecedero tributo al poeta tan querido por los hombres de letras francesas:

> Querido Gerard de Nerval, hombre de la multitud, sonámbulo, *slangista,* soñador impenitente, neurasténico amante de los teatrillos de la Capital y de la vasta necrópolis del Este, arquitecto del Templo de Salomón, traductor de Fausto, secretario personal de la reina de Saba, Druida de la 1.ª y 2.ª clase, sentimental vagabundo de Ile-de-France, último de los Valois, hijo de París, labios de oro, te colgaste por la boca de una cloaca después de lanzar tus poemas al cielo y ahora tu sombra nada todavía delante de ellos, siempre más grande y más grande, entre Notre-Dame y Sainte-Merry, y tus fieros Chimeras recorren este cuadrado de los cielos como seis cometas desaliñados y aterrorizadores. Con tu llamamiento al Nuevo Espíritu has perturbado para siempre nuestros sentimientos, y en la actualidad los hombres no podrían seguir viviendo sin esta ansiedad.

En la página 244, en el mismo conglomerado de notas, Cendrars declara lo siguiente: “El otro día cumplí sesenta años y solo hoy, al llegar al final de esta narración, comienzo a creer en mi vocación de escritor...” Pongan eso en su pipa y fúmenlo, muchachos de veinticinco, treinta y cuarenta años de edad, ustedes que constantemente sufren retortijones abdominales

porque no han conseguido hacerse famosos todavía. ¡Dense por felices de que todavía están vivos, de que todavía viven su vidas, de que todavía adquieren experiencia, de que todavía gozan los amargos frutos del aislamiento y la negligencia!

Me habría gustado extenderme sobre muchos pasajes singulares de estos libros recientes, pasajes repletos de los más insólitos hechos, incidentes, acontecimientos literarios e históricos, alusiones científicas y ocultas, curiosidades literarias, tipos extraños de hombres y mujeres, festines, orgías, escapadas risueñas, tiernos idilios, anécdotas sobre lugares remotos, tiempos, leyendas, extraordinarios coloquios con extraordinarios individuos, reminiscencias de días dorados, burlescos, fantasías, mitos, invenciones, introspecciones y evisceraciones... Me habría gustado hablar extensamente de ese singular autor y hombre más singular todavía que es Gustave Le Rouge, autor de 312 libros, que el lector con toda probabilidad jamás habrá oído mencionar, y de cuya variedad, naturaleza, estilo y contenido Cendrars habla con amor; me habría agradado dar al lector cierto pequeño sabor de la última sección, *Vendetta,* de *l'Homme Foudroyé,* que ha salido directamente de los labios de Sawo el Gitano; me habría agradado llevar al lector a la Cornue, *chez* Paquita, o a ese maravilloso escondrijo del sur de Francia donde, esperando pescar un libro en paz y tranquilidad, Cendrars abandona la página que había colocado en la máquina de escribir después de haber escrito una línea o dos, y ya no vuelve a mirarla sino que se entrega al placer, al ocio, a las fantasías y a la bebida; me habría agradado dar al lector por lo menos una insinuación de esa espeluznante historia de los "homúnculos" que Cendrars describe extensamente en *Boulinguer* (la sección llamada "Genes"), pero si fuera a sumergirme en estas extravagancias jamás lograría salir de las mismas.

Saltaré, en cambio, al último libro recibido de Cendrars, el llamado *La Banlieue de París,* publicado por *La Guilde du Livre* de Lausana. Está ilustrado con 130 fotografías de Roben Doisneau, que constituyen, sinceros, conmovedores y auténticos documentos que complementan elocuentemente el texto. *De nouveau une belle collaboration. (Vive les collaborateurs, les vrais!)* El texto es bastante corto: cincuenta páginas grandes. Pero páginas intensas, escritas *sur le vif* (Desde el 15 de julio hasta el 31 de agosto de 1949). Aunque no hubiese en estas páginas nada más destacado que la descripción que hace Cendrars de una noche en Saint-Denis la víspera de una revolución abortada, este breve texto valdría la pena preservarlo. Pero también contiene otros pasajes igualmente sombríos y paralizantes, o nostálgicos, punzantes, saturados de atmósfera, saturados de la pululante efervescencia de los sórdidos suburbios. Se han mencionado muchas veces el rico vocabulario de Cendrars, la poética cualidad de su prosa, su habilidad para incorporar en sus rapsódicos pasajes la monstruosa jerga y la terminología de la ciencia, la industria y la invención. Este documento, que es una especie de elegía retrospectiva, constituye un ejemplo excelente de su virtuosismo. Avanza con la memoria por los suburbios desde el este, el sur, el norte y el oeste, y, como armado con una varita mágica, resucita el drama de la esperanza, la nostalgia, el fracaso, la soledad, la desesperación, la frustración, la miseria y el resentimiento que devora a los moradores de esta vasta franja. En un compacto párrafo, el segundo de la sección llamada "Nord", Cendrars ofrece un sumario gráfico y físico de todo cuanto compone esta sórdida zona suburbana. Es una vista a vuelo de pájaro de la desolación que la industria deja a su paso. Un poco más tarde nos da una detallada descripción del interior de una de las plantas de guerra inglesas, una "fábrica en las sombras", que ofrece un notable contraste con la precedente. Es una obra maestra del reportaje en el que no puede hacer el papel de una vedette. Pero al rendir tributo a la fábrica, Cendrars indica con claridad su posición. Es el único tipo de trabajo para el cual no tiene estómago. "Mieux vaut étre un vagabond", es su dictado. En pocas líneas rápidas planea sobre todo el sangriento asunto de la guerra y, con un grito de vergüenza por el "experimento" de Hiroshima, lanza las asombrosas cifras de la carnicería de la última guerra tabulada por una revista suiza para uso y beneficio de los que preparan el próximo carnaval de muerte. Estas cifras vienen al caso, así como vienen al caso los hermosos arsenales y los sórdidos suburbios. Por último, porque en todo momento las tiene presente, Cendrars pregunta: "¿Qué es de los niños? ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿Adonde van?" Refiriéndonos de nuevo a las fotos de Robert Doisneau, evoca las figuras de David y Goliat,

para darnos a conocer qué podrían depararnos en realidad los pequeños.

No es un simple documento este libro. Es algo que querría poseer en una edición de bolsillo muy pequeña para llevarla siempre conmigo por si alguna vez vuelvo a salir de andanzas. Algo que nos sirva de Norte...

Me ha tocado en suerte corretear tanto de día como de noche las calles de esos distritos olvidados de Dios donde imperan la tristeza y la miseria, no solamente aquí, en mi propio país, sino también en Europa. Todos son iguales en su espíritu de desolación. Los que rodean a las más altivas ciudades son los peores. Apestan como basureros. Cuando vuelvo a mi pasado, escasamente llego a divisar otra cosa, a oler otra cosa que esos apestosos terrenos baldíos, esas calles inmundas y amortajadas, esas informes pilas de ladrillos mezcladas indiscriminadamente con basura y desechos, la abigarrada y totalmente insensata colección de objetos, juguetes, instrumentos rotos, vasos y escupideras abandonados por las misérrimas, desesperanzadas e impotentes criaturas que componen la población de estos distritos. En momentos de buen humor he andado en medio del desorden y los despojos de estos barrios y pensado para mis adentros: ¡Qué poema! ¡Qué película documental! Muchas veces sólo volví a mis cabales maldiciendo y apretando los dientes, transportándome en fieros y fútiles arranques de furor, pintándome a mí mismo un benevolente dictador que eventualmente "restablecería el orden, la paz y la justicia". Durante semanas y meses me ha obsesionado un inacabable número de experiencias de esta índole, pero jamás logré componer música con ellas. (Y pensar que Erik Satie, cuyo domicilio Roben Doisneau nos da en una de las fotos, pensar que este hombre también "hizo música" en ese edificio de locura, es algo que me provoca escozor en el cuero cabelludo). No, jamás logré componer música con este descabellado material. Lo he intentado muchas veces, pero mi espíritu todavía es demasiado joven, todavía está demasiado repleto de repulsión. Me falta capacidad para retraerme, para asimilar, para golpear el mortero con la pericia del químico. Pero Cendrars *lo ha* logrado, y por eso me descubro ante él. Salud, *cher* Blaise Cendrars! Usted es músico. ¡Salud! ¡Glorioso sea! Necesitamos poetas de la noche y de la desolación, y también de los otros. Necesitamos palabras reconfortantes —y usted las proporciona— como también vitriólicas diatribas. Cuando diga "necesitamos" me refiero a todos nosotros. La nuestra es una sed inaplacable para un ojo como el de usted, un ojo que condena sin abrir juicio, un ojo que hiere con su mirada desnuda y cura al mismo tiempo. Especialmente en Norteamérica "necesitamos" su histórico toque, el aterciopelado trazo regresivo de su pluma. Sí, lo necesitamos quizá más que todo lo que usted pueda ofrecernos. La historia ha pasado sobre nuestras desgarradas cabezas a todo galope y nos ha dejado pocos nombres, algunos monumentos absurdos y un verdadero caos de residuos. La única raza que moró en estas costas y que no mancilló la obra de Dios fue la de los pieles rojas. Hoy ocupan las tierras áridas y para su "protección" hemos organizado una pía forma de campo de concentración. No tiene alambradas de púas, ni instrumentos de tortura, ni guardias armados. Simplemente los dejamos allí para que se mueran...

Pero no puedo terminar con esta nota dolorosa, que apenas es el reflejo de secretos fragores que invariablemente reviven al evocar el pasado. Siempre hay una visión postrera que se percibe en estos locos edificios que nuestras mentes habitan con tanta tenacidad. Lo que se observa desde la ventana trasera de Satie es del tipo a que me refiero. Siempre que en la "zona" hay un conglomerado de edificios sombríos, allí mora la gente pequeña, la sal de la tierra, como decimos, porque sin ellos nosotros quedaríamos expuestos a sufrir hambre, sin ellos esa costra que se arroja a los perros y sobre la cual nos lanzamos como lobos sólo tendría sabor a muerte y venganza. A través de estas ventanas oblongas de las cuales pende mi ropa de cama, veo mi paleta en el rincón donde me he refugiado para pasar la noche, para ser rescatado milagrosamente de nuevo el próximo amanecer, siempre por "nadie", lo que significa, cuando lleguemos a entender la palabra humana, ser rescatados por un ángel disfrazado. ¿Qué importa que el café que injerimos sea un emenagogo con otro nombre? ¿Qué importa que una cucaracha extraviada trepe por nuestros andrajos? Mirando la vida desde la ventana trasera contemplamos el propio pasado como en un espejo inmóvil donde los días de desesperación se fusionan con días de regocijo, días de paz y días de la más profunda amistad. Especialmente siento así, pienso así, cuando miro mi patio trasero *francés.* Allí todas las

piezas sin sentido de mi vida forman un diseño, No veo movimiento desperdiciado. Todo es tan claro como “El Poema de Cracovia” para un enemigo del ajedrez. La música que emite es tan sencilla como los acordes de “Sweet Alice Ben Bolt” a mis oídos infantiles. Pero es hermosa porque, como dice sir H. Rider Haggard en su autobiografía: “La verdad desnuda siempre es hermosa, aunque nos hable del mal”.

Mi querido Cendrars, a veces usted tiene que haber percibido en mí una especie de envidia por todo lo que usted ha vivido, digerido y vomitado transformado, transmografiado, transubstanciado. Siendo niño usted jugó junto a la tumba de Virgilio; de muchacho usted caminó por Europa entera, Rusia y Asia, para encontrar el horno en algún hotel olvidado de Pekín; de joven, en los sangrientos días de la Legión, usted optó por no pasar de cabo, nada más; como víctima de la guerra usted rogó a las almas en su propio y querido París, y un poco después usted fue el vago de Nueva York, de Boston, de Nueva Orleans, de San Francisco... Usted ha viajado lejos, usted ha dejado transcurrir los días en ocio, usted ha quemado la vela por ambos extremos, usted se ha hecho con amigos y enemigos, usted ha osado escribir la verdad, usted ha sabido mantenerse en silencio, usted ha recorrido todos los senderos hasta el fin y usted todavía está en sus mejores años, siempre erigiendo castillos en el aire, siempre rompiendo planes, hábitos, resoluciones, porque *vivir* es su finalidad principal y usted *vive* y seguirá viviendo en la carne y en el semblante de los ilustres. ¡Cuan tonto, cuan absurdo he sido al pensar que podría serle útil a *usted,* al pensar que poniendo mi pequeña palabra en su favor de vez en cuando, como he dicho antes, promovería su causa! Usted no necesita ni mi ayuda ni la de nadie. Simplemente viviendo su vida como la vive, usted nos ayuda automáticamente a todos, dondequiera que vivamos la vida. Una vez más me quito el sombrero ante usted. Me inclino con reverencia. No tengo derecho a saludarle porque no soy su igual. Prefiero seguir siendo su devoto, su amante discípulo, su hermano espiritual en *der Ewigkeit.*

Usted siempre termina sus saludos con “ma main amie”. Empuño esa cálida mano izquierda que usted me extiende y la sacudo con júbilo, con gratitud y con una imperecedera bendición en mis labios.

CAPÍTULO IV

RIDER HAGGARD

Desde que mencioné el nombre de Rider Haggard, su libro, *Ella,* ha caído en mis manos. Ahora he leído alrededor de las dos terceras partes del mismo, siendo éste mi primer vistazo a este libro desde el año 1905 ó 1906, según recuerdo. Me siento impulsado a relatar, con toda la serenidad y circunspección de que soy capaz, las extraordinarias relaciones que experimento en estos momentos a raíz de esta segunda lectura. Para comenzar, debo confesar que hasta que llegué al Capítulo 11, "La Llanura de Kór", no recordaba en absoluto haber leído antes ni una sola palabra de esta asombrosa obra. Sin embargo, tenía la certeza de que en el momento en que encontrase esa misteriosa criatura llamada Ayesha (Ella) mi memoria reviviría. Ha sucedido tal como anticipara. Tal como con *The Lion of the North* (El León del Norte), al cual me he referido antes, en *Ella* redescubro las emociones que me asaltaron por primera vez al encontrarme frente a frente con una "femme fatale" (¡La mujer fatal!). Ayesha, verdadero nombre de esta hermosura sin edad, alma perdida que se niega a morir hasta que su amado regresa nuevamente a la tierra, ocupa —por lo menos en mi mente— una posición comparable al Sol en la galaxia de los amantes inmortales, todos ellos malditos por una belleza imperecedera. En este estrellado firmamento Elena de Troya no es más que una pálida luna. En efecto, y sólo hoy puedo decirlo con certeza, Elena jamás fue real para mí. Ayesha es más que real. Es superreal en todo el sentido de esa maligna palabra. En torno a su personaje el autor ha tejido una red de tales proporciones que casi merece el apelativo de "cosmogónica". Elena es legendaria, mítica de la *littérature.* Ayesha pertenece a los elementos eternos, desencarnada y encarnada al mismo tiempo. Es de las madres oscuras, de cuya misteriosa raza encontramos insinuaciones y ecos en la literatura germánica. Pero antes de seguir balbuceando sobre las maravillas de esta narración, que data del penúltimo decenio del siglo diecinueve quisiera hablar de ciertas revelaciones concernientes a mi propio carácter e identidad, que guardan relación con ella.

Mientras escribo este libro voy anotando los títulos de los libros que he leído a medida que regresan a la memoria. Es un juego que se ha adueñado totalmente de mi ser. Los motivos de que esto suceda acabo de comenzar a percibirlos. El primordial es que estoy redescubriendo mi propia identidad, la cual, desconocida para mí, se había disipado o petrificado en las páginas de ciertos libros. O sea que al hallarme a mí mismo por medio de ciertos autores que hicieron las veces de intermediarios, también me había perdido a mí mismo (sin saberlo). Esto tiene que haberme ocurrido en reiteradas ocasiones, porque lo que ahora me sucede todos los días es lo siguiente: el mero recuerdo de un título olvidado no solamente infunde vida al aura de la intocable personalidad del libro, sino también al conocimiento y la realidad de mis personalidades anteriores. No hace falta agregar que está comenzando a poseerme algo que se aproxima al desconcierto, al temor y a la consternación. Estoy enfrentándome a mí mismo de una manera totalmente nueva e inesperada. Es como si me hubiese embarcada en esa jornada al Tibet a la que tantas veces hiciera alusión, y que cada vez necesito menos hacer a medida que el tiempo pasa y que yo mismo avanzo como el cangrejo, como parece ser mi destino.

No en vano, pues percibo más y con mayor profundidad, me he aferrado a los recuerdos de, la niñez; no por nada he adjudicado tanta importancia a los "muchachos de la calle", a nuestra vida juntos, a nuestros tanteos en busca de la verdad, a nuestra lucha por comprender el orden perverso de la sociedad en que nos encontrábamos entrelazados y de cuya garra vanamente quisimos liberarnos.

Así como hay dos órdenes de conocimientos humanos, dos tipos de sabiduría, dos tradiciones, dos de todo, así en la niñez vinimos a comprender que había dos fuentes de instrucción: la fuente que descubríamos nosotros mismos y que secretamente nos empeñábamos en ocultar, y la que aprendíamos en la escuela y que no solamente nos

impresionaba como aburrida e inútil, sino diabólicamente falsa y pervertida. Un tipo de instrucción nos nutriría, el otro nos socavaba. Digo esto "literalmente y en todos los sentidos", para utilizar la expresión de Rimbaud.

Todo niño auténtico es un rebelde y anarquista. Si se le dejara desarrollar de conformidad con sus propios instintos, sus propias inclinaciones, la sociedad sufriría una transformación tan radical que el revolucionario adulto sería un insecto al lado suyo. Probablemente no sería un modelo de organización confortable o benevolente, pero reflejaría justicia, esplendor e integridad. Aceleraría el pulso vital de la vida, y estimularía y ampliaría la vida. ¿Y qué más terrible para los adultos que una perspectiva así?

"A bas l'histoire!" (palabras de Rimbaud). ¿Comienza usted a ver lo preñadas que están estas palabras?

Los libros que nos recomendamos furtivamente los unos a los otros, los libros que devoramos con avidez a cualquier hora del día y de la noche —¡y en los más extraños lugares a veces!—, esos libros que discutíamos en el terreno baldío o en la esquina de la calle bajo un arco de luz a la vera del cementerio, en la choza de invierna construida por nosotros mismos, en la caverna que excavamos en la ladera de un cerro o en cualquier escondrijo secreto, porque siempre nos reuníamos como un clan, como hermanos de sangre, como miembros de una orden secreta —¡La Orden de la Juventud para la Defensa de las Tradiciones de la Juventud!— estos libros formaban parte de nuestra instrucción cotidiana, parte de nuestra disciplina espartana y de nuestra formación espiritual. Fueron la herencia de órdenes anteriores, de grupos insospechados como los nuestros, que desde los albores de los tiempos lucharon por mantener viva y por prolongar, si fuese posible, la edad de oro de la juventud. No teníamos conciencia entonces que nuestros mayores, por lo menos algunos de ellos, miraban atrás este reverenciado período de sus vidas con envidia y nostalgia; no sospechábamos que nuestra gloriosa dinastía sería denominada "el período de conflicto". No sabíamos que éramos pequeños primitivos o héroes arcaicos, santos, mártires, dioses o semidioses. *Sabíamos que éramos,* y con eso nos bastaba. Queríamos voz para gobernar nuestros asuntos: no queríamos que se nos tratase como adultos en embrión. Para la mayoría de nosotros ni el padre ni la madre eran objetos de veneración, y mucho menos de idolatría. Nos oponíamos a su dudosa autoridad como mejor podíamos y con gran desventaja, excuso decirlo. Nuestra ley, y era la única voz de autoridad que realmente respetábamos, era la ley de la vida. El hecho de que entendíamos esta ley lo revelaban los juegos que jugábamos, es decir la manera de jugarlos y las deducciones que hacíamos de la manera en que diversos jugadores participaban en ellos. Establecimos jerarquías auténticas; abrimos juicio de conformidad con nuestros diversos niveles de comprensión, con nuestros diversos niveles de lo que éramos. Teníamos conciencia de la cima como también de la base de la pirámide. Teníamos fe, reverencia y disciplina. Creábamos nuestras propias ordalías y pruebas de potencia y firmeza. Acatábamos las decisiones de nuestros superiores o de nuestro jefe. Fue un rey que manifestó la dignidad y el poder de su rango, y jamás mandó un día más de lo que le correspondía.

Menciono estos hechos con cierta emoción porque me asombra que los adultos lleguen alguna vez a olvidarlos, como veo que los olvidan. Todos experimentamos intensa emoción cuando, habiendo dejado el pasado a nuestras espaldas, de pronto nos encontramos entre los "primitivos". Me refiero aquí al verdadero primitivo, al hombre prehistórico. El estudio de la antropología tiene el gran mérito de permitirnos volver a vivir como jóvenes. El verdadero estudioso de los pueblos primitivos abriga respeto, profundo respeto, por estos "antepasados" que existen hombro con hombro con nosotros pero "no crecen". Encuentra que el hombre que se halla en las etapas precoces de su desarrollo no es de ninguna manera inferior al hombre en etapas ulteriores; algunos hasta han encontrado que el hombre precoz es en muchos sentidos superior al hombre tardío. En este caso empleamos los términos "precoz" y "tardío" según la acepción vulgar de los mismos. En verdad nada sabemos sobre el origen del hombre precoz o si en realidad fue joven o decadente. Además sabemos poco sobre el origen del "homo sapiens", aunque pretendamos saber mucho. Existe una brecha entre las raíces más distantes de la historia y las reliquias y evidencias del hombre prehistórico, cuyas ramas, como la del

Cro-Magnon, nos intrigan por las pruebas de su inteligencia y sensibilidad estética. Las maravillas que constantemente esperamos que el arqueólogo desentierre, los eslabones de nuestra muy endeble cadena de conocimientos sobre nuestra propia especie, son proporcionados sin cesar y de las más asombrosas maneras por las personas a las cuales condescendientemente llamamos escritores "imaginativos". Me limitaré por el momento a estos últimos, porque los demás, a los cuales se califica a veces de "ocultos" o "esotéricos", están menos acreditados por el momento. Están en una "segunda infancia" (sic).

Rider Haggard es uno de los escritores imaginativos que indudablemente se ha nutrido en muchas corrientes. En la actualidad pensamos en él como en un escritor de libros para niños, conformes en permitir que su nombre pase al olvido. Quizá solamente cuando nuestros exploradores e investigadores científicos encuentren las verdades reveladas mediante la imaginación, reconoceremos la verdadera estatura de un escritor así.

"¿Qué es la imaginación?" pregunta Rider Haggard en medio de su narración. Y responde: "¡Quizá sea una sombra de la verdad intangible, quizá el pensamiento del alma!"

Fue en la imaginación donde Blake vivió íntegramente. Fue imaginación lo que hizo que un humilde dependiente de una tienda (Schliemann) despedido por leer a Hornero, saliese en busca de Troya, Tirinto y Micenas. ¿Y qué fue de Jacob Boehme? ¿Qué fue de ese intrépido francés, Caillé, el primer hombre blanco que entró en Tombuctú y salió vivo? ¡Qué epopeya!

Es curioso, pero en el momento preciso cuando empezaba a familiarizarme con los misterios de Egipto, con la increíble historia de Creta, con los sangrientos anales de la Casa de Atreus, en el momento preciso en que me encuentro abrumado por mi primer contacto con temas como la reencarnación, el desdoblamiento de la personalidad, el Cáliz Sagrado, la resurrección, la inmortalidad y así sucesivamente, por intermedio de "novelistas" como Herodoto, Tennyson, Scott, Sienkiewicz, Henty, Bulwer-Lytton, Marie Corelli, Roben Louis Stevenson y otros, muchos otros, todas estas llamadas leyendas, mitos y creencias supersticiosas comenzaban a tomar sustancia de hecho. Schliemann, sir Arthur Evans, Frazer, Frobenius, Annie Besant, Madame Blavatsky y Paul Radin, toda una hueste de valientes precursores han venido trabajando activamente para desentrañar la verdad en un dominio tras otro, todos entrelazados, todos concurrentes hacia la ruptura del encantamiento, derrota y parálisis en que las doctrinas del siglo diecinueve nos tenían subyugados. El nuevo siglo se abre con promesa y esplendor; el pasado revive, pero revive tangible y sustancialmente, y con una realidad casi más grande que el presente.

¿Cuando estaba entre las ruinas de Knosos y de Micenas mis pensamientos se dirigieron hacia los libros de escuela, hacia mis forzados instructores y hacia los encantadores cuentos que nos narraban? No. Pensé en los cuentos que leyera de niño; vi las ilustraciones de los libros que había creído sepultados por el olvido; pensé en nuestras discusiones en la calle y en las desorbitadas conjeturas que nos habíamos permitido hacer. Recordé mi propia conjetura sobre todos estos temas ardientes y misteriosos relacionados con el pasado y el futuro. Mirando sobre la llanura de Argos desde Micenas, viví nuevamente desde el principio hasta el fin —¡y con cuanta nitidez!— la narración de los argonautas. Mirando sobre las ciclópeas paredes de Tirinto recordé la diminuta ilustración de la pared en uno de mis libros de maravillas: coincidía exactamente con la realidad que tenía ante mis ojos. Jamás en la escuela un profesor de historia intentó infundir vida en nosotros a estas gloriosas épocas del pasado en que todo niño entra naturalmente apenas aprende a leer. ¡Con cuan infantil fe el fogueado explorador desarrolla su sombría misión! De los pedagogos no aprendemos nada. Los verdaderos educadores son los aventureros y vagabundos, los hombres que se lanzan al plasma vivo de la historia, la leyenda y el mito.

Hace un momento hablé del mundo que la juventud podría creer si se le diese oportunidad. He destacado reiteradamente lo alarmante que es para los padres la idea de educar a un niño de acuerdo con sus propias nociones privadas. En el momento de escribir recuerdo una escena trascendental relacionada con este tema y que ocurriera entre la madre de mi primer hijo y yo. Sucedió en la cocina de nuestra casa y se produjo a raíz de unas palabras que pronuncié acaloradamente sobre la futilidad y lo absurdo de enviar el niño a la escuela. Completamente enardecido, me había levantado de la mesa y me paseaba nerviosamente de un lado para otro.

De pronto la escuché preguntar, casi frenéticamente: "*¿Pero dónde comenzarías tú? ¿Cómo?"* Tan abstraído estaba en mis pensamientos que la importancia de sus palabras me llegó con mucho retraso. Caminando de un lado a otro con la cabeza gacha, me encontré junto a la puerta del vestíbulo en el preciso momento en que sus palabras penetraron en mi conciencia. En ese instante mismo mis ojos se detuvieron en un pequeño nudo de la hoja de la puerta: ¿Cómo comenzaría? ¿Dónde? "¡Aquí!" "*¡En cualquier parte!"* grité. Y señalando el nudo en la madera desencadené un brillante y devastador monólogo que literalmente le hizo perder el equilibrio. Debo de haber hablado media hora completa, sabiendo, a duras penas, lo que decía pero arrastrado por un torrente de ideas agolpadas desde mucho tiempo atrás. Lo que me dio tanto ímpetu fue la exasperación y disgusto acumulados con el recuerdo de mis experiencias en la escuela. Comencé con ese pequeño nudo en la madera, cómo se produjo, qué significó, y después me hallé avanzando o corriendo por un verdadero laberinto de conocimientos, instintos, sabiduría, intuición y experiencia. Todo está tan divinamente conectado, tan hermosamente interrelacionado; ¿cómo podríamos ignorar de qué modo emprenderíamos la educación de un hijo? En todo cuanto tocamos, en todo cuanto vemos, olemos o escuchamos, no importa el punto de partida, pisamos terciopelo. Es como oprimir botones que abren puertas mágicas. Funciona por sí mismo, crea su propia tracción e impulso. No hace falta "preparar" al niño para esta lección; la lección misma es una especie de sortilegio. El niño ansia saber; literalmente tiene hambre y sed de saber. Lo mismo sucede al adulto, si logramos liberarlo del hipnótico freno que lo subyuga.

Para saber hasta dónde puede extenderse el maestro, hasta qué alturas puede elevarse, qué poderes puede invocar, no nos hace falta otra cosa que narrar la historia de Helen Keller para aprender. Fue una gran maestra esta señorita Sullivan. Una alumna sorda, muda y ciega: ¡qué tarea! Los milagros que realizó nacieron del amor y la paciencia. Paciencia, amor, comprensión. Pero, más que nada, *paciencia.* Quien no haya leído la asombrosa vida de Helen Keller se ha perdido uno de los grandes capítulos de la historia de la educación.

Cuando llegué a leer sobre Sócrates y las escuelas peripatéticas, cuando posteriormente recorrí en París todos los distritos frecuentados por el Dante (los cursos universitarios se realizaban entonces al aire libre... hay una calle este distrito, cerca de Notre Dame, que lleva el nombre de la misma paja en que dormían esos ardientes estudiantes de la Edad Media), cuando leí los orígenes de nuestro sistema postal y de la parte que desempeñaron en él los estudiantes universitarios (que eran los correos), cuando pensé en esa educación sobre la vida que recibiera sin quererlo en lugares como Union Square y Madison Square, donde sentaban sus reales los oradores callejeros, cuando recordé los heroicos papeles, que en verdad fueron papeles *educativos,* representados por figuras de la plaza pública como Elizabeth Gurley Flynn, Cario Tresca, Giovanitti, Big Bill Haywood, Jim Larkin, Hubert Harrison y otros por el estilo, me convencí más que nunca que cuando muchachos, *por nuestra cuenta,* marchábamos por el camino correcto: habíamos percibido que la educación es un proceso *vital,* un proceso que se adquiere en medio de la vida viviendo y luchando con la vida. Me sentí entonces más cerca de Platón, de Pitágoras, de Epícteto, del Dante y de todos los ilustres antiguos, como nunca hasta entonces ni después. Cuando mis mensajeros hindúes de la compañía telegráfica me hablaban del famoso "Shantiniketan" de Tagore, cuando leía sobre la brillante morada de Ramakrishna, cuando pensaba en San Francisco y los pájaros, sabía que el mundo estaba mal y que la educación, tal como se desarrolla en la actualidad, es desastrosa. Nosotros, los que hemos estado sentados detrás de puertas cerradas en duros bancos de habitaciones malolientes bajo unos ojos rígidos y hostiles, hemos sido traicionados, torturados y martirizados. *A bas les écoles! Vive le plein air!* Una vez más, digo, me propongo leer *Emilio.* ¿Qué importa si las teorías de Rousseau resultó un fracaso? Lo leeré como he leído las obras de Ferrer, Montessori, Pestalozzi y todos los demás. Cualquier cosa con tal de introducir una cuña en nuestro sistema actual que produce tontos, borricos, patos domesticados, veletas, mojigatos y ciegos conductores de los ciegos. ¡Vayamos a la selva si fuese necesario!

¡Mirad la suerte del hombre! Sin duda habrá de alcanzarnos y dormiremos. Sin duda, también, despertaremos y viviremos nuevamente, y de nuevo

> dormiremos, y así y así sucesivamente, a través de períodos, espacios y tiempos, de eón en eón, hasta que el mundo esté muerto, y hasta que los mundos que hay más allá de los mundos estén muertos, y nada vivirá, salvo el Espíritu que es Vida...

Así habla Ayesha en las tumbas de Kór,

El niño se maravilla profundamente cuando encuentra una frase como la última: "...y nada vivirá, salvo el Espíritu que es Vida". Si fue enviado a la iglesia y a la escuela, ha oído hablar mucho del Espíritu desde el pulpito. Pero desde el pulpito esas palabras caen en oídos sordos Solamente cuando uno despierta —veinte, treinta, cuarenta años después— las palabras del Evangelio adquieren profundidad y significado. La Iglesia está totalmente desvinculada de las demás actividades de la vida del muchacho. Todo lo que queda de esta disciplina, de esta instrucción, es el imponente y majestuoso sonido del idioma inglés cuando estaba en flor. El resto es ceniza y confusión. No hay iniciación como la que recibe el "salvaje" común. Tampoco podría haber ningún florecer espiritual. El mundo de la capilla y el mundo externo son distintos y completamente aparte. El lenguaje y el comportamiento de Jesús no coincide con los sentidos hasta que se ha pasado por el sufrimiento y el trabajo, hasta que se llega a estar desesperado, perdido, totalmente aislado y abandonado.

Hay algo más allá, por encima y por delante de la vida terrenal, como todo muchacho instintivamente adivina. Hace apenas unos pacos años desde que viviera plenamente en el Espíritu. Tiene una identidad que se manifiesta al nacer. Lucha por preservar esta preciosa identidad. Repite los rituales de sus primitivos antepasados, revive las luchas y ordalías de sus héroes míticos, organiza su propia orden secreta... para preservar una secreta tradición. Ni los padres, ni los maestros ni los predicadores desempeñan ningún papel en este importantísimo dominio de la juventud. Mirando retrospectivamente a mí mismo cuando muchacho, me siento exactamente como un miembro de la tribu perdida de Israel. Algunos, como Alain-Fournier en *The Wanderer* (El Vagabundo), jamás logran desertar de esta orden secreta de la juventud. Magullados por todos los contactos con el mundo de los adultos, se inmolan en sueños y ensoñaciones. Especialmente en los dominios del amor les toca sufrir. En ocasiones nos dejan un librito, un testamento de la verdadera y antigua fe, que leemos con ojos soñolientos, maravillándonos de su hechizo, conscientes, pero demasiado tarde, de que nos estamos mirando a nosotros mismos, de que lloramos nuestro propio destino.

Más que nunca creo que a cierta edad se hace imperioso releer los libros de la niñez y la juventud. De lo contrario podríamos marcharnos a la tumba sin saber quiénes somos ni por qué hemos vivido.

Madre de corazón de piedra es nuestra tierra, y de piedra es el pan que da a sus hijos para su alimento diario. Piedras para comer y agua amarga para su sed, y magulladuras para su tierna nutrición.

El niño se pregunta si es así realmente. Tales pensamientos le llenan de angustia y desaliento. Vuelve a preguntarse esto una, vez más cuando lee que "del bien surgió el mal y del mal el bien". Por familiar que parezca, proviniendo de la boca de Ayesha el pensamiento le perturba. De tales cosas ha escuchado poco que no fuese apenas un eco. Deduce que, en efecto, él se encuentra en algún misterioso fango.

Pero cuando Ayesha explica que ella no manda por la fuerza sino por el terror, cuando exclama —*-Mi imperio es el de la imaginación*— el niño se conmueve hasta la médula. *¿La imaginación?* El niño todavía no sabe nada de "los legisladores no declarados del mundo". Por cierto que no. Hay en esto un pensamiento más poderoso todavía, algo que nos eleva por encima del mundo y de toda cuestión de dominio sobre él. Está la insinuación —¡por lo menos para el niño!— de que si el hombre se atreviese sólo a *imaginar* las desconcertantes posibilidades que ofrece la vida, las realizaría al máximo. Se instala en él una sospecha, aunque sea fugaz, de que la edad, la muerte, el mal, el pecado, la fealdad, la delincuencia y la frustración no son otra cosa que limitaciones concebidas por el hombre e impuestas por el hombre sobre sí mismo y sus semejantes... En este fugaz instante uno se siente conmovido hasta las raíces. Entonces se empieza a poner en tela de juicio todo. El resultado, no hace falta

decirlo, es que se le cubre de mofa y ridículo. “¡Qué tonto eres, hijo mío!” Ese es el refrán.

Vendrán después confrontaciones similares con el mundo escrito, más y más confrontaciones a medida que trascurre el tiempo. Algunas serán más destructivas todavía, más impenetrables. Algunas lo lanzarán tambaleándose hasta el borde de la locura. Y nunca nadie que ofrezca una ayuda, una mano cordial. No, cuanto más avanzamos, más nos quedamos solos. Nos convertimos en algo así como un lactante desnudo o abandonado en la espesura. Por último perdemos el juicio o nos conformamos. En esta encrucijada el drama que rodea la propia “identidad” se representa para siempre y de una vez por todas. En este punto la matriz se estampa irrevocablemente. O nos sumamos al grupo o nos encaminamos hacia la selva. De niño a asalariado, a esposo, a padre y después a juez, todo parece tener lugar en un abrir y cerrar de ojos. Uno obra como mejor puede... excusa tan vieja como el hombre mismo. Mientras tanto la vida pasa a nuestro lado. Con la espalda siempre doblada para recibir el latigazo, basta murmurar algunas palabras de gratitud para que nuestros perseguidores acepten nuestra reverencia. Nos queda una sola esperanza: erigirnos en tiranos y verdugos. Desde “La Plaza de la Vida” donde adquirimos nuestra condición de muchachos, pasamos a la Tumba de la Muerte, la única muerte que el hombre tiene derecho a evitar y eludir: *la muerte en vida.*

No sería suficientemente chocante decir que el muchacho comprende tal declaración; diré que está mucho más cerca de comprenderla que el llamado adulto “sabio”. Tenemos motivos para creer que ese niño prodigioso que es Arthur Rimbaud —esa esfinge de la literatura moderna— vivía obsesionado por esta idea. En un estudio dedicado a él lo denominé “El Colón de la Juventud”. Me parecía que había agotado por anticipado este dominio. Debido a su negativa a renunciar a la visión de verdad que divisara siendo un simple muchacho, volvió las espaldas a la poesía, rompió con sus *confréres* y, al aceptar la vida del trabajo bruto, literalmente cometió un suicidio. En el infierno de Aden pregunta: “*¿Qué bago aquí?”* En la famosa *Lettre d'un Voyant* tenemos expresiones de un pensamiento que Levi ha expresado de la siguiente manera: “Algún día quizá se comprenda que en realidad ver es hablar, y que la conciencia de la luz es una penumbra de vida eterna en la existencia.” En esta singular penumbra muchos muchachos viven sus días. ¿Debe sorprender entonces que ciertos libros, destinados originariamente a los adultos, sean adecuados para los niños?

Hablando del Demonio, Levi dice: “Señalaríamos que todo lo que tiene nombre existe; las palabras podrán pronunciarse en vano, pero en sí mismas no pueden ser vanas y tienen invariablemente significado.” El adulto común acepta con dificultad una declaración así. Hasta el escritor, particularmente el escritor “culto”, para quien presumiblemente la “palabra” es sagrada, halla de mal gusto este pensamiento. El muchacho, en cambio, si se le explicara tal declaración, hallaría en ella verdad y significado. Para él “nada es en vano”; tampoco es nada increíble, demasiado monstruoso para no deglutirlo. Nuestros niños se encuentran cómodos en un mundo que parece aterrorizarnos y atontarnos. No pienso en absoluto en la tendencia sádica que ha pasado a primer plano; pienso, en cambio, en los mundos desconocidos, en los mundos microcósmicos y macrocósmicos cuya incidencia en nuestro propio resquebrajado mundo de realidad indeleble adquiere ahora proporciones opresivas y amenazadoras. Nuestros niños grandes, los científicos, hablan de la inminente conquista de la luna; nuestros niños ya han viajado mucho más allá de la luna. Están listos para partir en cualquier momento hacia Vega y más allá. Ruegan a nuestros intelectos presuntamente superiores para que los dotemos de una nueva cosmogonía y de una nueva cosmología. Se han vuelto intolerantes frente a nuestras ingenuas, limitadas y anticuadas teorías sobre el universo.

Si podemos decir que a Rimbaud se le rompió el corazón de pena porque no pudo conquistar a sus contemporáneos para que adoptaran una concepción nueva y *realmente moderna* del hombre, si renunció a todo deseo de establecer un nuevo paraíso y una nueva tierra, sabemos ahora por qué. No era el momento oportuno. Tampoco lo es todavía, al parecer. (Aunque deberíamos tener mayor y mejor conciencia de todos los “aparentes” obstáculos, escollos y barreras.) El ritmo de los tiempos se ha acelerado hasta un extremo que prácticamente escapa a toda comprensión. Avanzamos con vertiginosa rapidez hacia el día, en que el pasado, el presente y el futuro parecerán uno solo. El milenio que tenemos por delante no se parecerá en duración a ningún período semejante del pasado. Podría ser como el

pestañear de un ojo.

Pero volvamos a *Ella...* El capítulo donde Ayesha se consume en la llama de la vida —¡extraordinaria pieza literaria!— ha quedado grabado a fuego en mi ser. En este punto de la narración desperté... y recordé. Debido a este acontecimiento horrendo y penetrante el libro ha permanecido en mí todos estos años. El que haya tenido dificultad para arrancarlo de las profundidades de la memoria lo atribuyo al desnudo horror que me inspiró. En el breve lapso que Haggard tarda en describir su muerte, se vive toda la gama de la degeneración. No describe realmente la muerte, sino la reducción. Es como tener el privilegio de presenciar el espectáculo de la naturaleza reclamando a su víctima el secreto que le había robado. Observando el proceso a la inversa, la sensación de imponencia que está en las raíces mismas de nuestro ser se intensifica. Preparados para presenciar un milagro, se nos hace participar en una decepción que supera todo lo que está al alcance de la comprensión humana. Es en la Plaza de la Vida, quiero recordar al lector, donde tiene lugar esta muerte singular. La vida y la muerte, nos dice Haggard, están muy juntas. Lo que probablemente quiso hacernos entender es que son gemelas y que sólo una vez se nos concede experimentar el milagro de la vida, y sólo una vez el milagro de la muerte; lo que sucede entre ambas es como la vuelta de una rueda, una rotación perpetua en torno a un mundo interior, un sueño que nunca termina, sin que la actividad de la rueda tenga nada que ver con el movimiento que la engendra.

La imperecedera belleza de Ayesha, su aparente inmortalidad, su sabiduría que trasciende los tiempos, sus poderes de brujerías y encantamientos, su dominio sobre la vida y la muerte, tal como lenta pero magistralmente Rider Haggard nos va revelando este misterioso ser, bien podrían servir para describir el alma de la naturaleza. Lo que sostiene a Ayesha y lo mismo que la consume, es la fe de que eventualmente habrá de reunirse con su amado. ¿Y quién podría ser ese Amado sino el Espíritu Santo? No habría bastado don menor que éste a un alma dotada de tan imparangonable apetito, paciencia y perseverancia. El único amor capaz de transformar el alma de la naturaleza es el amor divino. El tiempo no cuenta en absoluto cuando el espíritu y el alma se divorcian. El hombre, única criatura que posee una naturaleza dual, permanece como una incógnita dentro de sí mismo y gira y gira en la rueda de la vida y la muerte hasta que esclarece el enigma de la identidad. El drama del amor, el más elevado que es capaz de encarnar, entraña consigo la clave del misterio. Una ley, un ser, una fe, una raza de hombres. ¡Más ay! “Morir significa ser cercenado, no significa dejar de existir.” En su imposibilidad de rendirse a la vida, el hombre se cercena. Ayesha, aparentemente inmortal, consiguió cercéname renunciando al espíritu que estaba en ella. El amado Kalíkrates, su alma gemela, incapaz de soportar el esplendor de su alma cuando la contempla por primera vez, muere por voluntad de Ayesha. El castigo por este incestuoso homicidio es la prisión. Ayesha, investida de belleza, poder, sabiduría y juventud, es condenada a esperar que su Amado encarne nuevamente. Las generaciones que pasan en el ínterin son como el período que separa a una encarnación de otra. El Devachan de Ayesha son las Cavernas de Kór. Allí dista tanto de la vida como el alma en el limbo. En este temible lugar también Kalíkrates, o más bien los restos preservados de su amor inmortal, transcurre en el intervalo. La imagen de él está constantemente con ella. Posesiva en la vida, Ayesha es igualmente posesiva en la muerte. Los celos, que se manifiestan con tiránica voluntad en un insaciable amor por el poder, arden en ella con el fulgor de una pira funeraria. Al parecer tiene todos los tiempos para examinar su pasado, para medir sus acciones, sus pensamientos, sus emociones. Tiempo inacabable de preparación para una lección que todavía le falta aprender; la lección del amor. Siendo diosa, es más vulnerable, sin embargo, que el más simple de los mortales. Su fe nace de la desazón, no del amor, no de la comprensión. Es una fe que será puesta a prueba de la más cruel de las maneras. El velo que envuelve su cuerpo, el velo que ningún hombre mortal ha penetrado —su divina virginidad, en suma— será levantado, arrancado de su ser, en el momento crucial. Entonces se habrá revelado ella ante sí misma. Entonces, abierta al amor, avanzará tanto en espíritu como en alma. Entonces estará lista para el milagro de la muerte, esa muerte que llega una sola vez. Con la llegada de esta muerte final entrará en el inmortal dominio del ser. Isis, a la cual ha jurado eterna devoción, ya no estará con ella. La devoción, transformada por el amor, se fusiona con la comprensión, después con el ser divino. Eso que siempre fue, siempre

será y es ahora eternamente. Sin nombre, sin tiempo, indefinible, la naturaleza de la propia identidad es devorada de la misma manera que el dragón devora su propia cola.

Resumir brevemente así los rasgos sobresalientes de esta gran novela especialmente para ofrecer quizá una interpretación de su argumento, es hacer una injusticia al autor. Pero aquí hay una dualidad en Rider Haggard que me intriga enormemente. Individuo apegado a la tierra, convencional en sus maneras, ortodoxo en sus creencias, aunque lleno de curiosidad y tolerancia, dotado de gran vitalidad y sabiduría práctica, este hombre que es reticente y reservado, inglés hasta los tuétanos, podríamos decir que revela a través de sus "novelas" una naturaleza oculta, un ser oculto, un conocimiento oculto asombroso. Su método para escribir estas obras —a toda máquina, apenas deteniéndose a pensar, por así decirlo— le permitió aprovechar su subconsciente con libertad y profundidad. Es como si, en virtud de esta técnica, hallase la manera de proyectar el plasma vivo de encarnaciones previas. El hacer girar vertiginosamente sus narraciones permite al narrador filosofar de manera desenvuelta, permitiendo así al lector obtener vistazos y destellos de sus verdaderos pensamientos. Su don de novelista, empero, es demasiado grande como para permitirle que sus más profundas reflexiones adquieran forma y dimensiones poderosas capaces de romper el encantamiento del recital.

Trazados estos breves aspectos colaterales del autor para el lector que quizá no conozca *Ella* o la secuela llamada *Ayesha,* quisiera proceder a exponer algunos misteriosos filamentos mediante los cuales el muchacho, este muchacho en particular, yo, fue orientado e indudablemente formado de manera que escapaba a su conocimiento. He dicho que Helena de Troya nunca fue real para mí. Indudablemente había leído sobre ella antes de dar con *Ella.* Todo lo relacionado con las doradas leyendas de Troya y Creta formaba parte del legado de mi niñez. Mediante los cuentos entrelazados con la leyenda y romance del Rey Arturo y sus caballeros de la Mesa Redonda, me había familiarizado con otras bellezas legendarias e inmortales, principalmente Isolda. Las extraordinarias proezas de Merlín y otros magos también me eran conocidas. Es probable que me haya formado con cuentos relacionados con los ritos de los muertos, según se practican en Egipto y otros lugares. Menciono todo esto para indicar que la colisión con el tema de Rider Haggard no tuvo el carácter de un choque inicial. Estaba preparado para recibirlo, si pudiera expresarlo de esa manera. Sin embargo, debido tal vez a su habilidad como narrador, quizá a que tocase la nota exacta, el nivel de comprensión correcto de un muchacho, la fuerza de estos factores combinados permitió que la flecha llegase por primera vez al blanco al que había sido destinada. Se introdujo más y más en la Plaza del Amor, en la Plaza de la Belleza, en la Plaza de la Vida. En la Plaza de la Vida recibí la mortal herida. Así como Ayesha había dado muerte y no vida a su amado, condenándose a una prolongada existencia en el purgatorio, así sufrí yo una "pequeña" muerte, sospecho, cuando cerré este libro hace unos cuarenta y cinco años. Desaparecieron, al parecer para siempre, mis visiones del Amor, de la Eterna Belleza, de la Renunciación y el Sacrificio, de la Vida Eterna. Como Rimbaud, empero, cuando se refiere a las visiones del poeta vidente, podría exclamar: "*¡Pero los he visto!"* Ayesha, consumida por la llama devoradora en la mismísima fuente y origen de la vida, se llevó consigo a su limbo todo lo que había de sagrado y precioso para mí. *Sólo una vez se nos concede experimentar el milagro de la vida.* La importancia de esto se presenta lenta, muy lentamente en mí. Una y otra vez me rebelo contra los libros, contra la experiencia cruda, contra la sabiduría y contra lo que Dios y la Naturaleza saben. Pero siempre soy traído de regreso, a veces hasta el borde mismo del horrendo precipicio.

"Quien no haya vivido plenamente en esta vida, no logrará vivir a través de la muerte". Creo que ésta es la nota oculta de todas las enseñanzas religiosas. "Morir —como dice Gutkind— significa *ser cortado,* no cesar." ¿Cortado de qué? De todo: del amor, de la participación, de la sabiduría, de la experiencia, pero, más que nada, de la fuente misma de la vida.

La juventud es un tipo de vivencia. No es único, pero está virtualmente ligado al mundo del espíritu. Rendir culto a la juventud y no a la vida misma es tan desastroso como rendir culto al poder. Sólo la sabiduría es eternamente renovable. Pero poco conoce el hombre contemporáneo de la sabiduría de la vida. No solamente ha perdido su juventud sino que

también ha perdido su inocencia. Se aferra a ilusiones, ideales y creencias.

En el capítulo titulado "Lo Que Hemos Visto", que me afecta ahora con tanta profundidad como antaño, el narrador, después de ver a Ayesha consumida por la llama de la vida, hace la siguiente reflexión: "Ayesha encerrada en su tumba viviente, esperando de una era a otra era la llegada de su amante, operó un pequeño cambio en el orden del mundo. Pero Ayesha, fuerte y feliz en su amor, investida de inmortal juventud, divina belleza y poder, y con la sabiduría de los siglos, habría revolucionado la sociedad, y hasta acaso habría modificado los destinos de la Humanidad. Luego agrega esta frase, en la cual he meditado largamente: "Así se opuso a la ley eterna y, no importa cuan grande su fortaleza, fue arrastrada de nuevo a la nada..."

Inmediatamente pensamos en las grandes figuras míticas, legendarias e históricas que pretendieron revolucionar la sociedad y, por ende, el destino de la humanidad: Lucifer, Prometeo, Akenaton, Ashoka, Jesús, Mahoma, Napoleón... Pensamos especialmente en Lucifer, el príncipe de las tinieblas, el revolucionario más resplandeciente de todos. Cada cual pagó su "crimen". Sin embargo todos son reverenciados. El rebelde, creo firmemente, está más cerca de Dios que el santo. A él le es dado el dominio de las fuerzas tenebrosas que debemos obedecer para ser capaces de recibir la luz de la iluminación. El retorno a la fuente, la única revolución que tiene significado para el hombre, es el objetivo total del hombre. Es una revolución que sólo puede ocurrir dentro de su ser. Éste es el verdadero significado del precipitarse en la corriente de la vida, de llegar a ser plenamente vivo, despertando, recuperando la propia identidad toda.

¡Identidad! Palabra que, releyendo a Rider Haggard, ha venido a perseguirme. La incógnita de la identidad ha dado lugar a que libros como *Louis Lamben, Seraphita, Interlinear to Cabeza de Vaca* y *Siddhartha,* ejercieran dominio sobre mí. Emprendí mi carrera de escritor con la intención de decir la verdad sobre mí mismo. ¡Qué labor tan fatua! ¿Qué podría ser más ficticio que la historia de la propia vida? "Leyendo no aprendemos nada (Winckelman) —dijo Goethe— nos *convertimos* en algo". Del mismo modo, yo podría decir que no revelamos nada de nosotros mismos diciendo la verdad, sino que a veces *nos descubrimos* a nosotros mismos. Yo, que creía *dar* algo, encontré que había *recibido algo.*

¿Por qué en mis libros insisto tanto en la experiencia cruda y repetitiva de la vida? ¿No es tierra en los ojos? ¿Me estoy revelando a mí mismo o me estoy encontrando a mí mismo? En el mundo de lo sexual alternativamente me pierdo y me encuentro a mí mismo. Con todo sucede algo semejante. El conflicto que si no está oculto por lo menos queda encubierto, es el conflicto entre el Espíritu y la Realidad. *(Spirit and Reality,* dicho sea de paso, es el título de un libro de un hermano de sangre al que sólo he descubierto hace poco). Durante mucho tiempo la realidad ha sido para mí la Mujer. Que es lo mismo que decir Naturaleza, Mito, País, Madre, Caos. Me explayo —para sorpresa del lector, sin duda— sobre una novela llamada *Ella,* olvidando que he dedicado la piedra angular de mi autobiografía a "Ella". ¡Cuánto había de *Ella* en "Ella"! En lugar de las grandes Cavernas de Kór he descrito la negra fosa sin fondo. Como *Ella,* "Ella" también luchó desesperadamente por infundirme vida, belleza, poder y dominio sobre los demás, aunque sólo fuese mediante la magia de las palabras. De "Ella" también fue una inacabable inmolación, una espera (¡en qué siniestro sentido!) del retorno del Amado. Y si "Ella" me infligió la muerte en la Plaza de la Vida, ¿no fue también con ciega pasión, por miedo y por sus celos? ¿Cuál fue el secreto de la terrible belleza de Ella, de su temible poder sobre los demás, de su desprecio por sus esclavizantes minucias, sino el deseo de expiar su crimen? *¿El crimen?* El de que Ella me había robado mi identidad en el preciso momento en que estaba a punto de recuperarla. En Ella viví con la misma realidad la imagen que el occiso Kalíkrates vivió en la mente, corazón y alma de Ayesha. De alguna manera extraña y deforme, habiéndome dedicado a la tarea de inmortalizarla, llegué al convencimiento de que le daba Vida a cambio de la Muerte. Creí que resucitaría el pasado, me creí capaz de revivirlo nuevamente... *en la verdad.* ¡Vanidad, vanidad! Sólo conseguí reabrir la herida que se me había inferido. La herida todavía vive, y con el dolor de esa herida acude el recuerdo de. lo que fui. Veo con toda claridad que no era ni esto ni aquéllo. La "nada" es más clara que la "calidad de ser". Veo el significado de la larga Odisea que he recorrido; reconozco a todas las Circes que me tuvieron esclavizado.

Hallé a mi padre, tanto el de carne como el innombrable. Y descubrí que padre e hijo son uno solo. Más, inmensamente más: descubrí por fin que todo es uno.

En Micenas, de pie ante la tumba de Clitemnestra, reviví las antiguas tragedias griegas que me nutrieron más que el gran Shakespeare. Descendiendo por los resbaladizos peldaños hasta el foso, que he descrito en el libro sobre Grecia, experimenté la misma sensación de horror que experimentara cuando niño al descender a las entrañas de Kór. Me parece haber estado ante muchos fosos sin fondo, me parece haber mirado muchos osarios. Pero lo más nítido todavía, lo más importante, es el recuerdo de que siempre que en mi vida he contemplado demasiado tiempo la belleza, particularmente la belleza de la mujer, invariablemente experimenté una sensación de miedo. Miedo y también un toque de horror. ¿Qué origen tiene este horror? El tenue recuerdo de haber sido otra persona y no la que soy ahora, de haber sido capaz (otrora) de recibir las bendiciones de la belleza, el don del amor, la verdad de Dios. ¿Por qué a veces no nos preguntamos a nosotros mismos la causa de la fatídica belleza de las grandes heroínas del amor a través de los siglos? ¿Por qué aparecen tan lógica y naturalmente rodeadas por la muerte, enaltecidas por el crimen, nutridas por el mal? Hay en *Ella* una frase de una penetración extraordinaria. Aparece en el momento en que Ayesha, habiendo hallado a su Amado, comprende que la unión física debe postergarse un poco todavía. "Todavía no he de cruzarme contigo, porque tú y yo somos distintos, y la luminosidad misma de mi ser te quemaría y hasta podría destruirte". (¡Daría cualquier cosa por saber qué deduje de estas palabras cuando las leí de muchacho!)

No importa lo mucho que me extienda sobre los trabajos de los demás, inevitablemente vuelvo al único libro de mi vida, el libro de mí mismo.

"¿Podría ser yo —dice Miguel de Unamuno— tal como creo que soy o como otros creen que soy? He aquí donde estas líneas se convierten en una confesión en presencia de mi yo desconocido e inaccesible, desconocido e inaccesible para mí mismo. He aquí donde creo la leyenda con la cual debo sepultarme a mí mismo".

Estas líneas aparecen en la solapa de *Black Spring,* (Primavera negra) libro que creo se ha acercado más a ser yo mismo que cualquier otro que haya escrito antes o después. El libro que me había propuesto crear como monumento a Ella, el libro en el que iba a confiar el "secreto", no tuve la valentía de empezarlo hasta hace unos ocho años. Pero entonces, una vez comenzado, lo dejé de lado cinco años más. *Trópico de Capricornio* estaba destinado a ser la piedra fundamental de esta obra monumental, pero es más un vestíbulo o una antecámara. En verdad escribí este temido libro mentalmente cuando anotaba (en el lapso de unas dieciocho horas continuas) el esbozo completo o las notas que cubrían todo el tema de este trabajo. Hice este críptico esqueleto de la magna obra durante un período de breve separación de "Ella". Estaba completamente poseído y desesperadamente desolado. Han transcurrido ahora casi veintitrés años desde el punto en que tracé el plan del libro. En esa época no pensaba en otra cosa que en escribir este gran libro. Sería el libro de mi vida, de mi vida con Ella. ¡De qué estupendos e inimaginables giros estaban compuestas nuestras vidas! Todo es viaje, todo es búsqueda. Ni siquiera tenemos noción del objetivo hasta que llegamos a él y nos identificamos con él. Emplear la palabra realidad es decir mito y leyenda. Hablar de creación significa sumergirse en el caos. No sabemos de dónde venimos ni adonde vamos, y ni siquiera sabemos quiénes somos. Izamos la vela partiendo hacia costas doradas, avanzamos rápidamente a veces como "flechas de nostalgia" y llegamos a destino en la plena gloria de la realización, o bien como papilla irreconocible en la cual se ha aplastado la esencia de la vida. Pero no nos dejemos engañar por esa palabra "fracaso" que se adhiere a ciertos ilustres nombres y que no es otra cosa que el sello y símbolo escrito del martirio. Cuando el buen Dr. Gachet escribió al hermano Theo que la expresión "amor al arte" no se aplicaba al caso de Vincent, que el suyo era en cambio un caso de "martirio" por su arte, comprendemos de todo corazón que Van Gogh fue uno de los más gloriosos "fracasos" de la historia del arte. Del mismo modo, cuando el profesor Dandieu afirma que Proust fue "el más vivo de los muertos" comprendemos inmediatamente que este "cadáver vivo" se había propuesto exponer el absurdo y el vacío de nuestra febril actividad. Montaigne, desde su "retiro", proyecta un haz de luz a través de los siglos. *The Failure* (El Fracaso) de Papini me incitó enormemente y me

ayudó a barrer de mi mente todo pensamiento de fracaso. Si la Vida y la Muerte están muy cerca la una de la otra, lo mismo sucede con el triunfo y el fracaso. A veces es una gran fortuna que interpretemos mal nuestro destino cuando nos es revelado. Muchas veces alcanzamos nuestros fines a pesar de nosotros mismos. Tratamos de orillar los pantanos y las selvas, buscamos frenéticamente escapar de la espesura o del desierto (uno y lo mismo), nos apegamos a dirigentes, rendimos culto a los dioses y no a lo Uno y Único, nos perdemos en el laberinto, huimos a costas distantes y hablamos en otras lenguas, adoptamos otras costumbres, modales, convenciones, pero siempre y eternamente somos arrastrados hacia nuestro verdadero final, que está oculto para nosotros hasta el último momento.

CAPÍTULO V

JEAN GIONO

En la rué d'Alésia, en una de esas humildes papelerías que venden libros, encontré por primera vez las obras de Jean Giono. La hija del comerciante —¡bendita sea su alma!— prácticamente me obligó a comprar el libro llamado *Que majóte detneure (The Joy of Man's Desiring).* En 1939, tras una peregrinación a Manosque con Henri Fluchére, amigo de la infancia de Giono, mi acompañante me compró *Jean Le Bleu (Blue Boy),* que leí en el barco viajando a Grecia. Perdí en mis andanzas las dos ediciones francesas. Al regresar a Norteamérica, empero, no tardé en conocer a Pascal Covici, uno de los directores de Viking Press, y por medio de él me familiaricé con todo lo traducido de Giono hasta entonces; no mucho, debo confesar.

De vez en cuando he sostenido una correspondencia ocasional con Giono, quien sigue viviendo en el lugar de su nacimiento, Manosque. ¡Cuántas veces lamenté no haberlo conocido con ocasión de mi visita a su localidad, pues había salido de caminata por la campiña que con tanta imaginación poética describe en sus libros! Pero si nunca lo conocí personalmente, puedo decir con toda seguridad que lo he conocido en espíritu, como me ha sucedido con tantos otros en este anchuroso mundo. Creo que algunos solamente lo conocen a través de las versiones cinematográficas de sus libros: *Harvest* (Cosecha) y *The Baker's Wife* (La Mujer del Panadero). Nadie deja jamás la sala cinematográfica, después de haber visto una de estas películas, sin lágrimas en los ojos. Nadie mira jamás una hogaza de pan, después de haber visto *Harvest,* de la misma manera que solía mirarla antes; tampoco, después de haber visto *The Baker's Wife* se piensa en el marido engañado con el mismo sórdido desprecio.

Pero estas son observaciones banales...

Hace algunos instantes, recorriendo tiernamente las páginas de sus libros, decía para mis adentros: “¡Suaviza las yemas de tus dedos! ¡Prepárate para la gran misión!”

Desde hace varios años he venido predicando el evangelio... de Jean Giono. No digo que mis palabras hayan caído en oídos sordos, simplemente me quejo de que mi auditorio haya sido restringido. No dudo de que me he convertido en un pesado para la Viking Press de Nueva York, porque sigo molestándoles intermitentemente para difundir las traducciones de las obras de Gionno. Por suerte puedo leer a Giono en su propia lengua y, aun a riesgo de pecar de inmodesto, *en su propio idioma.* Sin embargo, sigo pensando como siempre en los incontables millares de personas de Inglaterra y Norteamérica que deben aguardar a que se traduzcan sus libros. Me parece que podría incorporar a las filas de sus siempre crecientes admiradores a un sinnúmero de lectores a los cuales los editores norteamericanos han perdido la esperanza de llegar. Me parece que hasta podría modificar los ánimos de quienes nunca han oído hablar de él en Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda y otros lugares de habla inglesa. Pero parezco incapaz de mover a esos pocos seres cruciales que, por así decirlo, tienen en sus manos el destino de Giono. Ni con lógica ni con pasión ni con estadísticas ni con ejemplos consigo modificar la posición de directores y editores en mi país natal. Es probable que logre hacer traducir a Giono al árabe, turco y chino, antes de convencer a sus editores norteamericanos que sigan adelante con la empresa que con tanta sinceridad han iniciado.

Hojeando las páginas de *The Joy of Man's Desiring* (La Alegría del Deseo del Hombre) —buscaba la referenca a Orion -que parece el encaje de la Reina Ana—, encontré estas palabras de Bobi, la figura principal del libro:

Nunca he sido capaz de mostrar cosas a la gente. Es curioso. Siempre me han reprochado eso. Dicen: “Nadie ve lo que tú significas”.

Nada podría expresar mejor lo que experimento en ocasiones. Pero agrego vacilante: también Giono debe experimentar muchas veces esta sensación frustrada. De lo contrario no

consigo explicar el hecho de que, a pesar de la incontrovertible lógica de dólares y centavos con que sus editores siempre me silencian, sus obras no se hayan propagado como un incendio de bosques por este continente.

Nunca consigue convencerme el tipo de lógica que he mencionado. Puede que me silencien, pero no me convencen. Por otra parte, debo confesar que no conozco la fórmula del "éxito", según emplean el término los editores. Dudo que ellos la conozcan, de todos modos. No creo que un hombre como Giono me agradecería el convertirle en un éxito comercial. Querría ser más leído, sin duda. ¿Qué autor no lo quiere? Como todos los autores, querría especialmente ser leído por quienes captan lo que él significa.

Herbert Read le rindió un elevado tributo en un trabajo escrito durante la guerra. Aludió a él como el "anarquista campesino". (¡Tengo la seguridad de que los editores no desearán anunciar semejante rótulo!). Personalmente no creo que Giono sea un campesino, aunque no considero ninguno de los dos términos con sentido peyorativo. (Tampoco lo cree Herbert Read, con toda seguridad). Si Giono es campesino, también lo fue Tolstoy. Pero no comenzamos a tocar la esencia de estas grandes figuras considerándolas desde estos aspectos, desde estos ángulos. Giono ennoblece al campesino en sus narraciones, Giono amplía el concepto del anarquismo con sus alumbramientos filosóficos. Cuando toca a un hombre como nuestro Hermán Melville en el libro llamado *Pour Saluer Melville* (que la Viking Press se niega a editar, aunque fue traducido para ellos) nos acercamos mucho al verdadero Giono y, lo que es más importante, nos acercamos al verdadero Melville. Giono es un poeta, Su poesía es la de la imaginación y se revela a sí misma con la misma potencia en su prosa. Por medio de esta función Giono revela su poder para cautivar a los hombres y mujeres de todas partes, no importa su rango, clase, condición u ocupación. Este es el legado que le dejaron sus progenitores, particularmente su padre, creo, de quien ha escrito con tanta ternura y tanta emoción en *Blue Boy.* En su sangre corsa hay un filón que, como los vinos de Grecia al ser agregados a los franceses, otorga cuerpo y sabor a la lengua gálica. En cuanto al suelo en que está enraizado y por el cual su verdadero patriotismo nunca deja de manifestarse, creo que sólo un mago podría relacionar causas y efectos. Como nuestro Faulkner, Giono ha creado su propio dominio terrestre privado, un dominio mítico mucho más próximo a la realidad que los libros de historia y geografía. Es una región en la cual transitan las estrellas y los planetas con vibrantes pulsaciones. Es una tierra donde las cosas "suceden" a los hombres como eones atrás sucedieron a los dioses. Pan todavía camina por la tierra. El suelo está impregnado de jugos cósmicos. Los acontecimientos "transpiran". Ocurren milagros. Y jamás el autor traiciona a las figuras, a los personajes que ha conjurado del vientre de su rica imaginación. Sus hombres y mujeres tienen sus prototipos en las leyendas de la Francia provenzal en las canciones de los trovadores, en los quehaceres diarios de los campesinos humildes y desconocidos, una fila interminable de ellos, desde el día de Cario Magno hasta el presente mismo. En los trabajos de Giono tenemos lo sombrío de los páramos de Hardy, la elocuencia de las flores y criaturas humildes de Lawrence, el encanto y el hechizo de los ambientes galeses de Arthur Machen, la libertad y violencia del mundo de Faulkner, y la bufonería y licencia de las comedias misteriosas del medievo. Y sumado a todo esto un encanto y sensualidad paganos surgidos del antiguo mundo griego.

Si volvemos la mirada a los diez años que precedieron al estallido de la guerra, los años de pronunciada pendiente hacia el desastre, entonces las figuras significativas del escenario francés no son los Gides ni los Valérys, ni ningún aspirante a los laureles de la Académie, sino Giono, el campesino anarquista, Bernanos, el cristiano integral, y Bretón, el superrealista. Éstas son figuras significativas y son figuras positivas y creativas porque son destructivas, morales en su alzamiento contra los valores contemporáneos. Al parecer son figuras dispares que trabajan en distintas esferas, siguiendo distintos niveles de conciencia humana, pero en la esfera total de esa conciencia sus órbitas se encuentran y no encierran dentro de sus puntos de contacto nada que sea transigente, reaccionario o decadente; contienen, en cambio, todo lo positivo, revolucionario y creativo de un mundo nuevo y duradero.

La rebelión de Giono contra los valores contemporáneos persiste a través de todos sus libros. En *Refusal to Obey,* que sólo apareció traducido en la revistita de James Cooney *The*

Phoenix, según tengo entendido, Giono habló virilmente contra la guerra, contra el servicio militar, contra el hecho de llevar armas. Tales diatribas no contribuyeron a aumentar la popularidad del autor en su tierra natal. Cuando llegue la próxima guerra un hombre así estará marcado: todo lo que diga o haga, aparecerá en los diarios para ser exagerado, deformado y falseado. Los hombres que llevan en su corazón principalmente el interés de su país, son los mismos que serán vilipendiados, que serán llamados "traidores", "renegados" o peor. En *Blue* Boy Giono hace una apasionada declaración que podría arrojar un poco de luz sobre la naturaleza de su rebelión, Comienza:

> No recuerdo cómo comenzó mi amistad con Louis David. En este momento, al hablar de él, ya no puedo recordar mi pura juventud, el encanto de los magos y de los días. Estoy empapado de sangre. Más allá de este libro hay una profunda herida que todos los hombres de mi edad sufren. Este lado de la página está manchado de pus y oscuridad...
>
> Si tú (Louis) sólo hubieses muerto por cosas honorables; si tú hubieses luchado por amor o para conseguir alimentos para tus pequeños. Pero no. Primero te traicionaron y después te mataron en la guerra.
>
> ¿Qué quieres que haga con esta Francia que, al parecer, tú has ayudado a preservar, como yo también lo he hecho? ¿Qué haremos con ella, nosotros que hemos perdido todos nuestros amigos? ¡Ah! Si fuera cuestión de defender ríos, colinas, montañas, cielos, vientos, lluvias, diría, -Encantado. Ésa es nuestra misión. Luchemos. Toda nuestra felicidad en la vida está aquí-. No, hemos defendido el falso nombre de todo eso. Cuando veo un río, digo "río"; cuando veo un árbol, digo "árbol"; nunca digo "Francia". Eso no existe.
>
> ¡Ah! ¡Con cuánto agrado renunciaría a ese falso nombre para que uno solo de esos muertos, el más sencillo, el más humilde, volviera a vivir de nuevo! Nada podría ponerse en la balanza frente al corazón humano. ¡En todo momento nos hablan de Dios! Es Dios quien impartió el diminuto impulso, con su dedo, al péndulo del reloj de la sangre en el instante en que el niño emergió del vientre de su madre. Ellos siempre hablan de Dios cuando el único producto de su buena artesanía, lo único que se asemeja a Dios, la vida que sólo Él es capaz de crear, a pesar de toda vuestra conciencia de idiotas con gafas, esa vida ustedes la destruyen a voluntad en un infame mortero de barro y escupitajos con la bendición de todas vuestras iglesias. ¡Qué lógica!
>
> No es gloria ser francés. Sólo hay una gloria, la gloria de estar vivo.

Cuando leo un pasaje como éste me siento inclinado a hacer declaraciones extravagantes. En alguna parte creo haber dicho que si hubiese tenido que elegir entre Francia y Giono, me quedaría con Giono. Tengo la misma impresión sobre Whitman. Para mí Walt Whitman es cien, mil veces más *Norteamérica* que Norteamérica misma. Fue el gran demócrata mismo quien escribió lo siguiente sobre nuestra alardeada democracia:

> Muchas veces hemos impreso la palabra democracia. Sin embargo, nunca podría repetir con excesiva frecuencia que es una palabra cuyo verdadero sentido todavía duerme, completamente inconsciente, a pesar de toda la resonancia y de las muchas indignadas tempestades de las cuales se han formado nuestras sílabas con la pluma y con la lengua. Es una gran palabra cuya historia, presumo, todavía no ha sido escrita porque esa historia no se ha realizado todavía.

No, un hombre como Giono nunca podría ser un traidor, ni siquiera si se cruzara de brazos y permitiera al enemigo invadir su país. En *Maurizius Forever,* donde dediqué algunas páginas a su *Refusal to Obey,* lo he dicho de la siguiente manera, y lo repito con mayor vehemencia todavía: "Digo que algo tiene que estar mal en una sociedad que, porque litiga con las

opiniones de un hombre, es capaz de condenarlo como archienemigo. Giono no es un traidor. La sociedad es la traidora. La sociedad ha traicionado sus magníficos principios, sus principios huecos. La sociedad busca constantemente víctimas, y las encuentra entre los gloriosos de espíritu".

¿Qué dijo Goethe a Eckermann? Es realmente interesante que el "primer europeo" se haya expresado así: "Los hombres se tornarán más despejados y más agudos, pero no mejores, más felices ni más fuertes en la acción, o por lo menos sólo por épocas. Anticipo la época en que Dios lo romperá todo para renovar su creación. Tengo la certeza de que todo está planteado para su fin, y de que el tiempo y la hora para que ocurra esta época renovadora ya están fijados..."

El otro día alguien mencionó en mi presencia lo curioso y repetitivo que era el papel del padre en la vida de los escritores. Veníamos hablando de Joyce, de Utrillo, de Thomas Wolfe, de Lawrence, de Céline, de Van Gogh, de Cendrars y después de los mitos egipcios y de las leyendas de Creta. Hablamos de Los que nunca habían encontrado a su padre, de los que para siempre buscan un padre. Hablamos de José y sus hermanos, de Jonatás y David, de la magia conectada con nombres como el Helesponto y Fort Ticonderoga. Mientras hablaban yo buscaba frenéticamente en mi memoria casos en que la madre había desempeñado un gran papel. Sólo se me ocurrieron dos, pero eran nombres realmente ilustres: Goethe y da Vinci. Entonces comencé a hablar de *Blue Boy.* Busqué ese extraordinario pasaje, tan significativo para el escritor, donde Giono relata lo que significó para él su padre.

> Si amo tanto la memoria de mi padre —comienza—, si no puedo separarme nunca de su imagen, si el tiempo no puede cortar el hilo, es porque en la experiencia de un solo día comprendo todo lo que ha hecho por mí. Él fue el primero que reconoció mi sensibilidad. Fue el primero que vio, con sus ojos grises, que la sensibilidad me hacía tocar una pared e imaginar su aspereza como una piel porosa. Esa sensibilidad que me impidió aprender música, poniendo mayor precio a la embriaguez de escuchar que al regocijo de ser hábil, esa sensibilidad que me convertía en una gota atravesada por el sol, atravesada por las formas y colores del mundo, portando en verdad, como la gota de agua, la forma, el color, el sonido, la sensación, físicamente en mi carne...
>
> No rompió nada, no arrancó nada en mí, nada sofocó, nada borró con su dedo humedecido. Con sabiduría de insecto dio los remedios a la pequeña larva que era yo: un día esto, al día siguiente aquello; me pesó con las plantas, los árboles, la tierra, los hombres, los cerros, las mujeres, el pesar, la bondad, el orgullo, todos estos remedios, todos estos como provisión, en previsión de lo que podría echarse a perder, pero que, gracias a él, convirtióse en un inmenso sol dentro de mí.

Hacia el final del libro, acercándose el padre a su fin, sostienen una serena conversación bajo un tilo: "Cometí un error —dice su padre— cuando quise ser bueno y voluntarioso. Tú cometerás tu error, como yo".

Palabras demasiado ciertas. Demasiado, demasiado ciertas. Lloré al leer esto. Lloré nuevamente al recordar las palabras de su padre. Lloré por Giono, por sí mismo, por todos los que se han empeñado en ser "buenos y voluntariosos". Por los que todavía luchan, aunque sepan en el fondo de sus corazones que es un "error". Lo que sabemos no es nada comparado con lo que nos sentimos impulsados a hacer con la bondad de nuestros corazones. La sabiduría jamás podría trasmitirse de uno a otro. ¿Y en definitiva no abandonamos la sabiduría por el amor?

Hay otro pasaje donde padre e hijo conversan con Franchesc Odripano. Venían hablando del arte de curar.

> «Cuando una persona tiene aliento puro —dijo mi padre—, cierra las

heridas a su alrededor como si apagase otras tantas lámparas».

Pero yo no estaba tan seguro. Dije: “Si apagas todas las lámparas, papá, ya no podrás ver más”.

En ese momento los ojos de terciopelo miraban inmóviles más allá de mi gloriosa juventud.

-Es verdad —respondió—, las heridas iluminan. Es verdad. Tú escucha mucho a Odripano. Él tiene experiencia. Puede quedarse entre nosotros porque es poeta. ¿Sabes tú qué es la poesía? ¿Sabes tú lo que él dice que es la poesía? ¿Sabes eso, hijo? Es esencial que lo comprendas. Ahora escucha. Yo también he tenido mis experiencias, y te digo que debes cerrar las heridas. Si cuando llegues a hombre sabes estas dos cosas: la poesía y la ciencia de extinguir heridas, entonces *serás* un hombre».

Ruego al lector indulgencia por haber citado tan extensamente las obras de Giono. Si pensara por un momento que todos están familiarizados con los escritos de Giono, me habría sentido realmente incómodo al hacer estas citas, Un amigo mío me dijo el otro día que prácticamente todos los que había encontrado conocían a Giono. “¿Se refiere usted a sus libros?” pregunté, “Por lo menos algunos de ellos —replicó—. De todas maneras saben sin duda cuál es su posición.” “Esa es otra historia —repliqué—. Usted tiene suerte de actuar en tales círculos. Yo tengo otra cosa completamente distinta que decir sobre Giono. Dudo a veces que hasta sus mismos editores lo hayan leído. *Cómo leer,* he ahí la cuestión”

Esa noche, mirando un libro de Holbrook Jackson, encontré las cuatro clases de lectores que cita Coleridge. Helas aquí:

1. Las esponjas, que absorben todo cuanto leen y lo devuelven más o menos en el mismo estado, aunque un poco sucio.
2. Los vasos de arena, que no retienen nada y se conforman con atravesar un libro por el gusto de atravesar el tiempo.
3. Las bolsas de basura, que simplemente retienen la escoria de lo que leen.
4. Los diamantes, igualmente raros y valiosos, que sacan provecho de lo que leen y permiten que con ello también se beneficien otros.

La mayoría de nosotros pertenecemos a la tercera categoría, si no también a una de las dos primeras. ¡Son realmente raros los diamantes mogules! Y ahora desearía hacer una observación relacionada con el préstamo de los libros de Giono. Los pocos que poseo, entre ellos

The Song of the World (La Canción del Mundo) y *Lovers are Never Losers* (Los Amantes Nunca Salen Perdedores), que según veo no he mencionado, los he prestado reiteradamente a todos los que expresaron el deseo de familiarizarse con Jean Giono. Esto significa que no solamente los entregué a un considerable número de visitantes sino que también he envuelto y despachado por correo los libros a muchos otros, también a algunos en tierras extranjeras. De ningún autor recomendado por mí he recibido una respuesta tan elogiosa como tras la lectura de Giono. Las reacciones han sido virtualmente unánimes: “¡Magnífico! ¡Gracias, muchísimas gracias!” suele ser la respuesta de rigor. Una sola persona lo desaprobó diciendo que no sacaba nada en limpio de Giono y que era un canceroso moribundo.

Le había prestado *The joy of Man's Desiring.* Era uno de esos “prósperos” hombres de negocios que lo había logrado todo sin hallar nada para sostenerse a sí mismo. Creo que este veredicto podemos considerarlo excepcional. Los otros, que comprenden hombres y mujeres de las más encontradas opiniones, las más contradictorias miras y tendencias, todos proclamaron su amor, su admiración y gratitud por Jean Giono. No representan un auditorio “selecto”, pues fueron elegidos al azar. La única calificación que tuvieron en común fue la sed de buenos libros...

Éstas son mis estadísticas privadas, que sostengo como tan válidas como las del editor. Son

los hambrientos y los sedientos quienes eventualmente deciden el futuro de las obras de Giono.

Hay otro hombre, una figura trágica cuyo libro muchas veces endoso a mis amigos y relaciones: Vaslav Nijinsky. Su *Diario* guarda una extraña relación con *Blue Boy.* Me dice algo sobre el arte de escribir. Es la escritura de un hombre en parte lúcido y en parte loco. Es una comunicación tan desnuda, tan desesperada, que rompe el molde. Estamos frente a frente con la realidad, y esa realidad resulta totalmente insoportable. La técnica, tan extraordinariamente personal, es una técnica de la cual todos los escritores pueden aprender. Si no hubiera ido a parar al asilo, si ésta hubiese sido simplemente su obra bautismal, habríamos tenido en Nijinsky un escritor tan bueno como el bailarín.

Menciono este libro porque lo he examinado detenidamente. Aunque parezca presuntuoso decirlo, es un libro para escritores. No puedo limitar a Giono de esta manera, pero debo decir que él también alimenta al escritor, instruye al escritor, inspira al escritor. En *Blue Boy* nos da la génesis del escritor, diciéndola con el consumado arte de un escritor avezado. Sentimos que es un "escritor nato". Intuimos que también podría haber sido pintor o músico (a pesar de lo que dice). Es la "Historia del Narrador", *l'histoire de l'bistoire.* Despega las envolturas en que momificamos a los escritores y revela al ser embrionario. Nos da la fisiología, la química, la física, la biología de ese curioso animal que es el escritor. Es un libro de texto embebido en el mágico fluido del medio que expone. Nos conecta con la fuente de toda actividad creativa. Respira, palpita, renueva el torrente circulatorio. Es el tipo de libro que todo hombre que cree que por lo menos tiene una historia que narrar podría escribir, pero que por desgracia nunca escribe. Es la historia que los autores relatan una y otra vez con una miríada de disfraces. Raras veces esto llega directamente de la sala de partos. Por lo general primero se lava y se viste. Por lo general se le da un nombre que puede no ser el nombre verdadero.

Su sensibilidad, el acontecimiento que Giono atribuye a la delicada nutrición de su padre, es sin lugar a dudas uno de los rasgos de su arte. Reviste sus personajes, sus paisajes, toda su narración. "Refinemos las puntas de nuestros dedos, nuestro puntos de contacto con el mundo..." Giono ha hecho precisamente eso. El resultado es que en su música captamos el uso de un instrumento que ha experimentado el mismo proceso de maduración que quien lo utiliza. En Giono la música y el instrumento son uno solo. He ahí su don especial. Si no se hizo músico porque, como dice, le pareció más importante ser buen oyente, se ha convertido en un escritor que ha elevado a tales alturas el arte de escuchar, que seguimos sus melodías como si las hubiésemos escrito nosotros mismos. Ya no sabemos, al leer su libro, si escuchamos a Giono o si nos escuchamos a nosotros mismos. Ni siquiera tenemos conciencia de que escuchamos. Vivimos a través de sus palabras y en esas palabras con la misma naturalidad que si respirásemos a confortable altura, o si flotáramos en el seno de las profundidades o voláramos como halcón en la reseca garganta de una quebrada. Los actos de sus narraciones están acunados en este terrestre efluvio; la maquinaria nunca rechina porque es lavada perpetuamente por lubricantes cósmicos. Giono nos da hombres, bestias y dioses... en sus constituyentes *moléculas.* No ha visto la necesidad de descender a las arenas atómicas. Trata de galaxias y constelaciones, de *troupes,* rebaños y hatos en un plasma biológico como también en un magma y plasma primario. Los nombres de sus personajes, como también los cerros y las corrientes que los rodean, tienen el sabor, la fragancia, el vigor y la especie de las yerbas fuertes. Son nombres autóctonos con aroma a Midi. Al pronunciarlos revivimos la memoria de otros tiempos; sin saberlo inhalamos un soplo de costa africana. Sospechamos que Atlantis no distaba tanto en el tiempo ni en el espacio.

Hace ahora poco más de veinte años desde que *Colline* de Giono, editado en su traducción como *Hill ofDestiny* por Brentano's de Nueva York, diera a conocer este autor simultáneamente en todo el mundo lector. En su introducción a la edición norteamericana, Jacques de Clerq, el traductor, explica el propósito del *Prix Brentano,* que fue el primero concedido a Jean Giono.

Para el público francés, el *Prix Brentano* debe su importancia a varios rasgos innovadores. Para comenzar, es la primera Fundación Norteamericana que corona una obra francesa y asegura la publicación de esa obra en Norteamérica. El simple hecho de que provenga del

exterior —*l'etranger, cette postérité contemporaine*— despierta vivo interés; además, el hecho de que el jurado estaba integrado por extranjeros dio amplia seguridad de que no podía haber *propagártele de chapelle* aquí, nada de maniobras de claques como las que necesariamente deben acompañar a los premios franceses. Por último, el valor material del premio resultó un buen augurio.

¡Veinte años desde entonces! Hace apenas unos meses recibí dos nuevos libros de Goino —*Un Roi Sans Divertissement* y *Noé*— los dos primeros de una serie de veinte. Una serie de "*Chroniques"* según las denomina. Él tenía treinta años cuando *Colline* fue laureada con el *Prix Brentano.* En el ínterin ha escrito un respetable número de libros. Ahora, en los cincuenta, ha proyectado una serie de veinte, de los cuales ya ha escrito varios. Poco antes de estallar la guerra inició su célebre traducción de *Moby Dick,* trabajo de varios años en el cual fue ayudado por dos mujeres capaces cuyos nombres figuran con el suyo como traductores del libro. Empresa inmensa, porque Giono no domina a la perfección el inglés. Pero, como explica en su libro siguiente —*Pour Saluer Melville—Moby Dick fue* su constante compañero durante años en sus paseos por las montañas. Había vivido con el libro y éste había pasado a formar parte de él. Fue inevitable que fuese quien lo diera a conocer al público francés. He leído partes de esta traducción y me parece inspirada. Melville no es uno de mis favoritos. *Moby Dick* siempre ha sido una especie de *béte noir* para mí. Pero leyendo la versión francesa, que prefiero a la original, he llegado a la conclusión de que algún día he de leer el libro. Después de leer *Pour Saluer Melville,* que es la interpretación de un poeta por un poeta —pura invención, como dice Giono mismo en una carta— estuve literalmente al lado de mí mismo. ¡Cuántas veces es el "extranjero" quien nos enseña a apreciar a nuestros propios autores! (Pienso inmediatamente en ese maravilloso estudio de Walt Whitman por un francés que virtualmente dedicó su vida entera al tema. Pienso también en lo que hiciera Baudelaire para convertir al nombre de Poe en una consigna en Europa entera.). Una y otra vez comprobamos que comprender un lenguaje no es lo mismo que comprender un idioma. Siempre es comunión versus comunicación. Hasta en la traducción algunos de nosotros comprendemos mejor a Dostoíevsky, por ejemplo, que sus contemporáneos rusos, o, diría mejor que nuestros contemporáneos rusos.

He notado al leer la introducción de *Hill of Destiny,* que el traductor expresó el temor de que el libro ofendiera a ciertos lectores norteamericanos quisquillosos. Es curioso el desdén con que los anglosajones consideran a los autores franceses. Hasta algunos de los buenos escritores católicos de Francia son considerados "inmorales". Esto siempre me recuerda la indignación de mi padre cuando me sorprendió leyendo *The Wild Ass' Skin* (La Piel de Zapa). No le hizo falta otra cosa que ver el nombre de Balzac. Eso bastó para convencerlo de que el libro era "inmoral". (Menos mal que nunca me sorprendió leyendo *Droll Storied).* Mi padre, por supuesto, no había leído jamás ni una sola línea de Balzac. A duras penas había leído una sola línea de cualquier autor inglés o estadounidense. El único escritor que confesó haber leído —*c'est inoui, mais c 'est vrai*— fue John Ruskin. ¡Ruskin! Casi me caigo de la silla cuando me espetó esto. No sabía cómo explicar tamaño absurdo, pero posteriormente descubrí que el responsable había sido el pastor que logró convertirlo (temporalmente) a Cristo. Más perplejo me dejó todavía que admitiera que la lectura de Ruskin le había agradado. Eso todavía sigue siendo inexplicable para mí. Pero de Ruskin en otra época...

En los libros de Giono, como también en los de Cendrars y tantos otros libros franceses, siempre hay maravillosas descripciones sobre la comida y la bebida. A veces es un festín, como en *The joy of Man's Desiring,* o a veces es una simple comida. No importa lo que sea, se nos hace agua la boca. (Todavía falta que un norteamericano escriba para norteamericanos un libro de cocina basado en las recetas que traslucen las páginas de la literatura francesa). Todo cineasta ha observado la importancia que dan los directores cinematográficos franceses a la comida y a la bebida. Notablemente es un rasgo que falta en las películas norteamericanas. Cuando tenemos una escena así, raras veces es real, tanto la comida como los participantes. En Francia siempre que dos o más personas se reúnen, se establece una comunión sensual y además espiritual. Con cuánto anhelo los jóvenes norteamericanos contemplan estas escenas. Muchas veces es una comida al fresco. Entonces nos sentimos más

conmovidos todavía porque realmente poco sabemos de la alegría de comer y beber al aire libre. Al francés le "encanta" su comida. Nosotros comemos para nutrirnos o porque no podemos prescindir del hábito. El francés, aunque sea un hombre de ciudad, está más cerca de la tierra que el norteamericano, No manosea ni anula con refinamientos los productos de la tierra. Saborea tanto las comidas hogareñas como las creaciones del gourmet. Le agradan las cosas frescas, no envasadas ni refrigeradas. Además, casi todo francés sabe cocinar. Jamás conocí un francés que no supiera preparar un plato tan sencillo como una tortilla, por ejemplo. Pero conozco a muchos norteamericanos que ni siquiera saben hervir un huevo.

Naturalmente, con la buena comida viene la buena conversación, otro elemento que falta por completo en nuestro país. Para sostener una buena conversación es casi imperioso que haya buen vino en la mesa. Ni cócteles, ni whisky, ni cerveza, ni ale. ¡Ah, los vinos! ¡La variedad de vinos, con los sutiles e indescifrables efectos que producen! Y no debo olvidar que con la buena comida vienen las mujeres hermosas, mujeres que además de estimularnos el apetito saben inspirar una buena conversación. ¡Qué horribles son nuestros banquetes para hombres solamente! ¡Cuánto nos agrada castrarnos, mutilarnos! ¡Cuánto odiamos realmente todo lo sensitivo y sensual! Creo decididamente que lo que repele a los norteamericanos más que la inmoralidad, es el placer que se deriva del goce de los cinco sentidos. No somos de ninguna manera un pueblo "moral". No nos hace falta leer *La Piel* de Malaparte para descubrir la bestia que llevamos oculta debajo de nuestros caballerescos uniformes. Y cuando digo -uniformes- me refiero a la indumentaria que disfraza al civil y también la que disfraza al soldado. Estamos uniformados de cabo a rabo. No somos individuos y tampoco somos miembros de una gran colectividad. No somos demócratas, ni comunistas, ni socialistas, ni anarquistas. Somos simplemente una díscola turba. Y el signo por el cual se nos conoce es la vulgaridad.

Jamás hay vulgaridad ni siquiera en las más toscas páginas de Giono. Sus personajes podrán permitirse relaciones sexuales de vez en cuando, hasta podrán decir "fornicar", pero en esas transgresiones jamás hay nada horripilante como en las descripciones que hace Malaparte de los soldados norteamericanos en el exterior. Jamás se obliga al escritor francés a recurrir a los amaneramientos de Lawrence en un libro como *Lady Chatterley's Lover.* Lawrence debería haber conocido a Giono, con el cual tanto tenía en común, dicho sea de paso. Debería haber viajado desde Vence hasta la meseta de Haute-Provence, donde, al describir el paraje de *Colline,* Giono dice: "una interminable extensión de tierra azul, villa tras villa yacen muertas en la meseta de lavanda. ¡Un puñado de hombres, cuan lastimosamente pocos, cuan inoperantes! Además, hincado entre los pastos, revolcándose entre las cañas, el cerro, como un toro". Pero Lawrence ya estaba entonces en las garras de la muerte, capaz, sin embargo, de darnos *The Man Who Died* (El Hombre que Murió) o *The Escapea Cock* (El Gallo Prófugo). Todavía quedaba suficiente aliento en él como para rechazar la enfermiza imagen cristiana de un doliente Redentor y restaurar la imagen del hombre en carne y hueso, de un hombre conforme con vivir simplemente, con respirar simplemente. Es una lástima que no haya podido conocer a Giono en los primeros días de su vida. Aún de muchacho Giono habría sido capaz de apartarlo de algunos de sus errores. Lawrence se colocó para siempre en contra de los franceses, a pesar de que le agradó la vida en Francia, según parece. Solamente vio lo que había de enfermizo y "decadente" en los franceses. Dondequiera que fuese, siempre veía eso primero porque su olfato era demasiado sensible. Giono tan arraigado a su tierra nativa; Lawrence tan saturado de ansia de viajar. Ambos proclamaron la vida en abundancia: Giono en himnos de vid, Lawrence en himnos de rencor. Así como Giono se había anclado en su "región", así se ancló a sí mismo en la tradición del arte. No ha sufrido por estas restricciones que él mismo se impusiera. Por el contrario, ha florecido. Lawrence se alejó de este mundo y de los dominios del arte. Viajó por la tierra como alma perdida sin encontrar paz en ninguna parte. Explotó la novela para predicar la resurrección del hombre, pero él mismo pereció miserablemente. Tenemos una gran deuda contraída con D. H. Lawrence. Estas observaciones y comparaciones no están destinadas a rechazar al hombre sino que simplemente las ofrezco como signo de sus limitaciones. Simplemente porque también soy anglosajón me siento libre para destacar sus fallos; Todos nosotros necesitamos terriblemente a Francia. Lo he dicho con

insistencia muchas veces y probablemente siga diciéndolo hasta mi muerte.

Vive la France! Vive Jean Giono!

Hace exactamente cinco meses dejé de lado estas páginas sobre Jean Giono sabiendo que tenía más que decir, pero decidido a contenerme hasta que llegase el momento oportuno. Ayer recibí una inesperada visita de un agente literario al que conocí hace varios años en París. Es el tipo de individuo que al entrar en una casa se dirige directamente a la biblioteca para examinar los libros y manuscritos, antes de dirigir la mirada al anfitrión. Y cuando nos mira, no nos ve a *nosotros* sino lo que hay de explotable en nosotros. Después de comentar con bastante torpeza que su única finalidad era ayudar a los escritores, aproveché su insinuación y mencioné el nombre de Giono.

—Hay un hombre por el cual podría hacer algo, si lo que dice usted es verdad —dije tajantemente. Le enseñé *Pour Saluer Melville* y le expliqué que Viking parecía no tener interés en publicar ningún otro libro de Giono.

—¿No sabe por qué? —preguntó.

Me limité a repetirle lo que me habían escrito.

—Ése no es el verdadero motivo —replicó y procedió a explicarme lo que "sabía" que era el verdadero motivo.

—Aunque lo que usted dice fuese cierto —expresé—, cosa que no creo, queda este libro que desearía que se publique. Es un libro hermoso. Me encanta.

—En efecto —agregué— siento tan gran aprecio y admiración por Giono que no me importa un ápice lo que haga o lo que se diga que ha hecho. Conozco a mi Giono.

Me miró intrigado y, como queriendo provocarme, afirmó:

—Hay *varios* Gionos, como usted sabe.

Capté su insinuación, pero respondí sencillamente:

—Me encantan todos.

Eso pareció pararlo en seco. Además abrigaba la certeza de que no estaba tan familiarizado con Giono como pretendía. Indudablemente quiso decirme que el Giono de cierto período era mucho mejor que el Giono de otro. El "mejor" Giono, por supuesto, había sido *su* Giono. Éste es el tipo de charla baladí que mantiene en perpetuo fermento a los círculos literarios.

Cuando apareció *Colline* fue como si el mundo entero reconociera a este Giono. Esto volvió a suceder cuando se publicó *Que tna joie demeure* y quizá haya sucedido varias veces. De todos modos, siempre que esto sucede, siempre que un libro conquista la inmediata aclamación universal, de alguna manera se deduce que el libro es el reflejo fiel del autor. Es como si hasta ese momento el hombre no existiera. O quizá se admite que el hombre existía pero el escritor no. Sin embargo el escritor existe aún antes que el hombre, aunque parezca paradójico. El hombre jamás habría llegado a ser lo que es si en él faltara el germen creativo. Vive la vida que habrá de registrar con palabras. Sueña su vida antes de vivirla; la sueña *para vivirla.*

En su primer trabajo "que triunfa" algunos autores dan una imagen tan completa de sí mismos que no importa lo que digan después, esta imagen perdura, domina y a menudo oculta todos los trabajos siguientes. Lo mismo sucede en nuestro primer encuentro con otro individuo. Con tanta fuerza la pesonalidad del otro se registra en tales momentos y para siempre, no importa lo mucho que la persona cambie o revele sus otros aspectos, que esta primera imagen es la única que perdura. A veces es una bendición el lograr conservar esta imagen completa original; en otras ocasiones es una injusticia que hacemos a la persona que amamos.

Jamás se me ocurriría pensar que Giono es un hombre de muchas facetas. Tampoco me atrevería a negar que él, como todos nosotros, tiene su lado bueno y su lado malo. En el caso de Giono sucede que en cada libro que produce se revela a sí mismo plenamente. La revelación está dada en todas sus frases. Siempre es él mismo y siempre está dando de sí mismo. Es una de las raras cualidades que posee, cualidad que lo distingue de una hueste de escritores menores. Además, como Picasso, bien puedo imaginarlo diciendo: -¿Es necesario que todo lo que hago resulte ser una obra maestra?- De él, como de Picasso, yo diría que la -obra maestra- fue el acto creativo en sí mismo y no un trabajo en particular que acaso llegó a complacer a un gran auditorio para ser aceptado como el cuerpo mismo de Cristo.

Supongamos que usted tiene una imagen del hombre y que después un buen día, por accidente, lo encuentra extraño, comportándose o hablando de una manera que usted nunca lo creyó capaz. ¿Rechaza usted este aspecto inaceptable del hombre o lo incorpora en un cuadro más grande de él? En una ocasión se había revelado a usted por completo, piensa. Ahora lo encuentra completamente distinto. ¿La falta de quién es: de *usted* o de *él?*

Bien puedo imaginar a un hombre para quien el escribir es una labor de toda la vida que revela tal cantidad de aspectos de sí mismo durante su avance, que intriga y desconcierta a sus lectores. Y cuanto más intrigados y desconcertados se encuentren por el carácter proteico de su ser, menos calificados estarán, en mi opinión, para hablar de "obras maestras" o de "revelación". Una mente abierta y receptiva por lo menos esperaría a que escribiera la última palabra. Por lo menos eso. Pero está en la naturaleza de las mentes pequeñas matar al hombre prematuramente, parar su desarrollo en el punto que resulta más cómodo para la propia paz de espíritu. Si un autor encara un problema que no es del agrado de los hombres pequeños o que escapa a su comprensión, ¿qué sucede? Pues el pronunciamiento clásico: "¡Ya no es el escritor que solía ser!" Lo cual, invariablemente, significa: "No es el escritor que conozco."

Según sucede con los escritores creativos, Giono todavía es un hombre comparativamente joven. Habrá más altibajos desde el punto de vista de los críticos mordaces. Será fichado y refichado, cercado y recercado, resucitado y rerresucitado, hasta la línea final de la muerte. Y todos los que gozan con este juego, al que identifican con el arte de la interpretación, experimentarán muchos cambios ellos mismos, por supuesto, y en ellos mismos. Los obstinados harán deporte con él hasta el mismo final. Los tiernos idealistas se desilusionarán una y otra vez, y también volverán a encontrar a su amado una y otra vez. Los escépticos siempre estarán en la cerca, si no en la cerca vieja en otra, pero en la cerca.

Todo lo que se escriba sobre un hombre como Giono nos dice más del crítico o del intérprete que de Giono, porque, como la canción del mundo, Giono canta, canta y canta. El crítico gira perpetuamente en torno a su arraigado y áspero yo. Como la veleta, dice de dónde sopla el viento, pero él no es el viento ni es el aire. Es como un automóvil sin bujías.

El hombre sencillo que no se jacta de sus opiniones pero es capaz de conmoverse, el hombre sencillo que es devoto, amante y leal, está en mucho mejores condiciones para hablar a usted de un escritor como Giono que los críticos eruditos. Confiemos en el hombre cuyo corazón se conmueve, en el hombre que todavía conserva su flexibilidad. Estos hombres están con el escritor cuando éste ordena su creación. No abandonan al escritor cuando actúa de una forma que escapa a su comprensión. Su silencio es justo e instructivo. Como los muy sabios, saben contenerse.

"Cada día creo menos y menos en la cuestión social, en la cuestión política y en la cuestión moral, como también en todas las demás cuestiones que la gente ha inventado para no enfrentar resueltamente la única cuestión que existe; la cuestión *humana* —dice Unamuno—. Mientras no confrontemos esta cuestión, todo lo que hacemos ahora es simplemente hacer ruido para no escucharla".

Giono es uno de los escritores de nuestro tiempo que encara de frente esta cuestión humana. Esto explica en gran parte el descrédito en que ha caído. Quienes actúan en la periferia lo consideran un renegado porque, a su entender, no hace el juego. Algunos se niegan a tomarle en serio porque "sólo es poeta". Otros admiten que tiene cualidades maravillosas para la narración pero sostienen que carece de sentido de la realidad. Algunos creen que escribe una leyenda de su región y no la historia de nuestros tiempos. Algunos querrían hacernos creer que es sólo un soñador. Es todas estas cosas y mucho más. Es un hombre que jamás se separa del mundo, ni siquiera cuando sueña. Particularmente el mundo de los seres humanos. Habla en sus libros como un padre, una madre, un hermano, una hermana, un hijo y una hija. No pinta la familia humana sobre el fondo de la naturaleza, sino que convierte a la familia humana en parte de la naturaleza. Si hay sufrimiento y castigo, es porque así funciona la ley divina a través de la naturaleza. El cosmos donde moran las figuras de Giono es un cosmos estrictamente ordenado; tienen cabida en él todos los elementos irracionales. Este cosmos no cede, no se rompe ni se debilita porque, a veces los personajes ficticios que lo componen actúen en contradicción o en desafío con las leyes que gobiernan

nuestro mundo cotidiano. El mundo de Giono posee una realidad mucho más comprensible, mucho más duradera que el mundo que aceptamos como realidad mundial. Tolstoy expresó la naturaleza de esta otra realidad más profunda en su última obra:

> Entonces esto es todo lo que quisiera decirte: yo te diría que vivimos en una era y en condiciones que no pueden durar y que, venga de donde venga, estamos obligados a tomar por un nuevo sendero. Para seguirlo no hace falta inventar una nueva religión ni descubrir nuevas teorías científicas para explicar el significado de la vida o el arte como guía. Más que nada es inútil volver de nuevo a alguna actividad especial; es menester adoptar un solo camino para liberarnos de las supersticiones del cristianismo y del mandato del Estado.
>
> Comprenda cada cual que no tiene derecho, ni siquiera la posibilidad, de organizar la vida de los demás; que debe conducir su propia vida de conformidad con la suprema ley religiosa que le ha sido revelada, y que apenas lo haya hecho el orden actual desaparecerá; el orden que ahora reina entre las llamadas naciones cristianas, el orden que ha provocado sufrimientos al mundo entero, que tan poco concuerda con la voz de la conciencia y que día a día torna más miserable a la humanidad. No importa lo que tú seas: mandatario, juez, terrateniente, trabajador o vagabundo, recapacita y apiádate de tu alma. No importa lo mucho que hayan embotado tu cerebro el poder, la autoridad y la riqueza, no importa lo mortificado y abrumado que te hayan dejado la pobreza y la humillación, recuerda que tú posees y manifiestas, como todos poseemos y manifestamos, un espíritu divino que nos interroga claramente: “¿Por qué te martirizas y haces sufrir a todos con los cuales entras en contacto?” Comprende, en cambio, lo que realmente eres, cuan insignificante y vulnerable es en realidad el ser que tú llamas yo y que reconoces en su propia forma, y en qué medida, por el contrario, el verdadero yo es inconmensurablemente tu yo espiritual... y habiendo comprendido esto, comienza a desempeñar la verdadera misión en la vida que te ha sido revelada por una sabiduría universal, las enseñanzas de Cristo, y por tu propia conciencia. Dedica lo mejor de ti mismo a incrementar la emancipación de tu espíritu con respecto a las ilusiones de la carne y a amar a tu vecino, que es uno y la misma cosa. Apenas comiences a vivir de esta manera, experimentarás una jubilosa sensación de libertad y bienestar. Te sorprenderá hallar que los mismos objetivos exteriores que te preocupaban y que distaban de realizarse, ya no se interponen en el camino hacia tu mayor felicidad posible. Y si no eres feliz —sé que no eres feliz— medita sobre lo que se dice aquí. No se trata de imaginarme simplemente a mí, sino que esto es el resultado de las reflexiones y creencias de los corazones y espíritus más ilustres; por lo tanto, comprende que éste es el único medio para liberarte de tu infelicidad y para descubrir el mayor bien posible que la vida es capaz de ofrecer. Esto es, entonces, lo que quisiera decir a mis hermanos antes de morir.

Nótese que Tolstoy habla de “la mayor felicidad posible” y del “mayor bien posible”. Tengo la certeza de que estos son dos objetivos que Giono querría que la humanidad alcanzase. ¡Felicidad! ¿Desde Maeterlinck, quien se ha explayado con alguna extensión sobre este estado del ser? ¿Quién habla hoy del “mayor de los bienes”? Hablar hoy de la felicidad y del bien suscita desconfianza. Estas cosas no tienen cabida en nuestra plan de la realidad. Sí, se habla incesantemente de la cuestión social, de la cuestión política, de la cuestión moral. Hay mucha agitación, pero por el momento no se hace nada. *Nada se hará* mientras el ser humano sea considerado en conjunto, mientras no se lo contemple primero como un ser humano y no como un animal político, social o moral.

Al tomar el último libro de Giono —*Les Ames Fortes*— para examinar una vez más la lista completa de su obras publicadas, recuerdo la visita que hice a su hogar durante su ausencia.

Al entrar en la casa inmediatamente tuve noción de la profusión de libros y archivos. El lugar parecía desbordar de alimento espiritual. En una biblioteca, que llegaba casi hasta el techo, estaban los libros que había escrito. Aun entonces, hace once años, la cantidad era asombrosa para un hombre de su edad. Contemplo nuevamente ahora la lista que aparece en la página opuesta a la del título de su última obra, publicada por Gallimard. ¡Cuántos me faltan por leer todavía! ¡Y que elocuentes son los títulos solamente! *Solitude de la Pitié, Le Poids du del, Naissance de l'Odyssée, Le Serpent d'Etoiles, Les Vraies Richesses, Fragments d'un D'eluge, Fragments d'un Paradis, Présentation de Pan...* Un entendimiento secreto me une a estas obras desconocidas. Muchas veces, cuando salgo de noche al jardín para fumar en calma, cuando alzo los ojos al cielo y contemplo Orion y las demás constelaciones que tan íntimamente forman parte del mundo de Giono, me pregunto qué contenido tendrán estos libros que no he leído y que me prometo a mí mismo leer en momentos de total paz y serenidad, porque "amontonarlos dentro de mí" sería una injusticia para Giono. También lo imagino paseándose por este jardín, robando una mirada a las estrellas, meditando sobre el trabajo que tiene entre manos, armándose de fuerzas para sus renovados conflictos con los editores, los críticos y el público. En esos momentos no me parece que Giono esté muy distante, en un país que se llama Francia. Está en Manosque, y entre Manosque y Big Sur hay una afinidad que anula el tiempo y el espacio. Él está en ese jardín donde el espíritu de su madre reina todavía, no lejos del pesebre donde naciera y donde su padre, que tanto le enseñara, trabajó junto a su banco como zapatero remendón. Su jardín está rodeado por una pared; aquí no hay ninguna. Ésa es una de las diferencias entre el Viejo Mundo y el Nuevo. Pero no se yergue ningún muro entre el espíritu de Giono y el mío. Eso me atrae a él, lo abierto de su espíritu. Lo sentimos en el momento en que abrimos sus libros. Nos tambaleamos entonces en un arranque narcotizado y extasiado.

Giono nos brinda el mundo donde vive, un mundo de sueños, pasiones y realidad. Es francés, sí, pero eso difícilmente bastaría para describirlo. Es de cierta región de Francia, sí, pero eso no lo define. Es nítidamente el mundo de Jean Giono y no otro. Sí usted es un espíritu sensible lo reconocerá inmediatamente no importa dónde haya nacido ni dónde haya crecido, el lenguaje que hable, las costumbres que haya adoptado ni la tradición que siga. El hombre no necesita ser chino y ni siquiera poeta para reconocer inmediatamente a espíritus como Lao-tse y Li Po. En la obra de Giono, lo que todo individuo sensible y de sangre total debería ser capaz de reconocer inmediatamente es "la canción del mundo". Para mí esta canción, de la cual cada nuevo libro ofrece inacabables estrofas y variantes, es mucho más preciosa, mucho más inquietante, mucho más poética que la "Canción de las Canciones". Es íntima, personal, cósmica, desembarazada... e incesante. Contiene las notas de la alondra, del ruiseñor, del zorzal; contiene el movimiento de los planetas y el traslado casi inaudible de las constelaciones; contiene los sollozos, los gritos, los alaridos y los gemidos de las almas heridas de los mortales como también las risas y la algarabía de los benditos; contiene la seráfica música de los huéspedes angelicales y los gruñidos de los condenados. Además de esta música pandémica, Giono brinda toda la gama de colores, sabores, olores y tactos. Hasta los más inanimados objetos emiten sus misteriosas vibraciones. La filosofía que está detrás de esta producción sinfónica no tiene nombre: su función es liberar, mantener abiertas todas las compuertas del alma, fomentar la conjetura, la aventura y el culto apasionado.

"¡Debes ser lo que eres, pero debes serlo al máximo!" Eso es lo que susurra.

¿Es francés?

CAPÍTULO VI

INFLUENCIAS

He mencionado antes que en el Apéndice presento una lista de todos los libros que recuerdo haber leído. Lo hago por varias razones. Una de ellas es que me agrada practicar juegos, y este es uno de los juegos más antiguos: el juego de la búsqueda. Un motivo mejor es que nunca he visto una lista de los libros leídos por mis autores favoritos. Daría cualquier cosa, por ejemplo, por conocer todos los títulos de los libros que devoraron Dostoievsky o Rimbaud. Pero hay todavía una razón más importante, que es la siguiente: la gente siempre se pregunta cuáles fueron las influencias de un escritor, sobre qué base el gran escritor o los grandes escritores se modelaron a sí mismos, quién sirvió de principal inspiración, quiénes afectaron principalmente su estilo, y así sucesivamente Me propongo consignar aquí la línea de mi ascendencia en orden cronológico lo más estricto posible. Daré nombres específicos e incluiré algunos hombres y mujeres (entre los cuales figuran algunos que no han sido escritores) a quienes considero "libros vivos", entendiendo por esto que tuvieron (para mí) toda la gravitación, el poder, el prestigio, la magia y el hechizo que se atribuyen a los autores de los grandes libros. También mencionaré algunos "países"; todos ellos son países que únicamente he penetrado por medio de la lectura, pero viven tanto en mí y han afectado de tal manera mi pensamiento y mi conducta, que es como si fuesen libros.

Pero volviendo a la lista... Quisiera destacar el hecho de que enumero los libros buenos y los malos. Con respecto a algunos, debo confesar que no puedo decir si fueron buenos o malos en lo que a mí respecta. Si quisiera ofrecer mi propio criterio de lo bueno y lo malo en libros, diría, en cambio, que son los que están vivos y los que están muertos. Ciertos libros no solamente imparten sensación de vitalidad porque sostienen la vida, sino que hay algunos individuos raros que *amplifican la vida.* Algunos autores muertos hace mucho tiempo están menos muertos que los vivos, o, dicho de otra manera, "son los más vivos de los muertos". *Cuándo* se escribieron esos libros o *quiénes* los escribieron poco importa. Respirarán la llama de la vida hasta que no existan ya los libros. Comentar *qué* libros entran en esta categoría o discutir las razones en pro y en contra es vano, según mi parecer. Sobre este tema el mejor juez es cada individuo mismo. Tiene razón, pero para él. No hace falta coincidir en cuanto a la fuente de la inspiración de un hombre o sobre el grado de su vitalidad; basta saber y reconocer que *está* inspirado y que *está* completamente vivo.

A pesar de lo que acabo de decir, habrá interminables especulaciones en cuanto a cuáles son los autores y los libros que más me influyeron. No puedo aspirar a contener estas especulaciones. Así como cada cual interpreta la obra de un autor de acuerdo con su propia limitada manera, así los lectores de este libro, al examinar mi lista, extraerán sus propias conclusiones en cuanto a mis "verdaderas" influencias. El tema está cargado de misterio y lo dejo como misterio. Sé, empero, que esta lista proporcionará extraordinario placer a algunos de mis lectores, quizá principalmente a los lectores de un siglo atrás. Por imposible que sea recordar *todos* los libros que uno ha leído, tengo la razonable seguridad de que seré capaz de consignar por lo menos la mitad. Repito que no me considero un gran lector. Los pocos hombres conocidos por mí que han leído mucho, y a quienes he sondeado en cuanto a la extensión de su lectura, me asombran por sus respuestas. Creo que de veinte a treinta mil libros es un promedio bastante aproximado para un individuo culto de nuestros tiempos. En cuanto a mí, dudo haber leído más de cinco mil, aunque es muy posible que esté en un error.

Cuando contemplo mi lista, que nunca deja de crecer, me asombra el evidente derroche de tiempo que representó la lectura de la mayoría de estos libros. Muchas veces se dice de los escritores que "todo es grano para el molino". Como todos los dichos, también este debe tomarse con un poco de sal. El escritor necesita muy poco estímulo. El hecho de ser escritor significa que se ha dado a cultivar la imaginación en mayor medida que los otros hombres. La

vida misma provee abundante material. Superabundante material. Cuanto más se escribe, menos estimulan los libros. Se lee para corroborar, o sea para gozar los propios pensamientos expresados en las multiformes maneras de los demás.

En la juventud el apetito por la experiencia cruda y los libros es desenfrenado. Donde hay hambre excesiva y no simple apetito, tiene que haber una razón vital para que así sea. Es flagrantemente obvio que nuestra manera de vivir actual no ofrece una nutrición adecuada. Si así fuese, tengo la seguridad de que leeríamos menos, trabajaríamos menos y nos esforzaríamos menos. No necesitaríamos sustitutos ni aceptaríamos los modos vicarios de la existencia. Esto se aplica a todos los dominios: los alimentos, el sexo, los viajes, la religión y la aventura. Comenzamos mal. Viajamos por el anchuroso camino con un pie en la tumba. No tenemos un objetivo ni un propósito definido, como tampoco libertad para prescindir de un objetivo o un propósito. La mayoría de nosotros somos sonámbulos y morimos sin llegar nunca a abrir los ojos.

Si la gente gozara profundamente todo lo que lee, no habría excusa para hablar de esta manera. Pero leen de la misma manera que viven: sin miras, al azar, débil y vacilantemente. Si ya están dormidos, entonces todo lo que leen sólo sirve para sumergirlos en un sopor más profundo todavía. Si viven en un simple letargo, se vuelven más letárgicos. Si son ociosos, su ociosidad empeora. Y así sucesivamente. Sólo el hombre que vive con los ojos abiertos de par en par es capaz de gozar un libro, de extraer lo que hay de vital en él. Tal hombre goza todo lo que llega a su experiencia y, salvo que exista un craso error por mi parte, creo que no establece ninguna distinción entre las experiencias que se le ofrecen mediante la lectura y las experiencias de la vida cotidiana. El hombre que goza intensamente lo que lee o hace, o inclusive lo que dice, o sencillamente lo que sueña o imagina, aprovecha al máximo. El hombre que *busca* aprovechar mediante una u otra forma de disciplina, se engaña a sí mismo. Porque estoy tan convencido de esto, aborrezco la publicación de listas de libros para las personas que están a punto de entrar en la vida. Las ventajas que se derivan de este tipo de autoeducación son más dudosas, a mi manera de entender, que las presuntas ventajas que se consiguen con los métodos de educación comunes. La mayoría de los libros que figuran en tales listas no pueden comenzarse a entender o a apreciar mientras no se haya vivido y pensado por cuenta propia. Tarde o temprano todo lo ingerido habrá de regurgitarse.

Y ahora vienen *nombres* para usted. Nombres de personas de cuya influencia tengo conciencia y sobre los cuales, a través de mis escritos, he dado testimonio con insistente reiteración. Para comenzar. quisiera decir que todo lo que entró en el campo de mi experiencia ha influido en mí. Los que no encuentren mencionados sus nombres deberían saber que también los incluyo. En cuanto a los muertos, sabían de antemano, sin duda, que habrían estampado su sello en mí. Los menciono solamente porque corresponde.

Ante todo vienen los libros de la niñez, los que tratan de leyendas, mitos, cuentos imaginarios, todos ellos saturados de misterio, heroísmo, sobrenaturalismo, de lo maravilloso y lo imposible, crímenes y horrores de todos los tipos y grados, crueldades, justicia e injusticia, magia y profecía, perversión, ignorancia, desesperación, duda, y muerte. Estos libros afectaron todo mi ser: formaron mi carácter, mi manera de contemplar la vida, mi actitud hacia las mujeres, hacia la sociedad, las leyes, la moral, el gobierno. Determinaron el *ritmo* de mi vida. Desde la adolescencia en adelante, los libros que he leído, particularmente los que adoraba o me esclavizaron, sólo me afectaron en parte. Es decir, algunos afectaron al hombre, otros al escritor y unos más al alma desnuda. Esto quizá se deba a que mi ser ya se había fragmentado. Puede que también sea porque la sustancia de la lectura adulta jamás podría afectar al hombre total, jamás podría afectar a todo su ser. Hay excepciones, sin duda, pero son raras. De todos modos, toda la jurisdicción de la lectura infantil corresponde al signo del anonimato; los curiosos descubrirán los títulos en el Apéndice. Leí lo que leen otros niños. No fui ningún prodigio ni hice demandas especiales. Acepté lo que me daban y lo deglutí. El lector que me haya seguido hasta ahora, habrá captado la naturaleza de mi lectura. Los libros que leí cuando muchacho también los he mencionado someramente, señalando nombres como Henty, en primer término y como principal, y Dumas, Rider Haggard, Sienkiewicz y otros, en su mayoría muy conocidos. Nada tiene de desusado este período, con la excepción de que leía

demasiado.

Donde comienzan las influencias específicas es al borde de madurez, o sea desde el momento en que soñé por primera vez que yo también podría llegar a ser “escritor” algún día. Los nombres que doy a continuación podrán considerarse, entonces, como los nombres de los autores que me influyeron como hombre y escritor, tornándose cada vez más inseparables ambos a medida que transcurrió el tiempo. Desde los primeros años de mi madurez toda mi actividad giró en torno al hecho de que me había considerado a mí mismo, al principio en potencia, después embrionariamente y por último de manera manifiesta, un escritor, o fue motivada por este hecho. Así, si la memoria no me falla, he aquí mi árbol genealógico: Bocaccio, Petronius, Rabelais, Whitman, Emerson, Thoreau, Maeterlinck, Romain Rolland, Plotinus, Heráclito, Nietzsche, Dostoievsky (y otros escritores rusos del siglo diecinueve), lo antiguos dramaturgos griegos, los dramaturgos isabelinos (excluyendo Shakespeare), Theodore Dreiser, Knut Hamsun, D. H. Lawrence, James Joyce, Thomas Mann, Elie Faure, Oswald Spengler, Marcel Proust, Van Gogh, los dadaístas y surrealistas, Balzac, Lewis Carroll, Nijinsky, Rimbaud, Blaise Cendrars, Jean Giono, Céline, todo lo que leí sobre el budismo zen, todo lo que leí sobre la China, la India, el Tibet, Arabia, África y, por supuesto, la Biblia, los hombres que la escribieron y especialmente los hombres que prepararon la versión King James, porque fue el lenguaje de la Biblia y no su “mensaje” lo que capté primero y de lo cual jamás he podido desprenderme.

¿Qué temas me hicieron buscar a los autores que amo, me permitieron ser influido, formaron mi estilo, mi carácter, mi enfoque de la vida? A grandes rasgos, los siguientes: el amor a la vida misma, la búsqueda de la verdad, la sabiduría y la comprensión, el misterio, el poder del idioma, la antigüedad y la gloria del hombre, la eternidad, el propósito de la existencia, la singularidad de todo lo que existe, la liberación de mí mismo, la fraternidad del hombre, el significado del amor, la relación entre el sexo y el amor, el goce de lo sexual, el humorismo, las rarezas y excentricidades en todos los aspectos de la vida, los viajes, las aventuras, los descubrimientos, las profecías, la magia (blanca y negra), el arte, los juegos, las confesiones y revelaciones, el misticismo, más particularmente los místicos mismos, las variedades de credos y cultos, lo maravilloso en todos los ámbitos y bajo todos los aspectos, porque “sólo existe lo maravilloso y nada más que lo maravilloso”.

¿He olvidado algunos puntos? ¡Que el lector mismo los complete! Me interesaba y tengo la seguridad de que me interesa todo. Incluso la política, considerada “a vuelo de pájaro”. Pero la lucha del hombre por emanciparse a sí mismo, o sea librarse de la prisión que él mismo se ha labrado, es para mí el objetivo supremo. Por esta razón quizá yo no llegue a ser completamente “el escritor”. Puede que por este motivo, en mis trabajos, haya dedicado tanto espacio a la experiencia pura de la vida. Es probable también, aunque los críticos no lo perciban con tanta frecuencia, que me sienta poderosamente atraído hacia los hombres de saber, los hombres que han experimentado la vida hasta el máximo y que infunden vida, como los artistas, las figuras religiosas, los que marcan rumbos, los innovadores y los iconoclastas de todo tipo. Y quizá —¿por qué no decirlo?— por esta razón la literatura me inspira tan poco respeto, por esta razón tengo en tan poca consideración a los autores acreditados y mi aprecio por los revolucionarios transitorios es tan escaso. Para mí los únicos revolucionarios verdaderos son los inspiradores y activadores, figuras como Jesús, Lao-tse, Gautama el Buda, Akenatón, Ramakrishna y Krishnamurti. La vara que empleo para medirlos es la vida: cómo se yerguen los hombres en relación con la vida. No me fijo si consiguen echar por tierra un gobierno, el orden social o una forma religiosa, un código moral, un sistema de educación o una tiranía económica. Me fijo, en cambio, en cómo afectan la vida misma. Porque los hombres a que me refiero se distinguen en que no imponen su autoridad al hombre: al contrario, trataron de destruir la autoridad. Su mira y su propósito fueron abrir la vida, hacer que el hombre adquiera hambre de vivir, de exaltar la vida, y referir todas las interrogaciones de nuevo a la vida. Exhortaron al hombre para que comprenda que tenía toda la libertad posible dentro de sí mismo, que no debía preocuparse por la suerte del mundo (que no es su problema) sino por resolver su propio problema individual, que es una cuestión de liberación y nada más.

Y ahora en cuanto a los “libros vivientes”... Varias veces he dicho que en diversos momentos de mi existencia entraron en mi experiencia hombres y mujeres a quienes considero “libros vivientes”. He explicado por qué los llamo así, pero ahora seré más explícito.

Estos individuos permanecen conmigo, como me sucede con los buenos libros. Puedo abrirlos a voluntad como abriría un libro. Cuando leo una página de su ser, por así decirlo, me hablan con la misma elocuencia con que me hablaron cuando los conocí en persona. Los libros que me han dejado son sus vidas, sus pensamientos, sus acciones. La fusión del pensamiento, el ser y el acto hizo que cada una de estas vidas fuese singular e inspiradora para mí. Aquí están, entonces, y dudo haber olvidado a uno solo de ellos: Benjamín Fay Mills, Emma Goldman, W. E. Burghardt Dubois, Hubert Harrison, Elizabeth Gurtey Flynn, Jim Larkin, John Cowper Powys, Lou Jacobs y Blaise Cendrars Es un conjunto extraño, en verdad. Todos, menos uno, son o fueron figuras conocidas. Hay otros, por supuesto, que sin saberlo desempeñaron un importante papel en mi vida y me ayudaron a abrir el libro de la vida. Pero los nombres que acabo de citar son los que he de reverenciar para siempre, los nombres hacia los cuales siempre he de sentirme deudor.

CAPÍTULO VII

LIBROS VIVIENTES

Lou Jacobs, esa única figura desconocida, la recuerdo a voluntad con sólo decir *Asmodeus, or The Devil on Two Sticks* (Asmodeo o el Diablo en dos Palos). Es curioso que un libro que nunca leí sea la mágica piedra de toque. El libro siempre estuvo allí, en el estante, en su pequeño piso. Varias veces lo tomé entre mis manos para mirar una página o dos y después dejarlo. Durante casi cuarenta años llevo en la nuca este *Asmodeus* que no leí. A su lado, en el mismo estante, estaba *Gil Blas,* que tampoco leí.

¿Por qué me siento impelido a hablar de este hombre desconocido? Porque, entre otras cosas, me enseñó a reírme del infortunio. Le conocí en un período de amargas vicisitudes. Todo era negro, negro, negro. Ninguna salida. Ninguna esperanza de hallar una salida. Me sentía más prisionero que un condenado a cadena perpetua en la penitenciaría. Viviendo en esa época con mi primera amante, que era la conserje extraoficial de la casa de tres pisos donde compartíamos un piso con un joven moribundo de tuberculosis y un guarda de tranvía como principal pensionista nuestro, estrictamente vigilado por la ogresa propietaria de la casa, sin dinero, sin trabajo, sin ningún conocimiento de lo que quería o podía hacer, convencido de que no tenía talento —veinte líneas con un lápiz bastaban para corroborar mi sospecha—, tratando de salvar la vida al joven, hijo de mi amante, ocultándome de mis amigos y mis padres, devorándome el corazón de remordimiento por haber renunciado a la niña que amaba (¡mi primer amor!), esclavo del sexo, veleta que viraba con la más ligera brisa, perdido, totalmente perdido, descubrí un buen día en el piso de abajo a este hombre, a Lou Jacobs, quien en el acto se convirtió en mi Guía, en mi Confortador, en mi Brillante Viento Verde. A cualquier hora, en cualquier ocasión aunque la Muerte golpease a su puerta, Lou Jacobs reía y me hacía reir. "*¡La risa es el mejor de los remedios!"*

Para entonces sólo había tenido un furtivo conocimiento de Rabelais, si la memoria me es fiel. Pero Lou Jacobs era su íntimo amigo, no me cabe la menor duda. Conocía a todos los que traían alegría y a todos los que habían vivido la desdicha. Siempre que pasaba junto a la estatua de Shakespeare en el parque, se quitaba el sombrero. "¿Por que no?" decía. Recitaba las lamentaciones de Job y en el siguiente hálito me daba el remedio. ("¿Qué es el hombre para que tú tengas conciencia de él, y qué el hijo del hombre, que tú visitaste?")

Nunca se le veía hacer nada, nada en absoluto. A cualquier hora su puerta estaba abierta para todo y para todos. La conversación comenzaba en el acto, al instante. Por lo general estaba un poco decaído, estado más allá del cual jamás parecía progresar o degenerar, si usted lo prefiere así. Era de piel apergaminada, con la cara surcada por finas arrugas y una abundante cabellera siempre aceitosa, ensortijada, cayéndole sobre los ojos. Podría haber sido centenario, aunque dudo que haya tenido un sólo día más de los sesenta años.

Su "ocupación" era contador público y ganaba bien. Parecía carecer de toda ambición. Una partida de ajedrez, si uno quería era para él tan ideal para matar el tiempo como cualquier otra actividad. (Su juego era de lo más heterodoxo, arbitrario, excéntrico y brillante que pueda imaginarse). Dormía poco y siempre estaba totalmente vivo y despierto, jovial, lleno de burlas y sátiras, por fuera bufón pero por dentro reverente, por dentro adorador y devoto.

¡Libros! Jamás mencionaba yo un título que él no hubiese leído. Además era honesto. Me dejó la impresión de que había leído *todo* lo que vale la pena leerse. Siempre mencionaba a Shakespeare y la Biblia en sus conversaciones. En esto me recordaba a Frank Harris, quien también charlaba hasta el cansancio sobre Shakespeare y la Biblia, o, mejor dicho, sobre Shakespeare y Jesús.

Sin tener la menor conciencia de ello, recibí de este hombre mi primera instrucción verdadera. Fue el método de educación indirecta. Tal como en el caso de los antiguos, su técnica consistió en indicar que "eso" no era ni esto ni aquello. No importa lo que fuese, y por

supuesto era todo, me enseñó a no encararlo jamás de frente, a no nombrarlo ni definirlo jamás. Es el método oblicuo del arte. Primeras y últimas cosas. Pero no la primera ni la última. Siempre desde el centro hacia la periferia. Siempre el movimiento envolvente espiral, jamás la línea recta, nunca ángulos agudos, nunca el *impasse* o el *cul-de-sac.*

Sí, Lou Jacobs poseía una sabiduría que sólo ahora *comienzo* a adquirir. Poseía la facultad de contemplarlo todo como un libro abierto. Había dejado de leer para descubrir los secretos de la vida; leía por el puro placer de leer. La esencia de todo lo leído había impregnado todo su ser, habiéndose convertido en su experiencia total de la vida. “En toda la literatura no hay más que unos doce temas básicos”, me dijo cierta vez. Pero se apresuró a agregar que cada hombre tiene su propia historia que narrar, y que esa historia es singular. Sospecho que también él quiso escribir alguna vez, y no cabe duda de que no habría podido expresarse mejor ni con mayor claridad. Su sabiduría, empero, era ese tipo de sabiduría que no se molesta en querer transmitirse a los demás. Aunque sabía frenar su lengua, nadie gozaba con la charla más que él. Además tenía la característica de no agotar jamás ningún tema. Se conformaba con las escaramuzas y la exploración, como emitir antenas, con sondear indicios, con hacer insinuaciones, con sugerir y no informar. Quisiérase o no, obligaba a su escucha a pensar por sí mismo. Aunque no recuerdo haber recibido jamás de él un consejo o una instrucción, todo lo que manaba de su boca era consejo e instrucción... siempre que uno supiese asimilarlo.

En los trabajos de Maeterlinck, particularmente un libro como *Wisdom and Destiny* (Sabiduría y Destino) hay reveladoras referencias a grandes figuras del pasado (en la vida y en la literatura) que capearon la adversidad con noble ecuanimidad. Creo que los libros de este tipo han dejado de tener aceptación. Ya no recurrimos a autores como Maeterlinck en busca de consuelo, confort o renovada valentía. Tampoco a Emerson, con el cual suele vincularse su nombre. Su alimento espiritual suscita recelo en la actualidad. ¡*Dommage!* Lo cierto es que ahora no tenemos grandes autores a quienes dirigirnos... si buscamos verdades eternas. Nos hemos abandonado a la corriente. Nuestras débiles y vacilantes esperanzas parecen centralizarse por completo en soluciones políticas. Los hombres se alejan de los libros, lo cual equivale a decir que se alejan de los escritores, de los “intelectuales”. ¡Signo excelente, siempre que se vuelvan hacia los libros de la vida! ¿Pero lo hacen? Nunca el miedo de vivir cundió tanto. El miedo de vivir ha desplazado al miedo de morir. La vida y la muerte han venido a significar la misma cosa Sin embargo, jamás la vida encerró mayor promesa que ahora. Jamás hasta ahora, en la historia del hombre, el problema fue tan claro; la disyuntiva entre la aniquilación y la creación. ¡Sí, hay que deshacerse de los libros por todos los medios! Especialmente si oscurecen el problema. La vida misma jamás fue un libro más abierto que en el momento actual. *¿Pero podrá leer usted el libro de la vida?*

Es extraño, pero ultrajantemente notable en los últimos tiempos, que los únicos espíritus alegres y jóvenes sean entre nosotros los “viejos”. Continúan despreocupados su obra creativa, ajenos a los aciagos presentimientos que emponzoñan el aire. Pienso principalmente en ciertos pintores, en esos hombres que han dejado a sus espaldas una obra monumental. Quizá su visión de las cosas jamás haya sido empañada por la lectura de muchos libros. Puede que el hecho mismo de haber elegido esa profesión los haya puesto a cubierto de una visión desolada, estéril y morbosa del universo. Sus signos y sus símbolos son de otro orden con respecto a los del escritor o el pensador. Trabajan con formas e imágenes, y las imágenes tienen la particularidad de conservarse frescas y vividas. Creo que el pintor mira de manera más directa al mundo. De todos modos, estos veteranos en los que pienso, estos viejos alegres, poseen una mirada juvenil. En cambio, nuestros jóvenes miran con una visión tenue y borrosa; están repletos de miedo y espanto. El pensamiento que los martiriza día y noche es: ¿estallará este mundo antes de que hayamos tenido oportunidad de gozarlo? Y nadie se atreve a decirles que aunque el mundo estallase mañana o pasado mañana, en realidad no importaría, porque la vida que anhelan es imperecedera. Tampoco nadie les dice que la destrucción de este planeta o su preservación y su imperecedera gloria giran en torno a sus propios pensamientos, a sus propias acciones. El individuo ha pasado a identificarse involuntariamente con la sociedad. Pocos son capaces de ver que la sociedad está compuesta

por *individuos.* ¿Quién sigue siendo individuo? ¿Qué es un individuo? ¿Y qué es la sociedad, puesto que ha dejado de ser la suma o el conglomerado de individuos que la constituyen?

Recuerdo cuando treinta años atrás que leí *El Culto a los Héroes* de Carlyle en mis viajes de ida y vuelta al trabajo. Leí este libro en el tren elevado. Cierto día un pensamiento enunciado por él me conmovió tan profundamente que al levantar la mirada de la página me resultó difícil reconocer las figuras tan familiares que me rodeaban. Estaba en otro mundo, completamente en otro mundo. Algo dicho por él —ya no recuerdo qué era— me había conmovido hasta las entrañas de mi ser. En ese preciso instante me invadió el convencimiento de que mi suerte o destino sería distinto al de quienes me rodeaban. De pronto me vi levantado —¡expulsado!— del círculo que me aprisionaba. Si bien esta revelación se acompañó con una momentánea sensación de orgullo y exaltación, y también de vanidad, sin duda, al poco tiempo desapareció, cediendo paso a un estado de serena aceptación y profunda resolución, y despertando al mismo tiempo un sentido más firme de comunión, de un vínculo mucho más humano entre yo y mi vecino.

Carlyle es otro escritor del que no se habla mayormente en estos días. “Demasiado altisonante”, no cabe duda. Demasiado fuliginoso. Además, ya no rendimos culto a los héroes, o si empleamos la palabra es para distinguir a los que están al mismo nivel que nosotros. Lindbergh, por ejemplo, fue un héroe tremendo... de un día. No tenemos un panteón permanente donde colocar, adorar y reverenciar a nuestros héroes. Nuestro panteón es el felpudo cotidiano, que se fabrica y se destruye de un día para otro.

Uno de los motivos por los cuales tan pocos de nosotros actuamos alguna vez en lugar de reaccionar, es que continuamente amordazamos nuestros más profundos impulsos. Ilustraré este pensamiento eligiendo, por ejemplo, la forma en que leemos la mayoría de nosotros. Si se trata de un libro que nos despierta inquietud y nos estimula a pensar, lo recorremos a toda prisa. No podemos esperar para saber hacia dónde va; queremos atrapar, queremos apoderarnos de su mensaje oculto. Una y otra vez en este tipo de libro encontramos una frase, un pasaje, a veces un capítulo entero tan estimulante y provocativo que a duras penas comprendemos lo que estamos leyendo, tan cargada está nuestra mente con pensamientos y asociaciones propias. ¡Cuan raras veces interrumpimos la lectura para entregarnos al lujo de gozar los propios pensamientos! No, ahogamos y reprimimos *nuestros* pensamientos, pretendiendo volver a ellos cuando terminemos el libro. Jamás lo hacemos, por supuesto. ¡Cuánto mejor y más sabio, cuánto más instructivo y provechoso sería avanzar a paso de caracol! ¿Qué importa si tardamos un año, en lugar de pocos días, para terminar el libro?

“¡Pero no tengo tiempo para leer los libros así! —se objetará—. Tengo otras cosas que hacer. Tengo deberes y responsabilidades”.

Precisamente. Quien así habla es la mismísima persona a la que van dirigidas estas palabras. Quien tema descuidar sus deberes por leer cómoda y reflexivamente cultivando sus propios pensamientos, descuidará sus deberes de todos modos y por peores razones. Puede que llegue a perder el empleo, la esposa o el hogar. Si la lectura de un libro te afecta tan profundamente como para olvidar tus responsabilidades, entonces esas responsabilidades no habrían podido tener mucho significado para ti. Entonces tenías responsabilidades superiores. Si hubieses confiado en tus sugestiones interiores, habrías seguido tu camino pisando un terreno más firme hacia lugares más altos. Pero temiste que una voz te susurrase: “¡Dobla aquí! ¡Llama allá! ¡Entra por esta puerta!” Temiste que te olvidaran y abandonaran. Optaste por la seguridad y no por una nueva vida y nuevos horizontes de aventura y exploración.

Esto es un simple ejemplo de lo que puede suceder o no suceder cuando se lee un libro. Extendamos este ejemplo a la multitud de oportunidades que constantemente nos ofrece la vida y comprenderemos fácilmente por qué los hombres no llegan a ser héroes ni tampoco individuos comunes. La vida se lee de la misma manera que se lee un libro. Maeterlinck, al que aludí hace un momento, escribe con la misma profundidad y elocuencia sobre los insectos, las flores, las estrellas y hasta el espacio mismo, que sobre los hombres y mujeres. El mundo para él es un todo continuo, interactuante e intercambiante. No hay muros ni barreras. No hay muerte en ninguna parte. Un solo instante de la vida es tan rico y completo para él como diez mil años. ¡Ésta sí que es una lujosa manera de pensar!

Pero volvamos a mi “brillante viento verde”... Me detuve en Maeterlinck y Carlyle porque en el carácter de Lou Jacobs había algo que me hacía recordar a ambos. Puede que por debajo de su carácter risueño y de su verbo brillante haya captado un tinte sombrío y trágico. Lou era un hombre, debo decirlo, del cual nadie sabía mucho pues no parecía tener amigos íntimos y jamás hablaba de sí mismo. Cuando salía de la oficina a las cuatro de la tarde, nadie en esta tierra de Dios podía predecir adonde lo llevarían sus pasos antes de llegar a su casa para cenar. Por lo general se detenía en uno o dos bares, donde se deleitaba charlando con un jockey, un campeón de boxeo o un alcahuete venido a menos. No cabe duda de que estaba más en su elemento con esta clase de gente que con los miembros más respetables de la sociedad. A veces iba a parar al mercado de pescado y se extraviaba contemplando las criaturas de las profundidades, sin olvidarse, sin embargo, de traer a casa un surtido de ostras, calamares, camarones, anguilas o cualquier otra cosa que estimulase su fantasía. De lo contrario entraba en una librería de segunda mano, no tanto para buscar algún libro viejo y raro sino para conversar con algún viejo librero, porque hablar de libros le gustaba más que los libros mismos. Sin embargo, y a pesar de las experiencias nuevas que llevara encima, después de la cena siempre estaba libre, listo para hacer cualquier cosa y abierto a cualquier sugestión. Invariablemente el momento en que le veía era de noche. Por lo general, cuando entraba en su casa lo encontraba sentado junto a la ventana, contemplando el espectáculo cambiante de la calle. Lo mismo que Whitman, todo parecía tener el mismo absorbente interés para él. Nunca supe que estuviera enfermo y nunca lo vi malhumorado. Aunque hubiese perdido hasta el último centavo, nadie lo habría sospechado.

Me he referido a la forma en que jugaba al ajedrez. Jamás un adversario me intimidó más que él. Aclaro que en esa época yo no era buen jugador ni lo soy en la actualidad. Es probable que ni siquiera sea tan bueno como Napoleón. Cuando, por ejemplo, Marcel Duchamp me invitó cierta vez a jugar una partida con él, olvidé todo lo que sabía del juego debido a mi sagrado respeto por su conocimiento del mismo. Con Lou Jacobs era peor. Jamás pude llegar a ninguna conclusión sobre su dominio del juego. Lo que me derrotaba frente a él era su extraordinaria indiferencia. “¿Quiere usted que le dé una reina, dos torres o un caballo y dos alfiles de ventaja?” Jamás pronunciaba estas palabras, pero estaban implícitas en sus modales. Abría la partida de cualquier manera, como despreciando mi habilidad, aunque nunca fue así; nunca despreció a nadie. No. Es probable que lo haya hecho para divertirse, para apreciar las libertades que podía tomarse, para ver hasta dónde podía estirar un punto. Parecía no afectarle en lo más mínimo ganar o perder una partida; jugaba con la desenvoltura y seguridad de un mago, gozando los movimientos en falso y también los brillantes. Además, ¿qué podría significar para un hombre como él perder una, diez o cien partidas de ajedrez? “Jugaré en el paraíso —parecía decir—. ¡Venga, entretengámonos! ¡Hago un movimiento audaz, un movimiento absurdo!” Por supuesto, cuanto más imprudente su juego, más prudente se tornaba mi actitud. Sospeché que era un genio. ¿No era de genios confundirme y desorientarme así?

De la misma manera que jugaba al ajedrez jugaba el juego de la vida. Sólo los “viejos” pueden hacerlo. Lao-tse fue uno de estos viejos alegres. A veces, cuando se cruza en mi mente la imagen de Lao-tse sentado en el lomo de un bisonte, cuando pienso en la firme, paciente, amable y penetrante sonrisa suya, en esa sabiduría tan fluida y benevolente, pienso en Lou Jacobs sentado ante mí junto al tablero de ajedrez. Listo para jugar como a uno se le antoje. Listo para regocijarse por su ignorancia o para iluminarse de placer por su chapucería, jamás malicioso, jamás mezquino, jamás envidioso, jamás celoso. Gran confortador, aunque remoto como la estrella vieja. Siempre saliéndose del cuadro con una reverencia, sin embargo, cuanto más se aleja, más cerca está de nosotros. ¡Todos los dichos de Sakhespeare o de la Biblia con que rociaba su conversación fueron mucho más instructivos para mí que el más poderoso de los sermones! Jamás levantó un dedo para recalcar lo que decía, jamás alzó la voz para destacar nada; todo lo importante lo expresaban las risueñas arrugas que agrietaban su rostro apergaminado cuando hablaba. Sólo los “antiguos” habrían podido reproducir su risa. Su risa venía de lo alto, como afinada a nuestras vibraciones terrenales. Era la risa de los dioses, la risa que sana, la risa que, sostenida por su propia desembarazada sabiduría de la vida, astilla y

destroza todo saber, toda seriedad, toda moralidad, toda finta y todo artificio.

Dejémoslo aquí, con su cara surcada de arrugas, con su risa cuyos ecos rebotan en los candelabros del infierno. Quisiera pensar en él cuando lo veía de noche de pie ante mí despidiéndose con una reverencia, con el gorro de dormir en la mano, el hielo con su distante tintineo en la copa, los ojos brillantes como perlas, el bigote húmedo de whisky, su aliento divinamente perfumado con ajo, cebolla, puerro y alcohol. Lou no era de este tiempo ni de ningún otro tiempo que yo sepa. Era el perfecto inadaptado, el tonto contento, el eximio maestro, el gran confortador, el misteriosamente anónimo. Y no era ninguno de estos por separado sino todos al mismo tiempo. ¡Arriba, espíritu brillante! ¡Qué libro de la vida has sido!

Ahora, hablando de otro "libro viviente", ésta es una figura *conocida.* Este hombre todavía vive, gracias al Señor, y vive una vida rica y pacífica en un rincón de Gales. Me refiero a John Cowper Powys o, según se llama a sí mismo en su *Autobiography*, "Préster John".

Encontré a este famoso escritor y conferenciante pocos años después que Lou Jacobs desapareciera de mi vida. Le conocí después de una de sus conferencias en el Labour Temple, en la Segunda Avenida de Nueva York.

Hace algunos meses, habiendo descubierto su paradero por medio de un amigo, procedí impulsivamente a escribir una carta de homenaje que le debía hace largo tiempo. Fue una carta que debí haber escrito veinte años antes por lo menos. Yo habría sido mucho más rico en la actualidad si lo hubiese hecho, porque recibir una carta de "Préster John" es todo un acontecimiento en la vida de uno.

Este hombre, a cuyas conferencias asistí con frecuencia, cuyos libros devoré ávidamente, lo vi personalmente una sola vez. Debí armarme de todo el coraje que entonces poseía para acercarme a él después de la conferencia y decirle algunas palabras de aprecio, estrechar su mano y luego escapar con el rabo entre las piernas. Sentía una profana veneración por este hombre. Me parecía que toda palabra que pronunciaba iba directamente al grano. Todos los escritores que me apasionaban en esa época eran los escritores de los cuales él escribía o hablaba en sus conferencias. Era como un oráculo para mí.

Ahora que lo he encontrado nuevamente, ahora que tengo noticias suyas con regularidad, es como si hubiese recuperado mi juventud. Él siempre sigue siendo "el maestro" para mí. Sus palabras, todavía hoy, tienen el poder de seducirme. En este preciso momento estoy profundamente sumergido en su *Autobiography,* libro por demás medular y estimulante de 652 páginas muy concentradas. Es el tipo de biografía que me deleita porque es desusadamente franca, veraz, sincera y contiene una superabundante cantidad de trivialidades (¡muy ilustrativas!) y también los hechos importantes, o puntos cruciales, en la vida de uno. "Si todas las personas que escribieron autobiografías se atreviesen a consignar las cosas que en su vida les han causado el más intenso sufrimiento, harían un bien mucho mayor que todas esas forzadas justificaciones de los actos públicos", dice el autor. Como Céline, Powys tiene la facultad de narrar sus infortunios con buen humor. Como Céline, habla de sí mismo en los términos más adversos, dice que es un tonto, un payaso, un timorato, un cobarde, un degenerado y hasta un ser "subhumano", sin perder en ningún momento su estatura. Su libro está impregnado de una sabiduría vital que no se revela tanto en los grandes incidentes como en los pequeños.

El libro ha sido escrito en el sexagésimo año de su vida. Hay dos pasajes, entre muchos, que quisiera transcribir porque revelan algo del nombre que es particularmente precioso para mí. He aquí uno: «¿Qué perdemos cuando nos ponemos viejos? Algo que está en la vida misma. Sí, está en la vida, pero es una cosa mucho más profunda: ¡no! no es exactamente más profunda; quiero decir que es algo de una sustancia más valiosa de lo que interpretamos como "vida" a medida que vamos para viejos. Ahora me inclino a pensar que en medida muy desusada he conservado hasta mi sexagésimo año la actitud de los primeros tiempos de mi niñez, y siendo ese el caso he tratado de sostener el criterio de que, cuanto mayor sea la obstinación con que exploto este infantilismo y me afirmo en este infantilismo, más sabia —aunque menos humana— habrá de ser mi vida madura." El otro pasaje dice lo siguiente: "Toda mi vida puede dividirse en dos mitades, la primera hasta la época en que tenía cuarenta años y la segunda después de los cuarenta. En la primera mitad luché desesperadamente por

evocar y ordenar mis sentimientos de acuerdo con lo que admiraba en mis libros preferidos, pero en la segunda mitad luché por descubrir cuáles eran mis verdaderos sentimientos y por refinados y equilibrarlos y armonizarlos de conformidad con ningún método que no fuese mío."

Pero volviendo al hombre que conozco desde la tribuna. John Cowper Powys, descendiente del poeta Cowper, hijo de un clérigo inglés, con sangre galesa en las venas y el fuego y la magia que anima a todos los espíritus galeses, fue el primero que me ilustró sobre los horrores y sublimidades relacionados con la Casa de Atreus. Recuerdo con toda nitidez cómo se envolvió en su toga, cerró los ojos y los cubrió con una mano, antes de lanzar una de esas inspiradas andanadas de elocuencia que me dejaban aturdido y me privaban del habla. En esa ocasión su pose y sus gestos me parecieron sensacionales, expresión quizá de un temperamento superdramático. (John Cowper Powys es actor, por supuesto, pero no en *este* escenario, como él mismo señala. Es más bien una especie de actor spengleriano). No obstante, cuanto mayor era la frecuencia con que le escuchaba, más leía sus obras y menos fui criticándole. Cuando dejaba el salón después de sus conferencias, muchas veces sentí como si me hubiese embrujado. Era un hechizo mágico, además, porque aparte de la célebre experiencia con Emma Goldman en San Diego, fue mi primera experiencia íntima, mi primer contacto real con el espíritu vivo de estos raros seres que visitan nuestra tierra.

No hace falta decir que Powys tenía sus propias luminarias selectas sobre las cuales disparataba. Empleo la palabra "disparatar" a propósito. Nunca hasta entonces había oído a nadie disparatar en público, particularmente sobre autores, pensadores o filósofos. Emma Goldman, igualmente inspirada en la tribuna y muchas veces sibilina en sus expresiones, daba, sin embargo, la impresión de irradiar energía de un foco intelectual. Por cálida y emotiva que fuese, el fuego que desprendía era electrizante. Powys fulminaba con el fuego y el humo de su alma, o de las profundidades que acunan el alma. La literatura era para él como maná, del cielo. Rompía el velo y volvía a romperlo. Como alimento nos dio heridas y las cicatrices nunca curaron del todo.

Fatídico, si recuerdo correctamente, era uno de sus adjetivos predilectos. Por qué debo mencionar esto no lo sé, salvo que esté cargado de misteriosas asociaciones sumergidas que otrora tuvieron enorme significación para mí. De todos modos, su sangre estaba saturada de mitos y leyendas raciales, con memorias de mágicas hazañas y sobrehumanas proezas. Sus rasgos de halcón, que recordaban a nuestro Robinson Jeffers, me dieron la impresión de hallarme ante un ser cuyos antepasados diferían de los nuestros por más viejos, más oscuros, más paganos, mucho más paganos que nuestros históricos precursores. Para mí parecía preeminentemente un hombre del mundo mediterráneo, que es el mundo mediterráneo de Atlantis. En suma, estaba "en la tradición". Lawrence habría dicho de él que era un "aristócrata del espíritu". Es probable que por esa razón se destaque en mi memoria como uno de los pocos hombres cultos que he conocido y que también podrían llamarse "democráticos", democráticos en el sentido que ha dado Whitman a la palabra. Lo que tenía en común con nosotros, los seres inferiores, era una superlativa consideración por los derechos y privilegios del individuo. Todas las cuestiones *vitales* eran de interés para él. Esta amplia pero apasionada curiosidad le permitió arrancar a las épocas "muertas" las universales cualidades humanas que para el catedrático y el pedante pasan inadvertidas. Estar sentado a los pies de un hombre vivo, de un contemporáneo cuyos pensamientos, sentimientos y emanaciones estaban emparentados en espíritu con los de las gloriosas figuras del pasado, ha sido un gran privilegio. Podría visualizar a este representante nuestro discurseando experta y familiarmente con espíritus como Pitágoras, Sócrates o Abelardo; jamás podría imaginar así a John Dewey, por ejemplo, ni a Bertrand Russell. Podría apreciar y respetar las complejidades de *esta* mente, cosa que me es imposible cuando se trata de Whitehead o Ouspensky. Se debe a mis propias limitaciones, sin duda. Pero hay hombres que en breves instantes me convencen de su "redondez", no encuentro mejor palabra para describir esa cualidad que creo que abraza, resume y epitomiza todo lo que hay de auténticamente humano en nosotros. John Cowper Powys fue un individuo redondo. Iluminaba todo lo que tocaba, siempre relacionándolo con los fuegos centrales que nutren el cosmos mismo. Era un "intérprete" (o poeta) en el más alto

sentido de la palabra.

En nuestros tiempos tenemos otros más dotados, más brillantes quizá, más profundos posiblemente, pero ni sus proporciones ni sus aspiraciones concuerdan con este mundo totalmente humano que mora y alberga Powys en su ser. En la última página de la *Autobiography,* a la cual no puedo resistir echarle una mirada, se destaca este párrafo que con tanta claridad revela al Powys interior y esencial:

> "El mundo astronómico *no* es todo lo que existe. Estamos en contacto con otras dimensiones, con otros niveles de vida. Y de los poderes que surgen de esos *otros niveles* se levanta un Poder, tanto más terrible porque se niega a practicar la crueldad, un Poder que no es Capitalista, ni Comunista, ni Fascista, ni Democrático, ni Nazi; un Poder que *no es de este mundo en absoluto,* sino capaz de inspirar en el alma del individuo la sabiduría de la serpiente y la mansedumbre de la paloma".

No me sorprende nada descubrir que en el ocaso de su vida Powys haya tenido tiempo para darnos un libro sobre Rabelais y también un libro sobre Dostoievsky, polos opuestos del espíritu humano. Es un raro intérprete del espíritu humano que sabe pesar y apreciar a dos seres tan diversos. En todo el ámbito literario me resulta difícil pensar en dos extremos más grandes que Rabelais y Dostoievsky. Éste es uno de los misteriosos y anómalos rasgos de una era moderna que se jacta de sus extendidos medios de comunicación. Es en el siglo diecinueve en particular, ese siglo tan rico en figuras demoníacas, proféticas y extremadamente individualistas, donde muchas veces nos asombra enterarnos de que una de las grandes figuras no conocía la existencia de la otra. Confirme el lector este hecho por sí mismo porque es innegable y de vasta significación. Rabelais, hombre del Renacimiento, conocía a sus contemporáneos. Los hombres de la Edad Media, a pesar de todos los inconvenientes imaginables, se comunicaban entre sí y se prestaban atención recíproca. El mundo del saber formaba entonces una gigantesca red cuyos filamentos eran duraderos y eléctricos. *Nuestros* escritores, los hombres que deberían expresar y modelar las tendencias mundiales, dan la impresión de estar incomunicados. Su significación, su influencia, de todos modos, es virtualmente nula. Los hombres de intelecto, los escritores, los artistas de hoy, se han quedado varados en un arrecife que cada ola sucesiva amenaza con sumergir en el aniquilamiento.

John Cowper Powys pertenece a esa pasta de hombres que jamás se extingue. Pertenece a los pocos elegidos que, a pesar de los cataclismos que sacuden el mundo, siempre se encuentran en el Arca. La convención que estableció con sus semejantes constituye el respaldo y garantía de su supervivencia. ¡Qué pocos han descubierto este secreto! El secreto, diré, de incorporarse a sí mismo en el espíritu vivo del universo. Lo he mencionado como un "libro viviente". ¿Qué es eso sino decir que es todo llama, todo espíritu? El libro que viene vivo es el libro que ha sido introducido dentro, muy dentro por el corazón que lo devora. Mientras no sea animado por un espíritu tan ardientemente vivo como el que le diera nacimiento, el libro está muerto para nosotros. Las palabras desprovistas de su magia no son otra cosa que jeroglíficos muertos. Las vidas desprovistas de impulso, de entusiasmo, de toma y daca, carecen de significado y están desiertas como letras muertas. Encontrar a un hombre al que llamamos libro viviente es llegar a la fuente misma de la creación. Nos convierte en testigos del fuego devorador que arde en el universo entero y que no solamente procura calor y luz, sino también visión duradera, fortaleza duradera y valentía duradera.

CAPÍTULO VIII

LOS DÍAS DE MI VIDA

Acabo de recibir de mi amigo Lawrence Powell los dos volúmenes de la autobiografía de Rider Haggard, obra que esperaba con la más grande impaciencia. En cuestión de segundos abrí el paquete, examiné precipitadamente el índice y tomé asiento con la ferviente expectación de leer el Capítulo Diez, sobre las *Minas del Rey Salomón* y *Ella.*

En las pocas semanas transcurridas desde la lectura de *Ella,* mis pensamientos nunca dejaron de girar en torno a la génesis de esa "novela". Ahora que tengo las palabras del autor ante mí, me quedo literalmente perplejo. He aquí lo que dice:

> Recuerdo que cuando me senté para emprender la tarea, mis ideas en cuanto a su desarrollo eran sumamente vagas. La única noción clara que tenía en mi cabeza era la de una mujer inmortal inspirada por un amor inmortal. Todo el resto fue deformándose en torno a esta figura. Y vino, vino con mayor rapidez de lo que mi pobre mano dolorida podía transcribirlo.

Esto es virtualmente todo lo que tiene que decir sobre la concepción de esta obra notable. "Toda la novela —afirma— quedó terminada en poco más de seis semanas. Además, nunca lo reescribí y el manuscrito tiene pocas correcciones. Lo cierto es que lo escribí al correr de la pluma, casi sin pausa, y esa es la mejor manera de componer".

Pero quizá deba añadir lo siguiente, que podría deparar una sorpresa a los amantes de esta extraordinaria narración:

> Recuerdo perfectamente haber llevado el manuscrito terminado a la oficina de mi agente literario, el señor A. P. Watt, para dejárselo en la mesa con esta observación: "Por esto he de ser recordado." Pues bien, recuerdo haber ido también a la oficina del señor Watt, que estaba entonces en 2 Paternóster Square, pero había salido. Como el asunto era urgente y no quería regresar, tomé asiento junto a una mesa, pedí papel y en la hora o dos que tuve que esperar escribí la escena de la destrucción de Ella en el Fuego de la Vida. Esto un poco antes, por supuesto —quizá contados días— de entregar el manuscrito.

Veinte años después, señala Haggard —el tiempo que yo siempre había querido que transcurriera—, escribió la secuela de *Ayesha,* o *The Return of She* (El Regreso de Ella).

En cuanto al título, *Ella,* tan evocativo, tan absolutamente inolvidable, he aquí su origen, según sus propias palabras: "*Ella,* si no recuerdo mal, fue tomado de una muñeca de trapo que tenía ese nombre y que una niñera de Bradenham solía sacar de algún oscuro recoveco para asustar a mis hermanos y hermanas, que estaban a su cuidado".

¿Podría haber algo más desilusionante o más inesperado al mismo tiempo que estos hechos crudos y desnudos? Creo que en los trabajos de ficción este tipo de hechos es clásico. Si el tiempo lo permite, me propongo examinar los "hechos" de otras grandes obras de imaginación. Mientras tanto, y particularmente porque se me informa que se ha reavivado el interés por los libros de Rider Haggard, creo pertinente transcribir una carta escrita al autor, nada menos que por una persona como Walter Besant. Dice así:

> 12, Gayton Crescent, Hampstead. 2 de enero de 1887.
>
> Mi estimado Haggard:
>
> Estando todavía bajo el influjo de "Ayesha", cuya lectura acabo de terminar, debo escribir para felicitarle por una obra que sin ninguna duda le coloca al

> frente —y con mucha ventaja— de todos los escritores de ficción contemporáneos. Si la ficción se cultiva mejor en el campo de la invención pura, entonces usted es ciertamente el primero de los novelistas modernos. *Las Minas del Rey Salomón* quedan muy atrás. Sucede que no sólo la concepción central es tan espléndida por su audacia, sino que su lógica y despiadada elaboración de la trama en sus inevitables detalles me llena de asombro.
>
> No sé qué podrán decir los críticos sobre la obra. Es probable que no lean más de lo que pueden y hagan después algunas observaciones generales. Si el crítico es mujer, dejará este libro con la observación de que es imposible: casi todas las mujeres tienen esta impresión de lo maravilloso.
>
> Aunque usted escriba otra obra, *Ella* siempre estará a sus espaldas para cualquier odiosa comparación. Y aparte lo que digan los críticos, el libro habrá de ser un magnífico éxito, y también producirá una hueste de imitadores. Y todos los pequeños narradores convencionales se saldrán de sus carriles... hasta que encuentren otros nuevos.

El libro fue en realidad un gran triunfo, como las cifras de venta de sus editores lo atestiguan, para no hablar de las cartas que llovieron sobre el autor desde todas las regiones del mundo, algunas de figuras bien conocidas en el mundo literario. Haggard mismo dice que "en Norteamérica fue pirateada a centenares de miles".

Escribió *Ella* a los treinta años, más o menos entre principios de febrero de 1886 y el 18 de marzo de ese mismo año. La empezó a eso de un mes de haber terminado *Jess,* Fue este un período notable creativo para él, como lo indica lo siguiente:

> Resulta, por lo tanto, que entre enero de 1885 y el 18 de marzo de 1886, con mi propia mano y sin la ayuda de ninguna secretaria, escribí *Las Minas del Rey Salomón, Alian Quatermain, Jess* y *Ella.* Al mismo tiempo ejercí mi profesión y dediqué muchas horas diarias al trabajo en las cámaras y tribunales, donde tuve una actividad endiablada, escribí mi correspondencia usual y atendí los asuntos que corresponden a un joven padre de familia que posee ciertos bienes raíces.

Como muchas veces me he quejado amargamente de la carga de tener que contestar los millares de cartas que recibo, creo que las siguientes observaciones de Haggard podrían no carecer de interés para "todos en general":

> Un poco después el trabajo se me hizo más arduo, porque se agregó el compromiso de contestar la enorme cantidad de correspondencia que me enviaron personas de todo tipo desde el mundo entero. A juzgar por las cartas que tienen la letra A, de "answered" (contestada), creo haber hecho todo lo posible por responder a todos esos centenares de escribas, incluyendo al cazador de autógrafos, empresa que tiene que haberme absorbido buena parte de mis días, y esto además de todas las otras ocupaciones. No por nada mi salud comenzó a deteriorarse en este período de mi vida, asediado como estaba por constantes y ponzoñosos ataques.

En *La Crucifixión Rosada,* donde me explayo extensamente sobre mis relaciones con Stanley, mi primer amigo, hay alusiones frecuentes y burlonas al amor de Stanley por las novelas. Stanley esperaba escribir algún día nada menos que una buena "novela". En esta época de mi vida estoy en mejores condiciones para comprender y apreciar su profundamente sentido deseo. En aquellos tiempos simplemente lo contemplaba como un polaco más, como un polaco repleto de absurdo romanticismo.

No parezco capaz de recordar ninguna discusión con él sobre Rider Haggard, aunque sé que de vez en cuando hablamos de Marie Corelli. Entre los diez y los dieciocho años de edad

prácticamente no nos vimos y antes de esa época nuestras “discusiones” sobre libros deben haber sido prácticamente nulas. Comenzamos a hablar de libros, y con todo acaloramiento, cuando Stanley descubrió a Balzac — *The Wild Ass' Skin* (La Piel de Zapa) fue el primero de todos— y poco después a otros escritores europeos como Pierre Loti, Anatole France y Joseph Conrad. Para ser sincero, dudo que en esa época haya comprendido con claridad qué entendía Stanley por “novelas”. Para mí la palabra se asociaba con la hojarasca y con todo cuanto fuese irreal. Jamás sospeché la parte que la “realidad” desempeñaba en el terreno de la imaginación pura.

Hay un sueño sumamente interesante y que se repite, que Rider Haggard describe con cierta extensión. Termina así:

> Me veo... más joven de lo que soy ahora, con una indumentaria blanca y reclinado sobre el escritorio, trabajando, con papeles diseminados ante mí. De pronto me presiona el terror de si este hermoso lugar no será sino un perfumado purgatorio donde, en pago por mis pecados, *estoy condenado a escribir ficción hasta el fin de mis días,*
>
> —¿En qué trabajo? —pregunto alarmado a mi guía, quien con firme luminosidad está de pie a mi lado y me muestra todo.
>
> —Escribes la historia de un mundo (o “del mundo”, no recuerdo bien) —me responde.

Un mundo o *del* mundo, ¿qué diferencia hay? Lo importante es, como insinúa William James en su introducción a *Life After Death* (Vida Después de la Muerte) de Fechner, que “Dios tiene una historia”. La imaginación convierte a todos los mundos en *uno,* y en este mundo de la realidad el hombre desempeña el papel central, porque aquí el hombre y Dios son uno solo y todo es divino. Cuando Haggard expresa la esperanza de que en otra vida el tema de su trabajo resulte no ser ficción sino historia (“que yo amo”), cuando agrega que “en todos los mundos que están por encima de nosotros tiene que haber mucha historia registrada (y mucho buen trabajo que hacer)”, está diciendo, me parece, que el tema correcto del escritor es la inacabable historia de la creación. La historia del hombre está ligada a la de Dios, y la historia de Dios es la revelación del eterno misterio de la creación.

“Creo estar en lo correcto —dice Haggard— cuando digo que nadie ha escrito jamás una novela realmente de primera categoría que trate exclusivamente, por ejemplo, sobre la vida totalmente ajena de otro mundo o planeta con el cual los seres humanos no podrían de ninguna manera establecer ningún contacto”.

No obstante, cierto o no, es indiscutible que algunos autores han utilizado a tal extremo la imaginación, que las realidades de este *mundo nuestro,* parecen increíbles. Puede que no haga falta visitar mundos distantes para captar las esenciales verdades del universo o para comprender su orden y funcionamiento. Los libros que no pertenecen a la gran literatura, los libros que no imponen “el estilo grandioso”, muchas veces nos acercan más al misterio de la vida. Tratan de la experiencia fundamental del hombre, de su “inalterable” naturaleza humana, de una manera completamente distinta que los autores clásicos. Hablan de este fondo común que no solamente nos une a los unos con los otros sino con Dios. Hablan del hombre como parte integrante del universo y no como “un capricho de la creación”. Hablan del hombre como si a él solamente le fuese dado descubrir al Creador. Vinculan el destino del hombre con el destino de toda la creación; no lo hacen víctima del destino ni “objeto de redención”. Al glorificar al hombre glorifican al universo todo. Podrán no hablar con grandilocuencia, como acabo de decir. Se interesan menos en el lenguaje que en el tema, se interesan más en las ideas que en los pensamientos que las visten. En consecuencia, muchas veces aparentan ser malos escritores y se prestan al ridículo y al escarnio. Nada más fácil para divertirse que el ansia de lo sublime. Muchas veces, debe destacarse, este ansia está enmascarada o disimulada; a menudo el autor mismo no tiene noción de lo que busca ni de lo que expone de manera velada.

¿Cuál es el tema de estos libros tantas veces desdeñados? Brevemente, es la maraña de la

vida y de la muerte; la búsqueda de la identidad a través del drama de la identificación; los terrores de la iniciación; el atractivo de visiones indescifrables; el camino de la aceptación; la redención del mundo humano y la transformación de la naturaleza; la pérdida final de la memoria, en Dios. En la trama de tales libros está tejido todo lo simbólico e imperecedero, no las estrellas ni los planetas, sino las profundidades que hay entre ellos; no otros mundos y sus habitantes posiblemente fantásticos, sino las escalas que llevan a ellos; no leyes ni principios sino círculos de creación en constante despliegue, y las jerarquías que los constituyen.

En cuanto al drama que nos comunican estas obras, nada tiene que ver con el individuo frente a la sociedad, nada con "la conquista del pan", y en definitiva nada tiene que ver con el conflicto entre el bien y el mal. *Tiene que ver con la libertad.* Ni una sola línea habrían podido escribir los hombres que tengo en mente si el hombre hubiese conocido alguna vez la libertad o siquiera lo que se entiende por ella. Aquí verdad y libertad son sinónimos. El drama con estas palabras sólo comienza cuando el hombre abre voluntariamente los ojos. Este acto, el único que podría decirse que reviste significado heroico, desplaza todo el estrépito y la furia de la sustancia histórica. Atado por fuera, el hombre por lo menos consigue mirar hacia adentro con gracia y certidumbre. Al no contemplar ya la vida desde el plano del mundo, el hombre deja de ser víctima de la casualidad o las circunstancias: "opta" por seguir su visión, por convertirse en un ser dotado de imaginación. Desde este momento en adelante comienza a viajar; todos los viajes previos no habían sido sino circunnavegaciones.

¿Cómo se llaman estos preciosos libros?

He de responder con las palabras de Gurdjieff, según las consigna Ouspensky: "Si hubieses comprendido todo lo que has leído en tu vida, sabrías ahora lo que buscas".

Esta declaración merece ser meditada profundamente. Revela la verdadera conexión que existe entre los libros y la vida. Nos dice *cómo* leer. Prueba —para mí, de todos modos— algo que he reiterado muchas veces, o sea que la lectura de los libros debe hacerse por el placer de la corroboración y que *ése* es el descubrimiento final que hacemos sobre los libros. En cuanto a la verdadera lectura, procedimiento que nunca se acaba, puede hacerse con cualquier cosa: una hoja de hierba, una flor, el casco de un caballo, los ojos de un niño cuando miran extasiados de maravilla, el porte de un auténtico guerrero, la forma de una pirámide o la serena compostura grabada en la estatua de todo Buda. Si la facultad indagadora no ha muerto, si el sentido de maravilla no está atrofiado, si hay verdadero hambre y no simple apetito o deseo, es imposible dejar de leer a medida que se avanza. El universo entero se convierte entonces en un libro abierto.

Esta gozosa lectura de la vida o de los libros no implica el abatimiento de la facultad crítica. Todo lo contrario. Entregarse por entero a un autor o al Autor implica la exaltación de la facultad crítica. Al pronunciarse en contra del empleo de la palabra "constructivo" en relación con la crítica literaria, Powys escribe lo siguiente:

> ¡Oh, esa palabra "constructivo"! ¡Cómo, en nombre del misterio del genio, la crítica podría ser otra cosa que una idolatría, un culto, una metamorfosis, un enredo amoroso!

Con implacable insistencia el dedo apunta a lo más recóndito del ser, no como advertencia sino con amor. La leyenda de la pared no es ni misteriosa ni amenazadora para quien sabe interpretarla. Las paredes se derrumban y con ellas caen nuestros temores y reticencias. Pero la última que cede es la pared que encierra al ego. Quien no lee con los ojos del Yo no lee en absoluto. El ojo interior atraviesa todas las paredes, descifra todas las leyendas, transforma todos los "mensajes". No es un ojo lector ni valorativo, sino un ojo informador. No recibe luz desde fuera sino que la irradia. Irradia luz y regocijo. Mediante la luz y el regocijo el mundo se abre, se reveía tal como es: inefable belleza, inacabable creación.

CAPÍTULO IX

KRISHNAMURTI

Alguien ha dicho que “el mundo jamás conoció a sus más grandes hombres”. Si lográsemos conocer sus vidas y sus obras podríamos tener realmente “una biografía de Dios sobre la tierra”.

Al lado de los escritos inspirados, de los cuales hay abundancia, las creaciones de los poetas palidecen. Primero vienen los dioses, después los héroes (que encarnan el mito), después los videntes y profetas, y por último los poetas. La preocupación del poeta es restaurar el esplendor y magnificencia del pasado que siempre se revive. El poeta percibe casi hasta lo indecible la enorme privación que aflige a la humanidad. Para él “la magia de las palabras” transmite algo completamente inaccesible para el individuo ordinario. Prisionero para siempre del dominio del cual surge, su provincia es una que el hombre ordinario nunca explora y de la cual parece proscrito por su nacimiento. La inmortalidad que está reservada al poeta es la vindicación de su nunca debilitado apego a la Fuente de la cual deriva su inspiración.

Escuchemos a Pico de la Mirándola:

> “En medio del mundo, el Creador dijo a Adán: Te he colocado para que mires a tu alrededor con mucha mayor facilidad y veas todo lo que hay en él. Te he creado como un ser ni celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, solamente para que seas tu propio formador y superador; tú no podrás degenerar en animal y por medio de ti mismo renacerás a la existencia divina...”

¿No es ésta la esencia y propósito de la existencia humana reducida a su más sintética expresión? *En medio del mundo* el Creador colocó al hombre. Es el punto de vista “antropocéntrico”, dicen nuestros tristes hombres instruidos. Mirando alrededor y en torno a ellos no vemos otra cosa que *escombros.* Para ellos la vida es un cuento relatado por un idiota y no significa nada. En efecto, si seguimos su pensamiento hasta el final, la sustancia misma de nuestra madre, la Tierra, es pura nada. Despojados de espíritu han logrado por fin demoler el terreno mismo que pisan: la materia sólida. Nos hablan a través de un vacío de hipótesis y conjeturas. Jamás comprenderán que “el mundo es una forma generalizada de espíritu, que es su cuadro simbólico”. Aunque dicen que todas las rocas “tienen una historia escrita en su rugosa y fogueada faz”, se niegan a leer lo que está escrito en ellas; superponen sus débiles versiones propias de la creación a mitos y leyendas impregnados de verdad y realidad. Razonan en años luz, con los signos y símbolos de su casta sacerdotal, pero se alarman cuando se afirma que un orden superior de hombres, superiores órdenes de civilización, florecieron hace tan poco como cien mil años atrás. En lo tocante al *hombre,* los antiguos le han asignado una antigüedad mayor, mayor inteligencia y comprensión que nuestros hombres de poca fe cuya vanidad se basa en un pretencioso saber.

Todo esto es una manera de decir que los libros cuya lectura me debe agradar son los libros que me ponen en comunicación con la increíble naturaleza del ser humano. Nada que se atribuya al poder y gloria del hombre me resulta demasiado para asimilarlo. Nada que concierna a la historia de nuestra tierra y a las maravillas que encierra es demasiado grande para mí. Cuanto más aumenta mi disgusto por lo que se llama “historia”, más exaltada se vuelve mi opinión del hombre. Si soy un apasionado de las vidas de artistas individuales, cualquiera sea su campo de acción, más me apasiona todavía el hombre como un todo. En mi breve experiencia como lector de la palabra escrita, me ha sido dado presenciar maravillas que superan toda comprensión. Aunque no fuesen otra cosa que “imaginaciones” de escritores inspirados, su realidad no es impugnada de ninguna manera. En este día vivimos a las puertas

de un mundo en el que nada de lo que los hombres se atrevan a pensar o creer es imposible. (Los hombres han pensado lo mismo en ciertos momentos del pasado, pero sólo como en sueños, como si viniese de las profundidades, o del inconsciente). Día tras día se nos dice, por ejemplo, que las mentes prosaicas y prácticas que dirigen los asuntos de ciertos departamentos de nuestro gobierno trabajan seriamente para perfeccionar los medios para llegar a la Luna —e inclusive a planetas más distantes— dentro de los próximos cincuenta años. (¡Cálculo muy modesto!) Pero lo que está detrás de estos planes y proyectos es otra cuestión. ¿Pretendemos "nosotros" defender el planeta o atacar a los habitantes de otros planetas? ¿O pretendemos abandonar esta morada en la cual no parece haber solución para nuestros males? Tengamos la seguridad de que, cualquiera que sea el motivo y por audaces que sean nuestros planes, el motivo no es elevado.

No obstante, este esfuerzo por la conquista del espacio solamente es uno de los muchos sueños hasta ahora "imposibles" que nuestros hombres de ciencia prometen explotar. Los lectores de los diarios o de tas revistas de divulgación científica podrán discursear con elocuencia sobre estos temas aunque ellos mismos no sepan casi nada de los elementos científicos que están en la raíz de estas teorías, planes y proyectos otrora descabellados e increíbles.

Entretejida en la vida de Nicolás Flamel está la historia del Libro de Abraham el Judío. El descubrimiento de este libro y el esfuerzo realizado por penetrar el secreto que contiene es una narración de aventuras terrestres de primer orden. "Al mismo tiempo —dice Maurice Magre—, que él (Flamel) aprendía a hacer oro con cualquier material, adquirió la sabiduría de despreciarlo con su corazón". Como en cualquier capítulo sobre los famosos alquimistas, también hay declaraciones asombrosas y, si tuviésemos una mentalidad abierta, por demás ilustrativas. Deseo citar solamente un párrafo, aunque sólo sea para sugerir lo inverso de lo que insinué arriba. El pasaje concierne a dos eminentes alquimistas del siglo diecisiete; el lector podrá optar por considerarlos "excepcionales", si quiere.

Es probable que hayan alcanzado el estado más altamente perfecto posible en el hombre, consiguiendo la transmutación de su alma. Cuando todavía estaban en la vida formaban parte del mundo espiritual. Habían regenerado su ser, habían realizado la misión del hombre. Nacieron dos veces. Se dedicaron a ayudar a sus semejantes; lo hicieron de la manera más útil posible, que no consiste en curar los males del cuerpo ni en mejorar el estado físico de los hombres. Emplearon un método superior, que en primera instancia sólo puede aplicarse a un pequeño número de personas, pero que eventualmente afecta a todas. Ayudaron a las mentes nobles a alcanzar el objetivo que ellos mismos habían alcanzado. Buscaron a tales hombres en los pueblos por donde pasaban y, en general, durante sus viajes. No tenían escuela ni enseñanza regular porque su enseñanza estaba en el límite entre lo humano y lo divino. Pero sabían que la palabra sembrada en cierto momento y en cierta alma produciría frutos mil veces mayores que los que podrían obtenerse del conocimiento adquirido mediante los libros o la ciencia ordinaria.

Las maravillas de que hablo son de todos los tipos. A veces simplemente son pensamientos o ideas; a veces son creencias o prácticas extraordinarias; a veces tienen la forma de búsquedas físicas; a veces son puras hazañas del lenguaje; a veces son sistemas; a veces son descubrimientos o invenciones; a veces son crónicas de acontecimientos milagrosos; a veces encarnan una sabiduría cuya fuente es sospechosa; a veces son versiones de fanatismo, persecución e intolerancia; a veces adoptan la forma de Utopías; a veces son sobrehumanas hazañas de heroísmo; a veces son actos o cosas de increíble belleza; a veces son crónicas de todo lo que hay de monstruoso, malo y pervertido.

Para dar una idea de lo que pienso tomo los hilos de una serie de piedras de toque: Joachim de Fiore, Gilíes de Rais, Jacob Boehme, el Marqués de Sade, el I-Ching, el Palacio de Knosos, los Albigenses, Jean-Paul Richter, el Cáliz Sagrado, Heinrich Schliemann, Juana de Arco, el Conde de St. Germain, la Summa Theologica, el gran Imperio Uiguro, Apolonio de Tiana, Madame Blavatsky, San Francisco de Asís, la leyenda de Gilgamesh, Ramakrishna, Tombuctú, las Pirámides, el Budismo Zen, Easter Island, las grandes Catedrales, Nostradamus, Paracelso, la Santa Biblia, Atlantis y Mu, las Termopilas, Akenatón, Cuzco, la

Cruzada de los Niños, Tristán e Isolda, Ur, la Inquisición, Arabia Deserta, el Rey Salomón, la Muerte Negra, Pitágoras. Santos Dumont, Alicia en el País de las Maravillas, la Biblioteca Naacal, Hermes Trismegisto, la Fraternidad Blanca, la bomba atómica, Gautama el Buda.

Hay un nombre que he retenido y que se destaca contrastando con todo lo que sea secreto, sospechoso, confuso, libresco y esclavizante: Krishnamurti. He aquí a un hombre de nuestro tiempo que podría decirse que es un maestro de la realidad. Se destaca solo. Ha renunciado más que cualquier hombre capaz de pensar excepto Cristo. Fundamentalmente es tan sencillo de comprender que se capta con facilidad la confusión que sus palabras y acciones claras y directas han provocado. Los hombres son reacios a aceptar lo fácil de entender. Debido a una perversidad más profunda que todas las vilezas de Satán, el hombre se niega a reconocer los derechos que le ha concedido Dios: exige su liberación o salvación por medio de un intermediario; busca guías, consejeros, conductores, sistemas, rituales. Busca soluciones que están dentro de su propio pecho. Coloca la erudición por encima de la sabiduría, el poder por encima del arte de discriminar. Pero, más que nada, se niega a trabajar por su propia liberación, pretendiendo que primero hay que liberar "al mundo". Sin embargo, como ha señalado reiteradamente Krishnamurti, el problema del mundo está ligado al problema del individuo. La verdad está presente en todo momento, la Eternidad está aquí y ahora. *¿Y la salvación?* ¿Qué es, oh hombre, lo que quieres salvar? ¿Tu mezquino ego? ¿Tu alma? ¿Tu identidad? Piérdelo y te hallarás a tí mismo. No te preocupes por Dios: Dios sabe cuidarse a sí mismo. Cultiva tus dudas, abraza todo tipo de experiencia, sigue deseando, no te empeñes ni en olvidar ni en recordar, pero asimila e integra lo que has experimentado.

A grandes rasgos, ésta es la manera de hablar de Krishnamurti. A veces, debe ser indignante responder a todas las preguntas pequeñas y estúpidas que la gente eternamente formula. ¡Emancípate! Es su exhortación. Ningún otro podrá hacerlo porque ningún otro puede. Esta voz de la espesura es, por supuesto, la voz del conductor. Pero Krishnamurti también ha renunciado a ese papel.

El libro de Cario Suarés sobre Krishnamurti me abrió los ojos a este fenómeno en nuestro medio. Lo leí por primera vez en París y desde entonces lo he releído varias veces. Difícilmente existe otro libro que haya leído con tanta atención, que haya acotado tan copiosamente salvo que sea *The Aboslute Collective* (El Absoluto Colectivo). Tras años de lucha y búsqueda había encontrado oro.

No creo que este libro haya sido traducido al inglés y, además, no sé lo que el mismo Krishnamurti piensa de él. Nunca conocí personalmente a Krishnamurti, aunque no existe ningún hombre vivo a quien más honrado me sentiría de conocer. Lo curioso es que su residencia no dista tanto de la mía. No obstante, me parece que si este hombre representa algo, representa el derecho a vivir su propia vida, lo cual sin duda no comparte cualquier Tom, Dick y Harry deseoso de conquistar su amistad y obtener de él algunas migajas de sabiduría "Usted nunca podrá conocerme", dice en alguna parte. Basta con saber qué representa, con saber qué simboliza en su ser y esencia.

Este libro de Cario Suarés tiene incalculable valor. Está repleto de palabras de Krishnamurti tomadas de sus discursos y escritos. Detalla todas las frases de su desarrollo (hasta el año en que se publicó el libro) y lo hace con lucidez, coherencia y mordacidad. Suarés se mantiene discretamente en segundo plano. Tiene la sabiduría necesaria para que Krishnamurti hable por sí mismo.

En las páginas 110 a 119 del libro de Suarés el lector podrá hallar por su cuenta el texto cuya sustancia consigno a continuación...

> Tras una larga discusión con un hombre en Bombay, éste dice a Krishnamurti: Lo que usted expresa podría conducir a la creación de superhombres, de hombres capaces de gobernarse a sí mismos, de establecer el orden en ellos mismos, de hombres que sean dueños y señores absolutos de sí mismos. ¿Pero qué pasará con el hombre que está al pie de la escalera, que depende de una autoridad externa, que utiliza muletas de todos los tipos, que está obligado a acatar un código moral que en realidad no le agrada?

> Krishnamurti responde: Fíjese lo que sucede en el mundo. Los fuertes, los violentos, los poderosos, los hombres que usurpan y blanden el poder sobre los demás, están en la cumbre; abajo están los débiles y los buenos, que luchan y tropiezan. Como contraste, piense en el árbol, cuya fuerza y gloria se deriva de sus profundas y ocultas raíces; en el caso del árbol la copa está coronada por delicadas hojas, tiernos retoños y las más frágiles ramas. En la sociedad humana, por lo menos tal como está constituida hoy, los fuertes y los poderosos son sostenidos por los débiles. En la naturaleza, en cambio, son los fuertes y los poderosos quienes sostienen a los débiles. Mientras usted persista en contemplar cada problema con una mente pervertida y deformada, aceptará el actual estado de cosas. Yo contemplo el problema desde otro punto de vista... Debido a que sus convicciones no son el resultado de su comprensión, usted repite lo que le ha sido dado por las autoridades; usted amasa citas, usted lanza a una autoridad contra otra, a lo antiguo contra lo nuevo. Sobre eso nada tengo que decir. Pero si usted contempla la vida desde un pedestal que no ha sido deformado ni mutilado por la autoridad, que no ha sido apuntalado por conocimientos de los demás, sino por el conocimiento que brota de sus propios sufrimientos, de *su* pensamento, de *su* cultura, de *su* comprensión, de *su* amor, comprenderá entonces lo que digo: "car la méditation du coeur est l'entendement"... Personalmente, y espero que comprenda lo que ahora le digo, *no tengo ninguna creencia ni pertenezco a ninguna tradición.* Siempre he adoptado esta actitud hacia la vida. Siendo un hecho que la vida varía de día en día, no solamente las creencias y tradiciones son inútiles para mí, sino que si me dejara encadenar por ellas me impedirían comprender la vida... Usted podrá alcanzar la liberación, no importa lo que usted sea ni qué circunstancias lo rodeen, pero esto significa que deberá poseer la fortaleza de un genio. Porque genial, a fin de cuentas, es la capacidad para liberarse de las circunstancias en que estamos atrapados, la habilidad de salir del círculo vicioso... Usted podrá decirme que carece de ese tipo de fortaleza. Ése es exactamente mi punto de vista. Para descubrir su propia fortaleza, *el poder que está en usted,* usted debe estar dispuesto y decidido a encarar todo tipo de experiencias. ¡Y eso es precisamente lo que usted se niega a hacer!

Este tipo de lenguaje es desnudo, revelador e inspirador. Rompe las nubes filosóficas que confunden nuestro pensamiento y restituye las fuentes de acción. Nivela las bamboleantes superestructuras de los acróbatas verbales y limpia la tierra de basura. En vez de una carrera de obstáculos o una trampa para ratas, convierte la vida diaria en búsqueda gozosa. Conversando con su hermano Theo, Van Gogh dijo en cierta ocasión: "Cristo fue tan infinitamente grande porque nunca se interpusieron en su camino ni muebles ni ningún otro accesorio estúpido". Lo mismo se siente con respecto a Krishnamurti. *Nada se interpone en su camino.* Su carrera, única en la historia de los dirigentes espirituales, nos recuerda la famosa epopeya de Gilgamesh. Alabado en su juventud como el esperado Salvador, Krishnamurti re-nunció al papel que se le había preparado, desdeñó toda disciplina y rechazó a todos los mentores y preceptores. No inició ninguna fe ni dogma nuevos, todo lo puso en tela de juicio, cultivó la duda (especialmente en momentos de exaltación), y a fuerza de heroica lucha y perseverancia se liberó de la ilusión y el encantamiento, del orgullo, de la vanidad y de todas las sutiles formas de dominio sobre los demás. Acudió a la fuente para resistir las vilezas y lazos de los que pretendían esclavizarlo y explotarlo, pidió vigilancia eterna. Liberó.su alma, por así decirlo, del submundo y del supermundo, abriéndole así "el paraíso de los héroes".

¿Hace falta definir este estado?

En las expresiones de Krishnamurti hay algo que hace que la lectura de los libros parezca completamente superflua. Pero también hay otro hecho, más llamativo todavía, relacionado con sus manifestaciones, como señala Suarés con toda propiedad, y es que "cuanto más claras son sus palabras tanto menos se comprende su mensaje".

Krishnamurti dijo cierta vez: “Voy a ser vago expresamente: podría ser completamente explícito, pero no tengo la intención de hacerlo. Porque las cosas, una vez definidas, están muertas”... No, Krishnamurti no define y tampoco contesta Sí o No. Lanza al interrogador de regreso hacia el interior de sí mismo. Con mucha insistencia repite: “No le pido que crea lo que digo... No deseo nada de usted, ni siquiera su buena opinión, o su acuerdo, como tampoco que me siga. No le pido que *crea* sino que *comprenda* lo que digo.” ¡*Colaborad con la vida!* Es su constante exhortación. De vez en cuando lanza un verdadero vapuleo contra los que se consideran muy correctos. ¿Qué han logrado ustedes con tantas hermosas palabras, con sus lemas y consignas, con sus libros? ¿A cuántos individuos hicieron infelices, no en un sentido transitorio sino duradero? Y así sucesivamente. “Es una gran satisfacción adjudicarse títulos, nombres, aislarse del mundo y creerse distinto de los demás. Pero si todo lo que dicen es verdad, ¿han evitado a un solo semejante la congoja y el dolor?”

Todos los dispositivos protectores —sociales, morales, religiosos— que proporcionan la ilusión de sostener y ayudar al débil para que pueda ser guiado y conducido hacia una vida mejor, son precisamente lo que impiden al débil sacar provecho de la experiencia directa de la vida. En vez de experiencia desnuda e inmediata, los hombres tratan de ampararse en protecciones y así se mutilan. Estos dispositivos se convierten en instrumentos de poder, de explotación material y espiritual. (Esta interpretación es de Suarés.)

Una de las diferencias sobresalientes entre un hombre como Krishnamurti y los artistas en general, radica en sus respectivas actitudes hacia su papel. Krishnamurti destaca que existe constante antagonismo entre el genio creativo del artista y su ego. El artista imagina, dice, que lo grande o sublime es su ego. Este ego desea utilizar para su propio beneficio y engrandecimiento el momento de inspiración durante el cual estuvo en contacto con lo eterno, momento, precisamente, en que el ego estaba ausente, sustituido por el residuo de su propia experiencia vital. La intuición, sostiene, es la que debe servir de única guía. En cuanto a los poetas, los músicos y todos los artistas de verdad, deberían desarrollar el anonimato, deberían desprenderse de sus creaciones. Pero con la mayoría de los artistas sucede exactamente lo contrario: quieren ver sus firmas en las obras que crean. En suma, mientras el artista se aferre al individualismo, jamás conseguirá volver permanentes su inspiración o sus poderes creativos. La cualidad o la condición del genio no es otra cosa que la primera fase de la liberación.

No he traducido; tuve dificultad para transcribir y condensar las observaciones y reflexiones que anteceden. Tampoco trato de ofrecer la totalidad del pensamiento de Krishnamurti según lo revela el libro de Cario Suarés. Me indujo a hablar de él la circunstancia de que, por muy sólidamente que Krishnamurti esté anclado en la realidad, sin quererlo ha creado a su alrededor un mito y una leyenda. La gente sencillamente no reconocerá que un hombre que se ha mostrado sencillo, directo y veraz no oculta algo mucho más complejo, mucho más misterioso. Pretendiendo que lo que más ardientemente desean es salir de las crueles dificultades en que se encuentran, lo que realmente adoran es conseguir que todo sea difícil, oscuro *y* sólo capaz de realización en un futuro distante. Por lo general lo último que admiten es que sus dificultades hayan sido elaboradas por ellos mismos. La realidad, si por un instante se dejan persuadir de que existe —en la vida cotidiana—, siempre la mencionan como una realidad “dura”. Hablan de ella como de algo que se opone a la realidad divina o, podríamos decir, de un paraíso blando y oculto. La esperanza de que algún día despertemos a una condición de vida totalmente distinta con respecto a la que experimentamos diariamente, convierte a los hombres en víctimas propiciatorias de cualquier forma de tiranía y represión. El hombre ha sido petrificado por la esperanza y el temor. El mito que vive día tras día es el mito de que algún día podrá escapar de la cárcel que él mismo ha creado y que atribuye a las maquinaciones de los demás. Todo héroe verdadero se ha forjado su realidad propia. Al liberarse, el héroe pulveriza al mito que nos ata al pasado y al futuro. Ésta es la esencia misma del mito: cubre con un velo lo maravilloso del aquí y el ahora.

Esta mañana descubrí en el estante otro libro sobre Krishnamurti que había olvidado que poseía. Me lo había obsequiado un amigo en vísperas de un largo viaje, pero guardé el libro

sin abrirlo siquiera. Este preámbulo es para agradecer a mi amigo el gran servicio prestado y para informar al lector que no conozca francés que existe otra excelente interpretación de la vida y obra de Krishnamurti. El libro se denomina *Krishnamurti* ("El hombre es su propio libertador") y ha sido escrito por Ludowic Réhault. Como el libro de Suarés, también contiene abundantes citas de los discursos y escritos de Krishnamurti. El autor, ahora muerto, pertenecía a la Sociedad Teosófica, "cuyas tendencias", afirma en el prefacio, "disto mucho de aprobar, pero a cuyos grandes principios de Evolución, Reencarnación y Karma me adhiero de todo corazón". E incluso aparece la siguiente declaración: "Deseo informar a mis lectores que no estoy en favor de Krishnamurti, sino que estoy con él".

Como no conozco a ningún otro hombre vivo de pensamiento más inspirador y más fecundo, como no conozco a ningún hombre vivo que esté más libre de opinión y prejuicios, *y* porque la experiencia personal me demuestra que constantemente se le cita mal, se interpreta mal y se entiende mal, considero tan importante como oportuno, aun a riesgo de aburrir al lector, seguir explayándome sobre el tema de Krishnamurti. En París, donde por primera vez oí hablar de él, tuve varios amigos que hablaban eternamente de los "maestros". Ninguno de ellos, que yo tenga entendido, formaba parte de ninguna agrupación, culto o secta. Eran simplemente decididos buscadores de la verdad, como decimos. Y todos eran artistas. Los libros que leían en esa época me resultaban desconocidos, me refiero a las obras de Leadbeater, Steiner, Besant, Blavatsky, Mabel Collins y otros por el estilo. En efecto, oyéndolos citar estas fuentes, muchas veces me reí en su cara. (Hasta hoy, debo confesar, el lenguaje de Rudolf Steiner todavía despierta mi sentido del ridículo). En el acaloramiento de la discusión me calificaron de vez en cuanto de "vagabundo espiritual". Como carezco de las marcas del "seguidor", estos amigos, almas ardientes consumidas por el deseo de convertir, me consideraban "pan comido". A veces les decía enfurecido que nunca jamás volvieran a acercarse a mí, salvo que hablasen de otras cosas. Pero al día siguiente aparecían junto a mi puerta como si nada hubiese ocurrido.

Debo apresurarme a añadir que la única cualidad que tenían en común era su indecible sensación de impotencia. Se habían propuesto salvarme, pero no podían salvarse a sí mismos. Debo confesar aquí que posteriormente las cosas de que hablaban, lo que citaban de los libros, lo que se empeñaban con tanto denuedo en hacerme entender, no era tan tonto ni arbitrario como me pareció en otros tiempos. ¡No, de ninguna manera! Pero lo que me impidió "ver las cosas con la luz correcta" fue, como digo, su notable incapacidad para sacar provecho de la sabiduría que tan ansiosos se mostraban de impartir. Fui despiadado con ellos, cosa de la cual jamás me arrepentí. Creo que debo de haberles hecho algún bien siendo tan inflexible como fui. Sólo después que dejaron de molestarme estuve realmente en condiciones de interesarme por "todo este absurdo". (Si alguno de ellos llega a leer estas líneas sabrá que, a pesar de todo, tengo una deuda con ellos). Pero sigue siendo verdad que hacían exactamente lo que los "maestros" aconsejaban no hacer. "De nada vale quien habla —dice Krishnamurti—, el valor está en el pleno significado de lo que se dice". Naturalmente, comprender el pleno significado de lo que se dice, hacerlo propio, depende exclusivamente del individuo. Recuerdo un maestro de inglés que siempre nos gritaba: "*¡Háganlo suyo!"* El individuo era un vanidoso y un pretencioso, un verdadero asno si alguna vez hubo alguno. Si hubiese hecho alguna pequeña cosa con todo lo que había leído y que pomposamente nos recomendaba como suyo, no habría enseñado literatura inglesa: la habría escrito o, suponiendo que fuese realmente humilde como maestro, mentor, guía o lo que fuere, hubiera inspirado en nosotros el amor por la literatura, cosa que no hizo de ninguna manera.

Pero volvamos a los "maestros"... En el *International Star Bulletin* de noviembre de 1929 se cita a Krishnamurti con las siguientes palabras: "Todos vosotros habéis manifestado inmenso interés en los maestros, existan o no, y en mi opinión sobre ellos. Os diré mi opinión. Para mí muy poca importancia tiene que existan o no existan, porque cuando debéis caminar al campo o a la estación desde aquí, hay gente delante de vosotros, más cerca de la estación, gente que ha emprendido la marcha antes. ¿Qué importa más, llegar a la estación o sentarse a rendir culto al hombre que marcha delante de nosotros?".

En su libro, Réhault señala que la actitud de Krishnamurti hacia los maestros o la visión de

los maestros jamás se modificó de manera esencial. Lo que había cambiado fue su "perspectiva de los que buscan a los maestros y los invocan a cada momento con ridícula y dudosa familiaridad". Cita una declaración anterior de Krishnamurti (1923): "Todos creemos que los maestros existen, que están en alguna parte y que se preocupan por nosotros; pero esta creencia no está lo suficientemente viva, no es lo suficientemente real como para hacernos cambiar. El objetivo de la evolución es hacer que todos nosotros lleguemos a ser como los maestros que son la apoteosis, la perfección de la humanidad. Como he dicho, los maestros son una realidad. Para mí, por lo menos, son uno".

La enorme consistencia que se percibe en estas referencias *aparentemente* encontradas sobre los maestros es típica de la actitud siempre evolutiva de Krishnamurti hacia la vida. La menor importancia que con el correr de los años fue dando al hecho de que los maestros existan demuestra su vigilancia, su estado de alerta y sus infatigables esfuerzos por captar lo esencial.

¿Por que os molestáis por los maestros? Lo esencial es que seáis libres y fuertes, y jamás podréis ser ni libres ni fuertes si sois alumnos de otro, si tenéis gurúes y mediadores, maestros de vosotros. No podréis ser libres ni fuertes si me tomáis a mí por maestro, por gurú. No quiero eso...

Pocos meses después de haber hecho esta definitiva e inequívoca declaración (abril de 1930), hostigado nuevamente para que respondiese a la pregunta "¿Existen los Adeptos y los Maestros?" responde: "No es esencial para mí. El asunto no me interesa... No trato de eludir la pregunta... No niego que existan. En la evolución tiene que haber una diferencia entre los salvajes y los más cultos. ¿Pero qué valor tiene para el hombre que está encerrado tras los muros de una prisión?... Sería tonto negar la gama de experiencias que ustedes llaman evolución. Os preocupáis más por el hombre que marcha al frente de vosotros que por vosotros mismos. Estáis dispuestos a rendir culto a alguien que está muy distante, y no a vosotros mismos ni a vuestro vecino. Podrá haber Adeptos y Maestros, no lo niego, pero no percibo que eso tenga algún valor para vosotros como individuos".

Pocos años más tarde habría dicho: "No deseo la felicidad. No busco la verdad. No busco lo último". Excepto para los capciosos y falsificadores, esto no varía con respecto a la cuestión eterna que ha destacado. "Buscas la verdad —dice una vez más— como si fuese lo contrario de lo que eres".

Nada podrá espolearnos ni despertarnos si tales palabras no lo logran.

"¡El hombre es su propio libertador!" ¿No es esta la enseñanza última? Ha sido una y otra vez, y ha sido probada reiteradamente por grandes figuras mundiales. *¿Maestros?* Sin duda. Hombres que no expusieron principios, leyes, dogmas morales ni credos, sino la vida. "En realidad los grandes maestros no establecen leyes, quieren poner al hombre en libertad" (Krishnamurti).

Lo que distingue a Krishnamurti de los grandes maestros del pasado, los maestros y los ejemplares, es su absoluta desnudez. El único papel que se permite representar es el de sí mismo como ser humano. Vestido solamente con la fragilidad de la carne, depende íntegramente del espíritu, que se identifica con la carne. Si tiene una misión, esa misión consiste en despojar a los hombres de sus ilusiones y alucinaciones, derribar los falsos pilares de ideales, creencias, fetiches y todo tipo de muletas, y devolver así al hombre la plena majestad, la plena potencia de su humanidad. Muchas veces ha sido mencionado como "el Maestro del Mundo". Si algún hombre vivo merece ese título es él. Pero para mí lo importante de Krishnamurti es que no se impone sobre nosotros como maestro sino como *hombre.*

Halla tú mismo, dice, cuáles son las posesiones e ideales que no deseas. Sabiendo lo que no deseas, por eliminación descargarás la mente, y sólo entonces comprenderá tu mente lo esencial, que está siempre.

CAPÍTULO X

LAS LLANURAS DE ABRAHAM

"¡Cuando estés listo, Griswold, dispara!"

Creo que fue en el libro titulado *With Dewey at Manila Bay* (Con Dewey en la Bahía de Manila) del que hablé previamente y que, si la memoria no me falla, apareció más o menos cuando finalizaba la guerra hispano-norteamericana (¡pobres españoles, nunca tuvieron perspectivas de triunfar!); creo que esta orden salió directamente de boca de Dewey —¿o habrá sido el almirante Sampson?— para acompañarme hasta la tumba. Es idiota recordarlo, pero, como esa otra —¡Espera hasta ver el blanco de sus ojos!— persiste. Por supuesto, persiste mucho más (de la lectura de un libro) de lo que la memoria libera. Pero es eternamente curioso que los restos que una persona recuerda, otra los olvida.

Los restos... ¡Como si habláramos de cadáveres!

La otra mañana desperté con la mente todavía embarullada por el continuo esfuerzo por recordar títulos, autores, nombres de lugares, acontecimientos y los datos al parecer más insignificantes, ¿y en qué os parece que me encontré pensando? ¡En las llanuras de Abraham! Sí, tenía la mente repleta de Montcalm y Wolfe luchando allá arriba hacia el techo del mundo. Creo que la llamamos la guerra franco-india. Siete largos años de lucha. Es probable que esta batalla en las Llanuras de Abraham, que mi débil memoria sitúa en alguna parte de las cercanías de Quebec, haya decidido la suerte de los franceses en América del Norte. Debo haber estudiado detalladamente esta sangrienta guerra en la escuela. Tengo la seguridad de haberla estudiado. ¿Y qué restos me han quedado? *Las Llanuras de Abraham.* Para ser más exacto, más preciso, todo se reduce a un montículo de imágenes que cabrían en una cáscara de nuez. Veo a Montcalm agonizando —¿o era Wolfe?— al aire libre, rodeado por un guardaespaldas y un puñado de indios de cabeza rasurada, en la que asoman algunas plumas largas, como enterradas profundamente en el cuero cabelludo. Plumas de águila probablemente. Montcalm pronuncia su último discurso, una de esas históricas "palabras para la posteridad", como, por ejemplo: "Lamento no haber tenido más que una sola vida que dar a mi país". Ya no recuerdo sus palabras, pero me parece que decía: "La marea está contra todos". ¿Qué importa, de todos modos? Dentro de pocos instantes estará muerto y será una cosa más en la historia. Y el Canadá, exceptuando la franja de este, será inglés, ¡peor para nosotros! ¿Pero cómo es que visualizo un gran pájaro montado en su hombro? ¿De dónde vino ese pájaro de mal agüero? Puede que sea el mismo que quedó atrapado en la red sobre la cuna donde estaba el niño James Ensor, el pájaro que le persiguió toda su vida. De todas maneras allí está, grande como la vida y dominando la infinidad del fondo de mi cuadro imaginario. Por alguna oscura razón el sitio de este famoso campo de batalla me produce profunda impresión, el cielo parece caer sobre él con todo su impalpable peso. No ha quedado mucho espacio entre esa tierra y ese cielo. Las cabezas de los bravos guerreros parecen cepillar la bóveda sin nubes del firmamento. Terminada la batalla, los franceses descenderán por la escarpada cara del promontorio con una soga. Enfilarán después hacia los rápidos en canoa, pocos cada vez, para ser diezmados miserablemente desde arriba por los ingleses.

En cuanto a Montcalm, siendo noble de nacimiento y general, sus restos serán retirados de la escena con todos los honores de guerra. La noche cae rápidamente, dejando a los impotentes indios librados a sí mismos. Los británicos, que ahora tienen el campo despejado, irrumpen por todo el Canadá y marcan con estacas y cuerdas la frontera. "Nosotros" ya no tenemos nada más que temer: nuestros vecinos son de nuestra propia pasta...

Si esta batalla no figura en las quince batallas decisivas del mundo, debiera figurar. De todos modos, esta mañana no encuentro otro tema de conversación que las batallas y los campos de batalla. Estaba Teddu, al frente de sus Rough Riders, tomando por asalto San Juan Hui; estaba el pobre Castillo del Morro en proceso de demolición bajo nuestros cañones

pesados, y la cadena que encerraba a la flota española bajo una cadena de hierro como ella, vieja y enmohecida. Sí, y estaba Aguinaldo capitaneando a sus fuerzas rebeldes (principalmente garrotes) por los pantanos y selvas de Mindanao, con su cabeza puesta a precio. Con los almirantes Dewey y Sampson está el almirante Schley, quien también ha quedado cual resto en mi memoria como un hombre amable y sensato, no demasiado sediento de sangre, no muy gran estratega, pero "correcto simplemente". Es el extremo opuesto de John Brown el Libertador, hombre de Ossawatomie y Harper's Ferry, el hombre que abribuyó su gran fracaso al hecho de que había sido demasiado considerado con el enemigo. Fanático gentilhombre era John Brown. Fue uno de los astros más brillantes en todo el firmamento de nuestra breve historia. Fue lo más parecido que tuvimos al incomparable Saladino *(¡Saladino!* Durante la última guerra pensé en Saladino. ¡Qué príncipe distinguido, comparado con los "carniceros" de ambos bandos en esta última guerra! ¿Por qué lo hemos olvidado por completo?) ¡Qué habría sido si hubiésemos tenido dos hombres del calibre de John Brown y Saladino combatiendo la corrupción del mundo! ¿Habríamos necesitado más? John Brown juró que con los hombres indicados —doscientos bastarían, dijo— barrería todo Estados Unidos. Creo que no distaba mucho de estar en lo cierto, de todos modos, cuando hizo ese alarde.

Sin embargo, divagando sobre el alto y solemne terreno de las Llanuras de Abraham, me puse a pensar en otro campo de batalla. Platea. Este último lo vi con mis propios ojos, pero en esa ocasión olvidé que fue allí donde los griegos pasaron a espada más de trescientos mil persas. ¡Número considerable para esa época! Según recuerdo el lugar, era perfecto para una "carnicería en masa". Cuando llegué allí procedente de Tebas, la tierra nivelada estaba sembrada de trigo, cebada y avena. Desde la distancia parecía un gigantesco tablero de ajedrez. En el centro muerto, como en el juego de ajedrez chino, el rey estaba cercado. Técnicamente la partida había terminado. Pero después siguió la matanza, *comme d'habitude.* ¿Qué sería la guerra sin matanza?

¡Lugares de matanza! Mi mente seguía divagando. Recordé nuestra propia Guerra entre los Estados, ahora conocida como Guerra Civil. Algunos de esos terribles escenarios de batalla los visité: algunos los conocía de memoria, habiendo escuchado y leído sobre ellos con tanta frecuencia. Sí, estaba Bull Run, Manassas, la Batalla de la Espesura (Battle of the Wilderness), Shiloh, Missionary Ridge, Antietam, Appomatox Court House y, por supuesto, Gettysburg. La carga de Pickett: la más loca y suicida carga de la historia. Así nos dicen siempre. Los yanquis aclamando a los rebeldes por su valentía. Y esperando (como siempre) hasta que "nosotros" llegamos un poco más cerca, hasta que nos vieron el blanco de "nuestros" ojos. Pensé en la Carga de la Brigada Ligera: "¡Adelante rodaron los seiscientos!" (Al compás de cuarenta y nueve versos y la muerte eterna). Pensé en Verdún, en los alemanes que trepaban sobre sus propios muertos apilados más y más alto. Marchando con perfecta ceremonia, en estricto orden, como en un desfile. El Estado Mayor General nunca se preocupó por la cantidad de hombres que requería la captura de Verdún, pero nunca llegó a capturarlo. Otro "error estratégico", como dicen con tanta llaneza en los libros sobre tácticas militares. ¡Qué precio hemos pagado por esos errores! Ahora todo eso es historia. Nada se ha realizado, nada se ha ganado, nada se ha aprendido. Simplemente chapucerías. Y muerte al por mayor. Sólo a los generales y a los generalísimos se les permite cometer "errores" tan horribles. Sin embargo, todavía seguimos produciéndolos. Nunca nos cansamos de fabricar nuevos generales, nuevos almirantes o nuevas guerras, guerras "flamantes" decimos. Muchas veces nos preguntamos qué tiene de "flamante" la guerra.

Si nos preguntamos a veces por qué algunos de nuestros célebres contemporáneos no consiguen dormir, no consiguen conciliar el sueño como es debido, simplemente revivimos una de estas sangrientas batallas. Tratemos de imaginarnos colocados allí en las trincheras o aferrándonos a un guerrero caído; tratemos de pintar a los "sucios japoneses" saliendo de sus escondrijos en llamas de los pies a la cabeza; tratemos de recordar los ejercicios con la bayoneta, primero con bolsas llenas y después con la suave carne resistente del enemigo, que es en el fondo nuestro hermano de carne. Pensemos en todas las palabras inmundas de todos los idiomas de Babel, y una vez recitadas todas preguntémonos si en medio de todo eso somos

capaces de hallar una sola palabra capaz de reflejar lo que experimentamos. Podremos leer *The Red Laugh, The Red Badge of Courage, Men in War o J'al Tué,* y de su lectura derivar cierto estético goce, a pesar de la horripilante naturaleza de estos libros. Ésta es una de las cosas extrañas, que tiene la palabra escrita, que se puede vivir el oprobio con la mente y no solamente indignarse sino sentirse un tanto extasiado y a veces aplacado. Andreyev, Crane, Latzko, Cendrars, todos estos hombres fueron tan artistas como asesinos. Por alguna causa desconocida jamás podría concebir que un general fuese artista. (Un almirante quizá, pero un general nunca), Para mí el general tiene que tener pellejo de rinoceronte, porque de lo contrario no sería otra cosa que escribiente o sargento de comisaría... ¿Acaso Pierre Loti no fue oficial en la Marina francesa? Es extraño que haya brotado en mi mente. Pero la Marina, como he dicho, ofrece una remota perspectiva de preservar lo poco de humanidad que queda en nosotros. Loti, en la imagen que se conserva de su lectura juvenil, parece tan culto, tan refinado y, además, un tanto gimnasta, si recuerdo correctamente. ¿Cómo habría sido capaz de *matar?* No cabe duda de que no había mucho arrojo en sus escritos, pero dejó un libro que no puedo descartar como simple hojarasca romántica, aunque posiblemente lo sea: me refiero a *Disenchanted* (Las Desencantadas). (¡Pensar que justamente el otro día vino a visitarme un monje dominicano que había conocido personalmente a la "heroína" de este tierno romance!) De todos modos, con Pierre Loti va Claude Farrére, ambos reliquias ahora, como el Monitor y el Merrimac.

Pensando en las Termopilas, Maratón y Salamina, recuerdo la ilustración de un libro para jóvenes que leí hace mucho. Era una imagen de los bravos espartanos, presuntamente en vísperas de su última resistencia, peinándose sus luengas cabelleras. Sabían que iban a morir hasta el último hombre, y sin embargo (o quizá por eso) se peinaban. Las largas hebras les llegaban hasta la cintura y creo que estaban trenzadas. Esto, en mi mente infantil, les daba un aspecto afeminado. La impresión persiste. En mi expedición por el Peloponeso con Katsimbalis (el "Coloso") me quedé perplejo al enterarme de que el Peloponeso no había dado ningún artista, poeta u hombre de ciencia. Sólo guerreros, legisladores, atletas e idiotas obedientes.

Se admite que la *Historia de la Guerra del Peloponeso,* de Tucídides, es una obra maestra, pero se trata de un libro que nunca pude terminar, aunque a pesar de eso lo estimo. Es uno de esos libros que deberían leerse con atención en este momento de la historia. "Tucídides señala lo que es la guerra, por qué se produce, qué hace y, salvo que los hombres aprendan cosas mejores, tendrá que seguir haciendo".

Veintisiete años de guerra y nada realizado, nada ganado. (Excepto la destrucción de siempre.)

Los atenienses y los espartanos lucharon solamente por una razón: porque eran poderosos y, en consecuencia se veían obligados (las palabras son de Tucídides) a buscar más poder. No luchaban porque fuesen distintas la Atenas democrática y la Esparta oligárquica, sino porque eran iguales. La guerra nada tenía que ver con diferencias de ideas ni con consideraciones del bien o el mal. ¿La democracia es bien y el mando de los pocos sobre los muchos es mal? Para Tucídides la interrogante habría parecido eludir el problema. No había poder bueno. El poder no importa quién lo blandiese, era malo, era el corruptor de los hombres.

En la opinión de esta autora, "Tucídides probablemente haya sido el primero que vio y que expresó con palabras esta nueva doctrina que habría de convertirse en la doctrina declarada del mundo". La doctrina es que en la política del poder no solamente es necesario sino correcto que el estado aproveche cualquier oportunidad en su beneficio.

En cuanto a Espartar; qué moderna es la descripción de este estado vista con los ojos de Plutarco:

> En Esparta la manera de vivir de los ciudadanos estaba fijada. En general carecían de la voluntad o de la capacidad para desarrollar una vida privada. Eran una comunidad de abejas congregadas en torno al conductor, y que extasiadas de entusiasmo y desprendida ambición pertenecían íntegramente a su país.

¡Cuando estés listo, Griswold, dispara!

Tres mil, cinco mil, diez mil años de historia y la disposición y habilidad para hacer la guerra todavía es la suprema y aniquilante realidad cotidiana de nuestras vidas. No hemos avanzado un solo paso a pesar de todos los certeros, irrefutables y analíticos tratados y diatribas sobre el tema. Casi desde el momento en que aprendemos a leer nos ponen en las manos la historia de nuestro glorioso país. Es una historia escrita con sangre, que nos habla de codicia, avaricia, odio, envidia, persecución, intolerancia, robo, homicidio y degradación. Cuando niños nos entusiasma leer la carnicería de los indios, la persecución de los mormones, la aplastante derrota del rebelde sur. Nuestros primeros héroes son soldados, por lo general *generales,* por supuesto. Para el norteño, Lincoln es una figura casi divina. Para el sureño, Roben E. Lee es la encarnación de la nobleza, la caballerosidad, la valentía y la sabiduría. Ambos hombres llevaron a sus seguidores a la matanza. Ambos lucharon por el bien. El negro, que fue la causa de la conflagración, todavía es un esclavo y un paria.

"Todo lo que se nos enseña es falso", dijo Rimbaud. Como siempre, todo lo que decía lo interpretaba literalmente. Apenas comenzamos a analizar profundamente cualquier tema, comprendemos lo poco que se sabe y lo mucho que hay de conjetura, hipótesis, presunción y especulación. Siempre que penetramos profundamente nos encontramos entre el espectro tricéfalo del prejuicio, la superstición y la autoridad. Cuando de instrucción vital se trata, casi todo lo escrito para nuestra edificación es prescindible.

A medida que cumplimos años aprendemos a leer los mitos, las fábulas y las leyendas que nos transportaban a la niñez. Leemos más y más biografías, y más filosofía de la historia que historia misma. Nos preocupamos menos y menos por los hechos, más y más por todo lo que sea huir de la imaginación y del dominio intuitivo de la verdad. Descubrimos que el poeta, no importa cuál sea su medio, es el único inventor verdadero. En este tipo único están fusionados todos los héroes a los cuales en uno u otro momento hemos rendido culto. Observamos que el único enemigo verdadero del hombre es el miedo y que todos los actos imaginativos (todo heroísmo) están inspirados por el deseo y la inflexible resolución de vencer al miedo en cualquier forma que se manifieste. El héroe como poeta, epítome del inventor, del precursor, del que marca rumbos, del buscador de la verdad. Es él quien mata al dragón y abre las puertas del paraíso. El que persistamos en situar este paraíso en un más allá no es culpa del poeta. Las mismas creencias y cultos que inspiran a la vasta mayoría se reflejan en una ausencia interior de fe y reverencia. El poeta como héroe mora en la realidad: trata de establecer esta realidad para toda la humanidad. El estado de purgatorio que prevalece en la tierra es la caricatura de la realidad singular y única, y es porque el poeta-héroe se niega a reconocer ninguna realidad verdadera que no sea la de que siempre está muerto y siempre sacrificado.

Dije hace un momento que nuestros primeros héroes son soldados. En un sentido amplio esto es cierto. Es cierto si entendemos por "soldado" al que actúa por su propia autoridad, al que lucha por el bien, lo hermoso y lo verdadero obedeciendo los dictados de su propia conciencia. En este sentido hasta el suave Jesús podría considerarse un "buen soldado". Lo mismo sucedería con Sócrates y las demás grandes figuras en las cuales pensamos como soldados. Pero esta concepción del soldado se deriva de atributos que antes se reservaban para el héroe. El único buen soldado, hablando en sentido estricto, es el héroe. Los demás son soldados de plomo. ¿Qué es el héroe, entonces? La encarnación del hombre "en su fragilidad", luchando contra factores insuperables. Para ser más exacto, es una impresión residual que nos queda de las leyendas heroicas. Cuando examinamos las vidas de esa orden de héroes que conocemos como santos y sabios, percibimos con toda claridad que los factores no son insuperables, que el enemigo no es la sociedad, que los dioses no están contra el hombre y, lo que es más importante, percibimos que la realidad que este último se empeña en afirmar, establecer y mantener no es de ninguna manera una realidad fantasiosa sino una realidad que siempre está presente, aunque sólo oculta por la ceguera en la que el hombre quiere mantenerse.

Antes de haber llegado a adorar a una figura como Ricardo Corazón de León, ya nos ha

dominado y subyugado la figura más sublime del Rey Arturo. Antes de llegar al gran cruzado hemos estado en compañía, en nuestros más hermosos momentos, con los personajes muy rebeldes y muy vividos conocidos como Jasón, Teseo, Ulises, Simbad, Aladino y otros por el estilo. Ya estamos familiarizados con figuras históricas como el gran Rey David, José de Egipto y Daniel, que arrostro la guarida del león, y con figuras menores como Robin Hood, Daniel Boone y Pocahontas. O quizá hayamos caído bajo el hechizo de creaciones puramente literarias como Robinson Crusoe, Gulliver o Alicia, porque también Alicia iba en pos de la realidad y probó poéticamente su coraje atravesando el espejo.

Cualquiera que fuese su procedencia, todos estos primitivos portadores de hechizos también fueron "portadores de espacio". Hasta algunas de las figuras históricas parecen poseer la facultad de dominar el tiempo y el espacio. Todas fueron sostenidas y fortificadas por milagrosos poderes que arrancaron a los dioses o que desarrollaron mediante el cultivo de un innato ingenio, astucia o fe. La mayoría de estas narraciones encierran la moraleja de que en realidad el hombre es libre, de que sólo comienza a utilizar los poderes que Dios le ha dado cuando la creencia que lo posee se vuelve inconmovible. El ingenio y la sagacidad aparecen con insistencia como cualidades básicas del intelecto. Quizá sólo sea un pequeño truco que el héroe llega a saber, pero eso compensa con creces todo lo que no sabe, todo lo que jamás ha de saber y todo lo que jamás necesitará saber. El significado es obvio. Para liberarnos de la maquinaria del reloj debemos echar mano de todos los medios que están a nuestro alcance. No basta con creer ni con saber: debemos actuar. Y por esto entiendo acto, no actividad. (Los "actos" de los apóstoles, por ejemplo.) El hombre ordinario participa en la acción, el héroe en los actos. La diferencia es inmensa.

Sí, mucho antes de ser invadidos de adoración por las encarnaciones de valentía y temeridad, hemos sido impregnados por el espíritu de tipos más sublimes, de hombres en los cuales intelecto, corazón y alma están fundidos en triunfante unísono. ¿Cómo pasar por alto, al mencionar estas figuras realmente viriles, los regios tipos de femineidad que se sintieron atraídos por ellas? Sólo en el fondo de este borroso pasado parece que hallamos mujeres que sean iguales y equivalentes a los grandes de espíritu. ¡Qué desilusión nos aguarda cuando avanzamos en la historia y la biografía!

Alejandro, César, Napoleón: ¿podríamos comparar a estos conquistadores con hombres como el Rey David, el gran Rey Arturo o Saladino? ¡Qué afortunados somos de saborear lo sobrenatural y lo supranatural que está en los umbrales de nuestra vida institucional! Este terrible episodio de la historia europea conocido como la Cruzada de los Niños, ¿no está siendo reproducido incesantemente por las personas que traemos al mundo sin pensar ni preocuparnos por su verdadero bienestar? Casi desde el principio nuestros hijos nos abandonan en favor de los verdaderos guías, los verdaderos dirigentes, los verdaderos héroes. Saben instintivamente que somos sus carceleros, sus tiránicos amos, de los cuales deben escapar cuanto antes para no matarnos en vida. "Pequeños primitivos", los llamamos a veces. Sí, pero también podríamos decir "pequeños santos", "pequeños magos", "pequeños guerreros". O también "pequeños mártires".

"Todo lo que nos enseñan es falso". Sí, pero eso no es todo. Por no creer "sus" falsedades se nos castiga incansable y despiadadamente; por no aceptar sus "viles" sustitutivos se nos humilla, se nos insulta y se nos hiere; por luchar para liberarnos de "sus" estranguladores lazos se nos sacude y se nos manosea. ¡Oh las tragedias que se viven diariamente en todos los hogares! Rogamos inmolarnos en el altar de la verdad y nos dicen que Cristo es la verdad, el camino y la vida. Y si al aceptarle a Él demandamos seguirle literalmente hasta el amargo final, se ríen y se burlan de nosotros. A cada paso vierten nueva confusión sobre nosotros. No sabemos donde colocarnos ni por qué proceder así y no de otra manera. Siempre se elude la pregunta del por qué. Debemos obedecer y no preguntar por qué. Empezamos encadenados y terminamos encadenados. Piedras por pan, logaritmos por respuestas. Desalentados, recurrimos a los libros, confiamos en los escritores y nos refugiamos en los sueños.

¡No me consulten, oh miserables padres! ¡No busquen mi ayuda, oh abandonados y olvidados jóvenes! Ustedes saben que sufren. Yo sé que sufren y por qué sufren. Así ha sido desde el principio de los tiempos, o por lo menos desde que conocemos algo sobre el hombre.

No hay reivindicación. Hasta ser creativo no es más que un alivio y un paliativo. Debemos liberarnos a nosotros mismos sin ayuda de nadie. “Llegar a ser como niños pequeños”. Todos bajan la cabeza en silencio cuando se repite esta expresión, pero nadie lo cree realmente. Además, los padres siempre serán los últimos en creer.

La novela autobiográfica que Emerson predijera que cobraría importancia con el correr del tiempo, ha reemplazado a las grandes confesiones. No es una mezcla de verdad y ficción este género de literatura, sino una expansión y una profundización de la verdad. Es más auténtica y más verídica que el diario. No es la endeble verdad de los hechos lo que los autores de estas novelas autobiográficas ofrecen, sino la verdad de la emoción, la reflexión y la comprensión; es verdad digerida y asimilada. El ser que se revela a sí mismo lo hace en todos los planos simultáneamente.

Por esta razón libros como *Death on the Installment Plan* (Muerte a Plazos) y *Portrait of the Artist as a Young Man* (Retrato del Artista como Joven) nos alcanzan en pleno abdomen. Los sórdidos hechos de la juventud mal educada adquieren nuevo significado mediante el odio, la furia y la rebelión de hombres como Céline y Joyce. En cuanto al disgusto que estos libros inspiraron en la época de su aparición, tenemos el testimonio de algunos hombres de letras muy eminentes. *Sus* reacciones también son significativas y reveladoras. Sabemos cuál es su posición con respecto a la verdad. Aunque hablan en nombre de la Belleza, tenemos la certeza de que la Belleza no les preocupa. Rimbaud, que acunó a la Belleza en su regazo y la encontró fea, es un criterio mucho más fidedigno. Lautréamont, que blasfemó más que cualquier hombre en los tiempos modernos, estuvo mucho más cerca de Dios que quienes se estremecen y horrorizan por sus blasfemias. En cuanto a los grandes mentirosos, los hombres cuyas palabras son íntegramente falsas porque inventan y fantasean, ¿quién podría ser más firme y elocuente abogado de la verdad que ellos?

La verdad es más extraña que la ficción porque la realidad precede a la imaginación y la incluye. Lo que constituye la realidad es ilimitado e indefinible. Los hombres de escasa imaginación nombran y clasifican; los grandes se conforman con renunciar a este juego. Para los últimos, con visión y experiencia basta. Ni siquiera intentan decirnos lo que han visto y palpado porque su jurisdicción es lo inefable. Las grandes visiones que han llegado a nosotros en palabras no son sino los pálidos y borrosos reflejos de sucesos indescriptibles. Los grandes acontecimientos podrán conmover al alma, pero las grandes visiones nos atraviesan. Como santo —es decir, como pecador torturado que lucha con su conciencia— Agustín es magnífico; como teólogo es aburrido, abrumadoramente aburrido. Como maestro y amante Abelardo es magnífico, pero en ambos dominios estaba en su elemento. Nunca llegó a ser santo; se conformó con seguir siendo hombre. Eloísa es la verdadera santa, pero la Iglesia jamás lo admitió. La Iglesia es una institución humana que a menudo confunde lo criminal con el santo y viceversa.

Cuando llegamos a Moctezuma entramos en un mundo totalmente distinto. Hallamos otra vez brillo y radiación interior. Vuelve a haber esplendor, magnificencia, belleza, imaginación, dignidad y verdadera nobleza. Nuevamente aparece el rutilante ambiente de los dioses. ¡Qué rufián ese Cortés! Cortés y Pizarro nos desgarran el corazón de disgusto. En sus hazañas el hombre toca el nadir. Ambos se destacan como los supremos vándalos de nuestros tiempos.

La monumental obra de Prescott, que por lo general encontramos en la adolescencia, es una de esas terribles e iluminadoras creaciones que estampan para siempre el sello de la maldición en los sueños y aspiraciones de nuestra juventud. Nosotros, los de este continente; nosotros, los adolescentes que fuimos narcotizados e hipnotizados por las heroicas leyendas de los libros de historia (que solamente comienzan *después* del sangriento prefacio escrito por los Conquistadores), nos enteramos con espanto de que este glorioso continente fue hollado con inhumana violencia. Nos enteramos de que la “fuente de la juventud” es un bonito símbolo que enmascara una vergonzosa historia de codicia y avaricia. La codicia del oro es el cimiento sobre el cual descansa este imperio del Nuevo Mundo. Colón siguió un sueño, pero no sus hombres, no los ruidosos bandidos que lo siguieron. A través de la bruma de la historia Colón aparece ahora como un loco reposado y sereno (Lo contrario de Don Quijote). Lo que sin saberlo puso en movimiento, lo que un eminente escritor británico denomina “el horror

americano", tiene la calidad y contenido de la pesadilla. En cada nuevo barco llegaban nuevos vándalos y nuevos asesinos. Vándalos y asesinos que no se conformaron con destruir, saquear, violar y exterminar a los vivos, sino que los demonios encarnados cayeron sobre la tierra misma, la violaron, aniquilaron a los dioses que la protegían, destruyeron hasta los últimos residuos de cultura y refinamiento, sin cejar jamás en sus depredaciones hasta que fueron enfrentados con sus propios amedrentadores espectros.

La historia de Cabeza de Vaca (en América del Norte), y por eso la menciono con reiterada insistencia, exhala la magia de la redención. Es una historia descorazonadora y al mismo tiempo inspiradora. Este chivo emisario español expía realmente los crímenes de sus vandálicos predecesores. Desnudo, abandonado, buscado, perseguido, esclavizado y hasta olvidado por el Dios al que rindiera culto, es arrastrado hasta la última fosa. El milagro se produce cuando, al ordenarle sus captores (los indios) orar por ellos para curarlos de sus males o morir, obedece. Lo que sucede es un verdadero milagro, y sucede a instancias de sus capturadores. Quien era polvo se eleva y es glorificado. El poder de sanar y restaurar, de crear paz y armonía, no desaparece. Cabeza de Vaca recorre las desoladas tierras de lo que hoy es Texas como un Cristo resucitado. Examinando la vida que viviera en España como "europeo", como fiel servidor de Su Majestad el emperador, comprende el vacío total de esa vida. Sólo en la selva, abandonado a su cruel destino, logra encontrarse frente a frente con su Creador y sus semejantes. Agustín halló a Él "en los vastos salones de su memoria". De Vaca, como Abraham, lo encontró "en la conversación directa".

¡Ah si nuestra historia hubiese tomado por este camino en este punto crucial! ¡Ah si este español, con todo el poderío y la gloria que le fueron revelados, se hubiese convertido en el precursor de la América del mañana! Pero no, esta inspiradora figura, este auténtico guerrero, ha quedado enterrado hasta casi perderse de vista. Rodeado de luz, sin embargo está ausente en las crónicas que se dan a leer a nuestros niños. Pocos hombres han escrito de él. Muy pocos. Uno de ellos, Haniel Long, nos ha interpretado el documento histórico de De Vaca. Es una "Entrelínea" de primer orden. La verdadera y esencial narración ha sido exhumada y devuelta con poética licencia. Cual poderoso faro, siembra luz sobre la sangrienta confusión, la atroz pesadilla de nuestros comienzos aquí, en esta tierra del indio rojo.

CAPÍTULO XI

LA HISTORIA DE MI CORAZÓN

Algunos años antes de hacerme a la mar rumbo a París, sostuve ocasionales reuniones con mi viejo amigo Emil Schnellock en Prospect Park, Brooklyn. Solíamos pasear despreocupadamente por los senderos las noches de verano para conversar sobre los fundamentales problemas de la vida y, eventualmente, sobre libros. Si bien nuestros gustos divergían por completo, había ciertos autores, como Hamsun y D. H. Lawrence, por los cuales experimentábamos común entusiasmo. Mi amigo Emil tenía una manera encantadora de poner de relieve su conocimiento y comprensión de los libros, simulando ser ignorante u obtuso, me formulaba preguntas que solamente un sabio o un filósofo habría podido contestar. Recuerdo con toda nitidez este breve período porque representó para mí un ejercicio de humildad y dominio de mí mismo. El deseo de ser absolutamente veraz con mi amigo me obligó a comprender lo poco que sabía, lo poco que podía revelar, aunque él siempre había sostenido que yo era su guía y mentor. En suma, el resultado de estas comuniones fue que comencé a dudar de todo lo que hasta entonces daba ciegamente por seguro. Cuanto más me empeñaba en explicar mi punto de vista, más inseguro me sentía por dentro. Puede que él haya creído que cumplí perfectamente con mi cometido, pero yo no. Muchas veces, cuando me despedía de él, continuaba interminablemente mi debate interior.

Sospecho haber sido bastante arrogante y presuntuoso en esa época, y presentaba todas las características del petimetre intelectual. Aunque no conociera todas las respuestas, como suele decirse, debo de haber causado la impresión de estar así dotado. Las palabras acudían con facilidad a mis labios; siempre tejía una tela centelleante. Las sinceras y directas preguntas de Emil, invariablemente presentadas con el más humilde de los ánimos, hirieron mi vanidad. Había algo sumamente sagaz en esas inocentes preguntas suyas. Me hicieron comprender que no solamente no sabía mucho más de lo que él pretendía saber, sino que muchas veces él sabía mucho más que yo mismo. Si bien era verdad que había leído mucho menos que yo, lo había hecho con mayor atención y, en consecuencia, retenía mucho más que yo. Solía pensar que su memoria era asombrosa, cosa que realmente sucedía, pero, según descubrí más tarde, era el fruto de la paciencia, el amor y la devoción. Además Emil poseía un don cuyo valor sólo comprendí mucho después: la habilidad de descubrir *en* cualquier autor lo que hay de valioso y duradero. En comparación yo era intransigente e intolerante. Había ciertos autores que yo no podía tragar: los descartaba como si estuviesen por debajo de mi atención. Diez o quizá veinte años después, debo confesar a mi buen amigo Emil que he encontrado algún mérito en ellos, admisión que muchas veces le cogió por sorpresa porque, influido por mis dogmáticas afirmaciones, mientras tanto él había comenzado a sospechar que había sobrestimado a estos autores. Siempre se producía este divertido y a veces desconcertante *décalage* en lo tocante a nuestras opiniones sobre los escritores.

Hubo un autor que me recomendó con gran entusiasmo. Esto debe de haber sido hace unos buenos veinte años. No sabiendo nada del autor ni del librito que había escrito, sin haber escuchado el nombre jamás hasta ese momento, tomé nota mental del mismo y seguí adelante. Por algún motivo en el momento en que Emil lo mencionó, tuve la impresión de que era una narración "sentimental". Llamábase *The Story of my Heart* (La Historia de mi Corazón) y el autor era inglés. Nada menos que Richard Jefferies. El título no significó nada para mí. Lo leería algún día, cuando no tuviera otra cosa que hacer.

Es extraño —sé que he mencionado este asunto previamente— que aunque se olvide el título y el autor de un libro recomendado una vez, no se olvida el aura que acompaña a la recomendación. Una pequeña palabra o frase, un toque adicional de calidez o celo, mantiene viva cierta vaga remembranza en el fondo de la cabeza. Siempre deberíamos estar alerta frente a estas ardientes vibraciones. No importa que la persona que nos recomiende el libro sea un

tonto o un idiota, siempre deberíamos estar dispuestos a aceptar el consejo. Por supuesto, mi amigo Emil no era ni tonto ni idiota. Era una persona de naturaleza desusadamente acogedora, simpática y creyente. Lo "extra" que me impartiera en esa ocasión nunca dejó de trabajar en mí.

Quisiera hacer una breve digresión aquí para referirme a algo que en los últimos tiempos me viene rondando la mente. Se relaciona con el recuerdo de cierto "niño gordo" cuyo nombre querría creer que era Louis, debido a que el nombre Louis tiene algo para mí que simboliza a este tipo de persona. ("Je me nomme Louis Salavin!"). Ahora bien, Louis, según acabo de recordar el otro día, solía presidir nuestras discusiones sobre la vida y los libros en el terreno baldío de la esquina. Era un niño gordo, como he dicho, y si buscase una palabra para clasificarlo le llamaría *déclassé.* (O bien, digamos, "rústico"). Me refiero a que este Louis, como toda su tribu, no tenía fondo cultural, ni medio, ni hogar, padres, parientes, tradiciones, costumbres o hábitos fijos. Desprendido y separado, solamente se mezclaba con el mundo obedeciendo a una sublime variedad de la condescendencia. Era natural que poseyese el don del oráculo. Veo a este Louis nuestro una y otra vez, encaramado como un buitre de trapo en lo alto de la cerca que rodeaba el terreno. Estamos en noviembre y arde una enorme fogata. Todos hemos aportado nuestra migaja al festín: papas fritas, papas crudas, cebollas, zanahorias, manzanas; todo lo que pudimos echar mano. Al poco tiempo estamos a los pies de Louis, mascando nuestros bocados y entrando en calor para la discusión que habrá de seguir. Recuerdo que este día en particular tocamos *The Mysteries of París* (Los Misterios de París). Mundo extraño era para muchachos como nosotros este mundo de Eugéne Sue, quien según se dice, fue uno de los escritores preferidos de Dostoievsky. Nos hallábamos muy cómodos en los mundos imaginarios de los autores de novelas. Louis escuchaba benignamente y dirigía la discusión con una varita invisible. De vez en cuando aportaba una o dos palabras crípticas. Era como si hablase Moisés. Nadie puso jamás en duda la veracidad de Louis. "He dicho", era el tono de sus dictados.

He olvidado por completo *qué* dijo Louis con exactitud. Lo único que ha quedado es su tono de autoridad, la certidumbre que respaldaba sus palabras. Además había una cualidad adicional, casi como una gracia, que Louis nos transmitía en esos momentos. Era aprobación o bendición, si se quiere. "Sigan con sus rodeos —parecía decir—. Sigan todas las pistas, toda hebra de vello. Eventualmente sabrán". Si teníamos dudas nos instaba a cultivarlas. Si éramos apasionada y ciegamente crédulos, también aprobada. "El espectáculo es de ustedes", parecía insinuar. Así como Sade dice: "Sólo tuyo es tu cuerpo; tú eres la única persona en el mundo que tiene derecho a obtener placer con él y a permitir a quien se te antoje obtener placer con él..."

Esta era la mente en que Louis se interesaba. No "nuestras" mentes ni ninguna mente en particular, sino la Mente. Era como si Louis nos mostrase la naturaleza esencial de la mente. No el pensamiento, sino la mente. Cualquiera puede entendérselas con el pensamiento, ¿pero con la mente?... Por lo tanto a Louis no le interesaba cuál podría ser la "verdad" con respecto a los problemas que en esa época se nos presentaban por primera vez en nuestras jóvenes vidas. Louis trataba de hacernos comprender que todo era un juego, por así decirlo. Un juego muy elevado, además. Sus respuestas, sus observaciones, por lacónicas que fuesen, asumían para todos nosotros la importancia de una revelación. Concedían una importancia hasta entonces desconocida al interrogador y no a la pregunta. ¿Quién pregunta? ¿De dónde proviene esta pregunta? ¿Por qué?

> Adivina o perece, tal era el terrible dilema que planteaba la esfinge a los aspirantes a la realeza tebana. El motivo es que los secretos de la ciencia son en realidad los secretos de la vida; las alternativas son reinar o servir, ser o no ser. Las fuerzas naturales nos aplastarán si no las utilizamos para conquistar al mundo. No existe término medio entre las alturas de la monarquía y el abismo del estado víctima, si no nos conformamos con ser contados entre los que nada son porque no preguntan por qué existen ni qué son.

Ahora me parece innegable que Louis, aún un simple joven, había adivinado un extraordinario secreto de la vida. Le rodeaba la plétora divina. El mero hecho de estar en su presencia hacía participar en una plenitud indescriptible. Jamás pretendió poseer gran conocimiento o sabiduría. Prefería nuestra compañía a la de los muchachos de su edad. ¿Sabría —cosa muy probable— que estos últimos ya estaban "perdidos", abandonados al mundo? De todas maneras, sin sospecharlo en lo más mínimo, Louis había asumido el papel de un hierofante.

¡Cuánto más aprendimos de Louis que de los instructores que nos habían designado! Lo comprendo ahora, al pensar en otro muchacho de mi edad al que quería entrañablemente y que todos los días solía apartarse de su camino para acompañarme a casa cuando salíamos de la escuela. Se llamaba Joe Maurer. Yo respetaba enormemente su inteligencia y su carácter, Él y el francés Claude de Lorraine, del que he hablado en otra parte, fueron virtuales modelos para mí durante todo este período. Cierto día cometí el error de presentar a Louis a mi amigo Joe Maurer. Hasta ese momento no sospechaba en lo más mínimo que en el ser mismo de Joe Maurer existía un grave fallo. Escuchando a Louis, que había emprendido un extenso monólogo, vi una cosa escrita en el semblante de Joe Maurer: la *duda.* A continuación me tocó presenciar un hecho lamentable: la incineración de mi querido y joven escéptico. En la inmensa sonrisa de compasión que Louis puso de relieve en esa ocasión, vi al pequeño Joe Maurer convertirse en cenizas. Louis había aplicado la antorcha a ese intelecto mezquino y jactancioso que tanto me había impresionado. Concentró sobre él todo el poderío de la Mente y no quedó nada (para mí) del intelecto, el carácter o el ser de mi camarada.

Viendo ahora a Louis con los ojos de la mente, montado en la cerca tapizada de anuncios —letreros enormes y llameantes— de próximos acontecimientos *(Rebecca of Sunnybrook Farm, Way Down East, The Wizard of Oz* (El Mago de Oz), el Circo de Barnum & Bailey, los Travelogues de Burton Holmes, Houdini, el Caballero Jim Corbett, *Pagliacci,* Maude Adams en el eterno *Peter Pan* y así sucesivamente), viendo a Louis encaramado allí como un mago hecho y derecho, un muchacho de dieciséis años tan inmensamente superior a nosotros, tan distante y sin embargo tan próximo, tan serio y sin embargo tan despreocupado, tan absolutamente seguro de sí mismo y sin embargo tan desinteresado por su propia persona, por su propio destino,. me preguntó: *¿qué habrá sido de Louis?* ¿Desapareció de nuestras filas para convertirse en personaje principal de algún libro extraño y oculto? ¿Bajo el manto del anónimo, quizá, habrá escrito obras que he leído y he admirado? O simplemente se marchó a temprana edad rumbo a Arabia, Tibet, Abisinia, para desaparecer del "mundo" Las personas como Louis nunca terminan como las demás.

Hace un momento estaba tan vivo en mí como cuando tenía diez años y frecuentaba el terreno baldío de la esquina. Tengo la seguridad de que todavía vive. No será nada notable que algún día se anuncie aquí, en Big Sur. De todos los demás muchachos con los cuales jugaba y que estaban tan cerca de mí, según me parecía entonces, no espero volver a tener noticias. En una ocasión me pareció extraño que nuestros caminos jamás volvieran a cruzarse. Nunca más. Hay un puñado que siempre permanece con nosotros "hasta el fin del mundo".

¡Pero *Louis!.* ¿Qué hacía con ese cuerpo tan grotesco? ¿Por qué se había puesto un disfraz así? ¿Para protegerse de los tontos e ignorantes? Louis, Louis, ¡qué no daría por conocer tu verdadera identidad!

Amigo Emil, es hora de que reconozca la deuda contraída contigo. ¿Cómo es posible que haya evitado la lectura de este libro por tanto tiempo? ¿Por qué no me *gritaste* el título a los oídos? ¿Por qué no insististe más? He aquí un hombre que expresa mis más íntimos pensamientos. Es el iconoclasta que creo ser pero que jamás llega a revelarse por completo. Formula demandas por demás exigentes. Rechaza, desgarra, aniquila. ¡Qué investigador! ¡Qué audaz investigador! Cuando leas el siguiente pasaje querría que trates de recordar las conversaciones que teníamos en Prospect Park, trata de recordar, si puedes, la naturaleza de mis enardecidas respuestas a las "profundas" preguntas que me formulabas...

> La mente es infinita y capaz de comprender todo lo que se coloca ante ella; su comprensión no tiene límites. El límite es la pequeñez de las cosas y la

> estrechez de las ideas que le han sido planteadas para su consideración. Porque las filosofías de la antigüedad y los descubrimientos de las investigaciones modernas no son nada para ella. No llenan. Cuando las ha leído, la mente sigue adelante y pide más. El máximo de ellas, la totalidad junta, en realidad no son nada. Estas cosas han sido reunidas con inmensa labor, una labor tan grande que hasta cansa pensarlo; sin embargo, una vez reunido y escrito todo, la mente lo recibe con la misma facilidad con que la mano recoge flores. Es como una sola frase, que se lee y se va.

Emil, leyendo a Richard Jefferies recuerdo de pronto mi *sublime* —perdóname si la llamo así—, recuerdo mi sublime impaciencia. *¿Qué esperamos? ¿Por qué perdemos el tiempo?* ¿Acaso eso no era *yo* de pies a cabeza? Solía molestarte, lo sé, pero tú eras tolerante conmigo. Tú me hacías una pregunta y te contestaba con otra más grande todavía. Por mi vida no pude comprender y no quería comprender por qué no barríamos con todo inmediatamente para comenzar de nuevo. Por esta razón, cuando encontré ciertas expresiones en labios de Louis Lamben —*(Otro Louis)*— estuve a punto de salirme de mi pellejo. Yo sufría entonces exactamente como él había sufrido.

No tengo en absoluto el convencimiento de que muchos sufran por las razones que he expresado ni en la medida en que Louis Lambert nos dice que ha sufrido. Una y otra he sospechado que existe en mí un tirano que insiste en afirmar que algún día la sociedad tendrá que ser gobernada por sus verdaderos amos. Cuando leo la declaración de Jefferies —En doce mil años escritos el mundo no se ha construido aún una Morada, ni ha llenado un Granero ni se ha organizado para su propio confort— este viejo tirano que se niega a dejarse aplacar vuelve a erguirse nuevamente. Una y otra vez, tocando ciertos libros, ciertos autores, recordando el tremendo impacto de sus concepciones —hombres como Emerson, Nietzsche, Rimbaud, Whitman y los maestros Zen especialmente— pienso con furia y resentimiento (¡todavía!) en esos primeros maestros en cuyas manos fui confiado. Estaba, por ejemplo, el director de nuestra "querida y vieja 85". ¡Qué montaña de vanidad y amor propio era ese hombre! Entra un buen día, cuando estudiábamos aritmética, pide al maestro que le entregue la clase y en cuestión de minutos va a la pizarra para trazar la figura de un ocho acostado. "¿Qué es *esto?"* pregunta. Impresionante silencio. Nadie lo sabe, por supuesto. "¡Muchachos, esto es el signo de infinito!" anuncia estentóreamente. Nada más agrega sobre el particular. Un huevo acostado, nada más. Poco después, en la escuela secundaria, viene el Dr. Murchisson, otro matemático y ex comandante de La Marina. Este pájaro era un monumento viviente a la disciplina. "¡Nunca pregunten por qué! ¡Obedezcan!" Así es el comandante Murchisson. Un día tuve la audacia de preguntar por qué estudiábamos geometría, materia que me parecía completamente insensata e inútil. Responde que es buena para disciplinar la mente. ¿Eso es una respuesta?, pregunto. Entonces, como queriendo castigar mi temeridad e impudicia, me hace aprender de memoria un discurso que ha escrito para mí y que debo pronunciar ante toda la escuela. Es sobre acorazados, sobre los diversos tipos que hay, sobre los tipos de armamento que llevan, sobre sus diversas velocidades y sobre la efectividad de sus lados. ¿Se maravilla el lector de que todavía abrigue un sano desprecio por este viejo maestro? Después estaba "Bulldog" Grant, el profesor de latín... nuestro *primer* profesor de latín. (Todavía es un misterio para mí el motivo por el cual se me ocurrió estudiar latín). De todas maneras, el hombre era un enigma absoluto para nosotros. De improviso era presa de apopléjico furor, se ponía fuera de sí "chillaba como un energúmeno" y las venas se le hinchaban como cordones en las sienes, mientras el sudor rodaba sobre sus abotagadas mejillas rojas como manzanas. ¿Por qué? Porque alguien había utilizado un género equivocado o empleado el ablativo y no el vocativo. Al instante siguiente se deshacía en sonrisas, nos contaba un chiste, por lo general de tono subido. Todos los días comenzaba la clase pasando lista, como si fuese lo más importante en esta tierra de Dios. Después, para hacernos entrar en calor nos exhortaba a tenernos de pie, a despejarnos las gargantas y gritar a voz en cuello: "Hic, haec, hoc... huius, huius, huius... huic, huic, huic..." hasta el final. Esto y la conjugación del verbo "amo" es todo lo que me ha quedado de mis tres primeros años de

latín. ¡Qué instructivo! Más tarde, con otro profesor de latín llamado Hapgood, hombre bueno, dicho sea de paso, hombre que amaba de verdad a su sangriento Virgilio, solíamos recibir de vez en cuando la visita sorpresa del director, el Dr. Paisley. Os aseguro que hasta el día de hoy este último permanece en mi mente como la encarnación simbólica del pedagogo. Además de ser un arcabuz y un zopenco, era también un architirano. Estar cerca de él era sentirse invadido por el miedo, el terror y el pánico. Era un hombre sin sangre y con un corazón de piedra. Su jueguito —¡escuchen!— era caer sobre nosotros en algún momento inesperado, marchar al frente del aula de puntillas, simular que deseaba poner orden y rogar al profesor Hapgood (quien nada tenía que elegir en el asunto) que le dejase seguir la clase unos minutos. Se arrellana en la silla del profesor, toma el libro (la *Eneida)* que indudablemente se sabe de memoria, lo examina aparatosamente como queriendo arrancarle un misterio, y seguidamente pregunta al profesor (con los ojos puestos en nosotros) dónde estábamos. ¡Hum! Hojea rápidamente las páginas, elige un pasaje, lo lee para sus adentros y después toma a uno de nosotros para que recite como mejor pueda la traducción. Naturalmente, dado el gran amedrentamiento en su presencia, la poca habilidad de su pobre víctima desaparece como por encanto. Pero el doctor Paisley no parece ni sorprendido ni disconforme en absoluto; por el contrario, reacciona como si esto —la laguna total de la mente— fuese perfectamente natural y acostumbrado. Lo único que esperaba era darnos *su* versión de la traducción. Lo hacía vacilante, como *tanteando* el camino por el sangriento texto. A veces alzaba los ojos y, hablando al aire que flotaba sobre nuestras cabezas, preguntaba si no preferiríamos *esta* traducción a *esa otra.* Ninguno de nosotros insinuaba ni lo más mínimo cómo interpretaba el pasaje. Todos rogábamos que se marchase cuanto antes. Debo añadir que de su cuerpo emanaba olor a alcanfor, árnica y líquido para enbalsamar. Era el cadáver mismo del saber... Pero debo mencionar a otro más, al Dr. Payne. Era un individuo irritable pero tenía su lado bueno, especialmente fuera de clase. Fumaba una enormidad, según observamos, y estaba tan ansioso de dar por terminada la clase como nosotros mismos. Para él esto significaba más chupadas al aire libre. De todos modos nos enseñó historia antigua, medieval y moderna, unas tras otra, tal como suena. Para él la historia consistía en fechas, batallas, tratados de paz, nombres de generales, estadistas y diplomáticos, “todas las ratas”, por así decirlo. Como fue más humano que los demás, no le puedo perdonar las “omisiones”, ¿Qué significo con esto? Simplemente lo siguiente: ni una sola vez, al comenzar el semestre, nos dio jamás una visión a vuelo de pájaro de lo que nos esperaba. Jamás se le ocurrió “orientarnos” en esa vasta maraña de fechas, nombres, lugares, etc. Si se explayaba en algo, era sobre alguna campaña hace mucho tiempo olvidada, alguna “batalla decisiva” del mundo. Lo veo como si fuese ayer, con la tiza en la mano —roja, blanca y azul— designando con sus trazos las posiciones de los ejércitos oponentes. Era muy importante que supiéramos por qué en un momento determinado se lanzó la caballería, por qué cedió el centro o por qué tuvo lugar alguna otra maniobra tonta. Jamás se explayó sobre el carácter, el temperamento, el genio (militar o lo que fuere) de los comandantes de estos grandes conflictos. Jamás nos ofreció su visión de las causas de las diversas guerras. Seguíamos los libros que nos entregaba y, si teníamos algunas ideas propias, las suavizábamos. Era más importante recordar la fecha exacta, los términos exactos del tratado en cuestión, que tener un cuadro amplio, general e íntegro de todo el tema. Al abrir el libro de historia antigua había podido decir, por ejemplo, y aquí me tomo la libertad de citarlo: “Muchachos, en el año 9763 a. de C. el mundo se hallaba en un peculiar estado de encantamiento. Los pastos y los cereales de ambas riberas del Iriwaddy estaban virtualmente extinguidos. Los chinos, que acababan de probar la avena, estaban en marcha. La civilización minoana de Creta y sus colonias no ofrecía ninguna amenaza para las otras naciones en surgimiento. Ya existían los rudimentos de todas las invenciones conocidas en la actualidad. Las artes florecieron en todas partes como habían florecido durante un sinnúmero de siglos en el pasado. Las principales religiones son tales y tales. Nadie sabe por qué ciertos movimientos definidos comenzaron a tener lugar en este preciso momento de la historia. En Oriente había tal y tal ordenamiento de fuerzas; en Occidente otro. De pronto apareció una figura llamada Hochintuitcsis; casi nada se sabe de esta gran figura, excepto que inició una ola de nueva vida...” Ya ven lo que quiero decir. Habría podido dibujar algunos

cuadriláteros, mediante líneas verticales y horizontales, para colocar en ellas nombres, fechas y acontecimientos sobresalientes, con el fin de proporcionarnos guías. Habría podido dibujar un árbol y sobre su tronco y ramas mostrarnos la evolución de las artes, las ciencias, las religiones y las ideas metafísicas a través de la historia. Habría podido decirnos que en los tiempos recientes la historia se ha convertido en la metafísica de la historia. Habría podido mostrarnos cómo y por qué los más grandes historiadores difieren entre sí. Habría podido hacer *algo* más sostengo, que obligarnos a memorizar nombres, fechas, batallas y así sucesivamente. Incluso hasta se habría podido aventurar a darnos un cuadro de los próximos cien años o invitarnos a describir el futuro en nuestros términos. Pero nunca lo hizo. Por lo tanto, exclamo: "¡Maldito sea él y malditos todos los libros de historia!" Del estudio de la historia, la matemática, el latín, la literatura inglesa, la botánica, la física, la química y el arte no he obtenido otra cosa que angustia, desesperación y confusión. De cuatro años de escuela secundaria no retengo otra cosa que el recuerdo del fugaz placer que me produjo la lectura de *Ivanhoe* y los *Idilios del Rey.* De la escuela elemental sólo recuerdo un pequeño episodio, también en la clase de aritmética. Esto es todo lo que extraje de ocho años de instrucción primaria. Fue lo siguiente... Nuestro maestro, el Sr. MacDonald, persona flaca y sombría que carecía casi en absoluto de sentido del humor y era dado a los arranques de ira, me hizo cierto día una pregunta directa que no supe contestar. Como me apreciaba bastante, según presumo, se tomó la molestia de ir a la pizarra para explicarme el problema desde el principio hasta el fin. (Quizá haya tenido que ver con los quebrados.). Cuando hubo terminado, se volvió hacia mí y preguntó: ¿Entiendes ahora, Henry?. Pero respondí: "No, señor". A esto la clase estalló en sonora carcajada y quedé de pie desconcertado sintiéndome el más grande de los idiotas. De pronto, sin embargo, este Sr. MacDonald se volvió furiosamente a la clase y ordenó silencio a los muchachos. "En vez de reírse de él —dijo— quiero que sigan el ejemplo de Henry. Este muchacho quiere saber. Tiene la valentía de decir que no entiende. ¡Recuérdenlo! Y traten de hacer lo mismo, en vez de simular que entienden cuando en realidad no entienden." Esa pequeña lección penetró profundamente en mi ser. No solamente salvó mi orgullo herido, sino que me enseñó verdadera humildad. En toda mi vida, sea a raíz de esto o no, siempre he podido decir en los momentos críticos: "No, no entiendo. Tenga la bondad de explicármelo de nuevo". O bien, si me formulan una pregunta que realmente no sé contestar, respondo sin sonrojarme y sin sensación de vergüenza o culpa: "Lo siento mucho, pero ignoro la respuesta". ¡Cómo alivia hablar así! En tales momentos la respuesta suele acudir a la mente, pero después de haber confesado la propia ignorancia o ineptitud. La respuesta siempre está, pero debemos colocarnos en condiciones de recibirla. Deberíamos saber, empero, que hay personas a las cuales nunca se les deben hacer ciertas preguntas. ¡La respuesta no está en ellas! Entre esta gente está todo el conglomerado de instructores a los cuales nos entregan en cuerpo y alma desde la infancia. Estas personas decididamente no conocen las respuestas. No las conocen y, lo que es peor, no saben cómo hacer para que busquemos las respuestas dentro de nosotros mismos.

"Si el ojo siempre vigila y la mente está alerta, por último la casualidad proporciona la solución", dice Jefferies. Es cierto. Pero lo que aquí se denomina casualidad es algo creado por nosotros mismos.

Recuerdo de pronto el nombre y la presencia del Dr. Brown. El Dr. Brown fue nuestro "orador visitante" al término de todos los años de la escuela elemental. *Debo* hablar del Dr. Brown porque ni por un instante podría imaginar que figurase, muerto o vivo, en la categoría de los nulos que he mencionado previamente. El Dr. Brown siempre aparecía, en el preciso momento en que estaban por comenzar las vacaciones, en alas del amor. En efecto, se sentía que estas alas suyas todavía se agitaban cuando se incorporaba sobre su asiento en la tribuna para disponerse a pronunciar algunas palabras. Era como si el Dr. Brown conociese íntimamente a todos y a cada uno de nosotros, y nos envolviera con su amplio manto de amor. Sus palabras llegaban con palpitante calidez. Siempre parecía como si acabase de regresar de Asia, África o Europa y quisiera que fuésemos los primeros en compartir sus gloriosas experiencias. Tal era la impresión que nos infundía, y no dudo de que la impresión era auténtica. Era un hombre que amaba a los niños. Ya no recuerdo el cargo que ocupaba. Puede

que haya sido superintendente de la escuela, aunque también es probable que haya sido diácono de la iglesia. No importa. Era un hombre de gran corazón e irradiaba amor en todas direcciones. En la actualidad decimos que las charlas como las que daba el Doctor son "inspiradas". Se paga a los hombres para que las den o no las den a voluntad. El efecto, por supuesto, es cero; todos reconocemos la caricatura. El Dr. Brown era un individuo realmente inspirado. Todo lo que había leído, y era hombre de extraordinaria cultura, todo lo que había visto en sus viajes alrededor del mundo, porque era un verdadero trotamundos, lo había asimilado y tejido en la trama misma de su ser. Era como una esponja bien empapada. Rezumaba agua con sólo presionar ligeramente con el dedo. Cuando se incorporaba para hacer uso de la palabra estaba tan repleto, tan cargado, que por unos cuantos instantes no conseguía comenzar. Una vez en marcha, su mente chisporroteaba en todas direcciones al mismo tiempo. Era sensible a la más leve presión: percibía instantáneamente la naturaleza de nuestras ansias y respondía a ellas inmediatamente. En un cuarto de hora de este tipo de comunicación nos "instruía" como nunca habíamos sido instruidos durante semanas y meses de clase. Si hubiese sido maestro en vez de nuestro "orador visitante", sin duda lo habrían despedido a corto plazo. Era demasiado grande para el sistema, demasiado grande para cualquier sistema. Hablaba con el corazón y no con la cabeza. Creo que no hace falta repetir que nadie nos habló jamás así, ni siquiera el pastor. No, el pastor destilaba una especie de amor vago y prescrito que parecía leche aguada. En realidad no le importaba un ápice la personalidad de nadie. Su interés consistía en salvar almas (presuntamente) pero en él había un material anímico malditamente pequeño. El Dr. Brown escrutaba nuestras almas a través de nuestros corazones. Tenía sentido del humor, un gran sentido del humor, uno de los signos infalibles de liberación. Cuando finalizaba —su discurso siempre era demasiado breve para nosotros— era como si nos hubiésemos bañado en burbujas. Nos sentíamos libres, refrescados y sedosos por dentro y por fuera. Más todavía, experimentábamos un coraje como nunca habíamos conocido hasta entonces, un nuevo tipo de coraje, y hasta me atrevería a decir que era un coraje "metafísico". Nos sentíamos bravos ante el mundo porque el buen Dr. Brown nos había devuelto nuestro reino. Todavía éramos niños —jamás he pretendido que fuésemos "jóvenes" — pero nos habíamos convertido en niños cuyos ojos nadaban en visiones, cuyo apetito por la vida había aumentado. Estábamos en condiciones de emprender duras misiones, valientes misiones.

Creo que ahora puedo retomar el tema con la conciencia limpia. El librito que Richard Jefferies llama su "autobiografía" es, para emplear una vez más la usada palabra, una obra inspirada. En toda la literatura existen muy pocos libros como éste. Gran parte de lo que se rotula como inspirado no es inspirado en absoluto, simplemente es lo que los hombres que se "especializan" en el tema querían hacernos creer. He mencionado a Emerson. Nunca en mi vida conocí a nadie que no admitiese que Emerson es un escritor inspirado. Quizá no se acepte su pensamiento en todo, pero cuando se termina de leer algo suyo uno se siente purificado, por así decirlo, y exaltado. Nos lleva a las alturas, nos hace crecer alas. Es osado, muy osado. En nuestros días tengo la seguridad de que lo amordazarían. Hay otros hombres, como Orage y Ralph Waldo Trine (entre otros), a los cuales se califica de escritores inspirados. No cabe duda de que lo han sido para muchísima gente. ¿Pero resisten la prueba? El lector podrá sonreír, conociendo el tipo de individuo que soy, por el hecho de que haya mencionado un nombre como R. W. Trine. ¿Me burlo? No. Debe darse a cada cual lo que le corresponde. En ciertas etapas de la evolución de uno, ciertos individuos pasan a primer plano como maestros. Maestros en el verdadero sentido, porque son personas que nos abren los ojos. Hay quienes nos abren los ojos y hay quienes nos elevan por encima de nosotros mismos. Los últimos no tienen interés en inculcarnos nuevas creencias sino en ayudarnos a penetrar con mayor profundidad la realidad, "a progresar —en otras palabras— en la ciencia de la realidad". Comienzan por nivelar todas las superestructuras del pensamiento. A continuación señalan algo que está más allá del pensamiento, en el océano de la mente, digamos, donde nada el pensamiento. Y, por último, nos obligan a pensar por cuenta propia. Dice Jefferies, por ejemplo, en medio de su confesión:

> Ahora, hoy, cuando escribo, me encuentro exactamente en la misma posición que el hombre de las cavernas. La tradición escrita, los sistemas de cultura, las modalidades del pensamiento, no existen para mí. Si alguna vez encontraron asidero en mi mente, ese asidero tiene que haber sido muy leve; hace mucho que fueron borrados.

Poderosa expresión esta. Expresión heroica. ¿Quién puede repetirla honesta y sinceramente? ¿Quién aspira siquiera a formular una expresión así? Jefferies nos dice hacia el final de su libro que había intentado repetidamente expresar con palabras los pensamientos que habían tomado posesión de su ser. Pero siempre fracasaba. No debe sorprendernos, porque lo que por último logró darnos, por fragmentario que confiese ser, es casi un desafío al pensamiento. Explicando que "en circunstancias felices" comenzó por fin a escribir (en 1880), afirma que no pudo hacer otra cosa que anotar algunos apuntes. "Ni siquiera entonces —agrega— pude seguir adelante, pero guardé los apuntes (había destruido todos los comienzos anteriores) y por último, dos años después, comencé este libro". Habla de su obra como "sólo un fragmento, un fragmento escasamente hilvanado". Luego añade, y esto vale la pena subrayarlo:

> "Si no lo hubiese hecho personal, escasamente habría podido darle alguna forma... Tengo extraordinaria conciencia de sus imperfecciones, porque es como si tuviese diecisiete años de conciencia sobre mi propia incapacidad para expresar esta idea de mi vida".

En este mismo parrafito hace una afirmación que me es muy querida y constituye el único freno que podría ofrecerse a los críticos. Refiriéndose a lo inadecuado de las palabras para expresar ideas —y por esto entiende, por supuesto, las ideas que están más allá de los dominios habituales del pensamiento—, tratando de dar brevemente su propia definición de términos tan discutidos como alma, oración, inmortalidad, y declarando que todavía son suficientes, concluye: "Debo dejar que mi libro, como un todo, imparta su propio significado a sus palabras".

Quizá la clave de este asombroso librito sea la frase que dice así: "Ningún pensamiento que tuve hasta ahora satisfizo a mi alma". La historia de su vida comienza, en consecuencia, cuando adquiere conciencia del hambre de su alma, de la búsqueda de su alma. Todo lo que precediera a esto quedó reducido a la nada. "Comienzo completamente de nuevo. Voy directamente al sol, a las inmensas fuerzas del universo, a la Entidad desconocida; voy más alto que un Dios; más profundo que la oración, y abro un nuevo día". Esto suena a D. H. Lawrence. Me pregunto ahora si Lawrence habrá leído alguna vez a Jefferies, o solamente existe similitud en el pensamiento y también en el acento y ritmo. Pero después hallamos esta misma idiosincrasia del lenguaje, por lo menos en inglés, siempre que encontramos un pensador original. Invariablemente el iconoclasta exhorta con frases cortas y penetrantes. Es como si trasmitiese telegráficamente desde una estación distante y elevada. Es un ritmo completamente distinto al de los profetas, que están repletos de pesares y lamentos, de censuras y maldiciones. De algún modo, aceptemos o no sus mandamientos, nos sentimos agitados; nuestros pies realizan el movimiento de progresiva marcha, nuestros pechos se dilatan como si absorbiesen nuevos torrentes de oxígeno y los ojos se alzan queriendo capturar la huidiza visión.

Y ahora vayamos a "la Cuarta Idea", que es en realidad el epítome del ansia de su alma. Comienza así:

> Solamente se han descubierto tres cosas de lo que concierne a la conciencia interior, desde antes de que naciera la historia escrita. Solamente tres cosas en doce mil años escritos o esculpidos y en el borroso y tenue tiempo que los precediera. Tres ideas los primitivos hombres de las cavernas arrancaron a lo desconocido, a la noche que todavía nos rodea en pleno día: la existencia del

> alma, la inmortalidad y la deidad. Halladas estas cosas, surgió la oración como resultado lógico. Desde entonces nada más se encontró en todos estos doce mil años, como si los hombres se hubieran conformado, encontrando que con ellas bastan. No me bastan. Deseo avanzar más y arrancar una cuarta, y todavía más de una cuarta, a las tinieblas del pensamiento. Quiero más ideas de la vida del alma. Abrigo la certeza de que habrán de hallarse otras más. Una gran vida —una civilización entera— aguarda fuera de la palidez del pensamiento común. Ciudades y países, habitantes, inteligencias, cultura... toda una civilización. Excepto las ilusiones tomadas de las cosas familiares, nada indica una nueva idea. No entiendo por esto ciudades reales ni civilización real. Tal vida es distinta de otra imaginada todavía. Existe un nexo de ideal del cual nada se sabe, es un vasto cosmos de ideas, un cosmos de pensamiento. Hay una Entidad, una Entidad con Alma, no reconocida todavía. Ésta, rudamente expresada, constituye mi Cuarta Idea. Está más allá o al lado de las tres descubiertas por el hombre de las cavernas; es adicional a la existencia del alma; adicional a la inmortalidad y está más allá de la idea de la deidad. Creo que hay algo más que la existencia.

En el mismo decenio en que Jefferies enuncia estas ideas, o, mejor dicho, este llamamiento para que se alcancen ideas nuevas, más profundas, más ricas y más globales, Madame Blavatsky publicó dos tomos asombrosos a los cuales dedicó una labor tan prodigiosa que los hombres todavía se rompen el cráneo estudiándolos. Me refiero a *The Secret Doctrine* (La Doctrina Secreta) y a *Isis Unveiled* (Isis Descubierta). Aunque no hubiesen aportado otra cosa, estos dos libros ponen en fuga la idea de la contribución del hombre de las cavernas a nuestra cultura. Tomando datos de toda fuente imaginable, Madame Blavatsky amasa un extraordinario cúmulo de material para probar la imperecedera continuidad de la sabiduría esotérica. Según este criterio, jamás hubo un momento en que, lado a lado con el "cavernícola" y ni siquiera mucho antes que él, no existiesen seres superiores, y por superior entiendo lo superior en todo el sentido de la palabra. Indudablemente superiores a los que en la actualidad consideramos como tales. En cambio para ella no cabe la más mínima duda, como tampoco la cabe para quienes opinan como ella, de que no existen seres superiores aislados sino grandes civilizaciones precursoras cuya existencia ni siquiera sospechamos.

No sé si Jefferies llegó a conocer tales opiniones ni si las rechazó. No imagino que le hubiese importado en absoluto si hubiera tenido el convencimiento de que las tres únicas ideas arrancadas a lo desconocido llegaran a nosotros por intermedio de los hechiceros de épocas olvidadas o del hombre de las cavernas, como dice. Lo veo derribando de los escaparates todo el brillante despliegue de conocimientos. Jefferies todavía sería capaz de afirmar que esas tres ideas son todo lo que tenemos y que no importa cuándo fueron puestas en circulación ni por quién. En cambio, trata magníficamente de hacernos comprender, de hacernos ver, de hacernos aceptar, que estas ideas provinieron de una fuente que jamás fue agotada y que jamás ha de agotarse; que perdemos el tiempo, que nos disipamos, que nos osificamos y nos entregamos a la muerte mientras nos conformemos con estas preciosas tres y no nos esforcemos en emprender la jornada hacia la fuente misma.

Saturado de devoradora maravilla, impulso y reverencia por la vida, sin lograr obtener jamás suficiente mar, aire y cielo, comprendiendo "la aplastante desesperanza de los libros", y decidido a pensar las cosas por sí mismo, no es extraordinario en absoluto, por lo tanto, que lo sorprendamos declarando que la duración de la vida humana podría prolongarse mucho más allá de todo lo que imaginamos posible en la actualidad. En efecto, avanza más, mucho más, y, como verdadero hombre de espíritu, afirma que "la muerte no es inevitable para el hombre ideal. Ha sido formado para una especie de inmortalidad física". Nos ruega que meditemos seriamente sobre lo que sucedería "si toda la raza humana se uniese en sus esfuerzos por eliminar las causas del envejecimiento".

Pocos párrafos más adelante dice, y con cuánta justificación:

> La verdad es que morimos a través de nuestros antepasados, somos muertos por nuestros antepasados. Sus manos muertas se extienden desde la tumba y nos arrastran hacia sus enmohecidos huesos. Nosotros, mientras tanto, preparamos en este momento mismo la muerte de nuestra no nacida posteridad. *En este día los que mueren no mueren en el sentido de la ancianidad, sino que son muertos.*

Toda figura revolucionaria, sea en el ámbito de la religión o en el de la política, sabe esto demasiado bien. *"¡Empezad completamente de nuevo!"* Es el viejo grito, el grito de siempre. Pero matar a los espectros del pasado ha sido hasta ahora una tarea insuperable para la humanidad. "La gallina sólo es la forma en que el huevo produce otro huevo", dijo Samuel Butler. Nos preguntamos quién hace que el hombre siga produciendo ineptos, quien hace que él, rodeado e investido como está por los poderes más potentes y divinos, se conforme con no ser otra cosa que lo que ha sido y todavía es. Imaginemos lo que el hombre es capaz de provocar en su ignorancia y crueldad, escuchando lo que dice el Marqués de Sade cuando sale de la cárcel (después de casi trece años vividos en confinamiento solitario) con estas terribles palabras:.... "Todos mis sentimientos están extinguidos. Ya no me ha quedado gusto por nada, ya nada me agrada; el mundo que tontamente lamenté con tanta arbitrariedad me resulta tan pesado... y tan aburrido... Nunca he sido más misántropo que ahora que he vuelto entre los hombres, y si parezco peculiar para los demás, pueden tener la seguridad de que ellos producen el mismo efecto en mí...". La queja de este infortunado individuo está hoy en boca de millones. De todos los rincones del mundo se levanta un gemido de congoja. Peor todavía, un gemido de total desesperanza.

"¿Cuándo —pregunta Jefferies (¡en 1882!)— será posible tener la certeza de que la capacidad de un solo átomo se ha agotado? En cualquier momento algún afortunado incidente podrá revelar su renovado poder". Hoy conocemos —¡y cuan vergonzosamente lo hemos utilizado!— el poder que reside en el átomo. Y hoy, más que nunca hasta ahora, el hombre deambula hambriento, desnudo y abandonado.

"¡Comenzad de nuevo!" Oriente trepida. En efecto, los pueblos de Oriente realizan por fin un heroico esfuerzo por romper los grillos que los atan al pasado. ¿Con qué resultado? Que nosotros, los de Occidente, temblamos de miedo. Quisiéramos contenerlos. ¿Dónde está el progreso? *¿Quién* posee ilustración?

En el librito de Jefferies hay una frase que literalmente salta de la página, por lo menos para mí. "Todavía no se ha inventado un proceso de razonamiento que permita ir directamente al fin deseado". Declaración esta contra la cual me parece escuchar la objeción del crítico: -"xcelente, en verdad, ¿pero por qué no lo inventa él?" Ahora bien, una de las virtudes de los hombres que nos inspiran es que siempre nos dejan abierto el camino. Sugieren, estimulan, señalan. No nos toman de la mano para conducirnos. Por otra parte, podría decir que hay hombres que en este preciso momento luchan por enseñarnos a lograr este fin. Ahora son virtualmente desconocidos, pero cuando llegue el momento serán una revelación. No navegamos a la deriva, por mucho que pueda parecerlo. Pero quizá convenga consignar en su totalidad el pensamiento de Jefferies, porque lo presentó de una manera inolvidable:

> Es indudable que en esta hora llueven sobre nosotros en toda la anchurosa tierra rayos u ondulaciones no reconocidas de medios más sutiles, pletóricos de mensajes y datos de lo desconocido. En esto somos tan ignorantes como carecían de luces los que pintaron los papiros. Hay una infinitud de conocimientos que hemos de saber todavía, y después de eso una infinitud de pensamiento. Todavía no se ha ideado ningún instrumento mental mediante el cual se puedan llevar las investigaciones directamente al objeto. Todo lo hallado ha sido descubierto merced a un accidente afortunado; buscando una cosa, se encontró por casualidad otra. No se ha inventado todavía un proceso de razonamiento que permita ir directamente al fin deseado. Porque ahora la más mínima partícula basta para dejar de lado la investigación, y la más

> minúscula circunstancia alcanza para ocultar verdades obvias y brillantemente relucientes... En la actualidad el empeño por hacer descubrimientos es como mirar el cielo a través del follaje de un roble. Aquí una hermosa estrella brilla claramente, aquí una constelación está oculta por una rama; un universo por una hoja. Se requiere algún instrumento u órgano mental que nos permita distinguir entre la hoja que puede quitarse y el vacío real; cuándo dejar de mirar en una dirección y trabajar en otra... Creo que hay infinitudes que han de saberse, pero están ocultas por una hoja...
>
> ¡Comenzad de nuevo! ¡Tomad otro puntal! O, como dice Claude Houghton: *"¡Todo cambia, Humanidad!"* O, como exclama Klaukush en *The Mauritzius Case: "*¡Detente, mundo de humanos, y ataca el problema desde otro ángulo!" Nuevamente una voz nos ordena desde dentro salir de la huella, dejar las bolsas y el equipaje, cambiar de vehículos, cambiar de dirección. De vez en cuando un individuo obedece la secreta indicación y experimenta lo que los hombres llaman conversión. Pero jamás un mundo entero se levanta sobre sí mismo con los pies listos para dar el salto hacia lo azul.

Las cosas que erróneamente se han denominado sobrenaturales para mí son sencillas —dice Jefferies— y más naturales que la naturaleza, que la tierra, que el mar o el sol... Lo sobrenatural y lo difícil de comprender es la materia... La materia está más allá de la comprensión, de lo misterioso y de lo impenetrable; la toco con facilidad, pero no la comprendo. El alma y la mente —el pensamiento, la idea— se comprenden con facilidad, se comprenden a sí mismas y son conscientes. Para mí todo es sobrenatural. ¡Qué extraño es ese estado de la mente que no puede aceptar nada que no sea la tierra, el mar, el universo tangible! Sin lo mal llamado sobrenatural me parecen incompletos e inconclusos. Sin alma todo eso está muerto. Excepto cuando camino junto al mar y mi alma está junto a él, el mar está muerto. Estos mares junto a los cuales no ha estado ningún hombre, junto a los cuales no ha estado ningún alma, sea en la tierra o en los planetas, están muertos. No importa la majestad con que ruede el planeta en el espacio, si no hay en él un alma, el planeta está muerto.

Si no hay un alma está muerto. El hombre de hoy debería ser más capaz de comprender esto que los contemporáneos de Jefferies. Para él este planeta ya está virtualmente extinguido.

Alrededor de 1880 los novelistas ingleses imaginativos —los escritores de "novelas"— comenzaron a introducir en sus obras el así llamado y mal llamado elemento "sobrenatural". La suya fue una rebelión contra la funesta tendencia de los tiempos, cuyos amargos frutos, nosotros, los de esta generación, estamos probando. ¿Qué brecha, en pensamiento o sentimiento, existe entre estos escritores (hoy considerados ridículos y mal orientados) y nuestros científicos metafísicos que luchan vanamente por expresar una visión más grande, más profunda y más significativa del universo? Hoy es observación común que el hombre de la calle acepta los 2milagros" de la ciencia como cosa sabida. Cada día de su vida el hombre común utiliza lo que hombres de otras épocas habrían considerado medios milagrosos. En la gama de invenciones, si no en cuanto a *poderes* de invención, el hombre está hoy más cerca de ser un dios que en cualquier momento de su historia. (¡Por lo menos así queremos creerlo!) Sin embargo, nunca se pareció menos a los dioses. Acepta y utiliza los milagrosos dones de la ciencia sin interrogantes; carece de maravilla, carece de importancia, carece de reverencia, celo, vitalidad y regocijo. No extrae conclusiones del pasado, no tiene paz ni satisfacción en el presente y está absolutamente ajeno al futuro. Está marcando el tiempo. Esto es casi todo lo que podemos decir de él.

Sin embargo también debemos decir lo siguiente: su *concepción* del tiempo y del espacio, junto con otras nociones profundamente arraigadas, como la sagrada doctrina de la causalidad, del buen trabajo, el progreso, el propósito, el deber y así sucesivamente, fueron muertas para él por el científico, el filósofo, el inventor, el gran jefe y el militar. Bastante poco queda del universo en que nació. Sin embargo, todo está, hasta en su más mínima porción, y ha de acompañarlo en sus viajes hacia adelante o atrás. Sus conceptos son lo único que se ha modificado. No su manera de pensar. No su facultad pensante ni sus poderes

pensantes. En asombrosa medida se conserva inmune y ajeno a todo lo que sucede a su alrededor. No participa; es arrastrado por los cabellos No inicia nada, salvo que sea simple reacción. ¡Qué imagen presenta el hombre moderno! Es un despojo amedrentado y azorado, confuso y envilecido que se deja arrastrar por los cabellos, como he dicho, hacia algún promontorio elevado y siniestro donde todo está a punto de serle revelado, pero donde gimiente y tembloroso será lanzado al vacío. De esta manera y solamente así lo veo entrar en el gran arcano de la verdad y la sabiduría. ¿De qué otro modo podría ser? Él mismo ha cerrado todas las puertas; él mismo ha apartado de un puntapié todos los soportes; él mismo *eligió* (como si diciendo esto pudiésemos dignificarlo) ser arrojado al "caldero del renacimiento". Sublime e ignominioso espectáculo. Castigo y salvación en uno solo.

¿Qué podría constituir o constituiría, preguntamos, un "milagro" para el hombre en este estado? ¿Sería milagroso evitarle su justo destino? ¿Sería milagroso si en el preciso momento en que llega al borde del abismo sus ojos se abriesen de pronto? *¿Qué* espera el hombre moderno, si espera algo, en forma de milagros? El único milagro que alcanzo a concebir sería que en el último momento rogara que se le ofrezca la oportunidad de comenzar de nuevo.

¿No es desconcertante que esta especie humana que cree con tanta solidez en la realidad concreta, y sólo en la realidad concreta, pueda hablar de la luna o de planetas aún más distantes como si fuesen apenas los puntos de partida de su inminente exploración física del universo; que pueda pensar en comunicarse con seres desconocidos de las esferas estelares o, más curioso todavía, pensar en la forma de defenderse contra posibles invasiones desde esas esferas; que pueda visualizarse a sí mismo abandonando este planeta Tierra y emprendiendo una nueva modalidad de vida en los cielos, y comprendo (por lo menos por el momento) que tal cambio de residencia alteraría su edad, su estructura y su ser físico, y lo reformaría tan radicalmente, en suma, que se volvería irreconocible para sí mismo? ¿No es desconcertante, digo, que tales pensamientos no le aterroricen; ni el desarraigo de su planeta nativo, ni el cambio de tiempo, ritmo, metabolismo o familiarización con seres remotos, mucho más extraños que todo lo que ha sido capaz de imaginar? Y sin embargo, sí, y *sin embargo* conseguir que ame y respete a su vecino, que trate de comprender a sus semejantes, que comparta con él sus posesiones, sus alegrías y sus pesares, conseguir que provea para su progenie, que elimine la enemistad, la rivalidad y los celos, que elabore y respete algunas sencillas leyes —para su propio bienestar—, que deje de luchar por la simple existencia y goce la vida, que se concentre en la eliminación (y no simplemente en la cura) de las enfermedades, la vejez, la miseria y la soledad —¡oh, y de tantas, tantas otras cosas!—, conseguir que acepte con beneplácito ideas nuevas y no se alarme por ellas, conseguir que se desprenda de la superstición, el fanatismo, la intolerancia y otras premisas apócrifas que lo tienen aferrado por la garganta... no, hacia estos fines vitales se niega obstinadamente a dar un solo paso. En cambio preferiría escapar a sus verdaderos problemas; preferiría abandonar el planeta y a sus semejantes. ¿Podría haber peor "renegado"? ¿Debe extrañar que anticipando el advenimiento de su glorioso "nuevo día" en el seno de las profundidades estelares, ya lo invada el temor de que sus nuevos vecinos se resientan por su llegada? ¿Qué otra cosa, a fin de cuentas, podrían traerle los moradores de estos mundos todavía desconocidos? ¿Qué otra cosa sino desastre y ruina? Su orgullo le dice que es superior a esas criaturas de otros mundos, pero su corazón le dice otra cosa. Puede que donde el tiempo es de otro orden, donde atmósfera y ambiente son uno solo, "ellos" hayan estado esperando la llegada de este temible acontecimiento. Puede que en alguna parte, en los vastos enjambres de planetas habitables, haya seres imbuidos por el mismo desprecio, orgullo, arrogancia, ignorancia e insensibilidad que nuestras criaturas terrenales. Por lo menos así conjetura insistentemente Marie Corelli. ¡*Et elle a raison!* No, tal como somos hoy, podríamos no ser bienvenidos en absoluto en esos cuerpos estelares. Si no hemos hallado el paraíso dentro de nosotros mismos, no cabe duda de que no lo encontraremos fuera. Pero existe la posibilidad, una esperanza desesperada y casi olvidada, de que habiendo echado un vistazo "allí" de orden, paz y armonía, nosotros, que nos llamamos a nosotros mismos hombres, regresemos a este infierno sobre la tierra y comencemos de nuevo.

Por toda la gran literatura circula la idea del viaje de ida y vuelta. No importa todo lo que

el hombre se lance a descubrir, no importa hacia qué punto del tiempo o el espacio oriente su cansado cuerpo, finalmente regresa, regresa a la morada de sí mismo. Que el viaje a la Luna ha de convertirse en realidad dentro de poco, no ofrece la menor duda. Tampoco cabe ninguna duda de que antes de mucho tiempo viajará a dominios más distantes todavía. El tiempo ha dejado de ser un impedimento. El tiempo se arrolla como una alfombra. Entre el hombre y sus deseos, en el breve intervalo que tiene por delante, es muy probable que no transcurra tiempo. Como los personajes de Franz Werfel en *Star of the Unborn* (Estrella del Porvenir), puede que descubramos la manera de señalar con una aguja el lugar donde querríamos estar y nos hallemos allí instantáneamente. ¿Por qué no? Si la mente puede dar el salto, también puede darlo el cuerpo. Sólo hay que aprender a hacerlo. Sólo tendremos que *desearlo,* y así ha de ser. La historia del pensamiento humano y de las realizaciones humanas corrobora esta verdad. En la actualidad el hombre se niega a creer o no se atreve a creer que las cosas pueden hacerse de esta manera. Entre el pensamiento y el objetivo se amortigua a sí mismo con invenciones. *Hace alas,* pero todavía se niega "a tomar alas". El pensamiento, sin embargo, ya está en vuelo. La Mente, que todo lo contiene y que todo lo es, lo lleva en sus alas delante de sí. En este preciso momento el pensamiento del hombre se ha adelantado tan infinitamente tanto con respecto a su ser, que es como si se hubiese distendido como un cometa. El hombre de hoy vive en la cola de un yo que tiene forma de cometa. La cola de este Yo monstruosamente distendido ocasiona estragos cuando pasa por regiones nuevas y completamente imprevisibles. Una parte del hombre ansia llegar a la Luna y a otros mundos accesibles, sin soñar jamás que otra parte de él ya está atravesando regiones más misteriosas y más espectaculares todavía.

¿Será que el hombre debe reconocer el circuito de todos los cielos antes de regresar a la morada de sí mismo? Puede que sí. Puede que deba repetir el simbólico acto del gran dragón de la creación: colear y retorcerse, trenzarse y entretrenzarse, hasta que por fin logre llevarse la cola a la boca.

El verdadero símbolo de la infinitud es el círculo completo, pero también es el símbolo de la realización. Y la realización es el objetivo del hombre. Sólo en la realización encontrará la realidad.

Mas, ay, tendremos que describir el círculo completo. ¿Dónde está la morada sino en todas partes y en ninguna al mismo tiempo? Cuan do haya tomado posesión del alma, el hombre estará entonces plenamente vivo, no le preocupará nada la inmortalidad y no sabrá nada de la muerte.

¡Comenzar totalmente de nuevo podría significar volver vivo por fin!

NOTA SOBRE EUGENIO SUE

Una carta de Pierre Lesdain, de Bélgica, ofrece lo siguiente sobre Eugenio Sue:

Usted me pidió información sobre Eugenio Sue. No soy un lector asiduo de este autor, leí *Los misterios de París,* en mi juventud, y luego nada más. Estos son los libros de Eugenio Sue:

Kernoch el pirata, 1830.
PlickyPlock, 1831.
AtarGull, 1831.
La Salamandra, 1832.
El vigía de Koat Ven, 1833.
Arthur, 1833
Historia de la marina francesa (5 tomos), 1835.
Cecilia, 1835.
Latréaumont (2 tomos), 1837.
Le *Cavalier* (2 tomos), 1840.
Dos *Historias,* 1840.
El *marqués de Létoriére.*
El monte del diablo (2 tomos), 1840.
Matilde (6 tomos), 1841.
El comendador de Malta, 1841.
Los *misterios de París* (10 tomos), 1842-43.
PauliMonti, 1842.
Teresa Dunoyer, 1842.
El judío errante (10 tomos), 1844-45.
Martín, o ¿?/ «mo *encontrado,* 1847.
El *republicano de las campañas,* 1848.
El pastor de Kravan.
Los siete pecados capitales (16 tomos).
Los *misterios del pueblo,* o *Historia de una familia a través de los siglos* (10 tomos).
Los yos y el amor (6 tomos), 1852.
Fernand Duplessis (6 tomos).
El *marqués de Amalfi* (2 tomos), 1853-
Gilberto y Gilberto (7 tomos), 1853.
La familia Jouffroy (7 tomos), 1854.
El libro *de familia* (7 tomos), 1856.
Los *secretos de la almohada* (7 tomos), 1858.

Es una lista abrumadora; me da vértigo. ¿Qué ha quedado de su obra, inmensa en cuanto a la montaña de papel que abarcan sus libros y a la cantidad de los volúmenes que revelan una exhuberancia tropical? Nada. Apenas el nombre del autor, nombre predestinado, que incita a la broma fácil. Ya nadie lee a Eugenio Sue. Es de dominio público, y a ningún diario se le ocurre publicar ninguna de sus novelas en folletín. Antes de la guerra de 1940 no recuerdo qué escritor suizo —de talento—, quiso publicar una versión resumida de *Los misterios de París* (probablemente el "abuelo" de las versiones resumidas). Creo que sin resultado. ¡La palabra del Eclesiastés!

Porque Eugenio Sue conoció la gloria en vida como pocos escritores del mundo la conocieron; una gloria estrepitosa, gloria de ídolo de la multitud. Se cuenta que Eugenio Sue, que era guardia nacional, como todos los ciudadanos de su tiempo, dejó un día de presentarse a cumplir su turno de centinela. Condena automática. Para vengarse, el escritor se negó a entregar al diario el episodio siguiente de la novela que se estaba publicando en folletín y que

los lectores aguardaban con avidez. Casi se produjo un pequeño motín en París, y el ministro tuvo que levantar el castigo impuesto a Eugenio Sue.

¿Influyó realmente Eugenio Sue en Balzac y en Dostoievski? Es fácil decirlo; menos fácil es probarlo. El buen éxito de Sue quizá haya incitado a Balzac y a Dostoievski a situar sus novelas en ambientes similares a aquellos cuyas características y cuya novedad explotaba a la sazón Eugenio Sue. Los personajes de la novela, francesa hasta entonces, eran artificiales, producto de la imaginación pura, creados al azar, como el *Gil Blas,* que no tiene nada de específicamente español... Sobre esta clase de la sociedad hay novelas de psicología aguda, profunda, como *La princesa de Cléves* o *Las amistades peligrosas,* pero era preciso, como Madame de La Fayette o Choderlos de Lacios, "haberse criado en el harén" para "conocer sus recovecos".

Eugenio Sue no es un novelista profundo. Tiene una imaginación desbordante, lo cual, sin duda, es algo, pero muy poco para golpear a las puertas de la posteridad y confiar en que se abran. La imaginación de Eugenio Sue, que tanto impresionó a sus contemporáneos, suele hacernos sonreír, y a veces estallar en francas carcajadas. La máxima perfección para Eugenio Sue era introducir en la novela, lo más frecuentemente posible, una especie de disertación moral, que él llamaba sus utopías. Por ejemplo, hay que dejar de ejecutar a los condenados a muerte; para castigarlos por sus crímenes es preferible saltarles los ojos. El procedimiento se hace finalmente intolerable e irritante...

Eugenio Sue nació en 1804 y murió en 1857. Era hijo de un médico, y ahijado de la emperatriz Josefina. Abandonó los estudios antes de llegar a la retórica. Estudió medicina con su padre, quien lo hizo contratar en un barco como cirujano. (Las primeras obras de Eugenio Sue son de ambiente marítimo). El padre le dejó al morir una fortuna de un millón de francos (de aquella época). Ignoro si Eugenio Sue le dio buen destino...

CAPÍTULO XII

CARTA A PIERRE LESDAIN

3 de mayo de 1950 Mi estimado Pierre Lesdain:

Desde que leí su atenta y muy bien venida carta el 20 de abril, se me ha ocurrido la idea de incorporarle a este libro sobre libros que estoy escribiendo. Por esa razón esta carta comienza en la página 210... Nadie podría recibir con mayor placer que usted mis pensamientos, particularmente mis pensamientos *larvales.* Usted es uno de los lectores más entusiastas que conozco. En sus comentarios a menudo está "en contra", pero la mayoría de las veces está "a favor" del autor. Cuando usted ataca, revela su amor, y no rencor, envidia, despecho ni celos. Muchas veces, cuando evoco mis primeros días, pienso en usted y siempre le veo con un libro en la mano o bajo el brazo. En efecto, según descubro a través de la lectura de su columna semanal en *Volonté*, ahora tengo la certeza de que muchas veces leíamos al mismo tiempo al mismo autor, cuando no el mismo libro de ese autor.

Hace más de dos semanas que no escribo y me bullen en la cabeza los pensamientos. Como quizá le haya explicado previamente, el motivo de que viva en constante estado de efervescencia se debe a los libros que estoy releyendo, principalmente mis viejos favoritos. Todo me nutre y me estimula. Al principio pensaba escribir un libro chico; ahora me parece que será un tomo voluminoso. Día tras día anoto en mi libreta algunos títulos más que recuerdo. Éste es un aspecto interesantísimo de mi labor, exhumar del insondable depósito de mi memoria algunos títulos nuevos cada día. A veces tardo dos o tres días en identificar el nombre de un libro que tengo a flor de labios, en la punta de la lengua, hasta que por último se me anuncia por completo: autor, libro, momento y lugar. Una vez "fijado" en la memoria, se introducen toda suerte de asociaciones que abren insospechados dominios de mi borroso pasado.

Por lo tanto, ya he escrito lo poco que tenía que decir sobre *Gil Blas* antes de recibir siquiera el ejemplar que según me anuncia ha despachado. *Gil Blas* es uno de los libros que nunca leía, pero en torno al cual hay una narración y, por lo menos para mí, la narración siempre es tan importante como el libro. Ciertos autores me intrigan por todo lo que he oído y leído sobre ellos, porque sus *vidas* me interesan, aunque no puedo leer sus obras. Stendhal es uno ellos, y el autor de *Tristram Shandy* es otro. Pero quizá el ejemplo supremo en este sentido sea el Marqués de Sade. Todo lo que he leído sobre él, sea en pro o en contra, entusiasma enormemente. En realidad leía muy poco de lo que ha escrito, y lo leí sin mucho placer ni provecho. No obstante, creo en él, por así decirlo. Me parece un escritor importantísimo, una gran figura, y uno de los desventurados más trágicos que hayan nacido jamás. Voy a escribir sobre él, por supuesto, aunque jamás llegue a leerlo en su totalidad. (¿Quién lo ha hecho?) Dicho sea de paso, quizá le divierta saber que me resultó muy difícil recordar los títulos de las obras llamadas "obscenas", tanto las que había leído como las que había oído mencionar. Es una de las ramas de la literatura con la cual estoy muy poco familiarizado. ¿Pero es una "rama" de la literatura o se trata de una categoría de nombres equivocados?

Ahora va un pensamiento al azar *en passant.* Cada vez que leo un libro de Elie Faure experimento un gran conflicto emocional. Una vez y otra vez, en mis discursos y escritos, he mencionado mi deuda hacia este gran individuo. Debería escribirle un panegírico, pero dudo que lo haga y dudo que pueda hacerlo, como tampoco puedo respecto a Dostoievsky o Whitman. Algunos autores son demasiado grandes y al mismo tiempo están demasiado cerca de uno. Jamás logramos escapar de la estela de su encantamiento. Imposible decir en qué lugar la propia vida y el trabajo se separan o divergen con respecto a ellos. Todo está inextricablemente entretejido.

Cuando pienso en ciertos nombres parece como si mi vida hubiese comenzado de nuevo muchas veces. Indudablemente se debe a que cada vez, por intermedio de esos divinos

intérpretes, he redescubierto a mi propio ser. Usted habla de haberse sumergido durante tres años en Nietzsche y solamente en él. Lo comprendo, aunque nunca hice eso con ningún autor. ¿Pero puede leer hoy a Nietzsche con el mismo fervor? ¡Ah, ahí está el milagro! Quien tenga el poder de afectarnos con mayor y mayor profundidad cada vez que lo leemos, es realmente un maestro, no importa su nombre su jerarquía o su condición. Este pensamiento surge en mí cuando releo a mis autores favoritos. (Tengo la certeza, por ejemplo, de que si tomase *The Birth of Tragedy (*El Nacimiento de la Tragedia) —el único libro que he releído más que cualquier otro, según creo—, tengo la certeza, repito, de que quedaría "liquidado" para todo el día). ¿Qué significa este sostenido entusiasmo por tantos autores?, me pregunto muchas veces a mí mismo. ¿Significa que no he "evolucionado"? ¿Significa que soy ingenuo? *¿Qué?* Cualquiera que sea la respuesta, le aseguro que considero esta debilidad como una singular bendición. Y si al abrir un viejo favorito acaso encontrase en su libro una cita de otro de mis grandes favoritos, entonces mi júbilo sería ilimitado. Ayer mismo, cuando hojeaba *The Dance Over Fire and Water* (La danza_sobre el fuego y el agua), me sucedió precisamente eso. En fa página seis encontré esto de Wait Whitman: "El mundo será completo para quien sea completo él mismo."Y en la página ochenta y cuatro esto, también de Whitman: "Contempláis las Biblias y religiones como divinas, y yo os digo que son divinas. Pero digo que todas ellas han surgido de vosotros, podrán volver a surgir de vosotros y no son ellas quienes imparten vida, sino vosotros quienes impartís vida". (¡Puedo decir, aunque sólo sea una vez en mi vida, que me enorgullezco de que haya sido norteamericano quien habló así!)

Uno de los motivos por los cuales no puedo escribir extensamente sobre estos escritores favoritos es, primero, que no puedo abstenerme de citarlos copiosamente, y segundo, que se han introducido tan profundamente en mis mismísimas fibras que en cuanto empiezo a hablar de ellos repito su lenguaje. No tanto porque me avergüence de "plagiar" a los maestros, sino por que temo no ser capaz de recuperar alguna vez mi propia voz. Debido a nuestra abundante lectura llevamos dentro de nosotros tantas entidades, tantas voces, que es realmente raro el hombre que pueda decir que habla con su propia voz. En último análisis, ¿es realmente *nuestra* esa pizca de singularidad de que hacemos alarde como 2nuestra"? Toda contribución real o excepcional que hagamos surge de la misma fuente inescrutable de la cual todo deriva. No aportamos otra cosa que nuestra comprensión, lo cual es una manera de decir nuestra aceptación. No obstante, como todos hemos sido modelados de acuerdo con originales previos cuyo número no tiene fin, regocijémonos si en ocasiones resonamos como los gloriosos, resonamos como esos seres completamente vacíos que no pueden decir otra cosa que "Om".

Y ahora, para concentrarme algunos instantes en las múltiples cuestiones planteadas en su carta... no podría decirle lo mucho que me encantó que usted haya aprovechado tan pronto la cita que le envié de mi viejo "maestro" John Cowper Powys. En el mismo envío encuentro que el director literario de *Combat* también hace una transcripción del prefacio de *Visions and Revisions* (Visiones y Revisiones). Dentro de poco espero encontrar para usted uno de los libros de Powys sobre interpretación, que tengo la seguridad que ha de agradarle. Creo que nunca fue traducido al francés. Para los franceses indudablemente parecerá como "traer carbón a Newcastle". El otro día, para alegrar su corazón y cumplir una cortesía que le debía desde hace mucho tiempo, le dije "mon tres cher grand maítre". Si Elie Faure hubiese vivido cuando por último me armé del coraje necesario para llegar a su despacho, sin duda me habría arrodillado a sus pies para besarle la mano.

Usted habla de tener que conquistar el sentimiento de la "rebelión" en lo tocante a los primitivos ídolos de uno. Es completamente cierto, pero creo que esta es una fase transitoria. Las primeras emociones, las primeras reacciones, son las verdaderas e imperecederas, según solemos descubrir. (Descubrir es *recuperar.)* Sin embargo, debo confesar que siempre hay autores hacia los cuales, una vez perdido nuestro afecto o reverencia, jamás volvemos a recuperar nuestra actitud original. Es como la pérdida de la gracia. En este momento no recuerdo ni un solo escritor grande —grande según mi definición— que me haya decepcionado. En efecto, cuanto más me remonto entre mis ídolos, más auténtica y perdurable parece mi adoración. No hay decepciones. Particularmente en el ámbito de los "escritores para niños". No, lo sorprendente para mí es que, una vez entregada mi lealtad, he seguido siendo

leal. Recalco esto porque la lealtad no es uno de mis puntos fuertes. Las excepciones carecen de importancia en absoluto y en conjunto no vale la pena anotarlas. En lo que se refiere a los autores, me mantengo como el "constante amante".

Este rasgo peculiar (¿devoción, adoración?) hace que este libro crezca (hipotéticamente) hasta adquirir asombrosas proporciones. ¿Cómo finalizar mi testimonio? ¿Cómo poner punto final alguna vez a este canto de amor? *¿Y por qué ponerle fin? Yo,* que nunca he llevado un diario, comienzo a percibir lo tentador e imperioso que es el deseo de registrar el progreso del viaje interior de uno. Además, yo, que en varias ocasiones juré que había acabado con los libros, llegué un día al extremo de convertirme en trabajador manual, o peor que eso, un verdadero campesino, creyendo (vanamente) que superaría así la enfermedad.

La otra noche, releyendo *The Story of My Life* (La Historia de mi vida), de Helen Keller, encontré las siguientes líneas de su maestra, Anne Mansfield Sullivan:

"Creo que la lectura debería ser independiente de los ejercicios escolares regulares. Debe alentarse a los niños a leer por el gusto de leer. (¡Bravo!) La actitud del niño hacia sus libros debe ser una actitud de receptividad inconsciente. Las grandes obras de la imaginación deberían convertirse en parte de su vida, porque fueron la sustancia misma de los hombres que las escribieron".

Y agrega: "Me parece que con demasiada frecuencia se obliga a los niños a escribir antes de que tengan algo que decir. Si les enseñamos a pensar, a leer y a conversar sin represiones, escribirán porque no podrán evitarlo".

Cuando consignaba como suya la opinión de que "los niños se educan a sí mismos en condiciones apropiadas", me hizo pensar en el *Emilio* de Rousseau, y nuevamente cuando encontré la siguiente página sobre el lenguaje:

> El lenguaje brota de la vida, de las necesidades y de las experiencias de la vida. Al principio la mente de mi pequeña alumna estaba completamente en blanco. Había vivido en un mundo que no podía comprender. *Lenguaje* y *conocimiento* están indisolublemente unidos; son interdependientes. Una buena obra en lenguaje presupone y depende del verdadero conocimiento de las cosas. Apenas Helen captó la idea de que todo tenía un *nombre,* y de que por medio del alfabeto manual estos nombres podían transmitirse de una persona a otra, procedía a despertar su interés adicional en los *objetos* cuyos nombres aprendió a pronunciar con evidente regocijo. *Nunca le enseñé el lenguaje con el PROPÓSITO de enseñárselo,* sino que invariablemente utilicé el lenguaje como medio para la comunicación del *pensamiento;* así, el aprendizaje del lenguaje *coincidía* con la adquisición de conocimientos. Para emplear el lenguaje con inteligencia, debemos tener *algo de que hablar,* y el tener algo de que hablar es el resultado de haber tenido experiencias; ninguna enseñanza del lenguaje, por intensa que sea, permitirá que nuestros niños empleen el lenguaje con facilidad y fluidez si no poseen con claridad en sus mentes algo que desean comunicar o si no logramos despertar en ellos el deseo de saber lo que hay en las mentes de los demás.

Todo esto me conduce a su pregunta sobre Lawrence: ¿Por qué nunca terminé el estudio sobre él que había comenzado en París hace unos diecisiete años? Pero primero quisiera responder a la otra pregunta: si no me siento más cerca de Lawrence que de Joyce. En efecto, así es. Quizá demasiado cerca, o mejor estaba demasiado cerca cuando comencé a escribir ese *magnum opus: The World of Lawrence* (El mundo de Lawrence). Como el libro en que estoy trabajando ahora, también ése comenzó como un libro "chico". El editor de *Tropic of Cáncer* (Trópico de Cáncer), Jack Kahane, me había pedido que le escribiera más o menos un centenar de páginas sobre "mi gran favorito", D. H. Lawrence. Mi editor tenía la intención de publicar este "opúsculo" antes de que apareciera el libro sobre Cáncer, cuya edición por un motivo u otro estaba detenida desde hacía tres años o más. Si bien no cabe duda de que la idea no me agradaba, acepté a regañadientes. En el momento en que había escrito un centenar de

páginas me había enfrascado tanto en el estudio de la obra de Lawrence que ya no pude ver los árboles en el bosque. De este frustrado esfuerzo han quedado por lo menos varios centenares de páginas terminadas. Hay algunos centenares más que debería revisar y, por supuesto, también tengo voluminosas notas. Dos cosas conspiraron para frustrar la terminación de esta obra: el urgente deseo de seguir adelante con mi propia historia y la confusión que surgió en mi mente sobre lo que Lawrence en realidad representaba. "Antes de que el hombre estudie Zen —dice Ch'ing-yuan— para él las montañas son montañas y las aguas son aguas; después de haberse compenetrado con la verdad del Zen, mediante la instrucción de un buen maestro, las montañas no son montañas para él y las aguas no son aguas; pero después de esto, cuando realmente llega a la morada del reposo, las montañas vuelven a ser montañas y las aguas a ser aguas". Algo de esta índole reza para cualquier enfoque de Lawrence. Hoy ha vuelto a ser lo que era al principio, pero sabiendo y estando seguro de que es así, ya no experimento la necesidad de ventilar mis impresiones. Todos estos estudios críticos e interpretativos de escritores tan vitalmente importantes (para nosotros) creo que se hacen en nuestro propio interés. Nuestros afanes sólo sirven para comprendernos mejor a nosotros mismos. Nuestros sujetos raras veces necesitan nuestra defensa o nuestras brillantes interpretaciones. Por lo general en el momento en que llegamos a ellos están muertos. En cuanto al público, cada día me convenzo más de que también "él" necesita menos asistencia o instrucción; me parece que es más importante que el público luche por su cuenta.

En cuanto a Joyce, no cabe duda de que tengo una deuda con él. Es evidente que fui influido por él. Pero tengo más afinidad con Lawrence, lo cual es obvio. Mis antecedentes son los escritores de tipo romántico, satánico, confesional y subjetivo. Si bien lo que me atrae en Joyce es su don por el lenguaje, como señalé en el ensayo titulado "The Universe of Death", prefiero el lenguaje de Rabelais al de Joyce. Una vez dicho todo, empero, Joyce sigue siendo el gigante en la materia. No tiene parangón; virtualmente es un "monstruo".

Encuentro dificilísimo distinguir las influencias reales de las imaginarias. A pesar de que me he empeñado al máximo en reconocer *todas* las influencias, comprendo perfectamente que al valorar mi obra los escritores del futuro señalarán influencias que he ignorado y descartarán otras influencias en las cuales hice hincapié. Usted ha mencionado en su carta *The Rime of the Ancient Mariner* (La rima del viejo marinero). El autor de esa obra es un hombre que menciono muy pocas veces. Leí esta obra en la escuela, por supuesto, junto con *The Lay of the Last Minstrel.* Figuran entre los pocos libros cuya lectura en la escuela me agradó, se lo aseguro. Pero el libro que mejor recuerdo de la edad escolar, el libro que parece haber dejado una impresión indeleble en mí, aunque nunca llegué a releerlo, es *Idylls of the King* (Idilios del Rey) de Tennyson. ¿Por qué? ¡El Rey Arturo! El otro día, leyendo una carta del famoso Gladstone a Schliemann, el descubridor de Troya y Micenas, noté que decía que Schliemann pertenecía a otra era, a una era de fe, a una era de caballeros. No cabe duda de que este hombre, este hombre de negocios sumamente capaz y de mentalidad práctica, hizo más por la historia que toda la caterva de flatulentos "historiadores". Todo debido a su juvenil amor y fe en Homero. Menciono la carta de Gladstone, noble carta, porque siempre que toco las palabras fe, juventud y caballerosidad se enciende una llama en mi ser. He dicho hace un momento que mi verdadera descendencia arbórea fue esto y lo otro. ¿Pero qué es lo que nutre y sostiene la especie del escritor? ¡Lo heroico, lo legendario! En una palabra, la literatura de imaginación y aventuras. Cuando menciono el nombre del Rey Arturo pienso en un mundo que todavía vive aunque se haya perdido de vista al zozobrar; lo pienso realmente como un mundo verídico y eterno porque en él la imaginación y los actos son uno solo, y el amor y la justicia también son uno. Hoy parecería como si este mundo de la época de Arturo perteneciese exclusivamente al catedrático, pero resucita cada vez que un niño o una niña se inflama al contacto con él.

Esto me lleva a destacar lo completamente equivocados que están quienes creen que ciertos libros, por el hecho de haber sido reconocidos universalmente como "obras maestras", son los únicos que tienen el poder de inspirarnos y nutrirnos. Todo amante de los libros nombraría docenas de títulos que, porque abren su alma, porque abren sus ojos a la realidad, son para él libros de oro. No importa la valoración que hagan de ellos los catedráticos y

críticos, los sabios y las autoridades: para el hombre que por ellos ha sido tocado hasta la médula son supremos. No preguntamos al que nos abre los ojos con qué autoridad procede; no le exigimos credenciales. Tampoco debemos observar ni eterna reverencia ni eterna gratitud por nuestros benefactores porque cada uno de nosotros tiene, a su vez, el poder de despertar a los demás, y en realidad muchas veces lo hace sin quererlo. El hombre sabio, el santo, el verdadero catedrático, aprende tanto del criminal, del pordiosero y de la prostituta, como del santo, del maestro o del Buen Libro.

En efecto, le agradecería realmente que tradujese uno o dos cuentos de las *fabliaux.* Prácticamente no he leído nada de esta literatura. Esto me recuerda, aunque he recibido muchos libros de la lista recopilada por mí, que nadie me ha enviado todavía un buen libro sobre Gilíes de Rais o sobre Saladino, dos figuras en las cuales tengo enormes interés. Hay ciertos nombres que uno casi nunca encuentra en nuestros semanarios literarios. La gran diferencia entre los semanarios literarios europeos y los norteamericanos radica en el vacío de nombres y acontecimientos literarios que caracteriza a estos últimos. En los semanarios europeos el vacío está arracimado o salpicado de constelaciones: en una sola columna de *Le Goéland* (editada en Paramé-en-Bretagne), por ejemplo, se encuentran una docena de nombres célebres o más, tanto del pasado como contemporáneos, de los cuales nunca oímos hablar. Hasta en *Volonté,* que no es un periódico estrictamente literario, aparecen artículos sobre hombres, libros y acontecimientos que nunca veo mencionar en nuestros diarios o revistas. En los días en que trabajaba en el distrito financiero de Nueva York —para la Everlasting Cement Company— recuerdo cuánto placer me infundía, cuando iba a tomar el tren elevado en Brooklyn Bridge, ver al pie de esa interminable escalera el último número de *Simplicissimus.* En esos días teníamos por lo menos dos excelentes revistas en este país: *The Little Review* y *The Dial.* Hoy ni siquiera hay una sola buena revista en toda esta nación. Tampoco puedo dejar de decir una palabra sobre *Transition,* en cuyas páginas descubrí los nuevos nombres extranjeros más inquietantes, entre ellos uno que jamás he de olvidar: Gottfried Benn.

Pero volviendo a Saladino y Gilíes de Rais, —difícilmente podría haber dos tipos más opuestos—, he averiguado en nuestras bibliotecas los libros que tienen de ellos y obtuve algunos títulos, en su mayoría escritos por autores ingleses o norteamericanos. Estos títulos, sin embargo, no me inducen a pedir los respectivos libros; poseen ese atractivo inmediato y sensacional tan eminentemente norteamericano. No busco tanto una interpretación erudita sino poética. En el caso de Gilíes de Rais presumo que los estudios más serios han sido realizados por los psicoanalistas. Pero no quiero un estudio psicoanalítico de Gilíes de Rais. Si tuviese que elegir, preferiría una investigación católica de las obras de esa alma extraña.

Hablando de los libros que todavía busco, debería añadir que también quiero un libro sobre la Cruzada de los Niños. ¿Conoce usted alguno bueno? Recuerdo haber leído sobre este episodio completamente desusado de la historia cuando era niño; recuerdo mi extraordinaria desorientación, acompañada por una sensación de dolor como nunca había experimentado. Desde la niñez solamente he encontrado rápidas referencias sobre el tema. Ahora, al reabrir mi pasado remoto, encuentro que *debo* leerlo nuevamente.

En cuanto a Restif de la Bretonne —*Monsieur Nicolás* y *Les Nuits de París*— nadie me lo ha enviado todavía. Espero de un día para otro que me envíe un libro sobre Restif un agregado norteamericano en Jidda, quien me ha escrito varias veces hablándome de las notables afinidades entre el autor de los *Tropicsy* este singular escritor francés. Se imaginará lo curioso que estoy por libar la savia de esa extraña criatura.

Además de libros que no he pedido, recibo muchos que también quiero; por ejemplo, hasta ahora debo haber recibido unos dos tercios de los libros que figuran en la lista. Uno que leí inmediatamente apenas recibido fue una biografía de George Alfred Henty, mi escritor favorito en mi época de muchacho. La obra no es brillante (el autor es G. Manville Fenn) pero me sirve igual. Tras una espera de unos cuarenta y tantos años, me dio el extraordinario placer de dirigir una mirada al rostro de mi querido autor. Debo decir que la foto que aparece en la portada no es en ningún sentido ni desagradable ni decepcionante. Allí está mi querido Henty (siempre fue “Henty” a secas para mí), grande como la vida, con una cabeza voluminosa,

luciendo una barba a lo Whitman, una nariz grande y ancha, casi rusa, y una mirada franca, genial y afable en su semblante. Aunque no se parecen entre sí, no obstante me recuerda mucho a otro ídolo, Rider Haggard. Pertenecen al lado "viril" de los hombres de letras británicos. Hombres recios, firmes, honestos y honorables, muy reticentes sobre sí misinos, justos y rectos en sus tratos, capaces en muchos sentidos, interesados en muchas otras actividades, además de escribir: hombres activos, baluartes sólidos y buenos, como decimos. En sus modales y en su porte, en la variedad y alcances de sus actividades, hay mucho en común. Desde temprana edad ambos vieron el lado rudo de la vida. Ambos fueron grandes viajeros y pasaron un tiempo considerable en lugares remotos. Hasta en sus métodos de trabajo tuvieron muchos puntos en común. Si bien escribían veloz y prodigiosamente, dedicaron mucho tiempo a la acumulación, preparación y análisis del material. Ambos tenían vena de "cronista". Poseían una imaginación y una intuición altamente desarrolladas. Sin embargo nadie fue más crudamente realista que ellos y nadie estuvo más empapado de vida. Ambos gozaron también de cierto ascendiente al llegar a la mediana edad. Y ambos tuvieron la buena fortuna de contar con la ayuda de secretarios o amanuenses muy capaces a los cuales dictaban sus libros. (¡Cuánto los envidio por eso!)

Comprendo que Henty quizá sea un escritor que usted no conozca en absoluto, pero *fue* conocido por los muchachos norteamericanos e ingleses, quienes quizá lo valorasen tanto como a Julio Verne, Fenimore Cooper, el Capitán Mayne Reíd o Marryat. Pero quisiera citarle algunas observaciones de Fenn sobre este Henty, su obra y los motivos de su gran triunfo. Tienen una nota simpática. El niño, afirma, no quiere literatura *juvenil.* "Su mira es llegar a hombre y leer lo que los hombres hacen y han hecho. De ahí el gran éxito de las obras de George Henty. Son esencialmente viriles, y él (Henty) solía decir a sus muchachos que fuesen audaces, rectos y dispuestos a desempeñar el papel de hombres jóvenes, y no unos afeminados". (Henty fue prácticamente un inválido confinado durante los primeros años de su juventud y pasaba la mayor parte de sus días en cama, lo cual explica su temprana pasión por los libros: leía todo cuanto llegaba a sus manos. Esto también explica el agudo desarrollo de su imaginación...*y* su buena salud en los años posteriores de su vida, porque solamente el hombre que se inició en la vida siendo débil valora la buena salud y debe cuidarla).

> Inconscientemente —dice Fenn— preparaba el gran éxito de sus libros para muchachos reclutando en su favor los sufragios de ese grande y poderoso conglomerado de compradores de regalos que se encarga de la selección de sus obsequios. Por este conglomerado entendemos los instructores de nuestros muchachos, que, al examinar las listas de los editores, encuentran algún nombre famoso como héroe del argumento y exclaman: "¡Ah, historia, eso no ofrece peligro!" De esta manera Henty se vinculó con la gran cantidad de maestros que se unieron con él mano a mano; así fue que el escritor de libros que durante tantos años mantuvo su maravillosa producción de dos, tres y a menudo cuatro libros para muchachos por año, libros repletos de sólido interés y notable aventura natural, enseñó historia más duradera a los jóvenes que todos los maestros de escuela de su generación.

Pero sobre este aspecto es suficiente. Debo admitir que me resulta extraño descubrir los "sólidos caracteres" que poseían mis primeros ídolos, enterarme de que eran hombres de negocios, interesados en reformas agrarias, estrategia militar, *yatching,* caza mayor, intrigas políticas, arqueología, simbolismos y así sucesivamente. ¡Cuan extraordinario es leer, por ejemplo, que el lema de Henty bien habría podido ser: "Dios, el Soberano y el Pueblo". Qué contraste con los personajes que habrían de influirme posteriormente, tantos de ellos "patológicos" o, como Max Nordau diría, "degenerados". El dicho de Fenn de que "el neurótico distaba tanto de Henty como polos opuestos" me resulta ahora casi cómico. En la época de Henty la palabra "neurótico" casi no se conocía. Hamsun solía usar la palabra "neurasténico". Hoy es "psicótico" o "esquizofrénico". ¡Hoy! ¿Quién escribe hoy para los muchachos? En *serio,* quiero decir. ¿De qué se alimentan los jóvenes de hoy? La pregunta es

sumamente interesante...

Anoche tuve mucha dificultad para conciliar el sueño. Esto me sucede con frecuencia desde que trabajo en este libro. El motivo es sencillo: estoy inundado por tanto material, lo que tengo para elegir es tan enorme, que me resulta difícil decidir de qué *no* escribir. Todo parece a propósito. Todo lo que toco me recuerda la inagotable corriente de influencias concurrentes que han moldeado mi ser intelectual. Cuando releo un libro pienso en el momento, el lugar y las circunstancias que mis personalidades anteriores habían conocido. Conrad dice en alguna parte que el escritor sólo comienza a vivir cuando empieza a escribir, pero esto es una verdad a medias. Sé lo que quiso significar Conrad, pero la vida del creador no es la única vida y quizá no sea la vida más interesante que pueda tener un hombre. Hay tiempo para jugar y tiempo para trabajar, tiempo para crear y tiempo para no hacer nada. Y además hay un tiempo, también glorioso a su manera, en que uno escasamente existe, en que uno es un vacío completo. Me refiero a esos momentos en que el aburrimiento parece ser el material mismo de que está compuesta la vida.

Cuando mencioné hace un rato la Everlasting Cement Company. recordé los maravillosos compañeros que trabajaban conmigo en esa oficina de 30 Broad Street, Nueva York. De pronto me encontré tan cargado de recuerdos que tomé la libreta y preparé una lista de esas personas y de los episodios baladíes relacionados con ellos. Los vi con toda claridez y nitidez: Eddie Rink, Jimmy Tierney, Roger Wales, Frank Selinger, Ray Wetzler, Frank McKenna, *Mister* Blehl (mi *béte noir),* Barney o algo por el estilo (un simple ratón), Navarro, el vice-presidente, al que solamente encontrábamos cuando íbamos al lavabo; Taliaferro, el chispeante sureño de Virginia que repetía por teléfono unas doce veces por día, "Taliaferro no, *¡Tolliver!".* Pero mi memoria quedó anclada en un muchacho en el cual no pensé ni un solo instante el día en que me marché de la compañía a los veintiún años de edad. Se llamaba Harold Street y éramos buenos compañeros. Anotando distraídamente su nombre, puse al lado del mismo —¡para la posteridad!— "días en blanco". De esa manera asocio su nombre con el mío, con el recuerdo de días en blanco, días ociosos y felices pasados con él en el suburbio llamado Jamaica. Debemos de haber tenido algo en común, pero ya no recuerdo qué era. Sé sin lugar a dudas que los libros no le interesaban, como tampoco los paseos en bicicleta, como a mí. Lo visitaba en su casa, una mansión sombría, grande, intrincada y lúgubre donde vivía en compañía de una abuela, y el día transcurría en sueños. No teníamos ni el más remoto parecido en lo que hablábamos ni en la forma en que pasábamos el tiempo. Pero visitarlo en ese ambiente sereno y oscuro era un bálsamo para mí, según recuerdo. Presumo que yo envidiaba la quietud de su vida. Por lo menos en la medida que pude determinar, mi compañero no tenía problemas, lo cual era totalmente extraño para mí, porque yo estaba infestado de problemas. Harold era uno de esos jóvenes tranquilos, templados y asentados que saben desenvolverse en el mundo, que se adaptan bien y saben evitar el dolor y el pesar. Fue eso lo que me atrajo. Es indudable que he de descubrir los motivos más profundos de lo que antecede cuando estudie este período más a fondo en *Nexus,* que, como usted sabe, todavía no comencé a escribir. Sin embargo basta con llamar la atención sobre esos períodos "en blanco" en que, por fortuna para nosotros, ni siquiera nos preocupa saber quiénes somos y mucho menos qué haremos en la vida. Una cosa sé sin lugar a dudas: que fue el preludio de mi ruptura con la familia, de mi ruptura con la rutina oficinesca; la inquietud del vagabundo se había apoderado de mí y poco después habría de despedirme de todos mis amigos y también de mis familiares, para marcharme hacia el "dorado oeste" (el de Puccini y no el de los buscadores de oro). "¡Basta de libros!" dije para mis adentros. "La vida intelectual se terminó". Y después en la platanción frutera de Chula Vista, California, hice buenas migas con ese vaquero Bill Parr de Montana, quien tenía afición por la lectura y emprendía largas caminatas conmigo después del trabajo para hablar de nuestros autores preferidos. Debido a mi afecto por Bill Parr encontré a Emma Goldman en San Diego y sin quererlo lo más mínimo, volví una vez más al mundo de los libros, por intermedio de Nietzsche en primer término, y después de Bakunin, Kropot-kin, Most, Strindberg, Ibsen y todos los célebres dramaturgos europeos. ¡Así gira la rueda del destino!

Anoche no pude conciliar el sueño. Acababa de leer a otro viejo favorito —Edgar Saltus—,

escritor norteamericano del cual probablemente usted nunca haya oído hablar. Leía *The Imperial Purple,* uno de esos libros que creí me había enseñado algo de "estilo". La noche antes había terminado la biografía de Heinrich Schliemann escrita por Emil Ludwig, que me mareó, me mareó porque es casi increíble pensar lo que este hombre ha realizado en una sola vida. Sí, sé lo de Julio César, Aníbal, Alejandro, Napoleón, Thomas Edison, Rene Caillé (famoso por Tombuctú), Gandhi y veintenas de otros hombres "activos". Todos desarrollaron unas vidas increíbles. Pero este Schliemann, el dependiente de una tienda que se convierte en gran comerciante, que aprende dieciocho idiomas "de paso", como quien dice, y los habla y escribe correctamente, este hombre que durante toda su vida sostuvo una intensa correspondencia de su puño y letra —¡e hizo copias a mano de todas y cada una de las cartas!—, este hombre que inicia su carrera en Rusia como exportador e importador, que toda su vida viaja entre puntos distantes, que suele levantarse a las cuatro de la madrugada, que cabalga hasta el mar (en Falero) y nada en invierno y verano, que está en su despacho o en las excavaciones desayunando por segunda vez a las ocho de la mañana, que lee a Homero prácticamente siempre y que en los últimos años hasta se niega a hablar el griego moderno con su esposa pero insiste en utilizar el griego de la época de Homero, que escribe sus cartas en el idioma del hombre al cual se dirige, que desentierra los más grandes tesoros que el hombre haya descubierto jamás, que, etcétera, etcétera... Pues bien, ¿cómo dormir después de dejar un libro así? Orden, disciplina, sobriedad, perseverancia, constancia, autoridad, ¡cuan alemán era! Y este hombre se había hecho ciudadano estadounidense, residiendo algún tiempo en San Francisco y posteriormente en Indianápolis. Completamente cosmopolita y sin embargo totalmente alemán. Griego de corazón y todavía teutón. Fue el hombre más asombroso que pueda imaginarse. Descubriendo las ruinas de Troya, Micenas, Tirintos y otros lugares, y derrotando a sir Arthur Evans en el laberinto del Minotauro. Pero perdió porque el campesino que iba a venderle el terreno de Cnosos le había mentido sobre el número de olivares de la propiedad. Sólo 888 árboles, en vez de 2.500. ¡Qué hombre! He navegado por sus enormes tomos sobre Troya y Micenas; leí las páginas autobiográficas que insertó en uno de esos volúmenes y después decidí leer el libro de Ludwig para tener un cuadro completo del hombre.

¡Qué tarea para un biógrafo! Herr Ludwig examinó veinte mil papeles. Escuche sus palabras:

> Ante todo, estaba la larga serie de diarios y libretas de anotaciones que llevó y escribió casi sin interrupción desde los veinte hasta los sesenta y nueve años, el último de su vida. Estaban sus registros comerciales y sus libros de contabilidad, sus cartas familiares, sus documentos legales, sus pasaportes y diplomas, los enormes volúmenes de sus estudios lingüísticos, hasta sus ejercicios de escritura rusa y arábiga. Además de todo esto, había recortes de diarios de todos los lugares del mundo, listas con datos históricos y diccionarios recopilados por él mismo en unos doce idiomas. Como lo había guardado todo, encontré, junto con unos memorándums por demás ilustrativos, una invitación para asistir a un concierto de ayuda para una viuda pobre. Todos los papeles estaban fechados de su puño y letra.

No puedo dejar el tema sin hacer referencia a un incidente risueño y patético concerniente a Agamenón. Hacia el fin de sus días, discutiendo quizá por enésima vez la cuestión de si el cadáver que había exhumado era o no de Agamenón, Schlieman exclamó a su joven asistente, Dórpfeld: "¡Así que éste no es el cadáver de Agamenón; así que estos no son sus ornamentos? ¡Está bien, llamémoslo Schulze!"

Sí, todas las noches me acuesto y digiero el libro o los libros que estuve leyendo horas antes. (Apenas tengo dos horas cada día para hacer mi lectura). Una noche es la vida de Henty, la siguiente es la autobiografía de Rider Haggard en dos volúmenes, otra es un librito sobre Len, después la vida de Helen Keller, el siguiente estudio sobre el Marqués de Sade, más tarde un librito sobre Dostoievsky, sea el de Yanko Lavrin (otro viejo favorito y abridor

de ojos) o el de John Cow-per Powys; paso en rápida sucesión de una vida a otra —Rabelais, Aretino, Ouspensky— y después Hermann Hesse *(Voyage en Orient)* y su *Siddhartha* (debo leer dos versiones en inglés para compararlas con la alemana y la francesa), Elie Faure *{The Dance Over Fire and Water),* que en ciertos pasajes toca *The History of Art, The Black Death,* Bocaccio, *Le Cocu Magnifique, et c'est bien magnifique, comme je vous ai dit par carte-postale.* Quisiera detenerme un momento aquí. ¡Crommelynck! Un genio flamenco. A mis ojos es otro John Ford. Es un dramaturgo que ha contribuido con algo completamente original al repertorio del drama inmortal. Y de mi tema favorito: los celos. *¿Otelo?* ¡Se lo regalo! Prefiero a Crommelynck. Proust fue magnífico, a su manera laberíntica. Pero Crommelynck llega a lo absoluto. No veo cómo sería posible agregar algo más a este gran tema. (Mis respetos a su colega J. Dypreau por su excelente comentario sobre la reciente presentación de esta comedia en Bruselas. Me pregunto cuándo la veremos aquí. ¿Llegaremos a verla?).

Así es, no puedo conciliar el sueño de noche después de haber leído estos libros maravillosos. Cada uno de ellos bastaría para hacerme dar vueltas la cabeza como un trompo durante una semana. Algunos son nuevos para mí, otros son viejos. Se superponen y se entrelazan. Se complementan entre ellos, aunque parezcan por demás dispares. Todo es uno: Ah, ¿qué era esa línea de Faure que deseaba recordar? Ya está. “El artista apunta hacia un orden final”. Es cierto. Demasiado cierto, por desgracia “El orden está en nosotros y no en otra parte —dice—. Y no reina en todas partes si no tenemos el poder de hacerlo reinar en nosotros”.

Uno de mis lectores, un joven psicoanalista francés, me envía una cita de uno de los libros de Berdyaev donde éste habla del caos reinante en el mundo actual, que he conseguido reflejar, y después agrega que también hay caos en mí. ¡Como si yo no lo supiese! “El artista apunta hacia un orden final”. *Bien dit et vrai, méme s'ü essaie de ne ríen donner que le chaos qui reside en lui-méme. (¿a, c'est mon avis. Aux autres á denicher ou la vérité ou le complexe. La, je reste, moi.*

A esto permítame agregar que, al escribir a varios libreros amigos pidiéndoles los libros que quería, recibí substancialmente la misma bofetada gratuita en la cara: ¡Nunca he visto una mezcolanza tan grande de títulos! ¡Como si al seleccionar todos los libros que he leído en los últimos cuarenta años hubiera tenido que elegirlos con cierto orden agradable e inteligible! Donde ellos ven un fárrago yo veo orden y significado. Mi orden, mi significado. Mi continuidad. ¿Quién puede decir lo que debí haber leído y en qué orden? ¡Absurdo! Cuanto más descubro mi pasado tal como se revela a través de los libros que he leído, más lógica, más orden, más disciplina descubro en mi vida. La propia vida tiene mucho sentido aunque semeje un terremoto. No cabe duda de que ningún creador habría podido ordenar las desviadas y múltiples trayectorias que uno recorre, como tampoco las elecciones y decisiones que uno hace. ¿Imaginaría usted un libro en el cual se registrasen las vaguedades de cada uno de los mortales que existió sobre la tierra? ¿No sería cosa de locos llevar un cuaderno de bitácora así? No, tengo la seguridad de que, no importa las dificultades con que nosotros, los mortales, tropecemos para hallar el camino, el Creador tiene que tener dificultades similares y más fantásticas. Y si, como creo solemnemente, todo tiene sentido para Él, ¿por qué no ha de tener sentido también para nosotros, por lo menos en lo tocante a nuestras propias vidas individuales?

Si no puedo dormir de noche no es por los libros que estoy leyendo, ya que la extensión de mi lectura es infinitesimal comparada con lo que una rata de biblioteca devora en un día. (¡Imagínese a Napoleón en Santa Elena, pidiendo pilas de libros todos los días y devorándolas como lombriz solitaria, y pidiendo más y más!) No, no son los libros solamente sino los recuerdos asociados con ellos, los recuerdos de vidas anteriores, como he dicho previamente. Veo estas previas personalidades mías con la misma claridad que si viese a muchos amigos míos uno por uno. Y sin embargo hay un hecho que sencillamente no puedo superar: el hombre que yo era cuando leí por primera vez *Mysteries,* digamos, difícilmente parece distinto en algo con respecto al hombre que yo era ayer, el hombre que todavía soy, su-pongamos. Por lo menos no difiero en mi apreciación y entusiasmo por el autor de este libro. (El que haya sido “colaboracionista” durante la última guerra, por ejemplo, no significa

absolutamente nada para mí). Aunque como escritor tenga conciencia con cada nueva lectura de los "defectos" o, para ser más benigno, de las "debilidades" de mi autor preferido, el hombre que hay en mí todavía responde a él, responde a su lenguaje, a su temperamento, con la misma calidez. Puede que haya crecido —puede que no— de estatura intelectual, pero gracias a Dios, digo para mí mismo, mi ser esencial no se ha alterado. Creo que debe ser porque el llamamiento que se hace al alma propia es final e irrevocable. Y la esencia de otro ser la captamos con el alma y no con la mente, ni siquiera con el corazón.

Un día leí en el periódico francés *Combatwva* carta de H. G. Wells a James Joyce fechada en 1928. Era una carta que nos haría sonrojar de vergüenza ajena por un colega escritor. Me hizo recordar una comunicación del mismo tenor, pero con mejor espíritu, de Strindberg a Gaugin sobre los (nuevos) cuadros taitianos de este último. Pero escuchemos el tono del pomposo hombre de letras inglés: "*Vous croyezsans doute a la chasteté, á ¡apúrete et á un dieu personnel: c'est porquoi vous finissez toujours par vous repondré en cris de con, de merde et d'enfer".*

"¡Oh, Henry, qué hermosos dientes de *oro* tienes!" exclamó mi hijita de cuatro años la otra mañana al venir a la cama conmigo. *C'est ainsi queje m 'approche des oeuvres de mes confréres.* Veo lo hermosos que son sus dientes de oro, no cuan feos ni artificiales son.,.

Pero hay cositas pequeñas, pequeñas cosas personales, que también me mantienen despierto de noche después de terminar un libro. Por ejemplo, con insistencia me choca el hecho —y espero que usted no me crea tan egoísta— de que muchos escritores y artistas que adoro parecen haber terminado sus vidas más o menos en la época en que yo nací. (Rimbaud, Van Gogh, Nietzsche, Whitman, por nombrar apenas unos pocos.) ¿Qué deduzco de esto? Nada, en realidad. Pero me sirve para entretenerme. ¡Así que yo me abría paso para salir del vientre protestando, cuando ellos se disponían a descansar! Todo aquello por lo cual lucharon y murieron debo repetirlo de una manera o de otra. Su experiencia, su sabiduría de la vida, sus enseñanzas, nada heredo en virtud de su inmediata precedencia. Es más, debo esperar veinte, treinta y a veces cuarenta años hasta escuchar alguna vez mencionar sus nombres. Otra cosa sobre estas figuras: me interesa vivamente saber cómo terminaron, si por accidente, suicidio, enfermedad o pena. A veces me fascinan las circunstancias que acompañaron a su nacimiento. (Compruebo que Jesús no fue el único que predijo el día y la hora de su propia muerte). Los pocos que vivieron cómoda y holgadamente son superados considerablemente en número por las hordas que no conocieron otra cosa que la congoja y la miseria, que murieron hambrientos, torturados, perseguidos, traicionados, envilecidos, encarcelados, proscritos, decapitados, ahorcados o traicionados y descuartizados. En torno a cada hombre genial hay una constelación de genios similares; raros son quienes nacen fuera de época. Todos pertenecen y forman parte de épocas sangrientas. Los de la tradición, como decimos, viven y mueren de acuerdo con la tradición Pienso en Nikolai V. Gogol por el mismo motivo —el que escribiera *The Diary o/a Madman* (El diario de un loco), el autor de la *Iliada* cosaca— quien declara al final de una de sus narraciones: "¡Lugar siniestro este mundo, caballeros!". Él, Gogol, se instala en Roma, entre todos los lugares, temiendo permanecer en la Santa Rusia. (¡Ha observado usted, dicho sea de paso, en qué lugares tan extraños y a menudo remotos y desolados nuestros escribas escriben sus famosos libros?) *Dead Souls* (Almas muertas) fue completado en Roma. El segundo volumen Gogol lo quemó pocos días antes de su muerte; el tercero nunca lo empezó. Así, a pesar de su peregrinación a Palestina como santo penitente, este ser desgraciado, confuso y deprimido, que había esperado escribir una *Divina Comedia* para su pueblo, una comedia que contuviese "un mensaje", muere miserablemente, lejos de su país. El hombre que ha hecho reír y llorar a millones de personas, que ejerció una decisiva influencia sobre los escritores rusos (y otros) del porvenir, es rotulado antes de su muerte como "predicador del látigo, apóstol de la ignorancia y defensor del oscurantismo y la más negra de las opresiones". ¡Y por un ex-admirador! ¡Pero cuan maravilloso, cuan profético es el pasaje sobre la troika con el que termina el primer volumen! Janko Levin, del cual he tomado las observaciones que anteceden, dice que en este pasaje Gogol, "plantea a Rusia un interrogante que todos sus grandes escritores han venido preguntando desde entonces... preguntando en vano." He aquí el pasaje..

> Rusia, ¿no corres tú como fiera e incomparable troika? Debajo de ti el camino es humo, los puentes rechinan y todo queda muy atrás. A tu paso el espectador se detiene asombrado como ante un divino milagro. "¿No fue eso el destello de un rayo?", pregunta. ¿Qué es esta aparición tan cargada de térror? ¿Y qué es esta desconocida fuerza que impulsa a estos caballos nunca vistos hasta ahora? Ah, caballos, caballos: ¡qué caballos! Vuestras crines son torbellinos! ¿Y vuestras venas no vibran cual ágil oído? ¡Descendiendo desde arriba habéis captado la nota de la canción familiar, y al instante, al unísono, forzáis vuestros pechos de bronce y con vuestros cascos apenas tocando la tierra os transformáis en flechas, en líneas rectas que vuelan por el aire, y alla corréis bajo divina inspiración!... Rusia, ¿adonde vuelas? Contéstame. No hay respuesta. Los cencerros tintinean y llenan el aire con su maravilloso son; el aire silba y truena al convertirse en viento; todo lo que hay sobre la tierra vuela a su paso y, contemplándola admirados, otros pueblos y Estados se apartan para cederle el paso.

Sí, es un pasaje memorable, profético, no cabe la menor duda. Pero para mí evoca también otras emociones y reacciones En estas palabras —y especialmente cuando llega a "¡Contéstame! No hay respuesta" me parece escuchar la sonora música de tantos famosos desterrados, todos cantando la misma canción, aunque hayan odiado a la madre patria. "Estoy aquí. Vosotros estáis allá". Eso dicen. "Conozco mi país mejor que vosotros. Lo amo más, aunque le escupa. Soy el hijo pródigo y regresaré con honor algún día, si no es demasiado tarde. Pero no me moveré de aquí mientras no me hagáis ciudadano honorario de mi pueblo natal. Me muero de soledad, pero mi orgullo es más grande que cualquier soledad. Tengo un mensaje para vosotros pero no es el momento de revelarlo". Y así sucesivamente...

Conozco estos corazones llenos de angustia, llenos de esperanza, llenos de tanta mezcla de amor y odio como para hacer estallar a un hombre en dos.

Cuando le insté a leer con especial atención la obra llamada "The Brooklyn Bridge" (En *The Cosmological Eye),* quizá haya estado pensando un poco en todo esto. Usted tiene razón sobre *Black Spring.* Usted pone el dedo en la misma línea que ilustra este punto: "Agradezco a Norteamérica por haberme hecho comprender mis necesidades..." ¿Pero acaso no dije también: "Soy hombre del viejo mundo"? En cuanto a esas revistas miserables y ruines de que habla, no perdamos tiempo comentándolas. ¿A quién podrá importarle dentro de cincuenta años lo que pueda decir Roben Kemp o Edmund Wilson, o cualquiera de su laya?

Estoy de vuelta en Norteamérica y tengo los días ocupados. Demasiado ocupados. El gallo canta todas las mañanas a las 6.20 en punto. El gallo es Tony, mi hijito. Desde entonces en adelante no hay un momento de descanso. Muchas veces comienzo el día cambiándole el pañal y dándole una galletita. Después viene Valentín, "el Misterio de Dios", según anunció cierto día. A veces trabajo en la tierra de la huerta antes del desayuno, extendiendo las interminables trincheras superficiales en las cuales devuelvo lo que le hemos arrancado al suelo, como un buen campesino chino. Terminado el desayuno, corro a mi estudio y me pongo a contestar las cartas: todos los días tengo de quince a veinte cartas que contestar. Antes de ponerse el sol suelo llevar a los niños a pasear. Si salgo solo, regreso a casa trotando con la cabeza hecha una colmena de ideas. Sólo cuando entro en la espesura me encuentro realmente solo, únicamente entonces tengo oportunidad de vaciar la mente y volver a cargar la batería. Algunos días se interrumpen con la llegada de visitantes. En ocasiones entran uno tras otro, como los trenes. Apenas digo adiós a un vagón, cuando entra otro. Muchos de estos visitantes ni siquiera han leído mis libros, "¡Hemos oído hablar de usted!" dicen. ¡Como si eso justificase que se haga perder su precioso tiempo a una persona!

Escribo a ratos perdidos. Me considero afortunado si puedo dedicarme a escribir dos o tres horas al día. Esta carta para usted, por ejemplo, la empecé ayer, y quizá tenga que continuarla mañana. Me hace bien escribir una carta que no responde a una demanda, una carta gratuita, por así decirlo, que se ha acumulado en mí como las aguas en una presa. Hacía mucho que le

debía la presente. Usted la ha evocado sin saberlo. ¡Cómo odio esas cartas de estudiantes universitarios que están a punto de escribir una tesis sobre algún aspecto de mi obra o sobre la obra de algún amigo mío! ¡Las cuestiones que plantean, las demandas que hacen! ¿Y para qué? ¿Qué podría ser más inútil, que podría representar mayor derroche de tiempo que una tesis universitaria? (No todos los días conseguimos una tesis como la que escribiera Céline sobre Semmelweiss). Algunos, en su desorbitada ingenuidad, tienen el coraje de pedirme que les explique todas mis obras en un puñado de líneas. A veces, apoyándome en la pala, levanto la mirada desde la trinchera que estoy excavando —¡está comenzando, dicho sea de paso, a parecerse a una de esas obras monumentales que levantaban en las guerras balcánicas!—, a veces, como decía, levantando la mirada al inmenso cuenco del cielo donde planean las aves de rapiña, o mirando al mar, donde quizá no se divisa ningún barco, me pregunto para qué sirve todo esto, para qué esta loca actividad. No porque me sienta solo. Dudo haber experimentado esa sensación más de dos o tres veces en toda mi vida. No, simplemente me pregunto: ¿para qué? Usted me escribe, otros también me escriben diciéndome que deben difundirse mis obras, porque contienen algo de valor para el mundo. Conjeturo. ¡Qué bueno sería no tener absolutamente nada que hacer por un tiempo! Simplemente "asentarme" y meditar. Tamborilear los dedos. Nada más. Tal como están las cosas, de la única manera que podría tomarme vacaciones sería simular una dudosa enfermedad y quedarme en cama un día. Podría quedarme acostado horas enteras sin mirar un libro. Simplemente tendido de espaldas y soñando. ¡Qué lujo! Con toda seguridad, si pudiese elegir preferiría pasar mis "vacaciones" viajando a algún lugar remoto, como Tombuctú, la Meca o Lasa. Pero en vista de que no puedo hacer el viaje físico, realizo mis viajes imaginarios. Como compañeros elijo a algunos con mi mismo corazón: Dostoievsky, Ramakrishna, Elie Faure, Blaise Cendrars, Jean Giono o algún demomio o santo desconocido extraído de su reducto en los Himalayas. A veces me compongo de pronto —lo único que necesitaba era un cambio, un intervalo— y vistiéndome de un salto recorro el espacio para visitar a mi amigo Schatz o a mi amigo Emil White. (Ambos son pintores, pero el último todavía no lo sabe. No sabe cómo llamarse a sí mismo, pero todos los días produce otra miniatura persa de Big Sur). Para ver a otro escritor norteamericano sólo Dios sabe cuántas millas debo viajar.

Esto me recuerda que la otra noche leí una carta sumamente interesante y reveladora de Sherwood Anderson (2 de enero de 1936) a Theodore Dreiser. La carta fue motivada por el suicidio de Hart Crane y Vachel Lindsay, poetas norteamericanos bien conocidos. "Desde hace uno o dos años —empieza Anderson— tengo en mi mente algo que usted y yo hemos comentado y últimamente se agudizó con el suicidio de muchachos como Hart Crane, Vachel Lindsay y otros, por no hablar de la amargura de un Masters". (Edgar Lee Masters, autor de *Spoon River Anthology.)* "Si ha habido una traición en Norteamérica —prosigue— creo que es la traición de unos a otros. No creo que nosotros —y por "nosotros" entiendo artistas, escritores, cantantes, etc.— nos hayamos apoyado los unos a los otros en realidad". Agrega que ha venido pensando en expresar sus pensamientos sobre el particular en una carta general o folleto que se titularía "De norteamericano a norteamericano." Habla de nuestra soledad entre nosotros. Dice que sería útil que todos nosotros "volviéramos al viejo hábito de escribirnos cartas de hombre a hombre; hábito que en ciertos períodos existió en el mundo." Luego añade lo siguiente:

> Por ejemplo, Ted, suponte que todas las mañanas cuando te diriges a tu escritorio para trabajar, empezaras la labor del día escribiendo una carta, digamos, a otro que trabaja en la misma especialidad que tú. Suponte que debido a este esfuerzo produjésemos menos escritores. Quizá se produzcan demasiados. Lo sugiero porque es la única salida que veo a esta situación. No se trata de que quiera que tú me escribas. Podría darte nombres y domicilios de otros que te necesitan y a quienes tú necesitas. Me parece posible formar una especie de red de relaciones, algo que acerque más, digamos, a los escritores, pintores, compositores de canciones, etc., etc. (Más adelante, continuando la carta al día siguiente): ¿Puedes creer que Vachel Lindsay se habría quitado...

(el texto fue suprimido por el editor y no por mí) si ese día hubiera recibido dos o hasta tres cartas de cualquiera de nosotros?»

No sé lo que pensará usted de esta idea de Anderson. Quizá le parezca insípida. Pero a mí me atrae, siendo también norteamericano. Entiendo con eso que nosotros, los norteamericanos, siempre estamos dispuestos a ensayar una cosa aunque no estemos convencidos de antemano de que habrá de ser eficaz. Pero, como decía a un joven escritor que vive en las cercanías y que está poniendo en práctica la idea, es un proyecto más adecuado para los escritores jóvenes y desconocidos que para los viejos. ¿Por qué los escritores jóvenes y desconocidos no deberían comunicarse entre ellos sus necesidades, sus deseos, sus esperanzas y sus sueños? ¿Por qué no crean una red propia, un núcleo sólido, un baluarte defensivo contra la indiferencia del mundo, la indiferencia de los escritores mayores que han llegado, contra la indiferencia, la estupidez y la ceguera de los directores y editores en particular? He observado que el escritor mayor tiende a disuadir y no alentar al escritor joven. Conoce las trampas, los traspiés, las decepciones, los dolores de cabeza que asedian al novicio. Tienden a desilusionarse sobre el valor o la necesidad de cualquier trabajo creativo, incluido el propio.

Creo firmemente que el ciego debe ayudar al ciego, el sordo al sordo y los escritores jóvenes a los escritores jóvenes. Además, nosotros, los mayores, tenemos más que aprender de los jóvenes que ellos de nosotros. “Los tontos entran corriendo donde los ángeles temen marchar”, ¡Qué lástima! Pero también es una suerte que sea así. El otro día vino por aquí un pomposo científico de edad quien, discutiendo con un joven amigo mío sobre el próximo viaje a la luna, insistió en que no era momento de pensar con seriedad en tales aventuras, que tratar esas cosas antes de tiempo era más perjudicial que beneficioso. ¡Absurdo! Como si tuviéramos que sentarnos a esperar que los hombres de ciencia completen los preparativos y tomen todas las provisiones, para que nos digan “¡Vayamos!” ¿Alguna vez sucedería algo si se utilizase ese procedimiento?

Pero volviendo a Sherwood Anderson y a su buen amigo Dreiser. Creo que olvidé incluir a estos dos hombres entre mis “influencias” cuando anteriormente escribí sobre este asunto. Tuve la fortuna de conocer a Anderson pocas semanas antes de su muerte. Fue algo después de mi regreso de Europa. Sucedió que me alojaba en el mismo hotel que él. Concerté una cita para encontrarlo en un bar de las cercanías, y al llegar encontré, con la consiguiente sorpresa, que junto a él estaba John Dos Passos. Mi primera impresión, al saludarlos, fue lo raro que era el estar sentado con dos célebres escritores norteamericanos. Me pareció que valía la pena estudiar a estos “pájaros”. (En París, por supuesto, había conocido a unos cuantos escritores norteamericanos, pero estaban tan cerca de mí y me resultaban tan íntimos que nunca los consideré “hombres de letras”. Antes de eso, durante mi período de aprendizaje en Norteamérica, a duras penas recuerdo un escritor eminente, uno de nuestros escritores, quiero decir, que haya conocido y con el cual haya conversado.)

Por supuesto, esta sensación de crítica soledad se disipó inmediatamente por la cordialidad y amigabilidad que ambos irradiaban.

Eran muy, pero muy humanos, y en el acto me hicieron sentir cómodo. Menciono esto porque, hallándome de nuevo en Norteamérica, también me encuentro de nuevo con mi vieja actitud del novicio, del escritor desconocido. Ninguno de ellos había leído mis libros, tengo la absoluta seguridad, pero conocían mi nombre. Nos llevamos espléndidamente. Me mareó especialmente la extraordinaria habilidad de Anderson como narrador. También me impresionó su norteamericanismo, aunque en apariencia era cualquier cosa menos un norteamericano típico. Dos Passos me impresionó como muy norteamericano, aunque era todo un cosmopolita. En verdad no tardé en observar que se sentían muy cómodos en su propio país. Querían a Norteamérica. Además también la habían recorrido de punta a punta.

Digo que me encantó encontrar a Dos Passos allí en el bar. Sí porque, cosa extraña, la lectura de una de sus primeras colaboraciones en una revista —creo que *The Seven Arts*— me indujo a creer que yo también podría llegar a ser escritor alguna vez. Por supuesto, había leído muchos de sus primeros libros, como *Three Soldiers* (Tres Soldados), *Manhattan Transfery*

Orient Express. Capté en él al poeta, como capté también al narrador nato en Sherwood Anderson.

Pero antes de que cualquiera de ellos llegase a mi biblioteca había leído y adorado a Theodore Dreiser. Leí todas las obras suyas que pude obtener en esos lejanos días. Hasta llegué a modelar mi primer libro sobre la base de un libro suyo llamado *Twelve Men* (Doce Hombres). También me encantaba su hermano, al que pintaba con tanta ternura en este libro: Paul Dressler, el escritor de canciones. Difícilmente haría falta que le diga que Dreiser dio un enorme impulso a los escritores jóvenes de su época. Sus grandes novelas, como *Jenny Gerhardt, The Titán* (El Titán), *The Financier* (El Financiero) —que hoy calificamos de "enormes, pesadas e inflexibles" tuvieron extraordinaria repercusión. Eran sombrías, realistas, densas, pero jamás monótonas, por lo menos para mí. Eran novelas apasionadas, saturadas con el colorido y el dramatismo de la vida norteamericana; brotaban directamente de las entrañas y recibían el calor de la sangre del corazón del hombre. Tan sinceras parecen ahora, que hombres como Sinclair Lewis, Hemingway y hasta Faulkner resultan artificiales en comparación. He aquí un nombre que se había anclado en el centro de la corriente. Como periodista había visto la vida de cerca, había visto el lado donde estaba la costura, naturalmente. No era amargo sino honesto. Tan honesto como el mejor escritor norteamericano que hayamos tenido. Y si algo me enseñó fue eso: contemplar la vida honestamente. Pero también poseía otra cualidad: la plenitud. Se que los norteamericanos tenemos reputación de escribir libros voluminosos, pero no siempre son libros que tienen contenido. Hace un rato escribí sobre la diferencia del "vacío" entre los escritores europeos y los norteamericanos. El vacío del europeo, según mi parecer, es el mineral básico de su material; el del norteamericano, en cambio, está en su herencia espiritual o cultural. La «plenitud del vacío", que tanto se manifiesta en el arte chino, parece ser desconocida en el mundo occidental, tanto en Europa como en Norteamérica. Cuando hablé de la emoción que me proporcionó el mirar una revista o un semanario literario europeo, quise indicar el placer que el artista de la buhardilla experimenta cuando ve a un campesino revolviendo una olla de denso estofado, estofado que viene hirviendo, por así decirlo, desde hace una semana o más. No significa nada que un escritor francés embadurne su artículo con nombres y referencias altisonantes; eso forma parte de su cotidiana suerte literaria. Nuestros ensayos críticos e interpretativos son tan magros a este respecto que pensaríamos haber salido de la barbarie sólo ayer. Pero cuando se trata de la novela, cuando se trata de verter la experiencia cruda de la vida, el norteamericano tiende a dar una sacudida al europeo. Puede que el escritor norteamericano viva más cerca de las raíces, se embeba más en lo que se llama experiencia. No estoy seguro. Además, es peligroso generalizar. Podría citar varias novelas, particularmente de autores franceses, con las cuales no tenemos equivalente en contenido, materia prima, escoria, fertilidad, profusión y profundidad de experiencia. En general, empero, tengo la impresión de que el escritor europeo empieza desde el techo o el firmamento, si quiere. *Su* firmamento racial y cultural en particular, no *el* firmamento. Es como si trabajase con un teclado de tres pisos. A veces actúa en los planos superiores, su voz se afina y el material es ligero. El gran europeo, por supuesto, trabaja en todos los planos al mismo tiempo; sabe accionar todos los botones del órgano y es un maestro para los pedales.

Pero enfoquemos el asunto desde otro ángulo. Comparemos a dos hombres que en realidad no habría que comparar, puesto que uno fue novelista y el otro poeta: me refiero a Dostoievsky y a Whitman. Los he elegido arbitrariamente porque para mí representan las cumbres de la literatura moderna. Dostoievsky fue infinitamente más que un novelista, así como Whitman fue más grande que un poeta. Pero la diferencia entre los dos, por lo menos a mis ojos, es que Whitman, aunque menos artista, aunque no tan profundo, vio más allá que Dostoievsky. Sí, tuvo alcances cósmicos. Hablamos de él como "el gran demócrata". Ahora bien, ese apelativo jamás se le podría dar a Dostoievsky, no por sus creencias religiosas, políticas y sociales, sino porque Dostoievsky fue más y menos que un "demócrata". (Espero que cuando empleo la palabra "demócrata" se entienda un tipo de individuo autosuficiente excepcional para quien ningún gobierno es suficientemente grande, sabio, tolerante como para respetarlo como ciudadano). No, Dostoievsky era humano en ese sentido "demasiado

humano" de Nietzsche. Nos retuerce el pescuezo cuando desarrolla su pergamino de la vida. Whitman en comparación es impersonal; abarca la multitud, las masas, los grandes enjambres de la humanidad. Sus ojos están constantemente puestos en lo potencial, en el divino potencial que hay en el hombre. Habla de fraternidad; Dostoievsky habla de compañerismo. Dostoievsky nos agita en lo más hondo, nos hace estremecer y gesticular, gemir, cerrar los ojos a veces. Whitman, no. Whitman tiene la facultad de contemplarlo todo, sea divino o satánico, como parte de la incesante corriente heraclitiana. No hay fin, no hay principio. Un viento alto y firme sopla a través de sus poemas. Su visión tiene una cualidad sanadora.

Sabemos que el gran poema de Dostoievsky era Dios. Dios jamás fue un problema para Whitman. Él estaba con Dios, así como el Mundo estuvo con Dios desde el principio mismo. Dostoievsky virtualmente tuvo que crear a Dios, ¡y cuan hercúlea tarea fue! Dostoievsky se levantó desde las profundidades, y al llegara la cúspide conservaba todavía a su alrededor algo de las profundidades. Con Whitman veo la imagen del hombre que flota como corcho en la turbulenta corriente; se sumerge de vez en cuando, pero jamás corre peligro de hundirse para siempre. Su sustancia misma se lo impide. Podríamos decir, por supuesto, que nuestras naturalezas nos son dadas por Dios. También podríamos decir que la Rusia de la época de Dostoievsky era un mundo muy distinto de aquel donde creciera Whitman. Pero después de haber reconocido y de haber dado el énfasis debido a todos los factores que determinan el desarrollo del carácter como también el temperamento de un artista, vuelvo a la cuestión de la visión. Ambos tuvieron una vena profética; ambos estuvieron imbuidos de un mensaje para el mundo. ¡Ambos vieron claramente al mundo! Pero además, ambos se mezclaron con el mundo, no lo olvidemos. De Whitman mana una largueza divina; en Dostoievsky hay una intensidad y una acuidad casi sobrehumanas. Pero el uno destacó el futuro, mientras que el otro destacó el presente. Dostoievsky, como tantos otros rusos del siglo diecinueve, es escatológico: tiene una vena mesiánica. Whitman, firmemente anclado en el eterno ahora, en el flujo, es casi indiferente a la suerte del mundo. Muchas veces tiene el tono puro, ruidoso y optimista del hombre que da la bienvenida a su semejante. Sabe a fondo todo lo que el mundo tiene de bueno. Pero sabe más. Sabe que si el mundo tiene algo de malo, ningún manoseo de su parte podrá componerlo. Sabe que la única manera de corregirlo, si debemos usar esta expresión, consiste en que los individuos se corrijan primero a sí mismos. Su amor y compasión por la prostituta, el pordiosero, el proscrito y el afligido, lo eximen de inspeccionar y examinar los problemas sociales. No predica ningún dogma, no celebra a ninguna Iglesia, no reconoce ningún mediador. Vive al aire libre y circula con el viento, observando las estaciones y las revoluciones de los cielos. Su culto está implícito y por esa razón no podría hacer nada mejor que cantar hosannas todo el día. Tuvo problemas, lo sé. Tuvo sus momentos de amargura, sus pruebas, sus tribulaciones; quizá también haya tenido sus momentos de duda, pero todo esto jamás empañó su trabajo. Permanece no tanto como el gran demócrata sino como el cordial y franco cosmócrata. Posee abundante salud y vitalidad. Quizá *allí* haya puesto yo el dedo en la tecla. (No porque quiera comparar a ambos físicamente: al epiléptico frente al hombre de campo. No.) Me refiero a la salud y vitalidad que exuda su lenguaje y que refleja, en consecuencia su estado interior de ser. Recalcando esto, quiero indicar que la libertad de las preocupaciones culturales, la mita de preocupación por los exacerbantes problemas de la cultura, probablemente hayan tenido mucho que ver con el carácter tónico de su poesía. Ello le evitó los callejones interiores a que la mayoría de los hombres cultos de Europa están expuestos en un momento u otro. Whitman parece casi impermeable a todos los males del día, No vivía en su tiempo sino en un estado de plenitud espiritual. Al europeo le resulta mucho más difícil mantener tal "condición" cuando la alcanza. Es asediado por los cuatro costados. Tiene que estar en pro o en contra. Tiene que participar. Le resulta casi imposible ser "ciudadano del mundo": a lo sumo podrá ser "un buen europeo". Aquí también está resultando difícil estar por encima de la *mélée,* pero no imposible. Existe aquí un elemento de casualidad que en Europa parece completamente eliminado.

¿Habré indicado con claridad lo que deseaba poner de relieve? Hablaba de la plenitud de la vida, tal como se refleja en la literatura. En realidad me concierne la plenitud del mundo. Whitman está más cerca de los upanishads, Dostoievsky del Nuevo Testamento. El rico

estofado cultural de Europa es un tipo de plenitud, el pesado mineral de la vida cotidiana de Norteamérica es otra. Comparado con Dostoievsky, Whitman en un sentido es vacío. No es el vacío de lo abstracto tampoco. Es más bien un vacío divino. Es la cualidad del indecible vacío del cual surgiera el caos. Dostoievsky es caos y fecundidad. En él la humanidad no es sino el centro del vertiginoso torbellino. Tenía la facultad de dar nacimiento a muchos órdenes de humanidad. Para prescribir algún vivífico casi podríamos decir que tuvo que crear un Dios. ¿Para sí? En efecto. Pero también para todos los demás hombres y mujeres. Y para los niños de este mundo. Dostoievsky no pudo vivir solo, no importa lo perfecta que fuese su vida o la vida del mundo. Whitman, en cambio, pudo. Este es el Whitman que llamamos gran demócrata. Y lo fue, no cabe la menor duda. Lo fue porque había alcanzado la autosuficiencia... ¡Cuántas especulaciones abre este pensamiento! Whitman llegó, mientras que Dostoievsky todavía aleteaba en dirección al cielo. Pero aquí no es cuestión de precedencia, no es cuestión de superior o inferior. El uno es un sol, si usted quiere; el otro es una estrella. Lawrence habló en alguna parte de que Dostoievsky trataba de llegar a la luna de su ser. Es una típica imagen lawrenciana. La respaldaba una tesis que Lawrence trató de sostener. No doy hacha para destruir: acepto a ambos, a Dostoiesvky y a Whitman en esencia y en expresión. He colocado codo a codo a estas dos luminarias simplemente para poner de relieve ciertas diferencias. El primero parece irradiar para mí una luz humana y se le considera un fanático, un ser demoníaco; el otro irradia una luz cósmica y fría y se le considera hermano de todos los hombres, el hombre en el centro de la vida. Ambos *dieron* luz, esto es lo importante. Dostoievsky es todo pasión, Whitman es compasión. Una diferencia de voltaje, si usted quiere. En la obra de Dostoievsky se tiene la impresión de que el ángel y el diablo marchan cogidos de la mano; se comprenden entre ellos y se toleran. La obra de Whitman está desprovista de tales entidades: hay humanidad bruta, hay naturaleza grandiosa y eterna, y hay aliento del gran Espíritu.

Muchas veces he mencionado la célebre fotografía de Dostoievsky que solía contemplar hace años; colgaba en el escaparate de una librería de la Segunda Avenida de Nueva York, Ese siempre será para mí el verdadero Dostoievsky. Es el hombre del pueblo, el hombre que sufrió por él y con él. Es el eterno mujik. No importa saber si este hombre fue escritor, santo, criminal o profeta. Llama la atención su universalidad. En cuanto a Whitman, la foto que siempre identifiqué con su ser, la que todo el mundo conoce, he descubierto el otro día que ya no es válido para mí.

En el libro escrito sobre Whitman por Paul Jamati encontré una fotografía de Whitman tomada en el año 1854. El tenía entonces treinta y cinco años y acababa de encontrarse a sí mismo. Posee la mirada del poeta oriental y estoy a punto de decir el “sabio” oriental. Pero en la expresión de sus ojos hay algo que no es la mirada del sabio. Es simplemente un tinte de melancolía, o por lo menos es lo que a mí *me parece.* Todavía no ha llegado a ser el colorado vate con bigote de la famosa fotografía. Es, sin embargo, un rostro que llama la atención por su hermosura y por la profunda indagación de los ojos. Pero, si pudiera aventurarme a decirlo sobre la base de una simple foto, también en esos ojos celestes hay una remota mirada estelar. La mirada “velada” que registran y que el juego de labios contradice, proviene de contemplar al mundo como si fuese “extraño”, como si él hubiese sido traído desde arriba o desde el más allá, para atravesar una innecesaria (?) experiencia aquí abajo. Sé que esta declaración es extraña y quizá carezca por completo de fundamento. Es una simple intuición, un simple resplandor. Pero el pensamiento me persigue y, no importa que sea justificable o no, ha alterado mi concepción de la forma en que Whitman contemplaba el mundo y el aspecto que tenía *para* el mundo. Choca perturbadoramente con la imagen que preservaba sin interrogantes, la imagen del genial mezclador, del hombre que marchaba con la multitud. Esta nueva imagen de Whitman fue tomada seis años antes del estallido de nuestra Guerra Civil, que fue para Whitman lo que Siberia para Dostoievsky. En esta mirada de 1854 leo su ilimitada capacidad para compartir los sufrimientos de sus semejantes, veo por qué atendió a los heridos en el campo de batalla, por qué el destino, en otras palabras, no colocó en sus manos una espada. Es la mirada del ángel de la guarda, de un ángel que también es poeta y vidente.

Debo hablar más todavía de esta extraordinaria foto de 1854, que *no es* la foto, dicho sea de paso, que Jamati encuentra tan notable. Acabo de echar un vistazo a la foto de la cual habla Jamati, el daguerrotipo con el cual se hizo un grabado en acero y que sirvió de portada para la primera edición de *Leaves of Grass* (Hojas de Hierba). Para mí no hay nada notable en ella; ¡millares de jóvenes norteamericanos de ese período habrían podido pasar por *este* Whitman! ¡Lo asombroso, para mi mente, es que el mismo hombre haya parecido tan distinto en dos fotografías tomadas el mismo año!

Buscando una descripción física exacta de Whitman, miré el libro de su amigo, el médico canadiense Richard Maurice Bucke. Lamentablemente se trata de una descripción de Whitman a los sesenta y un años de edad. No obstante... dice Bucke: "Tiene las cejas muy arqueadas, de manera que hay mucha distancia desde el ojo hasta el centro de la ceja. (Éste es el rasgo facial que más llama la atención a primera vista.) Los ojos son ligeramente azules, no grandes: en realidad, comparados con la cabeza y la cara parecen bastante pequeños; son opacos y pesados, inexpresivos y toda la expresión que tienen es de bondad, compostura y suavidad". Agrega que "sus mejillas son redondas y lisas. En su rostro no hay líneas que expresen preocupación, cansancio ni edad... Nunca, ni siquiera momentáneamente, he visto que su mirada exprese desprecio o algún sentimiento malsano. Nunca lo he visto burlarse de ninguna persona o cosa, ni manifestar en absoluto alarma o aprensión, aunque en mi presencia ha sido colocado en circunstancias que habrían provocado ambas cosas en la mayoría de los hombres". Habla del "pronunciado color rosa" del cuerpo de Whitman. Y concluye así: "Su semblante es el más noble que jamás he conocido".

En las pocas páginas que Bucke dedica a Whitman en este volumen, encuentro cosas más importantes que todos los libros escritos por los "profesores de literatura" que lo han convertido en "objeto de estudio". Pero antes de señalar algunos pasajes sobresalientes, permítame decirle que al hacer mis consideraciones sobre la dualidad de Whitman, olvidé completamente que era Géminis, quizá el ejemplo más acabado y completo de este tipo que haya vivido jamás, como Goethe fue el más grande ejemplo de Virgo. Bucke ha enfocado toda la potencia de su reflector sobre los seres nuevo y viejo que Whitman consiguió hacer compatibles. Recalcando el súbito cambio operado en el ser fundamental del hombre, lo cual ocurrió cuando tenía entre treinta y cuatro a treinta y cinco años, dice: "Esperamos y siempre hallamos una diferencia entre los escritos tempranos y maduros del mismo hombre... Pero en el caso de Whitman *(como en el de Bazac*) escritos que no tenían ningún valor fueron seguidos *inmediatamente* (y, por lo menos en el caso de Whitman, sin práctica ni estudio alguno) por páginas a través de las cuales, en letras de etéreo fuego, están escritas las palabras VIDA ETERNA; páginas no solamente cubiertas por una obra maestra, sino también por frases tan vitales como no han sido escritas diez veces en la historia de la raza..."

Ahora transcribiré algunas observaciones que hallo singularmente interesantes y significativas...

> Durante mis conversaciones con él en esta época, Walt Whitman siempre negó que hubiese alguna intención elevada en sí mismo o en sus poemas. Si aceptáramos sus explicaciones, eran sencillas y corrientes. Pero cuando nos ponemos a pensar en estas explicaciones y penetramos en el espíritu de las mismas, encontramos que en él lo sencillo y corriente comprende lo ideal y lo espiritual.
>
> Cierto día me dijo (he olvidado a propósito de qué): "He imaginado una vida que debía ser la vida del hombre medio en circunstancias comunes, siendo al mismo tiempo grande y heroica".

¡Le ruego tener presente esto! En breve volveremos a tratarlo. Su importancia es devastadora.

> Raras veces leía algún libro a fondo deliberadamente, y en su lectura no había un método que se evidenciara en todo lo que hacía; es decir, carecía por

completo de sistema.

No leía en otro idioma que en inglés, pero creo que sabía mucho más francés, alemán y español de lo que admitía. Sin embargo, si se aceptaba lo que decía, sabía muy poco de cualquier tema.

Puede que en realidad ningún hombre haya simpatizado con tantas cosas y antipatizado con tan pocas como Walt Whitman. Todos los objetos parecían encerrar encanto para él; todas las visiones y sonidos, al aire libre y bajo techo, resultaban de su agrado. Daba la impresión de que le agradaban (y creo que realmente le agradaban) todos los hombres, mujeres y niños que veía (aunque jamás le oí decir que le gustase alguien), pero todos los que le conocieron sentían que los apreciaba y que también apreciaba a los demás... Amaba especialmente a los niños y los niños le querían y confiaban en él inmediatamente.

Para jóvenes y viejos su contacto tenía un encanto indescriptible, y si fuese posible describirlo no se le daría crédito, excepto por las personas que le conocieron personalmente o a través de *Leaves of Grass.* Este encanto (más fisiológico que psicológico), si fuese comprendido, explicaría todo el misterio del hombre y cómo no solamente fue capaz de producir estos efectos en los sanos, sino también entre los enfermos y los heridos.

No conversaba mucho... Nunca le escuché discutir ni porfiar, y jamás hablaba de dinero. Siempre justificaba, a veces como jugando, a veces seriamente, a quienes hablaban duramente de él mismo o de sus escritos, y muchas veces me pareció que esas violentas críticas, calumnias y ataques de sus enemigas le agradaban. Dijo que sus críticos tenían mucha razón, que detrás de lo que veían sus amigos, él no era todo lo que parecía y que, desde el punto de vista de sus adversarios, su libro merecía todas las cosas duras que podían decir y que sin duda él, personalmente, merecía eso y mucho más.

Cierto día dijo: “A fin de cuentas, la gran lección es que ningún paraje natural —ni los Alpes, el Niágara, Yosemite o nada por el estilo— es más grandioso ni más hermoso que el amanecer y la puesta del sol comunes, que la tierra y el cielo, que los árboles y la hierba comunes”. Debidamente entendido, creo que esto sugiere la enseñanza central de sus escritos y de su vida: que el lugar común es la más grande de todas las cosas; que lo excepcional en cualquier orden no es más fino, mejor ni más hermoso que lo usual, y que realmente no hace falta que poseamos algo que no tenemos en el presente, sino que abramos los ojos para ver y nuestros corazones para sentir todo lo que poseemos.

Jamás habló despectivamente de ninguna nacionalidad o clase de hombres, o de ninguna época de la historia del mundo, como tampoco (ni siquiera) del feudalismo, o en contra de cualquier oficio u ocupación, ni siquiera contra ningún animal, insecto, plantas o cosas inanimadas, ni de ninguna de las leyes de la naturaleza o de los resultados de esas leyes, como la enfermedad, la deformidad o la muerte. Jamás se quejó ni protestó por el tiempo, el dolor, la enfermedad o cualquier otra cosa. Nunca, en sus conversaciones, en ninguna compañía ni en ninguna circunstancia, empleó un lenguaje que no fuese delicado (por supuesto, en sus poemas ha empleado un lenguaje que se consideró poco delicado, pero nunca lo ha sido)... Jamás pronunció improperios; no podría haberlo hecho, porque, que yo sepa, jamás habló con resentimiento y al parecer nunca estuvo enfadado. Jamás exhibió miedo ni creo que alguna vez lo haya sentido...

Yendo ahora al pasaje de la prosa de Whitman que debe vincularse con el que señalara anteriormente. Bucke dice al respecto que “parece profético de la raza del mañana”. No sé cómo es posible, quisiera decirle, mi querido Lesdain, no solamente que considero este pasaje

la clave de la filosofía de Whitman, la médula misma de esa filosofía, sino que —y una vez más le ruego no interpretar esto como egoísmo— considero que expresa mi propia visión madura de la vida. Hasta llegaré más allá para decir —y ahora sí que puede que se sorprenda— que esta visión de las cosas me resulta esencialmente norteamericana o, expresándolo de otra manera, como la promesa subyacente que no solamente inspiró a nuestros mejores representantes sino que es sentida y comprendida por el llamado "hombre común". Si estoy en lo correcto, si esta visión amplia, fácil, genial y sencilla de la vida se refleja (aunque sea tenuemente) en los estratos más altos y más bajos de la sociedad norteamericana, existe realmente la esperanza de que nazca en este continente una nueva raza de hombres, esperanza de un nuevo cielo y de una nueva tierra. Pero no quisiera retener más tiempo la declaración...

> Una raza nacida y criada naturalmente, que crezca en condiciones correctas de armonía, actividad y desarrollo al aire libre y bajo techo, con toda probabilidad, en estas condiciones y a raíz de ellas, hallaría suficiente simplemente *vivir*—y, en sus relaciones con el cielo, el aire, el agua, los árboles, etc., y en el sinnúmero de espectáculos comunes y en el hecho de la *vida* misma, descubriría y alcanzaría la felicidad— con el Ser invadido día y noche de éxtasis total, superando todos los placeres que la riqueza, los entretenimientos y hasta las gratificaciones intelectuales, la erudición o el sentido del arte pueden dar.

Usted considerará que peco de presuntuoso, de isleño, de absurdamente patriótico o lo que sea, pero insisto en que el tono de este pasaje, la nota distintiva que toca y su arrolladora integración (y aniquilación al mismo tiempo) son absolutamente norteamericanos. Diría que sobre esta roca —temporalmente olvidada— se fundó Norteamérica. Porque es roca sólida este pensamiento, esta plataforma, y no una vaporosa abstracción del intelecto. Es aquello en lo cual los más altos representantes de la raza humana han creído y por lo cual han abogado, si bien sus pensamientos fueron tristemente deformados y mutilados. Que éste es el destino del hombre común, de todos los hombres, y no el camino del elegido, de los pocos elegidos, es lo que lo hace parecer más verídico y valedero para mí. Siempre he contemplado a los "elegidos" como los precursores del tipo de hombre que vendrá. Contemplados desde el punto de vista histórico, representan los picos de las diversas pirámides que la humanidad ha erigido. Contemplados desde el punto de vista eterno —¿acaso no estamos siempre frente a lo eterno?— representan las semillas que formarán la base de las nuevas pirámides del mañana. Siempre esperamos la revolución, pero la verdadera revolución tiene lugar constantemente. Y el nombre de este proceso más profundo es emancipación, *autoliberación,* en otras palabras. ¿Qué citó Faure de Whitman? "El mundo será completo para quien sea completo." ¿Hace falta agregar que para tales seres el gobierno es superfluo? Sólo puede haber gobierno —o sea la abdicación del Yo, la abdicación de los propios derechos inalienables— donde hay seres incompletos. La Nueva Jerusalén sólo podrá ser construida y emancipada por los individuos. Eso es comunidad. Eso es "el colectivo absoluto". *¿Lo veremos alguna vez?* Si lo vemos ahora con los ojos de la mente, lo veremos con la única realidad que para siempre jamás ha de tener.

"Zen es la vida de todos los días", hallará escrito usted en cualquier libro sobre la materia. "El Nirvana es susceptible de alcanzarse *ahora",* encontrará también en cualquier libro sobre el tema. Es difícil que logro sea la palabra apropiada, porque la "realización" implícita en tales declaraciones es algo que debe *realizarse* en el presente inmediato... ¡Cuánto se parece al Zen esto de Whitman!: "¿Es afortunado haber nacido? Es exactamente tan afortunado como morir".

Resumiendo sus páginas sobre Whitman, Bucke hace, entre otras cosas, las siguientes declaraciones:

> En ningún hombre que haya existido jamás, el sentido de la vida eterna fue

tan absoluto.

El miedo a la muerte estaba ausente. Ni en la salud ni en la enfermedad mostró ningún signo de miedo, y existen abundantes motivos para creer que no lo sintió.

No tuvo noción del pecado.

¿Y del Mal? Oigo de pronto la voz de Dostoievsky. Si hay mal, no puede haber Dios. ¿Acaso este pensamiento no preocupaba a Dostoievsky? Quien conozca a Dostoievsky sabe los tormentos que sufrió por este conflicto. Pero el rebelde y dubitativo es silenciado hacia el fin, silenciado por una magnífica afirmación. ("No resignación", como señala Janko Lavin.)

> Ama la creación de Dios y cualquier grano de arena que hay en ella. Ama cualquier hoja, cualquier rayo de la luz de Dios. Si amas todo, preservarás el divino misterio de las cosas. (Padre Zosima, alias el verdadero Dostoievsky.)

¿Y del Mal?

Whitman respondió así, no una vez, sino muchas, muchas veces: "Y digo aquí que en realidad el mal no existe".

Veinte años después de haber entrado en la nueva vida, de haber tomado el camino para convertirse en el camino, como Lao-tse, como Buda, como Jesús, Whitman nos da el revolucionario poema *Prayer of Columbus* (Oración de Colón), ostensiblemente, como dice Bucke, como su propia oración, en la cual describe en dos inmortales líneas la luminosidad que le había sido conferida:

> Rara luz indecible que alumbra a la luz misma,
> Más allá de todo signo, descripción o lenguaje.

Se imagina a sí mismo en su lecho de muerte; su estado es, para las normas mundanas, lamentable. Parecería que Dios le hubiese abandonado o castigado. ¿Duda Whitman? Las dos últimas líneas del poema que acabamos de mencionar nos dan la respuesta. Bucke escribe sobre ese momento: "¿Qué dirá a Dios? Dice que Dios lo conoce a fondo, y que está dispuesto a entregarse en las manos de Dios". Cómo podría caber alguna duda en el pecho de un hombre que había escrito: "Siento y sé que la muerte no es el fin, como creíamos, sino el verdadero comienzo, y que nada jamás está perdido ni puede perderse, ni siquiera morir, ni el alma ni la materia".

Las interrogantes, las dudas, los desmentidos e inclusive la negación que abundan en los trabajos de Dostoievsky, expresados a través de sus diversos personajes y que revelan su obsesión por el problema de la certidumbre, ofrecen un notable contraste con la actitud que Whitman adaptó toda su vida. En ciertos aspectos Dostoievsky nos recuerda a Job. Enjuicia al Creador y a la vida misma. Citemos nuevamente a Janko Lavin: "Incapaz de aceptar la vida espontáneamente, se vio obligado a encararla como un problema". Y agrega inmediatamente: "Pero la vida como problema exige un significado que tiene que satisfacer a nuestros seres racionales e irracionales. En cierta etapa "el significado de la vida hasta puede llegar a ser más importante que la vida misma. Se puede rechazar la vida por completo, salvo que su significado responda a las más altas demandas de nuestra conciencia".

Hace algunas semanas encontré, revisando mis papeles, un artículo recortado de la revista *Purpose* (Londres, 1937). Había sido escrito por Erich Gutkind y versaba sobre Job. Esta nueva lectura me impresionó enormemente. Tengo la seguridad de que no había captado el significado esencial de sus palabras cuando lo leí, y por eso lo guardé cuidadosamente en 1937. Menciono este pequeño, medular y compacto ensayo porque en él Gutkind explica el problema de una manera como nunca he visto hasta entonces. Tiene vinculación con mis observaciones precedentes sobre Dostoievsky.

"En el libro de Job —dice— Dios ya no es medido por el mundo, por el orden o desorden del mundo, sino que el mundo es medido por Dios. Aquí el patrón (como lo es la luz en el

caso de Einstein) es Dios. Y lo que cambia es el mundo. El Libro de Job nos lleva a una comprensión más profunda del mundo". Seguidamente procede a explicar que la idea cristiana del pecado, y también la doctrina de la reencarnación, con su noción del Karma, la idea, mejor dicho, de que "el sufrimiento de todos se explica por sus propios *pecado",* es rechazada de plano en el Libro de Job.

> "El sufrimiento no es el pago de una deuda —dice—, sino una carga de responsabilidad. Job no tuvo que responder por los pecados que había cometido. Cargó sobre sus hombros el terrible problema del sufrimiento." (Observemos cómo todo esto se vincula con Dostoievsky.) El interrogante con el cual lidió es un interrogante básico sobre el orden del mundo, la lucha entre Dios y Satán. Es el interrogante de si el mundo tiene significado o carece de él. ¿El mundo es bueno o malo?

Y así sucesivamente. Gutkind señala, *en passant,* que al final todo le fue devuelto a Job: su riqueza, su salud y también sus hijos. "Job no perece como los héroes griegos".

A continuación, sumergiéndose en el centro del problema, dice: "Pero preguntemos con Job: ¿Qué representa el ciego dominio del Destino? ¿Qué tipo de extraña esfera es ésta en que Dios todo lo deja librado a la acción de la casualidad?" Dice que la respuesta de Dios a Job no parece satisfacer el grito de su alma. Dios respondió a Job cosmológicamente, afirma. "¿Dónde estabas tú cuando fundé el cosmos?" Ésa fue la repuesta de Dios. Señala que "en el cosmos todo obedece a leyes. Allí todo es pecado con todo lo demás... Todo está equilibrado". La naturaleza es el dominio del Destino, afirma. Expresa que Job, al tratar de comprender las modalidades de Dios, "toma a Dios como una especie de causa, como una fuerza natural". "Pero —dice él— Dios no solamente es un principio que permite explicar o impartir significado al universo. Ése es el Dios de los teólogos, un Dios abstracto".

> En el cosmos, el hombre y Dios jamás pueden reunirse. La idea panteísta de que Dios se halla en todas partes en la naturaleza es una de las causas de la decadencia del concepto de Dios... Nada tiene realidad en sí. La naturaleza es relativa en todas sus formas. Todo fenómeno forma parte de una red indescriptiblemente complicada de relaciones. La realidad no está allí. La tradición judía enseña que Abraham buscó a Dios en el cosmos, pero no lo encontró allí. Y como no pudo encontrarlo allí, fue llevado a buscar a Dios donde éste se revela, o sea en la conversión directa entre Dios y el hombre.

Después sigue esto, que es a donde yo quería llegar:

¡Uno siempre debe comunicarse como si Dios no existiera! Quizá no expliquemos el rompecabezas de la naturaleza por medio de Dios: ése sería el fin de la ciencia. Quizá no esperemos el socorro de Dios: ése sería el fin de la iniciativa humana. Cuanto menos nos preocupemos por la idea de Dios en nuestra explicación del mundo y en nuestra vida práctica, con mayor claridad Dios ha de aparecer. Esto enseña el Libro de Job cuando Dios pregunta: "¿Dónde estabas tú cuando fundé el cosmos?" Más todavía: "¿Dónde estás tú cuando dirijo el cosmos?"

Se ha dicho con frecuencia de Whitman que tenía un ego desmesurado. Abrigo la seguridad de que lo mismo podría decirse de Dostoievsky, si los contemplamos estrechamente, porque en la extremada humildad de Dostoievsky había extraordinaria arrogancia. Pero examinando los egos de hombres así no descubrimos nada porque trascienden el ego: el uno mediante su incesante y casi insoportable interrogatorio, el otro por su constante y clara afirmación de la vida. Dostoievsky se propuso, en lo humanamente posible, asumir los problemas, la tortura y la angustia de todos los hombres, y especialmente, como muy bien sabemos, el incomparable sufrimiento de los niños. Whitman no respondió a los problemas del hombre pensándolos y examinándolos, sino con un continuo canto de amor, de

aceptación, en el cual siempre estaba implícita la respuesta. *Song of Myself* (Canción de Mí Mismo) no es fundamentalmente distinto a un himno a la creación.

D. H. Lawrence cierra sus *Studies in Classic American Literature* (Estudios sobre Literatura Clásica Norteamericana), con un capítulo sobre Whitman. Es una obra literaria incongruente, una mezcla de ostentoso palabrerío y destellos de asombrosa agudeza perceptiva. Para mí es la roca contra la cual se estrello Lawrence. Tenía que llegar eventualmente a Whitman, y lo hizo. No pudo rendirle homenaje constante; no, Lawrence no pudo. Lo cierto es que no puede tomar la medida del hombre. Whitman es un fenómeno para él, un fenómeno de un tipo muy especial: el fenómeno *norteamericano.*

Sin embargo, pese a todas sus vanaglorias y sus humos, a despecho de la canción y el baile baratos con que comienza su ensayo, Lawrence consigue de Whitman algunas cosas imperecederas. Hay en Whitman mucho que él no capta, mucho que no porfía captar, porque, para ser honesto y sincero, fue un hombre menor, un hombre, además, que nunca alcanzó la individuación. Pero en cambio captó el mensaje esencial de Whitman y la forma en que lo interpreta constituye un desafío para los intérpretes del porvenir.

> "El mensaje esencial de Whitman —dice Lawrence— fue el Camino Abierto. Dejar el alma librada a sí misma, dejar librado su destino a ella y marchar por el camino abierto. Ésta es la doctrina más valiente que jamás se haya propuesto a sí mismo".

Declarando que el verdadero ritmo del continente norteamericano se expresa en Whitman, el primer aborigen blanco, el más grande, el primero y el único maestro norteamericano (¡y no Salvador!), dice también que fue el gran transmutador de la sangre de las venas de los hombres. Su verdadera y sentida manifestación de admiración, afecto y reverencia por Whitman comienza en este punto del ensayo...

> Whitman, el gran poeta, ha significado mucho para mí. Whitman es el único hombre que marca rumbos marchando a la vanguardia. Whitman, el único precursor. Y sólo Whitman... Delante de Whitman, nada. Marcha al frente de todos los poetas, abriendo caminos en la espesura de la vida inexplorada, Whitman. Más allá de él, nadie.

Entonando el canto del alma, Lawrence entra en éxtasis. Habla de "una nueva doctrina, una nueva moralidad, una moralidad de la vida real, no de la salvación". La moralidad de Whitman, declara, "fue una moralidad del alma que vive su vida y no se salva a sí misma... El alma que vive su vida a lo largo del encarnado misterio del camino abierto".

Magníficas palabras, y no cabe la menor duda de que Lawrence creyó en ellas. Hacía el final del ensayo, refiriéndose a la "verdadera democracia" que Whitman predicara, hablando de cómo esta democracia se da a conocer a sí misma, dice, ¡y con cuanta exactitud!: "No mediante una progresión de piedad ni por obras de caridad. No con palabras en absoluto. No mediante nada sino simplemente ella misma. El alma que pasa no enaltecida, que pasa a pie y no es más que sí misma. Y reconocida y pasando de largo o saludada de acuerdo con el dictado del alma. Si es un alma grande, será reverenciada por el camino".

"Los únicos ricos, las almas grandes". Ésta es la última frase del ensayo y del libro. (Fechado en Lobos, Nuevo México).

Creo que con esta nota debo poner término a mi carta, mi muy querido amigo Pierre Lesdain.

Big Sur, California, 10 de mayo de 1950.

Postdata.

No puedo terminar la carta en este punto. Tengo más que decir. ¿Qué importa que adquiera

proporciones elefantinas? Sin quererlo me siento llevado a revelar ciertas impresiones y opiniones que quizá jamás llegaría a difundir si no me hubiese embarcado en esta impensada incursión. Usted probablemente sea el único hombre de Europa que no desfallece ni retrocede ante nada de lo que digo, al que no puedo engañar ni desilusionar, aunque haga el papel de idiota. Usted ha sido sumamente modesto y reticente sobre usted mismo. Prácticamente nada sé de usted. Pero sé que usted es más grande de lo que pretende ser, aunque sólo sea por su fe inconmovible, su lealtad y su devoción. Estas cualidades no se encuentran juntas en ninguna persona.

De todas maneras, quisiera ampliar ciertos pensamientos que he vertido, reconciliar ciertas contradicciones "evidentes" y tomar algunos de los cabos sueltos que dejé en el aire. En primer término, entonces, permítame atender rápidamente a estos últimos...

Frente a la página 65 del libro de Jamati hay una fotografía de Whitman que nunca había visto antes. A primera vista podría tomarse por una foto de Lincoln cuando era joven. La fecha es incierta, dice el epígrafe, pero decididamente fue tomada algunos años antes que la de 1854, la que elegí para llamar a usted la atención y sobre la cual todavía tendría algo más que decir. Entre paréntesis, hablando del aspecto físico de Whitman, ¿mencioné que además de su piel rosada, ojos celestes y nariz aguileña, también tenía una cabellera negra que, como usted notará en la foto de 1854, tiende a encanecer? No sé por qué, pero nunca lo imaginé con pelo negro y ojos azules; la combinación es irresistible, tanto en un hombre como en una mujer. Los irlandeses tienen esto de vez en cuando.

En cuanto a Lincoln, que fue uno de los hombres más hogareños que pueda imaginarse, según sus propias palabras, deduzco que si bien sus caminos se cruzaron muchas veces, nunca se pronunciaron palabras entre ambos. Whitman experimentaba una veneración poco común por Lincoln. Muchas veces, en los últimos años de su vida, participo en actos conmemorativos de Lincoln, con frecuencia arriesgando su salud. ¿No es curioso también que Lincoln empleara casi las mismas palabras sobre Whitman que Napoleón sobre Goethe? Ambos reconocieron *al hombre.*

Pensando en gobiernos, en los excelentes gobiernos que pudimos haber tenido y que todavía podríamos tener a pesar de todas las condiciones desfavorables, no podría menos que conjeturar, en las pausas al escribir esta carta, sobre lo que Norteamérica podrá ser hoy si, inmediatamente después de la guerra civil, suponiendo que Lincoln viviese todavía, hubiera tenido en su gabinete —vivos o muertos— a los siguientes: Tom Paine, Thomas Jefferson, Roben E. Lee, John Brown, Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau, Mark Twain y Walt Whitman.

Pienso en los ritos funerarios de Whitman, según los consigna Jamad, pronunciando las últimas palabras nada menos que Bob Ingersoll. ¿Quien habría podido pensar que ambos estarían unidos en la muerte? Y no solamente eso, no solamente las multitudes que siguieron al cortejo fúnebre o se apostaron en las aceras, sino la lectura junto a la tumba, primero de la obra de Whitman y después uno tras otro de sus iguales. ("*De ses pairs",* dice Jamati). *¿Quiénes fueron estos?* ¡Buda, Confucio, Zoroastro, Jesús, Platón y Mahoma! ¿A qué poeta norteamericano se brindó tamaña despedida?

Y después la admirable fortuna, explicable y completamente justificada, que acompañó a la lucha que Whitman librara toda su vida para que se reconociese su trabajo. ¡Qué lista de nombres hallamos de su parte! Comenzando con Emerson, quien, al recibir un ejemplar de la primera edición de *Leaves of Grass,* escribe: "*LesAméricains qui sont a l'étranger peuvent rentrer; il nous est né un artiste:* Emerson, Thoreau, Bucke, Carlyle, Burroughs, William Douglas O'Connor, Horace Traubel, Mark Twain, la maravillosa Anne Gilchrist, John Addington Symonds, Ruskin, Joaquín Miller (el Whitman de California), los Rosettis, Swinburne, Edward Carpenter... ¡Qué lista! Y por último, pero quizá no el menor, Peter Doyle, el conductor de autobús. En cuanto a Joaquín Miller —¡ya nos acercamos a casa!— fue este poeta de las Sierras quien, enardecido por los clamores contra Whitman, se pronunció de esta manera: "*Cet homme vivra, je vous le dis! Cet homme vivra, soyez-en sürs, lorsque le dome puissant de votre Capitule lá-bas, n 'élévera plus ses ¿paules rondes contre les cercles du temps".*

No pasemos por alto otro señalado evento en la carrera de Whitman: su presencia en la inauguración, realizada en Baltimore, del monumento a la memoria de Edgar Alian Poe. ("le *seulpoete améri-cain qui ait répondu a Vincitation du comité",* dice Jamati.)

Tampoco pasemos por alto el hecho de que, cuando su obra comenzó a llamar la atención en Europa —particularmente en Inglaterra, cosa extraña— al aparecer una traducción tras otra en diversos países, ¡la primera traducción *francesa* (de fragmentos solamente) aparece en *provenzal!* Encuentro en esto una coincidencia bastante feliz.

¡Y Léon Bazalgette, el más devoto de los biógrafos de Whitman! ¡Qué obra de amor fue la suya! ¡Qué gran tributo del Viejo Mundo! Recuerdo haber leído la obra de Bazalgette en París; también recuerdo, aunque puede que me falle la memoria, que en este mismo período también estaba entregado a la lectura de estas obras extrañamente distintas: Las *Confesiones* de San Agustín y *The City of God* (La Ciudad de Dios); el *Diario* de Nijinsky; *The Absolute Collective* (El Absoluto Colectivo), de Erich Gutkind; *The Spirit of Zen* (El Espíritu del Zen), de Alan Watts; *Louis Lamben* y *Seraphite,* de Balzac; *La Mort d'un Quelconque,* de Jules Romains; la vida del santo tibetano *Müarepa* y *Connaissance de l'Est,* de Paul Claude!. (No, nunca estuve solo. ¡En el peor de los casos, como he dicho en alguna parte, estaba con Dios!).

En Whitman hay un aspecto que no he recalcado suficientemente y que para mí es extraordinariamente iluminador: me refiero a su tranquila, firme e inexorable búsqueda del objetivo. ¡Cuántas ediciones de sus obras han sido publicadas a su costa! ¡Qué lucha por conseguir la inclusión de esos pocos poemas "detestables" y presuntamente "obscenos" en una edición definitiva! Obsérvese que nunca derrocha sus energías luchando contra sus enemigos. Prosigue su marcha resuelto, inflexible y sin desmayo. En su firme mirada no hay cabida para sus enemigos. Durante su marcha por "el camino abierto" van surgiendo por todas partes amigos, partidarios y campeones de su causa. Brotan a su paso. Obsérvese cómo trata a Emerson cuando éste pretende oponerse a la inclusión de estos poemas "ofensivos" en una edición posterior. ¿No es evidente que de los dos el superior es Whitman? Si Whitman hubiese capitulado en esta cuestión, todo el cuadro habría cambiado. (Si bien es cierto que hizo concesiones a sus benefactores omitiendo en las ediciones inglesas los puntos cuestionables, tengo la seguridad de que lo hizo sabiendo que a la larga triunfaría en su propio país). Nunca podría insistirse demasiado en esta lucha contra las fuerzas contrarias porque tuvo lugar a mediados y a fines del siglo diecinueve, que fue el período más conservador de nuestra historia. Esta lucha afectó toda la historia de las letras norteamericanas. (Lo mismo habría de suceder cuando la aparición de *Sister Carrie* [Hermana Carrie], de Dreiser). Cuando llega el caso de James Joyce, en virtud de una especie de "generosa venganza" un tribunal norteamericano absuelve al autor de *Ulysses.* ¡Cuánto más fácil fue sancionar la libre circulación de *Ulysses* en la segunda década del siglo veinte que conceder a Whitman amplia libertad de expresión medio siglo antes! Queda por ver cuál habrá de ser el veredicto final de las autoridades francesas, inglesas y norteamericanas en el caso de mis propias obras discutibles... No obstante, no he tocado este tema para llamar la atención sobre mi caso, sino para señalar que una especie de providencia especial pareció guiar el destino de un hombre como Whitman. Él, que no había tenido dudas; él, que jamás empleó el lenguaje de la negación, que jamás se burló ni desdeñó, que jamás envileció ni insultó a otros seres humanos, fue protegido y preservado por amigos y admiradores. Jamati habla del asombro que las recriminaciones contra los elocuentes poemas de Whitman suscitaron en Anne Gilchrist.

> "Veía en ellos una glorificación, un respeto, un amor religioso a la vida, y se preguntó con ingenuidad, al advertir que vibraba tan naturalmente al diapasón de las *Hojas de hierba,* si esos versos no habrían sido escritos especialmente para las mujeres". Y agrega: "¡Qué testigo era para él esa mujer de corazón generoso, esa madre perfecta, respetada, admirada, que sabía encontrar sagradas todas las cosas!"

La "ingenuidad, de esta mujer", dice Jamati. La "receptividad de esta mujer", diría yo. Su

coraje. Su sublimidad. ¡Recordemos que era *inglesa!* No, aunque Whitman no haya escrito "especialmente" para mujeres, sus palabras iban dirigidas tanto a los hombres como a las mujeres. Una de las raras virtudes de Whitman es que a través de todos sus poemas la mujer recibe el mismo exaltado homenaje que el hombre. Contemplaba a ambos como iguales. Elevó su virilidad y su feminidad. Vio lo que había de femenino en el hombre y lo que había de masculino en la mujer... ¡mucho antes que Otto Weininger! Había sido calumniado porque proclamó la dualidad sexual de todo el mundo. En uno de los pocos párrafos del original donde introdujo rectificaciones fundamentales reemplazó a un hombre por una mujer, para evitar, se dijo, que sospecharan tendencias "homosexuales". ¡Cuántas inmundicias se escribieron con este motivo! ¡A qué cantidad de absurdos nos condujo el psicoanálisis! Quienquiera que hable de amor, de un gran amor, se hace sospechoso. Son las mismas burlas que han sido lanzadas contra los más grandes benefactores de la raza humana. Parece que nos repugnara el amor que lo abarca todo. Sin embargo, de acuerdo con la arraigada leyenda de la creación, el hombre fue originariamente bisexual. Adán, el primero, era un ser completo; hermafrodita. En lo más profundo de su ser el hombre será siempre completo, es decir, hombre y mujer al mismo tiempo.

Cuando me refería, páginas atrás, a la mirada velada y lejana de los ojos de Whitman, espero no haber dado la impresión de que lo consideraba un hombre frío, indiferente, apartado, que vivía aislado en una "aureola brahmánica" y condescendía a mezclarse con la multitud cuando estaba de humor favorable. Sus años de actuación en los campos de batalla y en los hospitales serían suficientes para borrar esa sospecha. ¿Qué hombre podría ofrecer un sacrificio mayor, una renuncia más grande? Whitman salió de esa experiencia destrozado hasta la médula. Presenció más de lo que humanamente se le puede exigir a un hombre. No fue tanto el cruel menoscabo de su salud, a pesar de la intensidad de su congoja, como la tremenda confrontación del contacto demasiado inmediato. Se ha hablado mucho de su inagotable benevolencia. Condolencia, podría decirse mejor. Pero no hay ningún término en nuestro idioma que exprese adecuadamente aquella dilatada sensación.

Esa experiencia que, repito, debe ser comparada con la prueba que soportó Dostoievsky en Siberia, provoca interminables meditaciones. Fue un calvario en ambos casos. El innato sentimiento fraternal de Dostoievsky y el natural espíritu de camaradería de Whitman pasaron una prueba de fuego por mandato del destino. Por grande que haya sido el humanitarismo que los saturaba, ninguno de los dos habría pedido la experiencia. (No es una observación ociosa. La historia de la humanidad nos presenta ejemplos gloriosos de hombres que han aceptado pasar por pruebas tremendas. Pienso ante todo en Jesús y en Juana de Arco.) Whitman no corrió presuroso a ofrecer sus servicios como soldado de la república. Dostoievsky no se lanzó al "movimiento" para probar su capacidad para soportar el martirio. En ambos casos la situación les fue impuesta. ¡Pero he ahí, al final de cuentas, la prueba del hombre: cómo recibe los golpes del Destino! En el destierro Dostoievsky se familiarizó realmente con las enseñanzas de Jesús. En el campo de batalla, entre los muertos y heridos, Whitman descubrió el significado de la abnegación, o, mejor dicho, del servicio sin pensar en retribuciones. Únicamente hombres iluminados pueden transformar estas experiencias en grandes mensajes de amor y bendición.

Whitman había visto la luz, había recibido su iluminación algunos años antes de este crucial período de su vida. Con Dostoievsky no sucedió lo mismo. Ambos tuvieron una lección que aprender, y la aprendieron en medio del sufrimiento, la enfermedad y la muerte. El insaciable espíritu de Whitman experimentó un cambio, una profundización. Su "camaradería" se convirtió en una aceptación más apasionada de sus semejantes. Esa mirada de 1854, la mirada del hombre un tanto aturdido por la visión que ha tenido, se convierte en una mirada más amplia y más profunda que abraza a todo el universo de seres sensibles y también al mundo inanimado. Su expresión no es ya la del que viene de lejos, sino la del hombre que está en la espesura de las cosas, que acepta su suerte completamente, que se regocija en esa suerte venga lo que venga. Puede que haya en ella menos de lo divino, pero hay más de lo puramente humano. Whitman necesitaba esta humanización. Si, como creo firmemente, se operó en él una expansión de la conciencia (en 1854 ó 1855), también se

habría operado, salvo que se volviese loco, una revalorización de todos los valores humanos. Whitman tuvo que vivir como un hombre y no como un dios. En el caso de Dostoievsky sabemos cómo persistió esta obsesión con la idea del "hombre dios" (por intermedio de Solovyev, probablemente). Dostoievsky, iluminado desde las profundidades, tuvo que humanizar al dios que había en él. Whitman, recibiendo su iluminación desde el más allá, trató de divinizar al hombre que había en él. Esta fecundación de dios y hombre —el hombre en dios, el dios en el hombre— tuvo efectos de vastos alcances en ambos casos. Hoy es común escuchar que las profecías de estas dos grandes figuras han quedado en nada. Rusia y Norteamérica se han vuelto mecanizadas, autocráticas, tiránicas, materialistas y sedientas de poder. ¡Pero un momento! La historia tiene que seguir su curso. La fase negativa siempre precede a la positiva.

Muchas veces los biógrafos y los críticos toman estos períodos cruciales de un sujeto y, al explayarse sobre la "fraternidad" y la "universalidad del espíritu", dan la impresión de que la simple proximidad del sufrimiento y la muerte había sido lo que desarrolló estos atributos en sus sujetos. Pero lo que afectó a Whitman y a Dostoievsky, si he leído correctamente sus caracteres, fue el incesante desnudarse del alma que tuvieron que presenciar. Fueron afectados, *heridos es* la palabra, en sus almas. Dostoievsky no marchó a la cárcel como trabajador social ni Whitman al campo de batalla como enfermero, médico o sacerdote. Dostoievsky fue obligado a vivir la vida de cada uno de sus compañeros de cautiverio debido a la absoluta falta de vida privada: vivió como una bestia, según nos muestran los anales. Whitman tuvo que convertirse en enfermero, médico y sacerdote al mismo tiempo, porque no hubo ningún otro que poseyese todas estas raras cualidades. Su temperamento jamás lo habría llevado a elegir ninguna de esas ocupaciones. Pero ese mismo magnetismo animal —o la misma divinidad que había en cada uno de ellos— obligó a ambos individuos, bajo tensiones similares, a proyectarse más allá de ellos mismos. Después de salir de una situación así, un hombre común bien podría haberse dedicado el resto de sus días al cuidado de los infortunados; bien podría haber concebido que tenía la "misión" de dedicar de esa manera su vida. Pero Whitman y Dostoievsky vuelven a escribir. Si tienen una misión, la incorporarán a su "mensaje".

Por si no lo he indicado con claridad todavía, permítame decir que precisamente porque primero y ante todo fueron artistas, estos dos hombres crearon las condiciones especiales relacionadas con su cruel experiencia *y* se condicionaron a sí mismos para transmutar y ennoblecer esa experiencia. No todos los grandes hombres son capaces de soportar el desnudo encuentro del alma con el alma, como fue el caso de estos dos. Presenciar, no una vez, sino insistente y reiteradamente, el espectáculo de un hombre que desnuda su alma es algo que excede casi la resistencia humana. Por lo común no avanzamos con nuestras almas. Un hombre podrá desnudar su corazón, pero no su alma. Cuando un hombre se exhibe a otro de esta manera, se exige una respuesta que al parecer muy pocos están en condiciones de dar. Creo que en ciertos sentidos la situación de Dostoievsky fue más crítica todavía que la de Whitman. Prestando a sus compañeros de sufrimiento todos los servicios que había prestado Whitman, no obstante siempre fue considerado como uno de ellos, o sea como un criminal. Naturalmente, no pensó en la "retribución" más que Whitman, pero siempre se le privó de su dignidad como ser humano. En otro sentido, por supuesto, podría decirse que este mismo hecho le facilitó el actuar como "ángel de la guarda". Anuló todo pensamiento de *ser* un ángel. Se contempló a sí mismo como víctima y como doliente porque en realidad lo era.

Pero el punto importante —¡no me permita perderlo!— es que, no importa que los papeles que asumieron hayan sido deliberados o forzosos, hacia estos dos seres se dirigieron instintiva e inequívocamente las angustiadas almas que los rodeaban. Actuando como mediadores entre Dios y el hombre, o si no como mediadores como intercesores, superaron a los "expertos" cuya ocupación habían asumido. La gran cualidad que ambos tuvieron en común fue la incapacidad para rechazar *ninguna* experiencia. Su total humanidad los hizo capaces de aceptar la gran "responsabilidad" del sufrimiento. Abrazaron más que un deber o una misión en la vida. Así, todo lo que sucedió entre ellos y sus compañeros de dolor transcendió la gama de la experiencia ordinaria, Los demás hombres miraron en sus almas y ellos vieron en las

almas de los hombres. En ambos casos, el pequeño yo ardió hasta consumirse. Una vez que todo hubo pasado, no pudieron hacer otra cosa que reanudar sus ocupaciones privadas. Ya no eran "hombres de letras", no, ni siquiera artistas, sino fecundadores. Sabemos demasiado bien la forma en que sus mensajes embistieron las armazones de los antiguos vehículos. ¿Cómo habría podido ser de otro modo? La revolución del arte que contribuyeron a realizar, que iniciaron en una magnitud de la cual todavía no tenemos la noción debida, formó parte integrante de la tarea más grande de transmutar todos los valores humanos. Su preocupación por el arte fue de un orden distinto que la de otros célebres revolucionarios. Fue un movimiento desde el centro del ser humano hacia afuera, y todavía hemos de escuchar las repercusiones provenientes de esa esfera externa (aún tan velada para nosotros). Pero no creamos ni por un instante que fue una vana o perdida irrupción del espíritu. Dostoievsky se sumergió más profundamente que cualquier hombre antes de lanzar al aire sus flechas; Whitman voló más alto que cualquiera antes de sintonizar en nuestras antenas.

Todavía no puedo abandonar el tema de esta ordalía muy especial que sufrieron. Debo ahora volver a él de otra manera, a mi manera personal. Lucho por expresar algo que quiero dejar sentado con absoluta claridad...

Usted sabe que durante casi cinco años fui jefe de personal en una compañía telegráfica. Usted sabe por el libro del *Capricornio* cuál fue la naturaleza y la magnitud de esta experiencia. Hasta un tarado captaría que de este tipo de contacto humano algo tenía que acaecer. Tengo conciencia de haber destacado el aspecto de las simples cantidades, y no solamente de las cantidades, sino también de la variedad de tipos y de las condiciones de vida que fueron mi realidad cotidiana. Fugazmente, con excesiva fugacidad, según me parece ahora, he bosquejado lo punzante de estas situaciones de hombre a hombre en que fui precipitado diariamente. ¿Pero destaqué lo suficiente *este* aspecto de mi experiencia diaria: que los hombres se rebajaban ante mí, que se me presentaban desnudos que no me ocultaban nada, nada? Lloraban, se arrodillaban a mis pies, tomaban mi mano para besarla. ¡Oh, a qué extremos no llegaron! *¿Y or qué?* ¡Para conseguir un empleo o para agradecerme por haberles dado empleo! ¡Como si yo fuese Dios Todopoderoso! Como si yo rigiese sus destinos personales. Y yo, el último hombre en la tierra que desearía inmiscuirse en el destino de otro, el último hombre en la tierra que querría estar por encima o por debajo de otro hombre, que deseaba mirar de frente a cada uno de los hombres para saludarlo como un hermano, como un igual, me vi obligado, o por lo menos *creí* que estaba obligado, a desempeñar este papel durante casi cinco años. (Porque tenía una esposa y un hijo que sostener, porque no podía encontrar otro trabajo, porque era completamente incapaz, inepto, excepto en este papel accidental. ¡Accidental, sí, porque solamente pedí ser mensajero, no jefe de personal!) Así, día tras día me encontré bajando la mirada. A mi vez me sentía humillado y exasperado. Humillado pensando que todos debían considerarme un benefactor, exasperado pensando que los seres humanos podían rogar tan ignominiosamente por algo como un empleo. Es verdad que yo mismo había luchado por el derecho a ser "mensajero". Rechazado, quizá porque no creyeron que fuese de lo mejor, me introduje enfurecido en el despacho del presidente. Sí, para mí también representaba una gran cosa ese piojoso e ignominioso empleo de mensajero. (Tenía veintiocho años. Era bastante maduro para un puesto así). Habían herido mi orgullo y exigí que respetasen mis derechos. *¿Rechazarme a mí? ¿Yo,* que había condescendido a aceptar el puesto más bajo de la tierra? ¡Increíble! Así, cuando me envían del despacho del presidente al del gerente general, sabiendo de antemano que tengo la victoria en la palma de la mano —¡observe el toque dostoiévsquico!—, podrá representarme a mí mismo como *el supremo mensajero cosmodemoníaco,* el mensajero de Dios, podría decir usted. Sé tan bien como mi astuto interlocutor que ya no se trata de ocupar un puesto de mensajero. Si mi interlocutor me hubiese dicho que me preparaba para llegar a ser el próximo presidente de la compañía telegráfica, en vez de jefe de personal del departamento de mensajeros, ni siquiera habría pestañeado, tan grande era mi orgullo en ese momento. Pero si bien no me convertí en futuro candidato a la presidencia, de todas maneras obtuve más de lo que había ido a buscar. Hasta el momento en que asumí el cargo de jefe de personal, con los destinos de más de un millar de individuos en mis manos, jamás comprendí cómo deben sonar las rogativas y las

súplicas de los infortunados a los oídos de Dios. (El hecho de que no haya un Ser como el que estos desgraciados imaginan, torna más horrible e irónico el asunto). Para esos pobres mensajeros "cosmocómicos" yo era decididamente Dios. No Jesucristo, no Su Santidad, no el Papa: ¡Dios! Y ser Dios, aunque sólo como simulacro, es la situación más devastadora que pueda plantearse a un ser humano. ¡En cuanto a esos tiranuelos que se llaman a sí mismos dictadores, esos ratones que se creen los únicos capaces de gobernar el mundo de los hombres, sólo pediría a Dios que se permita a esos idiotas desempeñar hasta el límite el papel para el cual se creen aptos! ¿Por qué, conociendo su enorme fatuidad, por qué nosotros, los ciudadanos del mundo, no les concedemos poderes incondicionales e ilimitados durante un breve intervalo? Nada podría destrozar con mayor prontitud esta pretenciosa burbuja (que todos tenemos en cierta medida) que una sanción así. Pero si ni siquiera estamos dispuestos a entregarnos a las manos de Dios —me refiero a los que *creen* en Él—, ¿cómo esperar que alguna vez hagamos un experimento tan drástico y humorístico?

Este Dios al que los hombres imaginan aguzando constantemente los oídos para captar sus oraciones, sus adulaciones, sus engañifas, ¿no se sonroja, no gime, no se debate de angustia, congoja y mortificación cuando escucha los enfermizos maullidos provenientes de este diminuto corpúsculo que se llama la Tierra? (Porque no somos el único orden de la creación. ¡Lejos de eso! ¿Y los demás cuerpos estelares? ¡Pensemos en los que han estallado hace mucho y en los que no han estallado todavía!)

Mi querido Lesdain, lo que trato de decirle es lo siguiente: se podrá despojar a un hombre de su dignidad humana colocándole en una posición situada por encima de sus semejantes, pidiéndole que haga lo que ningún hombre tiene derecho a hacer, o sea dar y recibir dispensa, juzgar y condenar, o aceptar agradecimiento por un favor que no es un favor sino un privilegio al que todo ser humano tiene derecho. No sé lo que será más difícil soportar, si sus desvergonzadas rogativas o su inmerecida gratitud. Sólo sé que esto me desgarró, que quise vivir mi propia vida más que nada en este mundo, y no volver a participar jamás en este cruel plan de amo y esclavo. Mi solución fue escribir, pero para lograrlo hizo falta otro descenso al abismo. Esta vez estoy realmente bajo tierra, no arriba, como antes. Ahora debo escuchar qué quieren los demás, ante todo qué creen bueno o malo, qué es "vendible". Pero en esta nueva función hay un consuelo: que ejerciendo mi oficio no le quito a nadie el pan de la boca. Si tengo un jefe, ese jefe es invisible. Y jamás le rezo, como tampoco le he rezado al Gran Señor.

Entonces, cuando creo haberme convertido en un trabajador capaz, cuando creo conocer mi oficio, cuando creo ser capaz de dar satisfacción, cuando hasta me he reconciliado con una larga postergación de "mis honorarios", me encuentro frente a frente con ese gran fantasma: el Gusto del Público. Recordará usted que yo había dicho que si Whitman hubiese capitulado sobre esta cuestión, si hubiese seguido la voz de sus consejeros, habría surgido un edificio completamente distinto. Están los amigos y los partidarios que aparecen cuando se navega junto con la multitud; están los otros amigos y partidarios que se congregan a nuestro alrededor cuando corremos peligro. Los últimos son los únicos dignos de ese nombre. Es extraño, pero el único tipo de apoyo que encierra algún significado proviene de quienes creen en usted a capa y espada. De los que llegan al límite. Pero si se produce aquí la más ligera vacilación, la más ligera duda, la más ligera deserción, el candidato a partidario se convierte en su peor enemigo. Para que haya dedicación completa, tiene que haber una total aceptación concomitante. Quienes lo defienden a usted *a pesar de sus fallos,* trabajan en contra de usted a la larga. Cuando se es campeón, el hombre tiene que ser de una sola pieza; tiene que ser a fondo lo que es y sin dejar la menor duda al respecto.

(Ha habido una interrupción de unas treinta y seis horas. Se me ha cortado el hilo. Pero entraré por la puerta trasera...)

Cuando el individuo iluminado regresa al mundo, cuando finalmente su visión se ajusta a volver a abrazar esa perspectiva del mundo que el mortal ordinario jamás pierde, la redonda órbita del ojo parece hacerse más llena, más profunda y más luminosa. Lleva tiempo reajustarse, lleva tiempo volver a ver las montañas como montañas y las aguas como aguas. No solamente nos vemos a nosotros mismos viendo, sino que también vemos con mayor visión.

La visión adicional se revela en la serenidad de la mirada. La boca también expresa la luz adicional, si pudiera expresarlo así. No se cierra con firmeza ni opresión; los labios siempre se mantienen ligeramente separados. Esta serenidad de los labios implica que se ha abandonado la infructuosa lucha. El cuerpo entero, en efecto, expresa el júbilo de la renuncia. Cuanto más se relaja, mayor fulgor adquiere. El ser entero cobra incandescencia.

Sabemos lo impresionado que quedó Balzac cuando leyó en Swedenborg que hay ángeles "solitarios". Extraordinaria expresión, no hace falta decirlo. ¿Acaso Whitman no dijo: "Tarde o temprano volveremos a una sola alma solitaria?" Mas, ay, eventualmente llegamos a la roca profunda, al nudo eterno tanto en el ser humano como en Dios. Y si en presencia de tales individuos tenemos la impresión...

(Otro lapso de treinta y seis horas: interrupción realmente mala, en verdad. Ya no recuerdo el pensamiento que estaba a punto de expresar. Pero volverá, no me cabe la menor duda. ¡Hoy es 15 de mayo!)

Entre tanto a pesar de tanto picadillo, ciertas frases han quedado en el fondo de mi cerebro, ha quedado la pista del hilo perdido. Una de ellas es la siguiente: "*Il faudra bien qu'unjour on soit l'humanité"* (Jules Romains.) Otra (mía esta vez) dice: "El gusano en la manzana. ¡Busquemos el gusano!" Con ambas vino la orden de mirar el prefacio de *Looking Backward* (Mirando al pasado) (2000 a 1887 d. de C), escrito por el hijo de Edward Bellamy. Este libro —no puedo encontrar la edición que tiene el prefacio de su hijo— tuvo una venta sin precedentes que estuvo a punto de rivalizar con la Biblia. Hoy ha pasado virtualmente al olvido. Pero vale la pena citar algunas líneas de Bellamy: "El largo y cansado invierno de la raza ha terminado. Ha comenzado su verano. La humanidad ha salido de la crisálida. Los cielos están ante ella". Estas palabras fueron escritas antes de fines del siglo diecinueve, cinco años antes, para ser exacto, de morir Whitman. No son muy posteriores a las siguientes palabras de Whitman: "Los poemas de la vida son grandes, pero tienen que ser los poemas del propósito de la vida, no sólo la vida en sí misma, sino más allá de ella misma."

Acabo de encontrar el prefacio de Paul Bellamy. He aquí sus palabras: "*Looktng Backward,* aparecido en 1887-8, tuvo tal aceptación que a mediados de la década del noventa se decía que se habían vendido más ejemplares del mismo que de cualquier libro escrito entonces por un autor norteamericano, salvo las dos excepciones de *la Cabaña del Tío Tom* y *Ben Hur."*

El gusano y la manzana... Creo que siempre o dondequiera que el gusano aparezca, debería ser alabado como signo de renacimiento. Deberíamos llamarlo el "gusano ángel". En el fondo la literatura no existe; el arte, la religión y la civilización no existen. Ni siquiera existe la humanidad. En el fondo no hay nada más que vida, vida que se manifiesta en una miríada de inescrutables maneras. Vivir, estar vivo, es compartir el misterio. La otra noche encontré una línea, indudablemente ramosa, de Heráclito, que dice así: "Vivir es luchar por la vida". Esa línea me dejó meditando. No podía creer que implicaba, como decidido realista, que desde el momento de nacer avanzamos hacia la muerte. No creo que por "luchar por" entendiese defender o sostener la vida. Debo admitir que desconozco el contexto en que estaba esa frase. Sin embargo, reflexionando sobre estas palabras llegué a la conclusión de que, lo haya señalado Heráclito o no, lo que dijo era: la vida es la totalidad, la vida es el único privilegio, la vida no sabe nada, no significa nada que no sea la vida; el hecho de estar vivo significa acatamiento consciente, suprema fe, en otras palabras. Desde el momento en que nacemos libramos una lucha contra cosas indefinibles. Casi todo lo que glorificamos tiene el carácter de una conmemoración, conmemoración de nuestra heroica lucha. Colocamos a la lucha por encima del flujo, al pasado y al futuro por encima del presente, pero la vida nos obliga a nadar en la eterna corriente. La cosmología es el mito del misterio de la creación. Cuando Dios contesta a Job *cosmológicamente,* lo hace para recordar al hombre que sólo es una parte de la creación, que tiene el deber de armonizar con ella o perecer. Cuando el hombre asoma la cabeza a la corriente de la vida, adquiere conciencia de sí mismo. Y con la conciencia de sí mismo viene la detención, la fijación, tan vividamente simbolizada por el mito de Narciso.

El gusano en la manzana de la existencia humana es la conciencia. Se asoma a la faz de la vida como un intruso. Visto en el espejo de las cosas, se convierte en el fondo del ego. Los

videntes, los místicos, los visionarios rompen este espejo una y otra vez. Restituyen el hombre al flujo primordial, lo colocan de nuevo en la corriente como pescador que descarga su red. En *Tete d'Orde* Claudel hay una línea que dice: "*Mais rien n 'empachera que je tneure de mal de la mort, á moins que je ne seisisse la jote."* Profunda y hermosa expresión. El júbilo de que habla es el júbilo de la redención. No podría ser otro.

En mi estudio de Balzac cité varios conceptos emanados de los labios de Louis Lambert. Querría consignarlos nuevamente en este momento.., "Me propongo determinar la verdadera relación que podría existir entre Dios y el hombre. ¿No es ésta una necesidad de nuestra era?... Si el hombre está ligado a todo, ¿no hay algo por encima de él a lo cual también está ligado? Si él es el fin total de las inexplicables transmutaciones que conducen a él, ¿no tiene que ser también el eslabón entre las creaciones visible e invisible? La actividad del universo no es absurda: tiene que tender a un fin, y no cabe duda de que ese fin no es un cuerpo social constituido como el nuestro... Me parece que estamos en vísperas de una gran lucha humana; las fuerzas están, sólo que no veo al general..."

El Balzac que escribió estas líneas y otras más medulares todavía, más inspiradas (en *Seraphita),* no había errado en su visión de las cosas. No había errado más que Edward Bellamy, Dostoievsky o Walt Whitman.

He mencionado antes en esta carta que recientemente tuve noticias del hombre al que durante mi juventud contemplé como un maestro y del cual escribí en este libro como un "libro viviente": John Cowper Powys. Con esta carta llegó un nuevo libro suyo llamado *Obstínate Cymric* (El Obstinado Cymric). Hay en él un capítulo titulado *Pair Dadeni,* que en galés significa "El Caballero del Renacer". Encuentro en este libro, especialmente en el mencionado capítulo, las mismas expresiones iluminadoras que caracterizan las obras de los citados arriba. Hablando del cambio que está experimentando la humanidad con el advenimiento de nuestra entrada en Acuario, hablando de la "nueva relación" que nos está siendo concedida y que, según dice, "podría resultar el *élan* vital en el corazón de toda la vida", afirma:

> Ahora bien, me empeño en sugerir en todo esto que el secreto subyacente a la causa de este gran cambio histórico que se opera en la raza humana, este cambio tan íntimamente vinculado con los movimientos de los cuerpos celestes, este cambio que implica el transcurso de dos mil años desde el signo de *Piscis* al de *Acuario,* este cambio que produce el efecto de un cuerpo vivo que es restaurado lenta y terriblemente de la muerte a la vida, o inclusive de un niño vivo que emerge del vientre de una madre moribunda, podría ser nada menos que el mismo *cambio de corazón* del que los profetas siempre han hablado, y en el cual los que creen en la reencarnación *siempre han creído; "*cambio de corazón", sin embargo, que de ninguna manera sigue las líneas que la "ley" promulgara y que los "profetas" predijeron, sino líneas totalmente distintas, líneas sorprendentes e inesperadas, líneas armónicas en realidad con esa "Corriente de Tendencia" que hay en la Naturaleza y que se mueve firmemente, y se mueve no sólo desafiando a la Ley y a los Profetas, sino también a Dios y al Demonio.
>
> Ninguno de nosotros comprende el carácter de la corriente oculta, de la onda oculta, de la invisible fuerza que nos lleva adelante. Nuestro propósito inmediato, nuestro destino inmediato, parece pequeño y magro comparado con la fuerza impulsora a la cual oscuramente vamos cediendo. Somos como sonámbulos que avanzan juntos, matando y siendo muertos en un enorme mundo que emigra de un clima de pensamiento a otro.
>
> En el viejo clima desde el cual nos trasladamos por la fuerza, respondemos con ciega fe o reaccionamos con hostil desmayo, alcanzamos a divisar los vacilantes lincamientos y las borrosas formas de antiguos totems y tabúes que están en vías de desaparecer. Con enfurecida desesperación nos aferramos a estos fluctuantes fantasmas que ondulan y vacilan a nuestro alrededor mientras

somos arrastrados,

Nosotros mismos somos el cuerpo moribundo que cae hacia atrás, relajado y agotado, cuando el recién nacido exhala sus primeros vagidos, y nosotros mismos somos el recién nacido.

Sí, cuanto mayor sea la desesperación con que nos aferramos, con mayor indignación y temeridad lanzamos nuestras caprichosas acusaciones e imprecaciones contra esta *marejada terrestre gravitacional* y con mayor firmeza somos forzados a seguir.

Ya no estamos "en vísperas de la gran lucha humana", como escribiera Balzac, sino que estamos en el apogeo de esa gran lucha. Y Powys tiene razón cuando dice que lo que se ha rebelado es *el alma humana.* El alma está enferma de este culto devorador de cadáveres de la vida que la humanidad ha celebrado en los últimos miles de años.

El astrólogo norteamericano Dane Rudhyar ha escrito sobre este cambio que está operándose en nosotros, pero lo ha hecho con mayor lucidez y penetración que cualquier otro que yo sepa. Muchos artículos suyos aparecieron en las columnas de una revista popular dedicada a la astrología. Sus libros no tienen un público amplio. Si estuviésemos alerta, si viviésemos en consonancia con el movimiento que ocurre en la profundidad, no limitaríamos a un escritor así a las páginas de una revista barata. El que su nombre esté relacionado con la "seudociencia" de la astrología basta para que sus expresiones adquieran un tinte sospechoso. Tal es la opinión de la gente educada y de la no educada por igual. Lo menciono aquí sólo para decir que contempla la próxima era como "La Era de la Plenitud". La copa desbordará, fertilizará y revigorizará a la tierra entera, a toda la humanidad. Las fuerzas secretas contenidas en este "vaso de oro" pertenecerán a todos los hombres. El mundo no llega a su fin, como tantos parecen temer en la actualidad. Los que llegan a su fin son los fetiches, las supersticiones, los fanatismos, las formas estériles de culto, los términos injustos del contrato social que han convertido el milagro de la vida en una ceremonia mortuoria. No tenemos otra cosa que perder que el cadáver de la vida. Las cadenas han de caer junto con la momia que mantienen firmemente asegurada a la tierra. El esclavo no se libera a sí mismo sólo con romper los grillos que lo aprisionan. Una vez liberado su espíritu, es totalmente libre y para siempre. La putrefacción tiene que llegar a ser total para que pueda haber nueva vida. La libertad debe ponerse de manifiesto en las raíces, antes de que logre hacerse universal.

Norteamérica, como Rusia, está acelerando el proceso de putrefacción y descomposición. Estos dos grandes pueblos, como dinámicos gusanos ángeles, van horadando la médula misma de la manzana para operar, aunque inconscientemente, la vital transformación. En su total inconsciencia están empleando las nuevas fuerzas de la vida para su propia destrucción. Europa, más consciente día a día de los principios y los fines, se encuentra atónita y realmente paralizada por la amenaza de extinción que el juego de estos tambaleantes Goliaths, representa. Europa es un hombre viejo y cansado, cansado de sabiduría, pero sin embargo incapaz de mostrar fe. El miedo y la ansiedad son las pasiones dominantes. Si Norteamérica es como un fruto que se pudre antes de madurar, Europa vive en una jaula de cristal. Todo cuanto sucede en el mundo externo constituye un peligro y una amenaza para este frágil prisionero de sí mismo. Esta delicada y doliente criatura ha sufrido tantas insurrecciones y catástrofes que hasta la misma palabra "revolución" y la idea misma de un "fin" la estremece de espanto. No quiere creer que "el invierno de la vida ha pasado"; prefiere el congelamiento al deshielo. No cabe duda de que también el hielo se resiste a rendir su rigidez. La Naturaleza no pide permiso para operar sus incesantes transmutaciones ni siquiera pide permiso al hielo para romperlo en elemento líquido. Eso, creo, está en el fondo del terror que aprisiona al europeo en sus garras. No se le pregunta si desea participar en el nuevo, innominado y terrorífico orden que está tomando posesión del mundo. "Si es lo que, según percibo, tiene lugar en Rusia —dice—, si es como lo que está sucediendo en China o en Norteamérica o en la India, entonces preferiría no tenerlo". Hasta estaría dispuesto a encarar seriamente la religión si le alejara el pánico del alma. La idea de que la nueva manera de vivir sea atea, la idea de que se arranque la responsabilidad a Dios para conferirla a la humanidad en conjunto,

solamente sirve para acentuar su terror. No ve motivos para regocijarse con el pensamiento de que la nueva dispensa podrá ser la dispensa del hombre. Es demasiado humano, pero al mismo tiempo no lo suficiente humano para creer que la autoridad reposa en el hombre, especialmente en el "hombre común". Ha presenciado revoluciones de arriba y revoluciones de abajo, pero, no importa cómo acaecieron, el hombre siempre se reveló ante sí mismo como una bestia. Y si usted le dice, como dice Powys, "¡ahora quien está en rebelión es el alma humana!" es como si le dijera: "Dios se ha convertido en el Enemigo de la Creación." Reconoce el alma en las grandes obras de arte, percibe sus inquietudes en las hazañas de los héroes, pero no se atreve a contemplar el alma como un rebelde autóctono situado en el corazón mismo del universo. Para él la creación es orden y lo que amenaza ese orden es el diablo. Pero el alma trata de liberarse de todas las ataduras, incluso trata de liberarse de la armonía de la creación. El alma del arte es definible, pero el alma misma permanece indefinible. No debemos discutir la dirección que toma, las miras o los objetivos que fija para sí misma. Debemos obedecer sus dictados.

> Pero nada me impedirá morir de la enfermedad de la muerte, salvo que comprenda el regocijo...
>
> Si no la coloco en mi boca como alimento eterno, como fruto que se tritura entre los dientes y cuyo jugo penetra profundamente en la garganta...

Ése es el lenguaje del alma. Y éste es el lenguaje de la sabiduría del alma:

> Es tan claro que se tarda mucho en verlo.
> Debes saber que el fuego que ahora ves
> Es el fuego de tu propia antorcha,
> Y que tu arroz venía cociéndose desde el principio mismo.

Cuando emigré a Europa mi alegría por haber escapado de mi patria era tan grande que ansiaba quedarme allí para siempre. "Éste es mi lugar —dije— aquí pertenezco." Después me encontré en Grecia, que siempre ha estado un poco al margen de Europa, y creí que habría de quedarme allí. Pero la vida me asió por la nuca y volvió a depositarme en Norteamérica. Debido a mi breve permanencia en Grecia, debido a lo que me sucediera allí, estuve en condiciones de decir, verazmente entonces y verazmente todavía, creo: "En cualquier parte del mundo me siento como en mi casa." Para un individuo como yo el sitio más incómodo donde sentirme como en mi casa es mi casa. Supongo que usted sabe eso y quizá lo comprenda. Tardé una infinitud en comprender que "la casa" es una condición, un estado de la mente. Siempre viví en rebelión contra los lugares y condiciones del ser. Pero cuando descubrí que "estar en casa" era como estar con Dios, la aversión que venía asociándose con la palabra desapareció. Se convirtió en mi ocupación o, mejor dicho, en *mi privilegio,* sentirme como en mi casa estando en mi casa. Habría sido más fácil para mí radicarme en cualquier otro lugar de la tierra y no aquí, en Norteamérica. Extraño Europa y anhelo estar en Grecia. Y siempre sueño con el Tibet. Me siento mucho más que norteamericano; me siento buen europeo, griego, hindú, ruso, chino y también tibetano en potencia. Y cuando leo sobre Gales y de sus veinte mil años de descendencia directa de una raza precursora de hombres, me siento galés nato. Lo que menos me siento es norteamericano, aunque probablemente sea más norteamericano que todo lo demás. El norteamericano que reconozco en mí, el norteamericano que saludo, si pudiera decirlo así, es el ser aborigen, la semilla y la promesa que tomó forma en "el hombre común" que dedica su alma a un nuevo experimento, estableciendo en suelo virgen "la ciudad del amor fraternal." No es éste el hombre que huyó de algo sino el hombre que corrió *hacia* algo. El hombre que ya no está destinado a buscar sino a realizarse a sí mismo. No hay renuncia sino aceptación.

"¿Qué diría usted de quien se acerca sin nada?"

"¡Tírelo!"

Este giro ha sido usado para ilustrar el pensamiento de que "debemos *marchar adelante*

desde la pobreza espiritual, si se usa como medio para *captar* la verdad de Zen"

Es probable que la pobreza espiritual de Norteamérica sea la más grande del mundo. No se supuso que captase la verdad del Zen, que es la certidumbre. Pero *Song of the Open Road* (Canción del Camino Abierto) es totalmente norteamericana y fue entonada por un hombre que no fue un pobre en ningún sentido de la palabra. Surgió del optimismo, de la inagotable generosidad, podría decir, de un hombre que estaba en completa consonancia con la vida. Completa el mensaje de San Francisco de Asís.

¡Avanza! ¡Vamos! ¡Basta de excusas!

Lawrence se sintió asustado, no, se sintió horrorizado al pensar que este Whitman, al aceptarlo todo sin rechazar *nada,* vivió con *todas* sus compuertas abiertas, cual monstruosa criatura de los abismos. ¿Pero podría haber imagen más saludable y reconfortante que esta red humana que viaja a la deriva en la corriente de la vida? ¿Dónde anclarás tú al hombre? ¿Dónde le harías echar raíces? ¿No está divinamente posado... en el flujo eterno?

¿Hay camino que eventualmente tenga fin? Si lo hay, no es el camino abierto.

"Somos de la misma pasta de que están hechos los sueños." Eso y más. Mucho más. La vida no es sueño. Los sueños y la vida se entrelazan, y Nerval ha elaborado con este hecho una música por demás pegadiza. El sueño y el soñador son uno solo. Pero eso no es todo. Ni siquiera es cardinal. El soñador que sabe en sueños que está soñando, el soñador que no divorcia los sueños que sueña con los ojos cerrados y los sueños que sueña con los ojos abiertos, está más próximo a la suprema realización. Pero el que pasa del sueño a la vida, el deja de dormir, incluso en trance, y que ya no sueña porque no tiene ni hambre ni sed, que ya no recuerda porque ha llegado a la Fuente, ese es un Despertador.

Mi querido Lesdain, en este punto conviene que ponga término a esta carta; tiene ese timbre "último" que significa el final. Pero prefiero reabrirla y cerrarla con una nota más humana y más inmediata.

Usted recuerda que he mencionado a mi amigo palestino Bezalel Schatz y que lo visitaba por el camino de vez en cuando. El otro día, yendo al pueblo (Monterrey), nos pusimos a comentar los libros que habíamos leído y adorado en nuestra juventud. No era la primera vez que hablábamos de esas cosas. No obstante, cuando empezó a mencionar los títulos de los libros mundialmente famosos que había leído en hebreo, su idioma nativo, me pareció que debía contarle a usted algo de todo esto para, por su intermedio, contarlo al mundo.

Creo que la primera vez que tratamos el tema fue cuando Schatz descubrió en mi biblioteca *Disenchanted* de Loti. Junto a éste estaba *Jerusalem,* del mismo autor, que él nunca había leído, y de que nunca había oído hablar, y se mostró curioso. Usted sabrá, por supuesto, que hemos sostenido muchas conversaciones sobre Jerusalén, la Biblia (especialmente el Antiguo Testamento), sobre personajes como David, José, Ruth, Esther, Daniel y así sucesivamente. A veces nos pasamos la noche entera charlando de esa extraña y desolada parte del mundo donde se encuentra el Monte Sinaí; a veces es de la maldita ciudad de Petra o de Gaza. A veces es de los maravillosos judíos yemenitas que tienen en Yemen (Arabia) una de las capitales más Interesantes del mundo, Sana. O bien podría ser sobre los judíos de Bokhaqi, que se radicaron en Jerusalén hace siglos y que todavía conservan su idioma original, sus modales y costumbres, sus extraños turbantes y sus maravillosas y coloridas indumentarias. A veces hablamos de Belén y de Nazareth, que evocan en su mente recuerdos de experiencias mundanas. O bien puede ser sobre Baalbec o Damasco, que también ha visitado.

Pero siempre volvemos a la literatura. Ayer nos asombró el hecho de que recordara el primer libro que había leído en su vida. ¿Y qué cree que había sido, teniendo en cuenta que su idioma era el hebreo y su residencia Jerusalén? Casi me desmayo al escuchar el nombre: *¡Robinson Crusoe!* Otro de los muy primeros fue *Don Quijote,* también en hebreo. Al principio todo lo leía en hebreo, hasta que fue mayor y aprendió inglés, alemán, francés, búlgaro, italiano, ruso y probablemente otros idiomas. (El árabe lo sabe desde la infancia. Todavía dice improperios en árabe, que, según él, es el idioma más rico del mundo para eso).

—¿Así que *Robinson Crusoe fue* el primer libro que leyó? —exclamé—. También estuvo a punto de ser el primero para mí. ¿Y los *Viajes de Gulliver?* Supongo que también los habrá leído.

—¡Por supuesto! —dijo—. Y los libros de Jack London: *Martin Edén, The Cali of the Wild* (La Llamada de la Selva), todos... Pero recuerdo particularmente *Martin Edén.* (Lo mismo yo. Ese libro me quedó grabado mucho tiempo después de haber olvidado los demás. Muchos me han confesado lo mismo. ¡Debe de haber dado en el clavo!).

Aquí se puso a hablar de Mark Twain. Había leído muy pocos libros de este autor, cosa que me sorprendió. Me resultaba difícil concebir el típico y picante norteamericano de Mark Twain traducido al hebreo, pero al parecer ha sido hecho perfectamente. De pronto dijo:

—Pero hubo un libro grueso, muy grueso, que leí con extraordinario deleite. Lo leí dos o tres veces... —Tuvo que devanarse los sesos para dar con el título—. Ah, sí: *Pickwick Papers!*

Lo verificamos y descubrí que a la misma edad yo mismo estaba leyendo ese libro. Sólo que nunca llegué a terminarlo. No me gustó tanto como *David Copperfleld, Martin Chuzzlewit, Tale ofTwo Cities* (Historia de Dos Ciudades) o siquiera *Oliver Twist.*

—¿Y *Alicia en el País de las Maravillas!'*—exclamé.

No recordaba bien si lo había leído en hebreo o no, pero lo había leído, tenía la absoluta certeza, aunque no pudo decir en qué idioma. (¡Imagínese, tratar de recordar en qué idioma había leído este extraordinario libro!).

Seguimos la lista y los nombres fueron brotando de nuestros labios como jarabe de arce.

—*¿Ivanhoe?*

—¡Sí! ¡*Y cómo!* Fue un gran libro para mí. Particularmente el retrato de Rebecca.

Pensaba en lo extraña que tiene que haber sido realmente esta novela para un niñito en la distante Jerusalén. Experimenté una sensación de placer por demás extraña pensando en sir Walter Scott, muerto hace mucho tiempo y no interesado ya en el destino que puedan tener sus libros. Me pregunté cómo reaccionaría un niño de Pekín o Cantón al leer este libro. (Jamás olvidaré a ese estudiante chino que conocí en París, creo que era el Sr. Tcheou. Cierto día, al preguntarle si alguna vez había leído *Hamlet,* respondió: "Se refiere usted a esa novela de Jack London?").

Ivanhoe nos hizo emprender un gran rodeo. No pudimos menos que hablar de Ricardo Corazón de León y de Saladino.

—Usted es el único norteamericano en mi vida al que le escucho mencionar a Saladino —dijo Schatz.

—¿Por qué le interesaba tanto Saladino? —pregunté.

—Los árabes deben tener maravillosos libros sobre él —observó—. Sí, reflexioné, ¿pero dónde están? ¿Por qué no hablamos más de Saladino? Después del Rey Arturo, es la figura más brillante que acude a mi mente.

A todo esto estaba preparado para cualquier título que pudiera mencionarme. No me sorprendió enterarme que había leído *El Ultimo de los Mohicanos* en hebreo o *The Arabian Nights* (Las Mil y una noches) (versión condensada para niños, ¡la única que he leído!); tampoco me sorprendió enterarme que había leído a Balzac, d'Annunzio, Schnitzler *(Fraulein Elsa),* Julio Verne, *Nana* de Zola, *The Peasants* (Los Campesinos) de Reymont o hasta *Jean Christophe,* aunque me agradó realmente oírle mencionar esta última. ("¡Le felicito, Lillik! Esa tiene que haber sido una magnífica experiencia) Ah, sí, mencionar ese libro es evocar —en cualquier hombre o mujer— algunas de las horas más emocionantes de la juventud. Todo el que cruce el umbral de la juventud sin haber leído *Jean Christophe* ha sufrido una pérdida irreparable.

—¿Pero quién escribió ese libro intitulado *The Red Rose* (La Rosa Roja)? —preguntó—. Es de un autor francés, estoy seguro. —Al parecer había causado profunda impresión en él.

De aquí pasamos a *The Mysteries of París* (Los Misterios de París), a las obras de Maupassant, a *Safo, Tartarín de Tarascón* (que adoraba) y a la extraña historia o novelita de Tolstoy a la cual éste dio dos finales. (También la conozco, pero no recuerdo el título.) Y seguidamente llegamos a Sienkiewicz. *¡Ese hombre! (¡Ese Lincoln!* como exclaman todavía algunos sureños, significando: "¡Esa peste! ¡Esa persona imposible!") En efecto, sin duda todo muchacho que toma contacto por primera vez con este apasionado polaco tiene que exclamar: "*¡Ese hombre! ¡Ese escritor polaco!"* ¡Qué volcán era! ¡Tan polaco! Si de muchachos hubiésemos hablado la lengua de Amiel, ¿no habríamos hecho de Sienkiewicz una

rapsodia como la que Amiel hiciera de Víctor Hugo? ¿Recuerda usted por casualidad este extraordinario pasaje de *Journal Intime* de Amiel? Antes de transcribir el pasaje quisiera destacar que veníamos comentando *El Hombre que Ríe,* el cual, si no me equivoco, produce una impresión más duradera en la gente joven que *Los Miserables...*

> Su ideal (el de Hugo) es lo extraordinario, lo gigantesco, lo abrumador, lo inconmensurable. Sus palabras más características son *inmenso, colosal, enorme, gigantesco, mostruoso.* Halla la manera de tornar extravagante y extraña hasta la naturaleza infantil. Lo único que me parece imposible en él es lo natural. En suma, su pasión es la grandeza, su falta es el exceso; su marca distintiva es una especie de titánico poder con extrañas disonancias de puerilidad en su magnificencia. Su mayor debilidad está en la mesura, el gusto y el sentido del humor: falla su *esprit,* en el sentido más sutil de la palabra... Sus recursos son inagotables y la edad parece carecer de poder sobre él. ¡Cuan infinito cúmulo de palabras, formas e ideas lleva en reserva consigo, y qué pila de palabras ha dejado atrás para señalar su paso! Sus erupciones son como las de un volcán; y, fabuloso trabajador como es, avanza siempre elevando, destruyendo, aplastando y reconstruyendo un mundo de su propia creación, un mundo más hindú que helénico...

Por extraña coincidencia, nuestra conversación sobre los libros se desvió hacia los revoltosos que agitaron el torbellino —Tamerlán, Gengis Kan, Atila— cuyos nombres, según he descubierto, son tan aterradores e inquietantes para Schatz como para todo el que haya leído sus sangrientas hazañas. Digo que fue por coincidencia porque los únicos pasajes *largos* que había marcado en Amiel eran sobre Hugo y estas tres plagas. Amiel manifiesta había leído *La Banniére Bleue. "*Quien narra la historia es un turco, Oui'gour", dice, y añade: "Gengis se proclamó la plaga de Dios y en realidad levantó el imperio más vasto que conoce la historia, imperio que se extendía desde el Mar Azul hasta el Báltico y desde las vastas llanuras de Siberia hasta las orillas del sagrado Ganges". (De esto hablábamos, del hecho de que un *mogol* haya realizado esta estupenda hazaña). "Este tremendo huracán, que partió de las altas mesetas asiáticas, derribó los putrefactos robles y los agusanados edificios de todo el mundo antiguo. La caída de los primeros mogoles amarillos de nariz plana sobre Europa es un ciclón histórico que devastó y purificó a nuestro siglo veinte, y quebró, en los dos extremos del mundo conocido, a través de dos grandes murallas chinas, eso que protegía al antiguo imperio del centro y que había erigido una barrera de ignorancia y superstición en torno al pequeño mundo del cristianismo. Atila, Gengis Kan y Tamerlán deberían figurar en la memoria de los hombres a la misma altura que César, Carlomagno y Napoleón. Obligaron a pueblos enteros a entrar en acción y agitaron las profundidades de la vida humana; afectaron poderosamente la etnografía, desataron ríos de sangre y renovaron la faz de las cosas..." Pocas líneas más adelante, refiriéndose a "los violadores de la guerra que son como los violadores de truenos, tormentas y volcanes", Amiel declara, y esta línea debe de haberse sumergido profundamente en mí, porque siempre que la encuentro resuena como una toxina: "Las catástrofes producen un violento restablecimiento del equilibrio; enderezan brutalmente al mundo". La última frase arde y chamusca: "*Enderezan brutalmente al mundo"*

Hay una enorme distancia desde Amiel hasta los cuentos del Barón Munchausen y *Three Men in a Boat* (Tres Hombres en un Bote) de Jerome K. Jerome (¡por no hablar del perro!) Una vez más me quedé estupefacto. ¡Tan lejos, en Palestina, un joven se había reído tontamente de este humorismo tan estúpido! Jerome K. Jerome en hebreo! No lo podía creer. ¡Pensar que este libro atrozmente gracioso —¡gracioso *una sola vez,* sin embargo!— era exactamente tan gracioso en hebreo!

—Tiene que recordar... ¡haga un esfuerzo!... si ha leído *Alicia en el País de las Maravillas* en hebreo.

Trató, pero no pudo. Después rascándose la cabeza, dijo:

—Puede que la haya leído en yídish.

(¡Cargue eso en su pipa y fúmelo!)

No obstante, de pronto recordó que el editor original de la mayoría de estas traducciones hebreas era "Tosía", radicado en alguna parte de Polonia. En ese momento el detalle le pareció importante. Es como si no solamente recordamos de pronto el título de un libro para niños sino también el tacto de su cubierta, el olor del papel y la portada misma del volumen.

A continuación me informó que prácticamente todos los escritores rusos habían sido traducidos al hebreo desde el principio. "Las obras completas", dijo. Pensé en China, en los días de Sun Yatsen, cuando lo mismo sucedía en ese reino celestial, y cómo, junto con Dostoievsky, Tolstoy, Gorky, Chéjov, Gógol y los demás, los chinos habían devorado a Jack London y Upton Sinclair. ¡Maravilloso momento en la vida de una nación cuando es invadida por primera vez por autores extranjeros! (¡Pensar que la pequeña Islandia lee más escritores traducidos que cualquier país del mundo!)

Por supuesto, también había leído *Los Tres Mosqueteros, El Conde de Montecristo* y *Los Últimos Días de Pompeya,* como asimismo *Sherlock Holmes y The Gold Bug* (El Escarabajo de Oro) de Poe. De pronto me produjo otra cálida emoción al mencionar a Knut Hamsun, Sí, había leído a Hamsun, todo lo que encontró de él, y todo era dorado. *{Pan, Hunger* [Hambre], *Victoria, Wanderers* [Vagabundos], *Segelfoss Town, Women at the Pump* [Mujeres en la Bomba])... Algunos títulos que mencionó nunca los había oído nombrar. Me asaltó una punzada de arrepentimiento, seguida inmediatamente por un toque de alegría, porque, pensé para mis adentros, todavía estoy vivo y todavía podría hallar la manera de echar mano a esos libros de Hamsun que desconozco, aunque tuviese que leerlos en noruego...

—También leí a muchos autores yídish —declaró de pronto—.

Los leí en traducciones. Shólem Aléijem, por supuesto. ¡Pero mejor que Shólem Aléijem, mucho mejor, fue Méndele Mójer-Sfarim!

—¿Recuerda a Jacobo Ben-Ami, el actor judío? —pregunté—. ¿O a Israel Zangwill?

—¡Israel Zangwill! —exclamó asombrado.

Le dije que había leído *Children of the Ghetto* (Hijos del Ghetto) y que había visto la dramatización de *The Melting Pot* (El Crisol), de la cual Theodore Roosevelt estaba tan enamorado. Movió la cabeza sorprendido.

—Podría mencionar un libro —dije— que usted no leyó en hebreo.

—¿Cuál es?

—*¡The Rivet in Grandfather's Neck.'(El* Remache en el Cuello del Abuelo).

—Me pescó —dijo sonriendo. Luego, para ajustar cuentas, contraatacó—: Sé de un libro que *usted* no ha leído. Fue para mí el más maravilloso de todos los libros: *Memories of the House of David* (Memorias de la Casa de David). Era en muchos volúmenes, por lo menos ocho o diez.

—Eso deberíamos celebrarlo con una copa —sugerí. Pero en cambio nos embarcamos en el tema del "lamedvóvnik". Según la leyenda, "en el mundo hay nada menos que treinta y seis *(lamedvav)* personas justas en cada generación, en las cuales descansa la Shejiná (el esplendor de Dios)".

Después de este rodeo volvimos a un libro del cual él había hablado varias veces previamente y siempre con el mismo apasionado entusiasmo: *Ingeborg,* por un alemán llamado Kellermann.

—¡No se olvide que también escribió *The Tunnel* (El Túnel), obra fascinante al estilo de Julio Verne! —gritó—. Puede que no lo haya pronunciado bien, pero suena a eso: Ingeborg o *Ingeburg.* Era una historia de amor. ¡Y qué historia de amor! Como ese libro *Ella* de que usted siempre habla.

—Trataré de conseguirlo —prometí—. Aquí tiene, anóteme el nombre en la libreta.

Lo anotó junto a *Robinson "Kruso", "*Balzac" y "Zenkewitz". (Todavía tiene dificultades con la ortografía inglesa. Insiste en que es una ortografía ilógica, y tiene mucha razón.)

—Si alguna vez llega a escribir algo sobre esto —dijo— no se olvide de Joseph *Flauvius.* Es un libro grueso sobre los últimos días de los judíos...

Pero en cambio charlamos extensamente sobre *Narcisse et Goldmund* en hebreo, por supuesto. En inglés, por alguna extraña razón, se llama *Death and the Lover* (La Muerte y el

Amante). Encontré este libro de Hermann Hesse hace pocos años. En él hay magia y gran sabiduría. "Sabiduría de la vida", como diría D. H. Lawrence. Es como una "*Cadenza"* a la metafísica del arte. También es un "discurso celestial" que se desarrolla en las octavas inferiores. Celebra el dolor y el triunfo del arte. Para mi amigo Schatz, que había presenciado el revivir del arte en Palestina, que había participado directamente en él a través de las actividades de su padre, tenía un enorme atractivo, naturalmente. Quien lea este libro tiene que experimentar dentro de sí un enorme revivir de la eterna verdad del arte.

Bajo el influjo de *Narcisse et Goldmund* proseguimos el diálogo sobre la Jerusalén del pasado y del presente, sobre los árabes y lo hermosos que son cuando se les conoce íntimamente, sobre la plantación de plátanos cerca de Jericó, que en un tiempo poseyera su padre junto con el gran mufti, una vez más sobre los yemenitas y sus incomparables costumbres, y, por último, sobre su padre, Boris Schatz, que había fundado la Escuela Bezalel de Artes y Oficios en Jerusalén y había enseñado a su hijo todas las artes, incluso en los años de su ancianidad. Aquí repitió la anécdota sobre la forma en que su padre consiguió introducir el primer piano en Palestina. Esta pequeña historia, tan picaresca en sus detalles, me hizo recordar uno de los exóticos pasajes de Cendrars (en *Bourlinguer,* creo) donde describe hasta el más mínimo detalle y con todos los recursos de su extraordinario acervo los mil y un artículos de comercio (pianos incluidos) que, cargados sobre los lomos de las bestias, los dioses y los hombres, aparecieron cierto día en la cordillera de los Andes (él vivía en esa época en cierta remota villa sudamericana) y fueron transportados poco a poco, trastabillando, marchando de la mañana a la noche, hasta el nivel del mar. Para mí este pasaje tiene el sabor de un misterioso rayo de sol: ¡la grande y candente circunferencia se metamorfosea en un gigantesco cuerno de la abundancia que no proyecta calor sino un surtido de los más incongruentes objetos imaginables, para vaciarse finalmente por acción de algún Kriss Kringle supergravitacional surgido de la nada!

En todas estas discusiones el nombre mágico para mí es Jericó. Para Schatz, Jericó es una hermosa ciudad de descanso invernal situada bajo el nivel del mar, a la cual se desciende desde Jerusalén como en trineo. Para mí no solamente es "las murallas" y la estridencia de una trompeta, sino una villa perdida de Long Island, a la cual, siguiendo la Autopista Jericó, correría a toda velocidad desde Jamaica entrenándome con uno de los famosos corredores de los seis días en bicicleta. ¡Cuan distinta es la asociación de los nombres para distintos individuos! Apenas me atrevo a decir, por ejemplo, lo que Schatz asocia con el nombre de Belén ("¡Siempre un hervidero de prostitutas!")

Una de las impresiones más duraderas que he de retener de Palestina es su narración sobre el hombre que volvió a convertir el hebreo en una lengua viva. No cabe duda de que siempre hay un "primero" en lo que al revivir de una lengua muerta se refiere. ¿Pero quién se detiene a pensar en ese hombre vinculándolo con el vasco, el gáelico, el galés y tantas otras lenguas raras? (Puede que estas lenguas jamás hayan estado "muertas" del todo.) No obstante, el hebreo revivió durante nuestra generación, y merced al sencillo acto de un hombre que lo enseñó a su hijo de cuatro años. Indiscutiblemente se venía *hablando* mucho de revivirlo antes de ese célebre momento, pero hizo falta quien llevara las palabras a la práctica. Un acontecimiento así siempre tiene visos de milagro...

Este acontecimiento tiene su secuela, una pequeña anécdota que Schatz relata con deleite y que no puedo omitir. Es sobre un miembro de la famosa troupe Habimá que al llegar por primera vez a Palestina procedente de Rusia, donde solamente se hablaba el hebreo en el teatro (y en la sinagoga), de pronto escucha a los bribonzuelos de la calle maldiciendo y diciendo improperios en la lengua antigua. "¡Ahora sé que es una lengua viva!" exclamó. Menciono esto para destacar que siempre que una lengua se revitaliza, lo hace mediante la adopción e incorporación de los elementos vulgares de ese idioma. Todo se nutre desde las raíces.

—Dígame, Lillik —pregunté cuando nos acercábamos a casa— ¿por qué su padre llamó a su escuela *Bezalel? ¿La* denominó así por usted o le dio a usted el nombre de la escuela?

—Usted sabe que Bezalel significa "a la sombra de Dios", por supuesto —dijo riendo—. Pero eso sólo es su significado literal. —Hizo una pausa y una amplia sonrisa invadió su

rostro. De pronto estalló en hebreo. Habló y habló y habló: sonaba como un encantamiento.

—¿Qué hace? —pregunté.

—Recito algunos versos del Éxodo... *sobre Bezalel.* Fue el primer escultor, ¿no lo sabía? Pero fue más que eso en realidad. Fue el primer *artista,* podríamos decir. ¡Lea la Biblia! Busque la parte sobre el Arca de la Alianza. Se le hará cuesta arriba. Es complicado, poético, preciso e interminable...

A la mañana siguiente hice lo que me había sugerido. La primera mención que encontré de nuestro Bezalel fue en el Capítulo 31, del Éxodo, que comienza así:

Y el Señor habló a Moisés, diciendo:

Ve, he llamado por nombre Bezalel al hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá;

Y lo he llenado del espíritu de Dios, en sabiduría, y en comprensión, y en conocimiento, y en toda suerte de artesanía.

Para que idee trabajos astutos, para que trabaje en oro, y en plata, y en bronce,

Y para que corte piedras, las engarce, y para que talle metales, para trabajar en toda suerte de artesanía...

Leí, leí y leí sobre la construcción del tabernáculo, sobre el Arca del testimonio, sobre el altar de las ofrendas de fuego, sobre la sagrada fiesta del Sabat, sobre la escritura de Dios grabada en las tablas... Y llegué al versículo del Capítulo 35 (Éxodo) que dice: "¡Tomad de entre vosotros una ofrenda para el Señor! Quienquiera que tenga el corazón dispuesto, haced que traiga una ofrenda para el Señor; oro y plata, y bronce y azul, y púrpura, y escarlata, y lienzo fino, y pelo de cabra, y pieles de cordero teñidas de rojo, y odres de cuero, y madera shittim, y aceite para la lumbre y especias para ungüentos..." Al leer y leer me sentí ebrio de la música de las palabras, porque es realmente complicado y elaborado, preciso y poético, fugitivo y fijo, todo esto sobre la sagaz artesanía de Bezalel y sus "colaboradores". Y cuando estaba sentado allí, profundamente extasiado, pensé lo profunda que había sido la visión de Boris Schatz, el padre de Bezalel, y con cuánta amorosa paciencia, con qué heroica perseverancia trabajó para conseguir que los hijos de Israel fuesen capaces, sabios y sagaces en el empleo de todos los oficios, de todas las artes, incluido el arte de Juval. Vi que su hijo se había embebido de este conocimiento y sabiduría, de esta capacidad para idear curiosas obras desde la cuna misma. Y susurré para mis adentros: "¡Bendito sea tu nombre, Bezalel, porque está escrito en la relación que existe entre nosotros!"

Y ahora, mi querido Pierre Lesdain, éste es realmente el fin. En la jornada de regreso a los primeros libros hemos llegado por fin al Libro de los Libros, al Arca y a la Alianza. Descansemos en paz y alegría.

Su amigo

HENRY MILLER

20 de mayo de 1950

CAPÍTULO XIII

LA LECTURA EN EL RETRETE

Hay un tema relacionado con la lectura de libros que creo que vale la pena desarrollar porque implica un hábito que es muy generalizado y sobre el cual, que yo sepa, muy poco se ha escrito: me refiero a *la lectura en el retrete.* Siendo joven, en busca de un lugar seguro donde devorar los clásicos prohibidos, a veces acudía a refugiarme en el cuarto de baño. Desde esa época juvenil ya nunca volví a leer en el retrete. Cuando busco paz y quietud tomo el libro y me marcho al bosque. No conozco mejor lugar para leer un buen libro que las profundidades de la espesura. Con preferencia junto a un arroyo.

Inmediatamente escucho objeciones. "¡Pero no todos tenemos la fortuna de usted! Tenemos empleos, vamos al trabajo y regresamos de él en tranvías, autobuses y metros atestados; a duras penas tenemos un minuto que podamos llamar nuestro."

Yo mismo fui "trabajador" hasta los treinta y tres años. Fue en este período temprano de mi vida cuando realicé la mayor parte de mis lecturas. Invariablemente leía en condiciones difíciles. Recuerdo que cierta vez me reprendieron al sorprenderme leyendo a Nietzsche, en vez de corregir el catálogo de pedidos por correo, que era entonces mi ocupación. Ahora que lo pienso comprendo que fue afortunado que me hayan despedido. ¿Acaso Nietzseche no fue mucho más importante en mi vida que el conocimiento del negocio de los pedidos por correo?

Durante cuatro años consecutivos, en el trayecto de ida y vuelta entre las oficinas de la Everlasting Portland Cement Co. y mi casa, leí los libros más "pesados". Leía de pie, apretujado por los cuatro costados por pasajeros como yo. No solamente leía durante estos viajes en el suburbano sino que memorizaba extensos pasajes de esos tomos demasiado compactos. Aunque no hubiera servido para otra cosa, fue un valioso ejercicio en el arte de la concentración. En este empleo muchas veces me quedaba trabajando hasta muy avanzada la noche, por lo general sin almorzar, no porque quisiera leer durante la hora del almuerzo sino porque no tenía dinero para comer. De noche cenaba deprisa y corría a reunirme con mis compañeros. En esos años, y muchos años después, raras veces dormí más de cuatro a cinco horas diarias, pero leía enormemente. Además, repito, leí —por lo menos para mí— los libros más difíciles y no los fáciles. Nunca leí para matar el tiempo. Raras veces leo en la cama, a menos que me sienta indispuesto o finja sentirme mal para gozar un breve descanso. Contemplando el pasado, me parece que siempre leía en posición incómoda. (Que es la forma en que escriben la mayoría de los escritores y pintan la mayoría de los pintores, según compruebo). Pero lo leído penetró. Lo importante es, y debo recalcarlo, que leía sin desviar la atención y con todas las facultades que poseía. Cuando jugaba me sucedía lo mismo.

De vez en cuando iba a pasar la noche en la biblioteca pública, para leer. Eso era como ocupar un palco en el paraíso. A menudo, cuando abandonaba la biblioteca, decía para mis adentros: "¿Por qué no vienes más a menudo?" El motivo de que no lo hiciera, por supuesto, era que la vida se interponía en el camino. Uno muchas veces dice la "vida" para indicar el placer o cualquier distracción tonta.

Por lo que he podido establecer mediante conversaciones con amigos íntimos, la mayoría de las lecturas que se hacen en el retrete es lectura inútil. Los periódicos, las revistas gráficas, los folletines, las novelas policíacas y de aventuras, y todos los cabos sueltos de la literatura, es lo que la gente lleva al baño para leer. Algunos, según me dicen, tienen estantes con libros en el cuarto de baño. Su material de lectura los espera, por así decirlo, como los espera en el consultorio del dentista. Es sorprendente la avidez con que la gente examina el "material de lectura", según se le llama, que encuentra en grandes pilas en las salas de espera de los profesionales. ¿Será para distraer la mente de la dolorosa prueba que los aguarda? Mis limitadas observaciones me indican que estos individuos ya han absorbido más de lo que les corresponde en cuanto a los "acontecimientos de actualidad": guerra, accidentes, más guerra,

desastres, guerra otra vez, homicidios, más guerra, suicidios, guerra de nuevo, asaltos de bancos, nuevamente guerra y más guerra, fría y caliente. No cabe duda de que son los mismos individuos que tienen la radio funcionando prácticamente todo el día y la noche, que van al cine con la máxima frecuencia posible —donde reciben más noticias frescas, más "acontecimientos de actualidad" y que compran televisores para sus hijos. ¡Todo para estar informados! ¿Pero saben algo que realmente valga la pena saber sobre estos acontecimientos de tremenda importancia que conmueven al mundo?

La gente podrá insistir en que devora los diarios o pega las orejas a la radio (a veces las dos al mismo tiempo) para mantenerse al corriente de las actividades del mundo, pero es pura ilusión. Lo cierto es que apenas estos tristes individuos no están activos, no están ocupados, adquieren noción de un siniestro y doloroso vacío dentro de sí mismo. Francamente no importa con qué papilla se harten, lo importante es no ponerse cara a cara frente a sí mismos. *Meditar* sobre el problema del día, o siquiera sobre los problemas personales, es lo último que el individuo normal quiere hacer.

Incluso en el retrete, donde uno creería innecesario *hacer* algo, *pensar* algo, donde por lo menos una vez al día uno se encuentra a solas consigo mismo y todo lo que suceda sucede automáticamente, hasta este momento de gloria, porque es en realidad un tipo de gloria menor, debe ser interrumpido mediante la concentración en el material impreso. Creo que cada cual tiene su tipo de lectura preferida para la intimidad del excusado. Algunos navegan por largas novelas; otros, en cambio, sólo leen la hojarasca más superficial. Algunos, no cabe la menor duda, simplemente vuelven las páginas y sueñan. ¿Cómo son los sueños que sueñan? nos preguntamos. ¿De qué se tiñen sus sueños?

Hay madres que nos dirán que sólo en la toilette tienen oportunidad de leer. ¡Pobres madres! La vida es realmente dura para vosotras en estos tiempos. Sin embargo, comparadas con las madres de cincuenta años atrás, vosotras tenéis más oportunidad para desarrollaros a vosotras mismas. En vuestro completo arsenal de dispositivos que economizan trabajo tenéis lo que ni siquiera las emperatrices de la antigüedad poseyeron. Si al adquirir todos esos artefactos queríais realmente ahorrar "tiempo", entonces habéis sido cruelmente engañadas.

Después están los niños, por supuesto. Cuando todas las demás excusas fallan, siempre son "los niños". Vosotras tenéis jardines de infantes, campos de juego, niñeras y Dios sabe qué otras cosas. Hacéis dormir la siesta a los niños después de almorzar y los acostáis lo antes posible, todo de acuerdo con los "modernos" métodos aprobados. En suma, tenéis lo menos posible que hacer con vuestros hijos. Son eliminados, tal como suceden con los odiosos menesteres domésticos. Todo en nombre de la ciencia y la eficiencia.

Sí, mis queridas madres, sabemos que por mucho que hagáis siempre hay más que hacer. Es verdad que vuestra tarea nunca se acaba. ¿De quién será, me pregunto? ¿Quién descansa el séptimo día, no siendo Dios? ¿Quién contempla su obra, cuando está terminada, y la halla buena? Al parecer el único que lo hace es el Creador.

A veces me pregunto si estas madres conscientes que siempre se quejan de que nunca terminan su trabajo (forma inventada de autoelogio), me pregunto, como decía, si alguna vez se les ocurre llevarse al retrete, no material de lectura sino pequeños trabajitos que han dejado sin terminar. O bien, diciéndolo de otra manera, ¿alguna vez se les ocurre sentarse a meditar sobre su suerte durante esos preciosos momentos de completa intimidad? ¿Alguna vez, en tales momentos, piden al buen Señor fuerzas y valor para seguir marchando por el camino del martirio?

Muchas veces me pregunto cómo se las arreglaron nuestros pobres antepasados, empobrecidos y totalmente incapacitados, para hacer lo que hicieron. Algunas madres de antes, como sabemos por las vidas de los grandes hombres, lograron leer en abundancia a pesar de esas graves "incapacidades". Parecería como si algunas hubiesen tenido tiempo para todo. No solamente cuidaron a sus hijos, les enseñaron todo lo que sabían, los amamantaron, les dieron de comer, los limpiaron, jugaron con ellos y hasta les confeccionaron la ropa (y a veces hasta las telas), no solamente lavaban y planchaban la ropa de todos, sino que por lo menos algunas también consiguieron echar una mano a sus esposos, especialmente si eran gente sencilla del campo. Son innumerables las cosas grandes y pequeñas que nuestros

antepasados hicieron sin ninguna ayuda, antes de que hubiese dispositivos que ahorraran trabajo, dispositivos que ahorraran tiempo, antes de que hubiese medios para aprender más rápido, antes de que hubiese jardines de infantes, guarderías, centros de recreo, trabajadores sociales, cinematógrafos y oficinas de asistencia federal de todo tipo.

Puede que las madres de nuestros grandes hombres también hayan tenido la costumbre de leer en el baño. Si es así, comúnmente no se sabe. Tampoco he leído que lectores omnívoros como Macaulay, Saintsbury y Rémy de Gourmont, por ejemplo, cultivasen este hábito. Sospecho, en cambio, que estos lectores gargantuescos han vivido demasiado activos, demasiado concentrados en su objetivo, como para derrochar el tiempo de esta manera. El hecho mismo de que fueran lectores tan prodigiosos indicaría que su atención siempre estuvo indivisa. Es cierto, sin embargo, que existen bibliómanos que leen durante las comidas o mientras caminan; puede que algunos hasta consigan leer y conversar al mismo tiempo. Hay un tipo de persona que no puede resistir la lectura de todo cuanto entra dentro de su campo visual: leen literalmente de todo, hasta los avisos de objetos perdidos en el diario. Están obsesionados y son dignos de compasión.

Quizá no esté de más un sano consejo en esta encrucijada. Si tus intestinos se niegan a funcionar, consulta a un herborista chino. No leas para distraer la mente de la ocupación que tienes entre manos. Al sistema autónomo le agrada la concentración total y responde a ella, sea al comer, dormir, evacuar o lo que tú quieras. Si no puedes comer, si no puedes dormir, es porque algo te molesta. Hay algo "sobre tu mente", donde en realidad no debería estar, en otras palabras. Lo mismo reza en cuanto a las deposiciones. Elimina de tu cabeza todo lo que no sea la ocupación que estás cumpliendo. No importa lo que hagas, encáralo con la mente libre y la conciencia limpia. Este es un consejo antiguo y sano. En la actualidad se tiende a intentar varias cosas al mismo tiempo para "aprovechar el tiempo al máximo", como se dice. Esto es completamente desacertado, antihigiénico e ineficaz. ¡*Las cosas se hacen con lo fácil!* "Ocúpate de las cosas pequeñas, porque las grandes se hacen solas". Todo el mundo escucha eso cuando es niño. Muy pocos lo practican.

Si reviste vital importancia alimentar el cuerpo y la mente, la misma importancia tiene eliminar del cuerpo y la mente lo que ha servido a sus fines. Lo que no se usa y se "acapara" se torna ponzoñoso. Esto es sentido común liso y llano. Se desprende, por lo tanto, que si acudes al baño para eliminar el material de desecho acumulado en tu organismo, te perjudicas si empleas esos preciosos momentos en llenarte la cabeza con "desperdicios" ¿Acaso para ahorrar tiempo se te ocurriría comer y beber sentado en el excusado?

Si todo momento de la vida es tan precioso para ti, si insistes en razonar para tus adentros que el tiempo que pierdes todos los días en el retrete no es despreciable —algunas personas prefieren llamarlo "W.C." o el "John" entonces, cuando tomes tu material de lectura preferido pregúntate: *¿Necesito esto? ¿Por qué?* (Los fumadores muchas veces lo hacen cuando tratan de quitarse del vicio y lo mismo hacen los alcohólicos. Es una estratagema que no debe desdeñarse). Supongamos —¡y ya es suponer mucho!— que eres una persona que solamente lee en el excusado "la mejor literatura del mundo". Aun así, sostengo que te valdrá la pena preguntarte: "*¿Necesito esto?"* Supongamos que te resistieras a leer *La Divina Comedia.* Supongamos que en vez de leer este gran clásico medites sobre lo que *has* leído sobre él o lo que has oído decir de él. Eso produciría una ligera mejoría. Mejor todavía, sin embargo, sería no meditar sobre literatura en absoluto sino simplemente mantener la mente tan abierta como el intestino. Si por fuerza tienes que hacer algo, ¿por qué no ofreces una silenciosa oración al Creador, una oración de agradecimiento porque tus intestinos todavía funcionan? ¡Imagínate cuál sería tu situación si se paralizaran! Poco tiempo lleva ofrecer una oración de este tipo y, además, ofrece la ventaja de poder sacar al Dante a la luz del sol, donde podrás comulgar con él en términos más iguales. Tengo la certeza de que ningún escritor, ni siquiera muerto, se sentiría halagado si alguien asociara su obra con el sistema de cloacas. Ni siquiera las obras escatológicas se gozan al máximo en el excusado. Habría que ser un auténtico coprófilo para explotar al máximo una situación así.

Habiendo dicho algunas cosas duras sobre la madre moderna, ¿qué me quedaría para el padre moderno? Me limitaré al padre norteamericano porque lo conozco mejor. Esta especie

de padre de familia, como sabemos perfectamente, se considera a sí misma un desdichado esclavo al que nadie aprecia. Además de proveer para los lujos y necesidades de la vida, hace todo lo posible por mantenerse en segundo plano. Si tuviera uno o dos minutos de ocio, se creería en el deber de lavar los platos o cantar al nene para que se duerma. A veces se siente tan apremiado, tan acuciado y tan abusado que cuando su pobre mujer agotada, desnutrida y opaca se encierra en el baño —o sea el "W.C" durante una hora interminable, se enfurece hasta el extremo de querer romper la puerta para asesinarla allí mismo.

A estos pobres diablos que desconocen su verdadero papel quisiera recomendarles el siguiente procedimiento para el caso que se presente una crisis así. Digamos que ella ha estado encerrada "allí" por lo menos media hora. No está constipada, no se está masturbando ni se está hermoseando. "*¿Entonces qué demonios hace allí?"* ¡Cuidado! Yo sé lo que pasa cuando te pones a hablar solo. No pierdas los estribos. Simplemente trata de imaginar que, sentada allí, en el excusado, está la mujer que antaño amaste tan locamente que por nada en el mundo te habrías enfadado con ella. No te pongas celoso de Dante, de Balzac o Dostoievsky si éstas son las sombras con las cuales ella se está comunicando allí. "¡Y hasta puede que lea la Biblia! Ha estado allí lo suficiente como para leer el Deuteronomio." Lo sé. Sé la impresión que esto te causa. Pero no está leyendo la Biblia, y tú lo sabes. Quizá tampoco sea *Los Poseídos,* ni *Seraphita,* ni *Holy Living* (Vida Santa) de Jeremy Taylor. Podría ser *Lo que el Viento se Llevó.* ¿Pero qué importa? Él remedio —créeme hermano, ¡el único remedio!— es ensayar una actitud distinta. Ensaya las preguntas y respuestas. Como éstas, por ejemplo.

—¿Qué haces allí dentro, *querida?*

—Estoy leyendo.

—¿Se puede saber qué?

—Algo sobre la Batalla del Marne.

(Simula no irritarte por eso. ¡Prosigue!).

—Me pareció que estabas puliendo tu español.

—¿Cómo dices, amor mío?

—Te preguntaba si es bueno

—Oh, no, muy aburrido

—¿Quieres que te traiga otra cosa?

—¿Cómo dices, querido?

—Decía si quieres que te traiga una bebida fresca mientras lees ese material.

—¿Que material?

—La Batalla del Marne.

—Oh, eso ya lo terminé. Ahora estoy leyendo otra cosa.

—¿Necesitas algún libro de referencia, *querida?*

—Me parece que sí. Me gustaría un diccionario abreviado, el Webster's, si no es molestia.

—*¿Molestia?* Es un placer. Te traeré el no abreviado.

—No, con el abreviado es suficiente. Es más manejable.

(Corre ahora de un lado para otro, como si buscaras el diccionario.)

—Querida, no encuentro ni el abreviado ni el no abreviado. ¿Te serviría la enciclopedia? ¿Qué es lo que buscas, una palabra, una fecha, o?...

—Oye, *querido,* lo que en realidad quiero es paz y tranquilidad.

—Sí, *querida,* por supuesto. Quitaré la mesa, lavaré los platos y acostaré a los chicos. Después si quieres te leeré. Acabo de descubrir un magnífico libro sobre Nostradamus.

—Eres muy atento, querido. Pero prefiero seguir leyendo.

—¿Leyendo *qué?*

—Se llama *Las Memorias del Mariscal Joffre,* con un prefacio de Napoleón y un detallado estudio de las principales campañas escrito por un profesor de estrategia militar —¡no figura su nombre!— de West Point. ¿Ahora estás conforme, querido?

—Perfectamente.

(Entonces vete a buscar el hacha en la pila de leña. Si no hay pila de leña tendrás que inventarla. Rechina los dientes como si afilaras el hacha, tal como hace Minutten en *Mysteries.)*

Pero he de darte otro consejo. Cuando ella no mire, deja un ejemplar de la obra de Balzac *Sobre Catalina de Médicis* en el W.C., ponle una marca en la página 109 y subraya el siguiente pasaje:

El cardenal acababa de comprobar que Catalina le había traicionado. La taimada italiana había visto en la rama joven de la familia real un obstáculo que podría utilizar para contrarrestar las pretensiones de los Guisas, y, a pesar del consejo de los dos Gondis, quienes le indicaron que dejara actuar contra los Borbones a los Guisas con toda la violencia de que eran capaces, consiguió frustrar, poniendo sobre aviso a la reina de Navarra, el complot para secuestrar Béarn que los Guisas habían urdido con el rey de España. Como solamente conocían este secreto de Estado ellos mismos y Catalina, los príncipes de Lorena tuvieron la seguridad de que los había traicionado y quisieron enviarla de nuevo a Florencia; pero para obtener pruebas de la traición de Catalina al Estado —el Estado era la Casa de Lorena— el duque y el cardenal la utilizaron como instrumento para deshacerse del rey de Navarra.

La ventaja de darle a leer un texto como éste consiste en que apartará por completo su mente de los quehaceres domésticos y la colocará en condiciones de charlar contigo de historia, profecías o simbolismos el resto de la noche. Hasta es probable que se sienta tentada a leer la introducción escrita por George Saintsbury, uno de los más grandes lectores del mundo, virtud o vicio que no le impidió escribir algunos de los prefacios o introducciones más tediosos y superfluos para las obras de otros.

Podría sugerir, por supuesto, otros libros absorbentes, principalmente uno llamado *Nature and Man* (La Naturaleza y el Hombre) de Paul Weiss, profesor de filosofía y lógica, que si no es simplemente de primera fila, por lo menos es de “aguas lustrosas”, un ventrílocuo capaz de retorcerle los sesos a un *pundit* rabínico para hacer un nudo gordiano con ellos. Se puede leer al azar esta obra sin perder ni un solo hilo de su destilada lógica. Todo ha sido predigerido por el autor. El texto no tiene otra cosa que pensamiento puro. He aquí un ejemplo, de la parte sobre “Inferencia”.

> La inferencia necesaria difiere de la contingente en que la premisa basta para justificar la conclusión. En la inferencia necesaria sólo existe una relación lógica entre la premisa y la conclusión: no hay ningún principio que provea el contenido para la conclusión. Tal inferencia es derivable de una inferencia contingente tratando al principio contingente como premisa. C. S. Pierce parece haber sido el primero que descubrió esta verdad. “Designemos las premisas de cualquier argumento con la letra P, la conclusión con C y el principio con L —dijo—. Entonces, si todo el principio se expresa como premisa, el argumento se convertirá en L y P.”. C. Pero este nuevo argumento también tiene que tener su principio, que puede denotarse con L'. Ahora bien, como L y P (suponiendo que sean verídicas) contienen todo lo necesario para determinar la verdad probable o necesaria de C, entonces contienen a L'.
>
> Por lo tanto, L' tiene que estar contenida en el principio, esté expresado en la premisa o no. De ahí que todo argumento tenga, como porción de su principio, cierto principio que no puede eliminarse de su principio. Tal principio podría denominarse *principio lógico.:* Todo principio de inferencia, como indica con claridad la observación de Pierce, contiene un principio lógico mediante el cual es posible avanzar rigurosamente desde una premisa y el principio original hasta la conclusión. Todo resultado de la naturaleza o de la mente, por lo tanto, es consecuencia necesaria de algún antecedente y de algún curso que parte de ese antecedente y termina en ese resultado .

El lector se preguntará por qué no he sugerido la *Fenomenología de la Mente,* de Hegel, que es la piedra angular reconocida de toda la suite cascanueces de la predistigitación intelectual, o sea Wittgenstein, Korzybski, Gurdjieff y Cía. ¡Por qué no! ¿Por qué no la *Philosopby of As* (Filosofía del Como si) de Vaihinger? ¿O *The Alpbabet* (El Alfabeto) de David Diringer? ¿Por qué no *The Ninety-Fíve Theses* (Las Noventa y Cinco Tesis) de Lutero

o el *Preface to the History of the World* (Prefacio a la Historia del Mundo) de Walter Raleigh? ¿Por qué no la *Aeropagitica* de Milton? Todos son libros amorosos. Tan edificantes, tan instructivos...

Ah, si nuestro pobre *pater familias* norteamericano tomase a pecho este problema de la lectura en el cuarto de baño, si prestase seria consideración al medio más eficaz para romper este hábito, ¡qué lista de libros no idearía para un Estante Privado de Un Metro Cincuenta! Con un poco de ingenio conseguiría curar a su esposa del hábito o disgregarle la mente.

Si realmente fuera ingenioso pensaría en un sustituto de este pernicioso hábito de lectura. Podría, por ejemplo, tapizar las paredes del "waterre", como dicen los franceses, con lienzos. ¡Qué agradable, sedante, lenitivo y *educativo* sería dejar que la mirada recorra algunas obras maestras mientras se responde a la llamada de la naturaleza! Para empezar, Romney, Gainsborough, Watteau, Dalí, Grant Wood, Soutine, Breuguel el Viejo y los hermanos Albright. (Las obras de arte, dicho sea de paso, no son una afrenta para el sistema autónomo.). O bien, si su gusto no tiende hacia esas direcciones, podría revestir las paredes del "waterre" con las cubiertas del *Saturday Evening Post* o con tapas de *Time,* pues nada podría ser más "básico-básico", para emplear el lenguaje de la dianética. O bien podría aprovechar los ratos de ocio para ponerse a bordar en sedas multicolores alguna leyenda rara para colgar a la altura de los ojos cuando ella ocupa su lugar acostumbrado en el "waterre", una leyenda como esta: *Hogar es todo sitio donde uno cuelga el sombrero.* Como esto entraña una moraleja, podría cautivarla de manera inimaginable. ¡Hasta la liberaría de la blanca muleta del excusado en tiempo record, vaya uno a saber!

En este punto creo importante mencionar el hecho de que la *ciencia* acaba de descubrir la eficacia, la eficacia terapéutica, del Amor. Los suplementos dominicales están repletos de temas así. Al parecer éste es el gran descubrimiento del siglo, después de la dianética, los platillos volantes y la cibernética. El hecho de que hasta los psiquiatras reconozcan ahora la validez del amor, imparte un sello de aprobación que (al parecer) Jesucristo, *la luz del Mundo,* no consiguió facilitar. Las madres, que ahora han despertado a este hecho incontrovertible, ya no tendrán problemas en sus tratos con sus hijos ni tampoco, "ipso facto", en sus tratos con sus maridos. Los alcaides abrirán las cárceles para soltar a los reclusos; los generales ordenarán a sus hombres que abandonen las armas. El milenio está a la vuelta de la esquina.

No obstante, y a pesar de la llegada del milenio, los seres humanos todavía estarán obligados a reparar en el "water closet" diariamente. Todavía tropezarán con el problema de cómo sentarse en el excusado para aprovechar mejor el tiempo. Este problema es virtualmente un problema metafísico. Para desempeñar esta función la naturaleza no nos pide otra cosa que completa conformidad. La única colaboración que demanda de nuestra parte es nuestra disposición a dejar salir. Evidentemente, cuando el Creador diseñó el organismo humano comprendió que sería mejor para nosotros dejar libradas ciertas funciones a sí mismas; es evidente que si funciones tan vitales como la respiración, el sueño o la defecación quedasen libradas a nuestra disposición, algunos dejaríamos de respirar, de dormir o de concurrir al baño. Muchas personas, recordemos que no todos están en el manicomio, ponen en tela de juicio la inteligencia de su propio organismo. Preguntan por qué, no para saber sino para ridiculizar lo que su limitada inteligencia no alcanza a comprender. Contemplan las demandas del cuerpo como tiempo desperdiciado. ¿Cómo pasan, entonces, el tiempo esos seres superiores? ¿Están completamente al servicio de la humanidad? ¿No comprenden la razón de que haya que perder tiempo en comer, beber, dormir y defecar porque tienen tantas obras buenas que hacer? Sería interesante saber lo que quiere decir esta gente cuando habla de "perder el tiempo".

Tiempo, tiempo... Muchas veces me he preguntado qué haríamos con el tiempo si de pronto tuviésemos el privilegio de funcionar a la perfección. Porque en cuanto pensamos en el funcionamiento perfecto, ya no podemos retener la imagen de la sociedad tal como está constituida en la actualidad. Gastamos la mayor parte de nuestra vida luchando contra desajustes de todo tipo; todo está fuera de sus carriles, desde el cuerpo humano hasta el cuerpo político. Suponiendo que el cuerpo humano funcione bien y que el cuerpo social también funcione bien, pregunto: "¿Qué *haríamos* con nuestro tiempo?" Para circunscribir por

el momento el problema a un solo aspecto, la lectura, ruego al lector que imagine qué libros, qué tipo de libros, consideraría entonces necesarios o dignos de merecer un poco de tiempo. En cuanto estudiamos el problema de la lectura desde este punto de vista toda la literatura se desmorona. Según mi entender, en la actualidad leemos principalmente por los siguiente motivos: uno, para escapar de nosotros mismos; dos, para armarnos contra peligros reales o imaginarios; tres, para "mantenernos a la altura" de nuestros vecinos o para impresionarles, lo cual es lo mismo; cuatro, para saber lo que pasa en el mundo; cinco, para entretenernos, lo que significa ser estimulados a una actividad mayor y superior, y a una existencia más rica. Podríamos agregar otras razones, pero estas cinco me parecen las principales, y las he consignado por orden de importancia *actual,* según creo conocer a mis semejantes. No hace falta reflexionar mucho para llegar a la conclusión de que si fuésemos correctos con nosotros mismos y todo marchase bien en el mundo, la única razón válida, la que tiene menor importancia en el presente, sería la última. Las otras desaparecerían porque no tendrían razón de existir. E incluso la nombrada en último término, dadas las condiciones ideales mencionadas, tendría poco o ningún asidero en nosotros. Hay y siempre hubo individuos raros que ya no necesitan los libros, ni siquiera los libros "sagrados". Éstos son precisamente los iluminados, los que han despertado. Saben perfectamente bien lo que sucede en el mundo. No consideran a la vida como un problema ni un calvario, sino como un privilegio y una bendición. No buscan imbuirse de conocimientos sino de sabiduría. No viven torturados por el miedo, la ansiedad, la ambición, la envidia, la codicia, el odio o la rivalidad. Se interesan profundamente pero al mismo tiempo se despreocupan. Gozan todo lo que hacen porque participan directamente. No tienen necesidad de leer libros sagrados ni de comportarse como santos porque ven la vida en su totalidad y ellos mismos son totales, de manera que para ellos todo es total y sagrado.

¿Como gastan su tiempo estos individuos excepcionales?

Ah, se han dado muchas respuestas a esta pregunta. Y el motivo por el cual existen muchas respuestas es que todo el que sea capaz de plantearse tal pregunta ante sí mismo, piensa en un tipo distinto de individuo "excepcional". Algunos consideran que estos raros individuos pasan su vida entregados a la oración y a la meditación; otros los ven actuando en el concierto de la vida, desempeñando un sinnúmero de ocupaciones, pero sin hacerse notar nunca. Sin embargo, no importa cómo contemplemos a estas almas raras, no importa el mucho o poco desacuerdo que haya en cuanto a la validez o la eficacia de su manera de vivir, estos hombres tienen en común una cualidad, cualidad que los distingue radicalmente del resto de la humanidad y proporciona la clave de su personalidad, su *raison d'étre: ¡tienen todo el tiempo en sus propias manos!* Estos hombres jamás están demasiado apurados, jamás demasiado ocupados como para no responder a una llamada. El problema del tiempo sencillamente no existe para ellos. Viven el momento y tienen noción de que cada momento es una eternidad. Todos los demás tipos de individuos que conocemos establecen límites a su tiempo "libre". Los primeros, en cambio, no tienen otra cosa que tiempo libre.

Si pudiera darte un pensamiento que te conviene llevar contigo todos los días al baño sería el siguiente: "Medita en tus momentos libres" Si este pensamiento no rinde sus frutos, entonces vuelve a tus libros, a tus revistas, a tus diarios, a tus historietas cómicas, a tus aventuras. Amaos, informaos, preparaos, divertios, olvidaos de vosotros mismos, dividios los unos a los otros. Y cuando hayáis hecho todas estas cosas (inclusive el bruñido del oro, como recomienda Cennini), preguntaos si sois seres más fuertes, más sabios, más felices, más nobles, más conformes. Sé que *no* lo seréis, pero eso está en *vosotros* descubrirlo.

Es curioso, pero el mejor tipo de excusado —según los médicos— es aquel donde sólo un equilibrista podría leer. Me refiero a los que encontramos en Europa, Francia especialmente, y que hacen gemir al turista norteamericano. No hay asiento, no hay un cuenco, sino simplemente un agujero en el piso con dos baldosas para los pies y un pasamanos a ambos lados para sostenerse. Uno no se sienta como de ordinario, sino que se pone en cuclillas. *(/Les vrais chiottes, quoi!)* En estos extraños retretes jamás se le mete a uno en la cabeza la idea de leer. Lo único que uno quiere es terminar lo antes posible y no mojarse los pies. Nosotros, los norteamericanos, aunque disimulamos todo lo que se relacione con las funciones vitales,

terminamos haciendo tan atractivo al “W.C.” que nos quedamos allí sin hacer nada después de haber terminando lo que teníamos que hacer. La combinación de excusado y baño nos resulta por demás atractiva. Bañarse en un lugar distinto de la casa nos parecería absurdo. Pero no podría parecerlo para personas realmente delicadas.

Interrupción... Hace unos momentos dormí la siesta al aire libre, en medio de una densa niebla. Fue un sueño liviano, interrumpido por el zumbido de un insistente moscardón. En uno de mis sobresaltos, entre dormido y despierto, acudió a mi mente el recuerdo de un sueño o, para ser más exacto, el fragmento de un sueño. Se trata de un sueño viejo, muy viejo, y sumamente maravilloso, que vuelve a mí —en ocasiones— con insistencia. Por momentos se me presenta con tanta claridad, aunque colado por una grieta, que dudo que haya sido un sueño. Me pongo entonces a devanarme los sesos para recordar el título de una serie de libros que en una época mantuve encerrados en un cofrecito. En este momento la naturaleza y contenido de este sueño recurrente no aparecen tan nítidos como en otras ocasiones. No obstante, su aura todavía conserva su intensidad, como también las asociaciones que suelen acompañar a su evocación.

Hace un instante me preguntaba por qué siempre pienso en este sueño en relación con el retrete, pero entonces recordé de pronto que al salir de mi estado onírico, o, mejor dicho, cuando estaba a punto de salir de él, percibí el desagradable olor del excusado que está escondido en ese “pozo negro” de mi casa, en ese barrio que siempre prolongo a la “calle de los viejos pesares”. En invierno era un verdadero problema refugiarse en este congelado y hermético cubículo que nunca estaba alumbrado, ni siquiera por una vacilante mecha de aceite comestible.

Pero otra cosa más precipitó el recuerdo de esos días idos tanto tiempo atrás. Esta misma mañana examiné el índice que aparece en el último volumen de The Harvard Classies con el fin de refrescar la memoria. Como siempre, la simple idea de esta colección despierta memorias de días sombríos pasados en el altillo con estos sangrientos libros. Considerando el triste estado de ánimo en que solía estar cuando me retiraba a este ala funeraria de la casa, no puedo menos que maravillarme por el hecho de que haya navegado por una literatura como *Rabbi Ben Ezra, The Chambered Nautilus, Ode to a Waterfowl, I Promessi Sposi, Satnson Agonistes, Guillermo Teil, La Riqueza de las Naciones, Las Crónicas de Froissart, la Autobiografía* de John Stuart Mili, y otras por el estilo. Ahora creo que no ha sido la fría niebla sino el peso abrumador de esos días pasados en el altillo, cuando luchaba con autores por los cuales no experimentaba ninguna simpatía, lo que me hizo dormir tan bien hace un rato. En ese caso debo agradecer a sus espíritus ausentes por haberme hecho recordar este caprichoso sueño, en el que aparece una colección de mágicos libros que valoraba hasta tal extremo que los escondí —en un cofrecito— y jamás volví a encontrarlos nuevamente. ¿No es extraño que esos libros, libros que pertenecen a mi juventud, tengan que revestir más importancia para mí que todo lo que he leído después? Obviamente debo de haberlos leído en el sueño, inventando títulos, contenido, autor, todo. De vez en cuando como he mencionado previamente, con los destellos del sueño regresan a veces nítidos recuerdos de la misma textura de la narración. En tales momentos me pongo casi frenético, porque en la serie del sueño hay un libro que encierra la clave de toda la obra, y este libro en particular, su título, su contenido y su significado, llega a veces hasta el umbral mismo de la conciencia.

Uno de los aspectos más borrosos, confusos y atormentadores relacionados con este recuerdo es que siempre me impone la sensación —¿por quién?, ¿en virtud de qué?— de haber leído esos libros en el barrio de Fort Hamilton (Brooklyn). Se me impone el convencimiento de que todavía están escondidos en la casa donde los leí, pero no tengo la menor noción del sitio donde estaba esa casa, a quién pertenecía ni por qué motivo llegué allí. Lo único que recuerdo hoy sobre Fort Hamilton es haber andado en bicicleta por los lugares hacia los cuales me encaminaba los solitarios sábados por la tarde, en la época en que me consumía un desolado amor por mi primera novia. Como un fantasma sobre ruedas recorría el trayecto de rutina —Dyker Heights, Bensonhurst, Fort Hamilton— siempre que salía de casa pensando en ella. Viajaba tan absorto pensando en ella que perdía por completo la noción de mi cuerpo: por momentos pedaleaba pegado al parachoques trasero de un automóvil que

marchaba a sesenta kilómetros por hora y por momentos deambulaba como un sonámbulo. No podría decir que el tiempo haya gravitado pesadamente en mis manos. La pesadez se alojaba enteramente en mi corazón. En ocasiones me arrancaba de la ensoñación el paso de una pelota de golf sobre mi cabeza. En ocasiones la vista del cuartel me llevaba allí, porque siempre que espío viviendas militares, viviendas que los hombres habitan hacinados como ganado, experimento una sensación de repugnancia. Pero también había intermedios —o "remisiones", si se quiere— agradables. Siempre, por ejemplo, me agradaba entrar en Bensonhurts, donde de niño había pasado días tan encantadores con Joey y Tony. ¡Cómo ha cambiado todo con el tiempo! En esa época, en esas tardes de los sábados, era un joven desesperadamente enamorado, un becerro lunar completamente indiferente a todo lo demás en el mundo. Si me echaba en brazos de un libro sólo era para olvidar el dolor de un amor que resultaba demasiado grande para mí. Mi refugio era la bicicleta. Montado en la bicicleta tenía la sensación de sacar a ventilar mi doliente amor. El panorama que se desplegaba ante mis ojos o que desaparecía a mis espaldas era un sueño perfecto: bien podría haber estado recorriendo una pista en un escenario. Todo lo que miraba sólo servía para recordarme a *ella.* A veces, creo que para no caerme al suelo completamente desesperado y abrumado, alimentaba esas fatuas fantasías que asaltan a los enamorados, la chispa de esperanza, digamos, de que en un recodo del camino ella me aguardase para recibirme con una cálida, radiante y amorosa sonrisa... pero *ella.* Si ella no se "materializaba" en este punto, imaginaba que estaría en otro, hacia el cual, con oraciones y esperanzas, avanzaría a toda velocidad, sólo para llegar sin aliento y otra vez decepcionado.

No cabe duda que la mágica naturaleza de estos libros del sueño guardaba relación con mi acumulada nostalgia por esta niña que nunca lograba encontrar, y había sido inspirada por ella. No cabe duda de que en algún lugar de Fort Hamilton, en breves momentos tan negros, tan torturados por el dolor, tan desolados, tan singularmente míos, mi corazón debe haberse destrozado varias veces. Sin embargo —y de esto estoy seguro— *esos libros nada tenían que ver con el amor.* Estaban más allá de eso... ¿de qué? Trataban de cosas indecibles. Aún ahora, a pesar de lo nublado y carcomido por el tiempo que el sueño aparece en el recuerdo, reconozco elementos tenues, sombríos pero reveladores, como los siguientes: una mágica figura blanca sentada en un trono (como en las antiguas piezas de ajedrez de piedra), que sostenía en las manos un llavero de llaves grandes y pesadas (como una antigua moneda sueca) y no se parece ni a Hermes Trimegisto ni a Apolonio de Tiana, ni siquiera al temible Merlín, sino que más se asemeja a Noé o a Matusalén. Trata de decirme, con prístina claridad, algo que escapa a mi comprensión, algo que he venido ansiando y afanándome por conocer. (Un secreto cósmico, sin duda). La figura pertenece al libro clave que, como he destacado, es el eslabón perdido de toda la serie. Hasta este punto la narración, si pudiéramos llamarla así —a través de los libros precedentes de la colección del sueño— ha sido una serie de aventuras extraterrenas, interplanetarias o, a falta de una palabra mejor, "prohibidas", de la más asombrosa variedad y naturaleza. Es como si la leyenda, la historia y el mito, combinadas con incursiones suprasensibles y que escapan a toda descripción, se hubiesen entremezclado y comprimido en un prolongado y sostenido momento de divina fantasía. Y, por supuesto, ¡para mi beneficio especial! Pero lo que agrava la situación en el sueño es que siempre recuerdo el hecho de que *comencé* la lectura del libro que falta, pero —¡ah, si lo supiera!— lo abandoné sin ninguna razón obvia, evidente o siquiera oculta. Una sensación de pérdida irreparable alisa, literalmente aplana, todo sentido de culpa que quiere emerger. ¿Por qué, por qué, me pregunto, no proseguí la lectura de este libro? Si lo hubiese hecho jamás habría perdido ese libro y tampoco lo demás. En el sueño la doble pérdida —la pérdida del contenido y la pérdida del libro mismo— se acentúa y se presenta como una sola.

Pero este sueño tiene asociada otra característica más: la parte que tuvo en ello mi madre. En *La Crucifixión Rosada* he descrito mis visitas al viejo hogar, visitas que hice expresamente para recuperar los bienes de mi juventud, particularmente ciertos libros que, por alguna razón inexplicable, eran muy preciosos para mí en estas ocasiones. Según lo interpreto, mi madre parece haberse deleitado perversamente en decirme que "mucho tiempo" antes había regalado los libros. *"¿A quién?"* pregunté fuera de mí. Nunca pudo recordarlo, sólo que había sido

mucho tiempo atrás. O bien, si lo recordaba, la gente a la cual los había entregado se había mudado mucho tiempo antes y, por supuesto, ya no sabía dónde vivían ni le parecía —y esto fue gratuito por su parte— que se hubieran quedado con esos libros para siempre. Y así sucesivamente. Algunos los había regalado, según confesó, a la Sociedad de Beneficiencia o a la Sociedad de San Vicente de Paúl. Estas explicaciones siempre me sacaban de quicio. A veces, en momentos de vigilia, me preguntaba si en realidad esos libros perdidos en el sueño y cuyos títulos habían desaparecido por completo de mi memoria, no eran libros reales de carne y hueso que mi madre había obsequiado irreflexiva e irresponsablemente.

Por supuesto, siempre que estuve allí en el altillo leyendo la imponente biblioteca de un metro cincuenta de alto, mi madre se mostraba tan intrigada por este proceder como por todo lo que se me ocurría hacer. No comprendía que pudiera "desperdiciar" una tarde tan hermosa leyendo esos libros soporíferos. Ella sabía que yo sufría, pero jamás tuvo la más remota idea de la causa de ese sufrimiento. En ocasiones expresó el parecer de que vivía deprimido a causa de los libros. Y, por supuesto, los libros contribuyeron a deprimirme con mayor profundidad porque no contenían ningún remedio para el mal que me aquejaba. Quería ahogarme en mis penas, y los libros fueron otros tantos moscardones gordos y zumbones que me mantenían despierto, haciéndome arder el cuero cabelludo de aburrimiento.

Cómo salté el otro día al leer en uno de los libros de Marie Corelli, ahora olvidados, lo siguiente: "¡Dadnos algo duradero!, es la exclamación de la cansada humanidad. Las cosas que hemos pasado, en razón de su efímera naturaleza son inútiles. ¡Dadnos algo que podamos guardar y llamar nuestro para siempre! Por esta razón ensayamos y probamos todas las cosas que *parecen* mostrarnos el elemento suprasensible que hay en el hombre, y cuando comprobamos que fuimos engañados por impostores y conjurados, nuestro disgusto y contrariedad resultan demasiado amargos hasta para ventilarse con palabras".

Hay otro sueño concerniente a otro libro y al cual me refiero en *La Crucifixión Rosada,* El sueño es por demás extraño y en él aparece un gran libro que esta niña que amaba (¡la misma!) y otra persona (su amante desconocido, quizá) están leyendo por encima de mis hombros. El libro es mío, quiero decir que es un libro escrito por mí. Menciono esto sólo para sugerir que de todas las leyes de la lógica *resultaría* que el libro perdido en el sueño, la clave de toda la serie —*¿de qué serie?*— había sido escrito por mí y no por otro. Si había conseguido escribirlo en sueños, ¿por qué no podría escribirlo soñando despierto? ¿Acaso un estado difiere tanto del otro? Puesto que me he aventurado a decir tanto, ¿por qué no completar el pensamiento y agregar que la única finalidad que me animó a escribir radicó en esclarecer un misterio? (Nunca he sabido abiertamente en qué consiste este misterio). Sí, desde el momento en que comencé a escribir con absoluta dedicación, mi único deseo fue sacarme de encima este libro que llevo dentro, en lo profundo de mi ser, a todas las latitudes y longitudes y en todas las faenas y vicisitudes. Arrancar este libro de mis entrañas, darle calor, vida y existencia física, tal ha sido mi empeño y preocupación... El mago iluminado que aparece en oníricos destellos oculto en un cofre diminuto —cofre soñado, podríamos decir—, ¿quién es sino yo mismo, el más antiguo de mis seres? ¿Acaso no tiene en las manos un llavero? Y está situado en el centro crucial de todo el misterioso andamiaje. Pues bien, ¿qué es ese libro desaparecido, entonces, sino la "la historia de mi corazón", según el nombre tan hermoso que le ha dado Jefferies? ¿Acaso un hombre puede narrar otra historia que no sea la suya? ¿Acaso no es ésta la más difícil de narrar entre todas las historias, la más oculta, la más abstrusa, la más mistificadora?

El hecho de que hasta en sueños leamos es un hecho significativo. ¿Qué leemos, qué *podemos* leer en las tinieblas del inconsciente, no siendo nuestros más profundos pensamientos? Los pensamientos jamás cesan de agitar el cerebro. En ocasiones percibimos la diferencia entre los pensamientos y el pensamiento, entre el que piensa y la mente que es todo pensamiento. A veces, como a través de una pequeña hendidura, captamos un destello de nuestro ser dual. Cerebro no es mente, de eso podemos estar seguros. Si fuese posible localizar el asiento de la mente, entonces sería más correcto situarlo en el corazón. Pero el corazón es simplemente un receptáculo o transformador por cuyo intermedio el pensamiento se torna reconocible y efectivo. El pensamiento tiene que pasar por el corazón para volverse

activo y significativo.

Existe un libro que forma parte de nuestro ser y que está contenido en nuestro ser, y ese libro es el registro de nuestro ser. He dicho nuestro ser y no nuestro devenir. Comenzamos a escribir este libro en el momento de nacer y lo proseguimos después de la muerte. Solamente cuando estamos a punto de renacer lo terminamos y le ponemos la palabra "Fin". En consecuencia, es toda una serie de libros que, desde un nacimiento hasta el siguiente, continúa la historia de la identidad. Todos somos escritores, pero no todos heraldos ni profetas. Lo que sacamos a relucir del registro oculto lo firmamos con nuestro nombre de pila, que jamás es el nombre real. Pero lo único que llega a conocer alguna vez la luz es lo mejor de nosotros, lo más fuerte, lo más valiente, lo mejor dotado. Lo que entorpece nuestro estilo, lo que falsea la narración, son las porciones del registro que ya no podemos descifrar. El arte de escribir no lo perdemos nunca, pero lo que a veces perdemos es el arte de leer. Cuando encontramos un adepto de este arte, recuperamos el don de la visión. Es el don de la interpretación, naturalmente, porque leer siempre es interpretar.

La universalidad del pensamiento es suprema y está por encima de las cosas. Nada escapa a la comprensión o al entendimiento. Lo que falla en nosotros es el deseo de saber, el deseo de leer o interpretar, el deseo de dar significado a todo pensamiento que expresamos. *Acidia:* el gran pecado contra el Espíritu Santo. Abrumados por el dolor de la privación, cualquiera sea la forma en que se manifieste —y asume muchas, muchas formas—, nos refugiamos en la mistificación. La humanidad, en el sentido más profundo, no es huérfana porque haya sido abandonada, sino porque obstinadamente se niega a reconocer su paternidad divina. Terminamos el libro de la vida en el otro mundo porque nos negamos a comprender que hemos escrito aquí y ahora...

Pero volvamos a *les cabinets,* que es el equivalente francés de retrete y que por alguna extraña razón siempre se emplea en plural. Algunos de mis lectores recordarán un pasaje en el cual consigno tiernas reminiscencias de Francia, concernientes a una apresurada visita al retrete y a la visión totalmente inesperada de París que tuve desde la ventana de ese estrecho lugar. ¿No sería formidable, pensaría cierta gente, construir nuestra casa de manera que desde el asiento del excusado pudiéramos divisar un imponente panorama? Me parece que no interesa en lo más mínimo la vista que se tenga desde el retrete. Si al acudir al retrete llevas contigo algo más que tú mismo, además de tu propia necesidad vital de evacuar y limpiar el organismo, puede que entonces el desiderátum sea una vista hermosa o imponente desde la ventana del cuarto de baño. En ese caso bien valdría la pena montar una estantería para libros, colgar cuadros y hermosear de otra manera este *lieu d'aisance.* Así, en vez de salir al aire libre y tenderse bajo un árbol frondoso, valdría la pena sentarse en el "baño" y meditar. Si fuese necesario hasta se podría construir todo el mundo personal en torno al "W.C". Se podría hacer que el resto de la casa quedase subordinado al asiento de esta suprema función. Se forjaría así una raza que, altamente consciente del arte de la eliminación, se dedicaría a eliminar todo lo que hay de feo, inútil, malo y "deletéreo" en la vida cotidiana. Haciendo eso elevaríamos el retrete a lugar celestial. Pero mientras usemos este sagrado retiro no perdamos el tiempo leyendo *sobre* la eliminación de esto o aquello, o ni siquiera sobre la eliminación misma. La diferencia entre la gente que se refugia en el retrete, sea para leer, rezar o meditar, y la que sólo concurre allí para hacer lo que tiene que hacer, radica en que la primera siempre tiene una ocupación inconclusa entre manos y la segunda siempre está lista para el próximo movimiento, para el próximo acto.

Hay un antiguo dicho que dice. "¡Manten abierto tu intestino y confía en el Señor!" Esto encierra su sabiduría. Hablando en términos amplios, significa que manteniendo nuestro organismo libre de venenos estaremos en condiciones de tener la mente libre y despejada, abierta y receptiva; dejaremos de preocuparnos por cuestiones que no nos atañen —como la forma en que debe dirigirse el cosmos, por ejemplo— y haremos en paz y tranquilidad lo que debe hacerse. Este sano consejo no contiene la menor insinuación de que al mantener abierto el intestino también se debe luchar por mantenerse al tanto de los acontecimientos mundiales o estar al día sobre los libros o comedias de actualidad, o familiarizarse con la última moda, con los cosméticos más refinados o los fundamentos del inglés básico. En efecto, esa breve

máxima implica que cuanto menos se haga para ello, tanto mejor. Digo "ello" entendiendo que la ocupación de ir al retrete es muy seria y no absurda ni repulsiva. Las palabras claves son "abrid" y "confiad". Ahora bien, si se arguye que leyendo sentado en el excusado se contribuye a liberar el intestino, sugeriría entonces la lectura de un material lo más leve posible. Leed los Evangelios, por ejemplo, porque los Evangelios son del Señor, y el segundo mandamiento es "confiad en el Señor". Yo mismo estoy convencido de que se puede tener fe y confianza en el Señor sin leer el Santo Mandato en el retrete y, en efecto, abrigo la certeza de que se tiende a creer y confiar más en el Señor no leyendo absolutamente nada en el retrete.

¿Cuando visitas al psicoanalista éste te pregunta qué lees en el excusado? Debería hacerlo. Para el psicoanalista debería ser muy distinto que el paciente lea un tipo de literatura en el retrete y otro en otra parte. Incluso debería ser importante el hecho de que tú leas o no leas en el retrete. Lamentablemente estas cuestiones no se comentan con suficiente amplitud. Se presume que lo que se haga en el "W.C." pertenece al fuero privado de cada cual. No es así. Interesa al universo entero. Si, según vamos creyendo cada vez más, nos vigilan criaturas de otros planetas, no cabe duda de que espían hasta nuestros actos más secretos. Si logran penetrar la atmósfera de esta tierra, ¿qué podría impedirles atravesar las puertas cerradas de nuestros retretes? Reflexionad sobre esto cuando no tengáis nada mejor en qué pensar, allí dentro. Quisiera instar a los que experimentan con cohetes y otros medios de comunicación y transporte interestelar, que imaginen por un instante qué aspecto tendrían para los moradores de otros mundos si los viesen leyendo *Time* o *The New York,* por ejemplo, en el "John". Vuestra lectura dice mucho de vuestro ser interior, pero no todo. Sin embargo, el hecho de que estéis *leyendo* en un sitio donde deberíais estar *haciendo,* reviste cierta importancia. Es una característica que hombres ajenos a este planeta destacarían inmediatamente, y bien podría influir en su juicio sobre nosotros.

Y si para cambiar de tono nos limitamos a la opinión de los seres simplemente terrestres, pero seres alerta y discernidores, el cuadro no se modifica mucho. No solamente es grotesco y ridículo mirar la página impresa estando sentado en el excusado, sino que también tiene visos de locura. Este elemento patológico se pone en evidencia con bastante claridad cuando la lectura se combina con la comida, por ejemplo, o durante un paseo. ¿Por qué no impresiona lo mismo cuando lo observamos vinculado con el acto de la defecación? ¿Tiene algo de natural hacer estas dos cosas simultáneamente? Supongamos que, aunque nunca quisiste ser cantante de ópera, siempre que acudes al retrete te pones a practicar la escala musical. Supongamos que, aunque el canto fuese todo en la vida para ti, insistieras en que el único momento en que puedes cantar es cuando estás en el "W.C". O supongamos que sencillamente dices que cantas en el retrete porque no tienes otra cosa que hacer. ¿Colaría eso en el consultorio de un alienista? Pero éste es el tipo de coartada que da la gente cuando se le apremia a explicar por qué *tiene* que leer en el retrete.

¿Entonces con limitarse a abrir el intestino no basta? ¿Hace falta incluir a Shakespeare, Dante, William Faulkner y a toda la galería de escritores de libros de bolsillo? ¡Dios mío, qué complicada se ha vuelto la vida! En otra época cualquier lugar nos venía bien. Por compañía teníamos el sol o las estrellas, el canto de los pájaros o el graznido de la lechuza. No se trataba de matar el tiempo ni de matar dos pájaros de una sola pedrada. Simplemente se trataba de dejar salir. Ni siquiera se nos ocurría confiar en el Señor. Esta confianza en el Señor era tan inherente a la naturaleza del hombre, que vincularla con el movimiento intestinal habría parecido blasfemo y absurdo. En la actualidad se requiere un eximio matemático, que también sea metafísico y astrofísico, para explicar el sencillo funcionamiento del sistema autónomo. Ya nada es sencillo. Debido al análisis y a la experimentación hasta las cosas más ínfimas han asumido proporciones tan complicadas que es extraño que alguien pueda decir que todo lo sabe de todas las cosas. Hasta la conducta instintiva resulta ser altamente compleja. Las emociones primitivas, como el miedo, el odio, el amor y la angustia, resultan terriblemente complejas.

¡Pensar que somos nosotros quienes en los próximos cincuenta años nos lanzaremos a conquistar el espacio! ¡Somos las criaturas que, no queriendo convertirnos en ángeles, vamos

a desarrollarnos como seres interplanetarios! Pues bien, no cabe duda de que por lo menos una cosa es previsible: ¡que hasta en el espacio tendremos excusados! Dondequiera que vayamos, el "John" nos acompaña, según observo. Antes solíamos preguntar: "¿Y si las vacas volaran?" Este chiste ya es antediluviano. Ahora, en vista de los proyectados viajes más allá de la atracción gravitacional, se impone la siguiente interrogante: "¿Cómo funcionarán nuestros órganos cuando ya no estemos sometidos a la atracción de la gravedad?" Viajando a mayor velocidad que el pensamiento —¡hasta se ha sugerido que seremos capaces de lograrlo!—, ¿podremos leer algo allí, entre las estrellas y los planetas? Lo pregunto porque supongo que la nave espacial modelo estará equipada con lavabos, además de laboratorios, y que en ese caso nuestros nuevos exploradores del tiempo y el espacio sin duda se llevarán consigo material para leer en el retrete.

Hay un aspecto que se presta a conjeturas: la índole de esta literatura interespacial. Solíamos ver de tiempo en tiempo cuestionarios en los que se nos preguntaba qué leeríamos si fuésemos a refugiarnos en una isla desierta. Nadie, que yo sepa, ha preparado todavía un cuestionario sobre lo que sería buena lectura en el excusado de una nave espacial. Si obtuviésemos las mismas respuestas de siempre en este próximo cuestionario, o sea Hornero, Dante, Shakespeare y compañía, mi desilusión sería sumamente cruel.

Esta primera nave que abandone la tierra, quizá para no regresar jamás... ¡Qué no daría por conocer los títulos de los libros que habría en ella! Me parece que no se han escrito todavía libros que ofrezcan sustento menta!, moral y espiritual a esos audaces precursores. Es posible, según lo veo, que estos hombres no se preocupen para nada por la lectura, ni siquiera en el retrete; quizá se conformen con ponerse a tono con los ángeles, con escuchar las voces de los seres queridos que partieron, aguzando el oído para captar la incesante canción celestial.

CAPÍTULO XIV

EL TEATRO

La comedia es la única categoría de la literatura que he estudiado más que cualquier otra. Mi pasión por el teatro penetra tan profundamente en mi juventud, que parece como si hubiese nacido entre bastidores. Desde los siete años de edad comencé a concurrir a la sala de *vaudeville* llamada The Novelty, en Drigg's Avenue, Brooklyn. Siempre frecuentaba la *matinée* de los sábados. Y solo. El precio de la entrada al "paraíso negro" era de diez centavos. (Era esa época dorada cuando se podía comprar un buen cigarro por diez centavos). El portero, Bob Maloney, ex boxeador cuyos hombros eran los más anchos y cuadrados que jamás he visto en mi vida, montaba guardia sobre nosotros con un fuerte bastón. Recuerdo mejor a este individuo que a cualquiera de las representaciones o actores que viera allí. Encarnaba al villano que dominaba mis perturbados sueños.

La primera comedia que me llevaron a ver fue *La Cabaña del Tío Tom.* El escenario era diminuto y, según recuerdo, la obra no me impresionó en lo más mínimo. Recuerdo, en cambio, que mi madre lloró copiosamente durante toda la función. A mi madre le encantaban estas comedias lacrimógenas. No sé cuántas veces me llevaron a ver *The Old Homestead* (La Vieja Casa) (con Daman Thompson), *Way Down Easty* otras similares en boga.

En este barrio (The Fourteenth Ward) había dos teatros más, a los cuales mi madre también me llevaba de vez en cuando: The Amphion y el de Corsé Payton. Corsé Payton, al que muchas veces se menciona como "el peor actor del mundo", presentaba melodramas de mala muerte. Años después mi padre y él se hicieron compañeros de borrachera, cosa que nadie habría soñado en los días en que el nombre de Corsé Payton estaba en boca de todos en Brooklyn.

La primera comedia que me impresionó —no tendría más de diez u once años en esa época— fue *Vino, Mujeres y Música.* Fue una representación alegre e impúdica cuyos principales actores eran el diminuto Lew Hearn y la arrebatadora Bonita. Según lo veo ahora, debe de haber sido un espectáculo burlesco formidable. *(Wer Liebt nicht Wein, Weib un Gesang, bleibt ein Narr sein Leben Lang-)* Lo más sorprendente en relación con este acontecimiento fue que ocupamos un palco para nosotros solos. El teatro, en el que dudo haber vuelto a entrar alguna otra vez —por alguna causa me recuerda una antigua fortaleza francesa—, llamábase The Folly y estaba en la esquina de Broadway y Graham Avenue, en *Brooklyn,* por supuesto.

En esta época nos habíamos mudado del glorioso Fourteenth Ward al sector de Bushwick ("La Calle de los Primeros Pesares"). A poca distancia de nosotros, en el barrio llamado East New York, donde todo parecía llegar a un callejón sin salida, una compañía daba representaciones en una sala llamada The Gotham. Una vez al año, Forepaugh & Sells montaba en este barrio desolador las grandes carpas de su circo. No muy lejos había un cementerio chino, un dique y una charca para patinar. La única comedia que recuerdo de esta tierra de nadie es *Alias Jimmy Valentine.* Pero no cabe duda de que vi monstruosidades como *Bertha, The Sewing Machine Girí* (La Costurera) y *Nelly, the Beautiful Cloak Model.* Todavía acudía entonces a la escuela primaria. La vida callejera fue más emocionante para mí que la artificiosa realidad del teatro.

Sin embargo en este período, durante las vacaciones, visitaba a mi primo en Yorkville, donde nací. Allí, las noches de verano, con una pinta de *ale* en la mesa, mi tío nos deleitaba con sus recuerdos del teatro de su época. (Es probable que todavía estuviese en cartel *The Bowery After Dark).* Todavía me parece ver a mi tío, hombre gordo, perezoso y jovial que hablaba con pronunciado acento alemán, sentado junto a la mesa redonda y sin mantel en la cocina, siempre en camiseta escotada. Le veo extendiendo los programas, que consistían en largas tiras impresas en papel de diario, ya amarillos de viejos en esa época, que entregaban a

la entrada de las galerías. Si fascinadores eran los nombres de las comedias, los de los actores lo fueron más todavía. Nombres como Booth, Jefferson, sir Henry Irving, Tony Pastor, Wallack, Ada Rehan, Réjane, Lily Langtry, Modjeska, aún resuenan en mis oídos. Eran los días en que el Bowery era puro torbellino, cuando la calle Catorce estaba en su apogeo y cuando las grandes figuras de las tablas se importaban de Europa.

Todos los sábados por la noche, según mi tío, él y mi padre acudían al teatro. (Poco después habríamos de hacer lo mismo mi compañero Bob Haase y yo). Esto me pareció casi increíble, porque desde la época en que llegué al mundo mi padre se desvinculó por completo de ese ambiente, y lo mismo sucedió con mi tío. Menciono este hecho para destacar mi asombro cuando cierto día, en la época en que trabajaba medio día en la sastrería de mi padre —tenía entonces unos dieciséis años— me preguntó si quería acompañarle esa noche al teatro. Major Carew, uno de sus compinches del Wolcott Bar, había comprado entradas para una comedia titulada *The Gentlemen from Mississippi* (Los Caballeros de Misisipí). Su amigo le sugirió llevarme porque trabajaba un actor que le parecía que me agradaría ver, un actor que acababa de llegar a la fama y que era nada menos que Douglas Fairbanks. (Thomas Alfred Wise, por supuesto, encarnaba al protagonista). Pero lo que me emocionó más que la perspectiva de ver a Douglas Fairbanks, fue que entraría por primera vez en un teatro de Nueva York, ¡y de noche! Además iría en muy extraña compañía, mi padre y el disoluto Major Carew, quien, desde el momento en que llegó a Nueva York no dejó de estar bebido un solo instante. Sólo años después caí en la cuenta de que había visto a Douglas Fairbanks en su gran éxito teatral.

Ese mismo año, en compañía de mi maestro de alemán de la escuela secundaria, hice mi segunda visita a un teatro neoyorkino, el Irving Place Theatre. Fue para ver *Alt Heidelberg.* Ese acontecimiento, que por algún motivo que desconozco se destaca en mi mente como totalmente romántico, fue superado al poco tiempo por mi iniciación en el teatro burlesco. Todavía iba a la escuela secundaria cuando un muchacho de mayor edad que yo (que vivía en el viejo Fourtheenth Ward), me invitó a acompañarle algún día a The Empire, nuevo teatro de burlesco de nuestro barrio. Por fortuna ya usaba pantalones largos, aunque dudo que hubiese comenzado a brotarme la barba todavía. Jamás olvidaré ese primer burlesco. Temblé de emoción desde el momento en que se levantó el telón. Hasta entonces nunca había visto a ninguna mujer desvestirse en público. Había visto fotografías de mujeres desnudas desde la niñez, gracias a los cigarrillos Sweet Corporal, pues en todos los paquetes solía encontrarse una pequeña baraja con una de las famosas vedettes del día. De pronto recordé el teatrito del viejo barrio de Grand Street, llamado The Unique, o, como lo apodábamos nosotros, “The Bum” (El Vago). De pronto vi una vez más esa larga cola nocturna congregada fuera, apretujándose y remolineando para asomarse a la puerta y echar un vistazo a esa pícara y pequeña vedette, Mlle de León (nosotros la llamábamos *Millie* de León), la chica que tiraba las ligas a los marineros en cada representación. De pronto recordé los tentadores carteles que flanqueaban la entrada del teatro, donde aparecían despampanantes figuras femeninas de lujurioso busto desplegando sus provocativas y sinuosas curvas. De todas maneras, desde ese día decisivo en que visité por primer vez The Empire, me hice asiduo del burlesco. Al poco tiempo conocía todos: Miner's, en el Bowery; The Columbia, The Olympic, Hyde *&* Beeman's, The Dewey, The Star, The Gayety, The National Winter Garden... todos. Siempre que me sentía aburrido, triste o simulaba buscar trabajo, me encaminaba hacia el burlesco o el teatro de vaudeville. ¡Gracias a Dios que había instituciones tan gloriosas en esos días! De no haber sido por ellas me habría suicidado hace mucho tiempo.

Pero hablando de letreros... Uno de los extraños recuerdos que tengo de este período es el de haber pasado junto a uno que anunciaba la representación de *Safo.* Lo recuerdo por dos razones: primero, porque estaba en la cerca junto a la vieja casa donde conocí mis mejores días —chocantemente cerca, por así decirlo— y, segundo, porque era un cartel lóbrego, que representaba abiertamente a un hombre que se llevaba a una mujer, vestida con un fino camisón solamente, subiendo una escalera. (La mujer era Olga Nethersole). Nada sabía en esa época del escándalo que había provocado la comedia. Tampoco sabía que era la dramatización del famoso libro de Daudet. No leí *Safo* hasta los dieciocho o diecinueve años;

en cuanto a los célebres libros de Tartarín, debo haber tenido bastante más de veinte años cuando llegaron por primera vez a mis manos.

Uno de los recuerdos más hermosos que conservo del teatro es el día en que mi madre me llevó a un casino al aire libre en Ulmer Park. Si bien es muy improbable, todavía tengo la impresión de que la mujer que escuché cantar ese día era Adelina Patti De todas maneras, para un simple niño de ocho o nueve años que a duras penas se preparaba para presenciar la vuelta del siglo, era como un viaje a Viena. Por ser en pleno verano, fue un día tan chispeante, esplendoroso y alegre que hasta un perro lo recordaría. (¡Pobre Balzac, cuánto lo siento por ti, que confesaste no haber conocido más de tres o cuatro días de felicidad en toda tu vida!) En este día de oro hasta los toldos y parasoles eran más brillantes y alegres que nunca. La pequeña mesa redonda junto a la cual tomamos asiento mi madre, mi hermana y yo, bailaba de dorados reflejos proyectados por los cubiletes y los altos y delgados vasos de cerveza, por prendedores, aros, monóculos, binoculares, por brillantes hebillas de cinturones, por pesadas cadenas de oro para relojes, y por mil y un adminículos tan preciados por los hombres y mujeres de esa generación. ¡Qué buenas cosas de comer y beber había! Todo de primera calidad, sin duda. No podía quitarme de la cabeza que después de cada número aparecían unos niños de más o menos mi edad y atravesaban todo el escenario, simplemente para colocar el cartel del próximo número en ambos extremos. Lo hacían sonriendo con una reverencia. Detalles muy importantes. También los camareros me intrigaban por el despliegue de equilibrio que hacían con las pesadas bandejas, la fulminante rapidez con que daban la vuelta y a pesar de todo tan finos, tan joviales, tan indeciblemente desenvueltos. El clima del lugar era absolutamente Renoir.

Apenas entré en edad de trabajar —comencé a los diecisiete años— me lancé a esas maravillosas juergas de las tardes y noches de los sábados en las playas. Irene Franklin (“Red Head”) en el Brighton Beach Music Hall, otro teatro al aire libre, se destaca con relieve en mi memoria. Pero más nítido todavía es el recuerdo de un cómico desconocido que en esa época hacía famoso a “Harrigan”. También fue éste un día caluroso en que el océano soplaba una hermosa brisa y yo lucía un nuevo sombrero de paja con una gran cinta punteada. El goce del canto y la danza sólo costaba diez centavos. Pero no puedo olvidar el lugar mismo, que consistía en una fila circular de bancos expuestos al sol y apenas del tamaño necesario para que hiciera sus piruetas en ellos un mono. Allí, en un tosco y elástico tablado, este gracioso anónimo hacía un número tras otro, desde mediodía hasta medianoche. Ese día volvía a escucharlo varias veces. Regresé expresamente para escucharle cantar:

> H...A... doble R...I
> G...A...N dice Harrigan
> Ni hombre ni diablo puede decir nada contra mí.

Y así sucesivamente, para terminar con:

> Es un hombre con el cual
> Nunca se vinculó la vergüenza.
> *¿Harrigan!* ¡Ese soy yo!

Ignoro por qué motivo este estribillo me fascinó tanto. No cabe duda de que fue este pobre jilguero triste, su vitalidad, su donaire, la deliciosa chispa que tenía y la tortura que sufría.

Extraño y rosado período fue esa vuelta de siglo que se ha relegado a terminar. El fonógrafo de Edison, Terry McGovern, William Jennings Bryan, ALexander Dowie, Carrie Nation, Sandow el Hombre Fuerte, el espectáculo de animales de Bostock, las comedias de Mack Sennett, Caruso, el Pequeño Lord Fountleroy, Houdini, Kid McCoy, los Hallroom Boys, Battling Nelson, Arthur Brisbane, los Katzenjammen Kids (los Sobrinos del Capitán), Windsor McKay, el Yellow Kid, *The Pólice Gazette,* el Caso Molineaux, Theda Bara, Anette Kellerman. *Quo Vadis?,* The Haymarket, *Ben Hur,* Mouquin's, Cousidine's, *Trilby, David Harum, Peck's Bad Boy,* la Gilsey House, el Dewey Theatre, Stanford White, el Murray Hill

Hotel. Nick Cárter, Tom Sharkey, Ted Sloan, Mary Baker Eddy, los Gold Dust Twins, Max Linder, I*n tbe Shade ofthe Old Apple Tree,* la Guerra de los Boers, La Rebelión Boxer, "Remember the Maine", Bubby Walthour, Painless Parker, Lydia Pinkham, Henry Miller en *The Only Way...*

Ya no recuerdo dónde ni cuándo vi *La Tía de Carlos,* Sólo sé que ha quedado en mi mente como la comedia más cómica que he visto en mi vida. Hasta la película llamada *Turnabout* no volví a ver nada que me hiciera reír tanto. *La Tía de Carlos* es una de esas comedias que nos impactan por debajo de la correa. Viene representándose de vez en cuando desde hace más de cincuenta años y creo que seguirá volviendo al cartel por lo menos durante cincuenta años más. No cabe duda de que es una de las peores comedias jamás escritas, ¿pero eso qué importa? Mantener sobre ascuas al público durante tres actos completos es toda una hazaña. Lo que me asombra es que el autor, Brandon Thomas, haya sido británico. Años después descubrí en París un teatro en el Boulevard du Temple —*Le Déjazet*— que se especializaba en farsas, para desternillarse de risa. En esta vieja sala que parecía un granero, escuché más carcajadas que en cualquier otra, excepto el Palace Theatre de Broadway, "el hogar del *vaudeville".*

Desde la época en que empecé a asistir a la escuela secundaria hasta que tuve más o menos veinte años, acudí regularmente todos los sábados por la noche con mi compañero Bob Haase al Broadway Theatre de Brooklyn, donde se representaban los grandes éxitos de los escenarios de Manhatan después de haber pasado su momento. Por lo general nos quedábamos de pie detrás de la orquesta. De esta manera vi por lo menos doscientas comedias, entre ellas algunas como *The Witching Hour, The Lion and the Mouse, The Easiest Way, The Music Master, Madame X, Camille, The Yellow Ticket, The Wizar ofOz* (El Mago de Oz), *The Servant in the House, Disraeli, Bought andPaidFor, The Passing of the Third Floor Back, The Virginian, The Man from Home, The Third Degree, Damaged Goods, The Merry Widow* (La Viuda Alegre), *The Red Mili, Sumurun* y *Tiger Rose.* Mis favoritas, entre las estrellas, eran entonces la señora Leslie Cárter, Lilly Maddern Fiske, Leonore Ulric, Francés Starr y Anna Held. ¡Abigarrada compañía!

Apenas empecé a acudir a las salas de Nueva York me ramifiqué en todas direcciones. Frecuenté los teatros extranjeros, y también los teatritos como el Portmanteau, el Cherry Lane, The Provincetow y el Neighborhood Playhouse. Y, por supuesto, fui al Manhattan y al Lafayette, en Harlem. Vi la compañía de Copeau varias veces en el Garrick, también a los Artistas de Moscú y a los Artistas Teatrales de Abbey.

Es curioso que una representación que se destaca en mi memoria es la dada por un grupo de aficionados, jóvenes, en el Henry Street Settlement. Me invitó acudir a la representación (una obra isabelina) un mensajero que en ese época trabajaba para mí en la compañía telegráfica. Este muchacho había salido de la cárcel poco antes, donde cumplió una condena por robar unas estampillas en un pequeño correo del Sur. Verlo actuar con casaca y calzones del siglo XVII—hacía de protagonista— declamando con gracia y distinción, fue una agradabilísima sorpresa para mí. Esa noche se destaca con tanta nitidez en mi mente como la mágica escena de *El Vagabundo* (The Wan-derer) de Fournier, que he mencionado con tanta frecuencia. De vez en cuando vuelvo a Henry Street Settlement con la esperanza de revivir el encanto de esa primera noche, pero las cosas solamente ocurren una vez en la vida. No muy lejos, en Grand Street, estaba el Neighborhood Playhouse, que visitaba con frecuencia y donde —¡otra memorable ocasión!— vi representar *Exilesáe* Joyce. Haya sido la época o fuese porque yo era joven e impresionable, muchas de las obras que vi durante la década de los veinte son inolvidables. Mencionaré apenas unas cuantas: *Androcles y el León, Cyrano de Bergerac, From Morn till Midnight, Yellow Jacket, The Playboy of the Western World, Him, Lysistrata, Francesca de Rimini, Gods of the Mountain, The Boss, John Ferguson, Fata Morgana, The Better 'Ole, Man oftbe Mas-ses, Bushido y Juno and the Paycock.*

En los primeros días de *The Deepthinkers* y *The Xerxes Society* tuve la suerte de ser invitado por un compañero mío a los "mejores" teatros, donde ocupaba "las mejores butacas". El patrón de mi amigo era un inveterado entusiasta del teatro. A veces invitaba a toda nuestra pandilla —doce robustos, alegres y rebosantes jóvenes— para acompañarle a un "buen

espectáculo". Si se aburría, se marchaba en medio de la obra para ir a otro teatro. Gracias a él vi por primera vez a Elsie Janis, nuestra gran ídolo, y también a esa pequeña reina Elsie Ferguson: "*Such a Little Queen"* Fueron días de bonanza. No solamente las mejores butacas de la sala, sino después comida fría en Reisenweber's, Bustanoby's o Rector's. Trotar de un lado a otro en carruajes. Nada era demasiado bueno para nosotros. "¡Ah, fueron días que jamás olvidaré!"

En la sastrería, cuando me puse a trabajar todo el día para el viejo —en un súbito salto de la Savage School donde me adiestraba para ser instructor atlético (sic)—, conocía a otro maravilloso príncipe, el excéntrico Mr.Pach, de Pach Brothers, fotógrafos. Este amoroso anciano jamás manejaba dinero. Todo cuanto deseaba lo obtenía mediante trueque, inclusive el uso de automóvil y chófer. Tenía vinculaciones y filiaciones en todas partes, según parecía, no siendo la menor de ellas con los directores de la Ópera Metropolitana, el Carnegie Hall y lugares como ésos. El resultado fue que siempre que deseaba acudir a un concierto, a una ópera, a un recital sinfónico o a un ballet, sólo tenía que telefonear al viejo Pach, como le llamábamos, y me esperaba una butaca. De vez en cuando mi padre le hacía un traje o un sobretodo y a cambio de eso recibíamos fotografías, toda clase de fotografías, montañas de fotografías. Así, de esta manera tan extraña —¡casi milagrosa para mí!— escuché en el lapso de veinte años virtualmente todo lo destacado en materia de música. Fue una educación de incalculable valor, mucho más provechosa que toda la hojarasca pedagógica a que fui sometido.

Según dijera poco antes, creo haber leído más comedias que novelas o cualquier otra forma de literatura. Comencé esta lectura de las comedias por medio de *The Harvard Classics,* esa biblioteca de un metro cincuenta recomendada por el doctor Foozlefoot Eliot. Primero antigua comedia griega, después comedia isabelina y por último Restauración y otros períodos. El verdadero ímpetu, como he destacado varias veces, lo recibí por medio de Emma Goldman con sus conferencias sobre el teatro europeo, dictadas en San Diego allá por 1913. Debido a ella me entregué por entero a la comedia rusa, con la cual, junto con la comedia griega, me siento más en mi elemento. La comedia rusa y la novela rusa me infundieron la misma sensación de familiaridad que la poesía y la filosofía chinas. En ellas siempre encontramos realidad, poesía y sabiduría. Tienen los pies en la tierra. Pero los dramaturgos que envidio, a los que imitaría si pudiese, son los irlandeses. Puedo leer a los comediógrafos irlandeses cuantas veces quiera sin sentirme saciado. Hay en ellos una magia a la que se suma un total desafío de la lógica y un humor totalmente singular. También hay oscuridad y violencia, por no hablar de ese don natural de la palabra que ningún otro pueblo parece poseer. Todo escritor que utilice el idioma inglés tiene una deuda con los irlandeses. Por medio de ellos recibimos los resplandores del verdadero idioma de los bardos, ahora perdido, salvo en un remoto rincón del mundo como es Gales. Habiendo saboreado a los escritores irlandeses, todos los demás dramaturgos europeos resultan pálidos y débiles en su expresión. (Los franceses más que ninguno posiblemente.) El único hombre que todavía nos llega en traducciones es Ibsen. Una comedia como *The Wild Duck* todavía es dinamita. Comparado con Ibsen, Shaw es apenas un "tonto parlante".

Aparte de las opacas representaciones a las que acudí durante mi breve visita a Norteamérica procedente de Francia —*Wairting for Lefty, The Time qf Your Life, Awake and Sing!*— no he acudido al teatro desde esa memorable producción de Hamsun, *Hambre* (con Jean Louis Barrault) dada en París en 1938 ó 1939. Fue representada de manera expresionista, a la Georg Kaiser, y ha quedado como digno punto final de los días en que frecuentaba el teatro. En la actualidad no tengo el menor deseo de visitar el teatro. Esta actividad ha terminado para siempre. Preferiría ver una película cinematográfica de segunda categoría y no una comedia, aunque debo confesar que también el cine ha perdido su atractivo para mí.

Quizá parezca extraño que a pesar de mi gran interés por el teatro no haya escrito ninguna comedia. Lo intenté una vez, hace muchos años, pero no pude llegar más allá del segundo acto. Evidentemente era mucho más importante para mí *vivir* el drama que darle expresión. Además, quizá sea cierto que carezco de talento en esta dirección, cosa que lamento.

Pero aunque ya no vaya al teatro, aunque haya abandonado toda idea de escribir teatro, el teatro sigue siendo para mí un dominio de pura magia. En potencia, el drama isabelino —excluyendo a Shakespeare, al que no puedo soportar— ocupa el segundo lugar después de la Biblia. *Para mí.* Muchas veces he comparado mentalmente este período con la era que produjo los grandes dramaturgos griegos. Nunca deja de impresionarme el extraordinario contraste idiomático entre estos dos períodos de la comedia. El griego es un idioma sencillo y directo, comprensible para toda persona inteligente; el idioma isabelino es tumultuoso y desenfrenado, ideado para poetas, aunque el público (de esa época) estaba compuesto principalmente por la turba. En el drama ruso volvemos a tener la sencillez de los griegos; el mecanismo, empero, es de otro orden.

Lo que toda buena comedia tiene en común, según encuentro, es su legibilidad. Y éste es el supremo defecto del teatro. El teatro del futuro carecerá de esta virtud. Como "literatura" carecerá prácticamente de significado. El teatro todavía debe adquirir caracteres propios. Esto no podrá lograrse mientras no se modifique radical y fundamentalmente la estructura de nuestra sociedad. Antonin Artaud, el poeta, actor y comediógrafo francés, tuvo luminosas ideas sobre el tema, que expuso en un opúsculo llamado *Le Théatre de la Cruauté*. Lo que Artaud propuso fue un nuevo tipo de participación del público, pero esto jamás lo obtendremos mientras no se transforme por completo la concepción del "teatro".

Los libros tienden a separarnos, mientras que el teatro tiende a unirnos. El público, como jalea en manos de un comediógrafo capaz, nunca exhibe mayor solidaridad que durante la breve hora o dos que se tarda en hacer una representación. Únicamente durante una revolución hay algo comparable a esta solidaridad. Usado correctamente, el teatro es una de las armas más grandes en manos del hombre. El que haya entrado en decadencia no es sino otro signo de estos tiempos degenerados. Cuando el teatro queda rezagado, significa que la vida está en bajamar.

Para mí el teatro siempre ha sido como un baño en la corriente común. Experimentar emoción en compañía de una multitud es realmente tónico y terapéutico. No solamente se materializan ante nuestros ojos los pensamientos, los actos y los personajes, sino también el efluvio donde todo nada y también envuelve al auditorio. Al identificarse con los actores, los espectadores reproducen el drama en sus propias mentes. Trabaja en esto un superdirector invisible. Además, en cada espectador se desarrolla otro drama singular paralelo al que está presenciando. Todos estos dramas reverberativos se funden y potencian el drama visible y audible, cargando hasta las paredes mismas de una tensión psíquica incalculable y por momentos casi hasta insoportable.

Hasta para familiarizarse con el propio lenguaje hace falta frecuentar el teatro. La conversación de las tablas es de distinto orden que la conversación de los libros o la charla de la calle. Así como la escritura más indeleble pertenece a la parábola, así también el habla más indeleble pertenece al teatro. En el teatro escuchamos lo que uno siempre se dice a sí mismo. Olvidamos cuánto drama silencioso representamos todos los días de nuestra vida. Lo que emana de nuestros labios es infinitesimal comparado con la constante corriente de recitación que se desarrolla en nuestras cabezas. Lo mismo sucede con los actos. El hombre de acción, incluso el héroe, apenas vive en sus actos una fracción del drama que lo consume. En el teatro no solamente se estimulan, se elevan y se exaltan todos los sentidos, sino que el oído se afina y el ojo se adiestra de nuevas maneras. Nos pone alerta frente a la infalible significación de las acciones humanas. Todo lo que ocurre en el escenario está enfocado, como a través de una lente deformante, para satisfacer el ángulo de la expectación. No solamente percibimos lo que se denomina destino, sino que lo experimentamos individualmente, cada cual a su manera. En esa estrecha franja que está más allá de las candilejas, todos hallamos un terreno de común reunión.

Cuando pienso en las numerosas representaciones a que he asistido y en idiomas tan distintos; cuando pienso en los extraños barrios donde estaban estos teatros y en mis viajes de regreso a casa, muchas veces a pie, a menudo en medio de cortantes vientos o con agua y barro; cuando pienso en las personalidades realmente extraordinarias que influyeron en mi ser, en la multitud de ideas que experimentaba de forma vicaria; cuando pienso en los

problemas de otras épocas, de otros pueblos y en el mágico y misterioso denominador que me permitió captarlos y sufrirlos; cuando pienso en los efectos que ciertas comedias tuvieron en mí, y a través de mi persona sobre mis relaciones e incluso gente desconocida para mí; cuando pienso en esta marejada de sangre, de cieno, de oscuridad, empantanada pero bombeándose al exterior en palabras, gestos, escenas, crisis y éxtasis; cuando pienso en lo total e inexorablemente humano que fue todo esto, tan humano, tan saludable, tan notablemente universal, mi aprecio por todo lo relacionado con las comedias, los dramaturgos y los actores teatrales se exalta hasta lo extravagante. Tomemos una forma de teatro solamente, el yídish, que parece tan extraño, tan exótico qué notablemente próximo e íntimo es, ahora que lo contemplo retrospectivamente. En la comedia yídish por lo general suele haber un poco de todo lo que contribuye a formar la vida: baile, chistes, groserías, funerales, idiotas, pordioseros, festines, para no hablar de los usuales malentendidos, problemas, ansiedades, frustraciones y así sucesivamente, que complican el drama moderno. (Pienso, por supuesto, en la comedia judía ordinaria, destinada a las masas y, en consecuencia, "cocida" como un buen estofado.) No hace falta saber una sola palabra del idioma para gozar el espectáculo. Se ríe y se llora con facilidad. Uno se siente completamente judío por un momento. Al salir del teatro, nos preguntamos: "¿Acaso no soy judío yo también?" Con el teatro irlandés, francés, ruso e italiano sucede lo mismo. Uno se convierte en esas personas extranjeras sucesivamente, y al hacerlo se hace más uno mismo, más como el ser universal. Por medio de la comedia encontrarnos nuestra identidad común y nuestra identidad individual. Comprendemos que estamos ligados a las estrellas, así como estamos ligados a la tierra.

A veces también nos sentimos ciudadanos de un mundo completamente desconocido, un mundo más que humano, un mundo en el que quizá sólo los dioses habitan. Vale la pena destacar el hecho de que el teatro sea capaz de producir este efecto a pesar de sus medios tan limitados. El inveterado asistente al teatro, la persona a quien le agrada salirse de sí misma, la que quizá imagina que ha hallado la manera de vivir las vidas de las demás personas, además de la propia, tiende a olvidar que lo que recibe de la comedia y que lo mantiene tan absorto, solamente es lo que aporta a ella de sí mismo. En el teatro mucho debe descontarse y debe adivinarse. Examinada desde afuera, la pequeña vida de uno jamás alcanzaría para explicar la estrecha interrelación entre el público y los actores que todo buen dramaturgo establece. En la vida externa del más humilde de los individuos hay un drama inagotable. El comediógrafo recoge su material de esta reserva. Este drama que se desarrolla incesantemente en el pecho de todos, sale al exterior de manera misteriosa, sin formular siquiera su presencia en palabras habladas o en acciones. Sus matices forman un vasto océano, un océano vaporoso en el cual de vez en cuando la frágil corteza de una comedia aparece y desaparece. En este vasto océano la humanidad constantemente emite señales, como queriendo comunicarse con los habitantes de otros planetas. Los grandes dramaturgos no son otra cosa que sensibles receptores que nos comunican de nuevo, aunque por un instante, una línea, una acción, un pensamiento. La pasta del drama no está en los acontecimientos de la vida cotidiana; el drama está en la sustancia misma de la vida, embebido en todas las células del cuerpo, en todas las células de la miríada de sustancias que envuelven nuestros cuerpos.

Soy uno de esos individuos a los cuales se acusa con frecuencia de leer en las cosas más de lo que contienen, o más de lo que se quiso decir. Ésta es una crítica que se me hace particularmente en lo tocante al teatro o al cine. Si es un fallo, no me avergüenzo de él. He vivido en el centro del drama durante la época en que tenía suficiente edad para comprender lo que sucedía a mi alrededor. Acudí al teatro a temprana edad, como el pato acude al agua. Para mí nunca fue un simple entretenimiento sino un soplo vital. Iba al teatro para restaurarme y rejuvenecerme. Cuando se alzaba el telón y se oscurecían las luces, me preparaba para aceptar implícitamente lo que se desplegaría ante mis ojos. La comedia no solamente tuvo tanta realidad para mí como la vida que me rodeaba, la vida en que estaba sumergido, sino que fue más real todavía. Mirando retrospectivamente, debo admitir que gran parte de lo que he visto era "literatura" o pompas de jabón. Pero en ese momento fue vida, vida en toda su plenitud. Coloreó e influyó en mi vida cotidiana. Impregnó sensible e irrevocablemente mi ser en esa vida.

Esta facultad de pasar por alto —porque fue pasar por alto y no dejar de verlo debidamente— lo que la mentalidad crítica califica de simple representación, esta facultad que nutrí deliberadamente, nació de mi negativa a aceptar las cosas por su valor superficial. En el hogar, en la escuela, en la iglesia, en la calle, dondequiera que fuese, vivía impregnado por el drama. Si fuese para obtener una réplica de la vida diaria, entonces no habría necesitado el teatro. Acudía porque desde tierna edad compartí, por jactancioso que esto parezca, las secretas intenciones de los dramaturgos. Percibía la imperecedera presencia de un drama universal que tenía raíces muy profundas y un significado vasto e inacabable. No pedí ser engañado ni seducido; pedí ser sacudido y despertado.

En las tablas la personalidad lo es todo. Los grandes astros, sean comediantes, trágicos, bufones, personificadores, charlatanes o simples zainos, están grabados con tanta profundidad en mi memoria como los grandes personajes de la literatura. Puede que más todavía, puesto que los conocí en carne y hueso. Nos vemos obligados a imaginar como hablaban Stavrogin o el Barón de Charlus, cómo caminaban, cómo gesticulaban y así sucesivamente. Con los grandes personajes dramáticos no sucede lo mismo.

Literalmente hay centenares de individuos de los cuales podría hablar extensamente, individuos que pasaron por las tablas y a quienes veo todavía, con sólo cerrar los ojos, declamando sus líneas, trabajando con su magia misteriosa. Hubo parejas teatrales de influencia sentimental tan poderosa, que fueron más caras y allegadas para nosotros que los miembros de nuestra propia familia. Noray Bayes y Jack Norworth, por ejemplo. O James y Bonnie Thornton. A veces familias enteras conquistaron nuestro cariño, como las de Eddie Foy y George M. Cohan. Las actrices se posesionaron particularmente de nuestra fantasía como ningún otro habría podido lograrlo. No siempre hubo grandes actrices, es verdad, pero sus personalidades fueron radiantes, magnéticas y obsesionantes. Pienso inmediatamente en un puñado de ellas: Elsie Janis, Elsie Ferguson, Effie Shannon, Adele Ritchie, Grace George, Alice Brady, Paulina Lord, Anna Held, Fritzi Scheff, Trixie Friganza, Getrude Hoffman, Minnie Dupree, Belle Baker, Alia Nazimova, Emily Stevens, Sarah Allgood y, por supuesto, esa figura oscura y llameante cuyo nombre tengo la seguridad de que nadie recordará, Mimi Aguglia. El hecho de que fueran de carne y hueso, y no creaciones fantasmas de la pantalla, nos apegaron a ellas más todavía. A veces las veíamos en sus momentos débiles; a veces las observábamos con el aliento en suspenso, sabiendo que sus corazones se desgarraban realmente.

El mismo placer que se experimenta al descubrir los libros propios, los escritores propios, se experimenta también para las figuras de las tablas. Quizá cuando jóvenes se nos haya dicho que era imperioso ver (“antes de que muriesen”) a actores como John Drew, William Faversham, Jack Barrymore, Richard Mansfield, David Warfield, Sothern y Marlowe, Sara Bemhardt y Madue Adams, pero nuestro gran regocijo sobrevino cuando descubrimos nosotros mismos personalidades como Holbrook Blinn, O. P. Heggie, Edward Bréese, Tully Marshall, Sra. Patrick Campbell, Richard Bennett, George Arliss, Cyril Maude, Elissa Landi, Olga Chekova, Jeanne Eagels y otros, muchos, muchos otros, ahora casi legendarios.

Sin embargo, los libros que están escritos con letras de oro en el libro de *mi* memoria son los de los comediantes pertenecientes principalmente al *vaudeville* y al género burlesco. Quisiera recordar —aunque sólo fuese para evocar los viejos tiempos— a unos cuantos: Eddie Foy, Bert Savoy, Raymond Hitchcock, Bert Levy, Willie Howard, Frank Fay. ¿Quién podría ser inmune a los poderes de estos hechiceros? Mejor que cualquier libro fue para mí una *matinée* en la cual aparecía uno de estos actores como jefe de compañía. Muchas veces, en el Palace, daban un programa interpretado íntegramente por primeros actores. No me habría perdido un acontecimiento así por nada del mundo, como no me perdí las reuniones semanales de la *Xerxes Society.* Con lluvia o buen tiempo, con trabajo o sin trabajo, con dinero o sin dinero, siempre estaba allí. Estar con esos “hombres de júbilo” era el mejor remedio del mundo, la mejor salvaguardia contra la melancolía, la desesperanza o la frustración. Jamás he de olvidar la despreocupación con que se daban a sí mismos. A veces uno de ellos se inmiscuía en el número de su compañero, creando en cada interrupción histeria y pandemónium. Ni el libro más gracioso del mundo podría rivalizar para mí con una sola

actuación de cualquiera de esos individuos. En toda la literatura no conozco ni un solo libro capaz de mantener la hilaridad de cabo a rabo. Los hombres a que me refiero no solamente nos hacían reír sino que prácticamente nos descosían. La risa era tan intensa y sostenida que hasta habríamos querido rogarles que suspendan sus pantomimas un momento. Una vez puesto en marcha el auditorio, escasamente hacía falta decir algo. Bastaba un movimiento de dedos para hacernos estallar.

El que más me gustaba era Frank Fay. Le adoraba. Era capaz de verlo en la *matinée y* regresar por la noche para verlo todo de nuevo, para reírme más todavía la segunda o tercera vez. Frank Fay me impresionó como un hombre capaz de actuar sin el menor preparativo, un hombre capaz de mantener cautivado al público sin ayuda de nadie durante diez o quince horas, si quisiera. Además modificaba la actuación de un día para otro. Para mí su ingenio, intención e inteligencia eran inagotables. Como muchos otros grandes comediantes, sabía cuándo y cómo cruzar la frontera para entrar en los dominios de lo prohibido. Hasta se habría salido con la suya matando. Creo que Frank Fay era irresistible hasta para los censores. Nada, por supuesto, puede provocar tanto la hilaridad del auditorio como una incursión a lo perverso y lo prohibido. Pero Frank Fay tenía un millar de trucos escondidos en la manga. Era en realidad un "hombre espectáculo".

De paso debo mencionar a un actor al que solamente vi en una comedia y al que nunca volví a ver después de su enorme triunfo en *The Show Off*. Me refiero a Louir John Bartels. Como *La Tía de Carlos,* esta comedia, que tanto debe a la interpretación de Bartels, permanece como un jalón en mi memoria. No se me ocurre nada que se le parezca. Volví a verlo varias veces, especialmente para escuchar ese prepotente y contagioso vozarrón de Bartels, que era el "jactancioso".

Siempre, hasta donde llegan mis recuerdos, me pareció oír voces que hablaban en mi interior. Entiendo por qué siempre desarrollaba conversaciones con todas estas otras voces. No había nada de "místico" en ello. Era una forma de relación que se desarrollaba simultáneamente con otras formas de relaciones que realizaba. Podía ocurrir al mismo tiempo que conversaba con otra persona. ¡Diálogo! Diálogo constante. Antes de ponerme a escribir libros los escribía en la cabeza, con esta forma apagada de diálogo a la que me refiero. Una persona más capaz de autoanalizarse que yo, habría comprendido en los primeros años de su vida que estaba destinada a escribir. Yo no. Si pensaba alguna vez en esto —me refiero a este incesante diálogo interior— era simplemente para decirme que leía demasiado, que debía dejar de devorar libros. Nunca me pareció que fuese antinatural o excepcional. No lo es, salvo en la magnitud que puede alcanzar. Así, muchas veces me sucedía que, mientras escuchaba a alguien, escuchaba también sus palabras trasmutadas de distintas maneras o que, al seguir atentamente sus palabras, interpelaba las mías, entrelazaba sus palabras con otras mías, más punzantes, más dramáticas y más elocuentes; a veces, en efecto, después de haber escuchado a una persona hasta el final, repetía la médula de sus palabras de tres o cuatro maneras distintas, devolviéndoselas como si fuesen suyas, y al hacerlo me encantaba verle deglutir sus propias palabras y maravillarse de su oportunidad, su vaguedad o su profundidad y complejidad. Estas representaciones muchas veces hicieron que la gente se encariñase conmigo, a menudo gente en la que yo no tenía el más mínimo interés pero que se sentía atraída hacia mí como si yo fuese un hábil charlatán o un improvisado artista. Era el espejo en que ellos mismos se miraban lúcida y halagadoramente. Jamás se me ocurrió desinflar sus egos: gozaba con el juego y me encantaba que participasen en él sin tener la menor noción de lo que ocurría.

¿Pero qué fue esto sino una especie de teatro ambulante en primera persona? ¿Qué hacía? Creando personajes, comedia y diálogo. Educarme a mí mismo, sin duda, y sin ninguna intención ni premonición de la labor que me tocaría cumplir. ¿Y esta labor? No reflejar el mundo, devolver una palabra, sino descubrir mi propio mundo personal. En el instante en que digo "personal" comprendo que esto es precisamente lo que siempre me ha faltado y más he luchado por obtener, o establecer, más que nada en la vida. Descargarme a mí mismo, en consecuencia, es como escribir otro capítulo de la Revelación. He pasado en el teatro la mayor parte de mi vida, aunque puede que no haya sido en una sala reconocida. He sido autor, actor, director de escena y libretista al mismo tiempo. Me he saturado de tal manera con esta

inacabable comedia, la mía y la de los demás combinadas, que el mero hecho de salir a caminar es como escuchar a Mozart o a Beethoven.

Hace unos dieciocho años, estando sentado en el Café Rotonde de París, leí *Women at Point Sur* de Robinson Jeffers, sin soñar jamás que algún día viviría cerca de Point Sur en un sitio llamado Big Sur, del cual nunca había oído hablar. ¡Los sueños y la vida! Poco soñaba, al escuchar al bibliotecario de Montague Street en Brooklyn explayándose sobre las maravillas del Cirque Medrano, que el primer artículo que escribiría al llegar a París, la ciudad de mis ensueños, sería sobre el Cirque Medrano y que sería aceptado por Elliot Paul (de *Transition)* y publicado en el *París Herald.* Poco imaginaba, con ocasión de nuestra breve entrevista en Dijon —en el Lycée Carnot— que el hombre con el que hablaba sería alguna vez el hombre que me haría emprender al redacción de este libro. Tampoco pensaba, cuando allá en el Café du Dome de París me presentaron a Fernand Crommelynck, autor de esa célebre y magnífica comedia *Le Cocu Magnifique,* que transcurrirían quince años o más antes de que leyese su comedia. Poco comprendía, al asistir a la representación de la *Duquesa deMalfien* París, que el hombre responsable de la soberbia traducción de esa comedia sería poco después mi traductor y amigo, y que él y no otro me llevaría a la casa de Jean Giono, su amigo de toda la vida. Poco imaginé, además, cuando vi *Yellow Jacket* (escrita por el actor de Hollywood Charles Coburn) que encontraría en Pebble Beach, California, al célebre Alexander F. Víctor (de la Victor Talking Machine Co.), quien, hablando de las mil y una deliciosas experiencias de su rica vida, terminaría la conversación con un ditirambo sobre *Yellow Jacket.* ¿Cómo podría anticipar que en un remoto lugar llamado Nauplia, en el Peloponeso, vería mi primera comedia de las sombras, y con un compañero tan asombroso como Katsimbalis? O bien, enamorado como estaba del burlesco (siguiendo a menudo a una *troupe* de pueblo en pueblo), ¿cómo podía suponer que en la distante Atenas vería alguna vez el mismo tipo de representación, el mismo tipo de comediante, escucharía los mismos chistes, percibiría la misma frivolidad y bullicio? ¿Cómo habría podido anticipar que esa misma velada (en Atenas), a eso de las dos de la madrugada, para ser exacto, habría de encontrar a un hombre que solamente había visto una vez en mi vida, un hombre al que simplemente me habían presentado pero al que recordaba como el que salía de la puerta del Theatre Guild después de la representación de *Goat Songde* Werfel?

Y no es extraña coincidencia que sólo ahora, hace apenas unos minutos, al mirar mi ejemplar de *The Moon in the Yellow River* (La Luna en el Río Amarillo) —grandiosa comedia de Dennis Johnston— notara por primera vez que había sido representada por el Theatre Guild en Nueva York, probablemente uno o dos años antes de que mi amigo Roger Klein me pidiera ayuda para la traducción francesa de la misma.

Y si bien puede que no exista el menor nexo entre ambos, esto también me parece curioso y coincidente, puesto que la primera vez que escuché silbar a un público francés fue durante una representación de mi querida *Peter Ibbetson.*

—¿Por qué silban? —pregunté.

—Porque es demasiado irreal —respondió mi amigo.

Ah, sí, extraños recuerdos. Caminando por las polvorientas calles de Heraklion, camino de Knosos, ¿qué veo sino un enorme cartelón que anunciaba la llegada de Charlie Chaplin al cine de Minos? ¿Podría imaginarse cosa más incongruente? Chaplin y sir Arthur Evans. Tweedledum y Tweedledee. En Atenas, algunas semanas después, observé que en las marquesinas se anunciaba la llegada de varias comedias norteamericanas. Una de ellas, créase o no, era *Desire Under the Elms.* Otra incongruencia. En Delphos, ambiente natural para *Prometeo Encadenado,* estoy sentado en el anfiteatro escuchando a mi amigo Katsimbalis recitar el último oráculo pronunciado allí. En una fracción de segundo me encuentro de regreso en “La Calle de los Primeros Pesares”, arriba, en el altillo, para ser preciso, leyendo una tras otra las comedias griegas que aparecen en la colección del Dr. Foozlefoot. Es mi primera familiarización con ese mundo sombrío. El verdadero llega mucho después, cuando al pie de la ciudadela de Micenas inspecciono las tumbas de Clitemnestra y Agamenón. ¡Pero esa lúgubre sala! Allí siempre solo, triste, olvidado, el último y el menor de los seres humanos, no solamente traté de leer los clásicos sino también escuché las voces de Caruso,

Cantor Sirota, Mme. Schumann-Heink, e incluso a Roben Hiiliard recitando “A fool there was...”

Como viniendo de otra existencia se introducen ahora memorias, memorias ricas y gloriosas, de ese teatrito del Boulevard du Temple (Le Déjazet), donde reía desde el principio hasta el fin de la representación, con dolor de abdomen y lágrimas que rodaban por mis mejillas. Memorias de Le Bobinot, rué de la Gaieté, donde escuché a Damia o a sus numerosos imitadores, siendo el teatro solamente un aspecto de un espectáculo más rico, porque la calle donde estaba, casi excepcional incluso en París, era un espectáculo andante que no terminaba nunca. ¡Y el Grand Guignol! Desde los más espeluznantes melodramas hasta las más ruidosas farsas, todo en el mismo programa, con pisadas sincronizadas que marchaban hacia el bar, un bar de sueños escondido en el vestíbulo. Pero de todos esos extraños recuerdos de otro mundo el mejor es el del Cirque Medrano. Un mundo de transmutaciones. Un mundo tan viejo como la civilización misma, podría decir. Porque, no cabe duda de que antes del teatro, antes del teatro de títeres y de la comedia sombría, tiene que haber existido el circo íntimo con sus saltimbanquis, equilibristas, acróbatas, tragadores de espadas, jinetes y payasos.

Pero volvamos a ese año de 1913 en San Diego, donde escuché la conferencia de Emma Goldman sobre el teatro europeo... ¿Es posible que haya pasado tanto tiempo? me pregunto. Ese día iba a un lupanar acompañado por un vaquero llamado Bill Parr, de Montana. Trabajábamos juntos en una plantación frutícola cerca de Chula Vista y todos los sábados por la noche visitábamos el pueblo con ese fin. ¡Qué extraño me resulta pensar que fui desviado y apartado, y que toda mi vida se alteró al encontrar por casualidad un cartel que anunciaba la llegada de Emma Goldman y Ben Reitman! Por medio de ella, de Emma, vine a leer a dramaturgos como Wedekind, Hauptmann, Schnitzler, Brieux, d'Annunzio, Strindberg, Galsworthy, Pinero, Ibsen, Gorky, Werfel, von Hoffmansthal, Sudermann, Yeats, Lady Gregory, Chejov, Andreiev, Hermann Bahr, Walter Hasenclever, Ernst Toller, Tolstoy y una hueste más. (Fue su consorte, Ben Ritman, quien me vendió el primer libro de Nietzsche que habría de leer —*El Anticristo*— y como también *El Ego y su Ser,* de Max Stirner.) Allí y de esa manera se alteró mi mundo.

Cuando poco después comencé a acudir a los Washington Square Players y al Theatre Guild, me familiaricé con más dramaturgos europeos: los hermanos Capeck, Georg Kaiser, Pirandello, Lord Dunsany, Benavente, St. John Ervine y norteamericanos como Eugene O'Neill, Sidney Howard y Elmer Rice.

De este período surge el nombre de un actor que procedía originariamente del teatro yídish: Jacobo Ben-Ami. Como Nazimova, tenía algo indescriptible. Su voz y sus gestos me persiguieron durante años.

Era como una figura tomada del Antiguo Testamento. ¿Pero qué figura? Jamás podría localizarla con exactitud. Al salir de una de sus actuaciones en un pequeño teatro, un grupo descubrimos un restaurante húngaro donde, después de marcharse los demás parroquianos, cerrábamos las puertas y escuchábamos hasta el alba a un pianista cuyo repertorio consistía íntegramente en Scriabin. Estos dos nombres, Scriabin y Ben-Ami, están indisolublemente vinculados en mi mente. De la misma manera el título de la novela de Hamsun *Mysterium* (en alemán) se asocia con otro judío, un escritor yídish llamado Nahoum Yood. Dondequiera que encontrase a Nahoum Yood, comenzaba a hablar de este libro loco de Hamsun. Del mismo modo en París, siempre que pasaba la noche con el pintor Hans Reichel, inevitablemente hablábamos de Ernst Toller, con el cual había entablado amistad y por esta causa los alemanes le encarcelaron.

Siempre que pienso en *The Cenci* u oigo hablar de ella, siempre que encuentro los nombres de Schiller y Goethe, siempre que veo la palabra Renacimiento (invariablemente vinculada con el libro de Walter Pacer sobre el tema), pienso en subterráneos o trenes elevados, sea colgado de una barra o de pie en el andén, mirando las sucias ventanas de vetustos coches, aprendiéndome de memoria extensos pasajes de las obras de estos autores. Tampoco deja jamás de parecer notable para mí el que casi todos los días de mi vida, al entrar en el bosque de las cercanías, donde busco un claro, un claro de oro, mi mente se traslade inmediatamente

a esas distantes representaciones de las comedias de Maeterlinck —*The Death of Tintagiles, The Blue Bird, Monna Vanna*— o bien de la ópera *Pelléas et Melisande,* cuyos ambientes, casi tanto como la música, jamás han dejado de rondarme la cabeza.

Creo que quienes han dejado la impresión más imperecedera en mí son las mujeres del teatro, sea por su gran belleza, por sus singulares personalidades o sus voces extraordinarias. Puede que al hecho de que en la vida cotidiana las mujeres tienen poca oportunidad de revelarse por completo. Es posible, además, que la comedia tienda a realzar los papeles que desempeñan las mujeres. El teatro moderno está saturado de problemas sociales, reduciendo así a la mujer a un plano más humano. En el antiguo drama isabelino también tienen extraordinarias proporciones, no como diosas, sin duda, pero aparecen tan amplificadas como para aterrorizarnos y desconcertarnos. Para captar la medida total de la mujer es necesario combinar las propiedades de la mujer ofrecidas por el drama antiguo con las que solamente el teatro burlesco (de nuestros tiempos) ha osado revelar. Aludo, por supuesto, a las llamadas obras cómicas "degradantes" del burlesco que proceden de la "comedia del arte" de la Edad Media.

Desde que leí la vida de Sade, que pasó algunos de sus años de cautiverio en el asilo para enfermos mentales de Charenton, muchas veces me he preguntado cómo sería presenciar la actuación de una compañía de dementes. En el fondo de las ideas de Artaud sobre el teatro estaba el concepto de hacer que los actores trabajaran de tal manera sobre el auditorio (con la ayuda de toda suerte de recursos externos) que los espectadores virtualmente enloquecieran y, participando con los actores en delirante frenesí, llevasen el drama a excesos reales e imprevisibles.

Una cosa del teatro que siempre me ha impresionado es su poder para superar las barreras nacionales y raciales. He observado que un puñado de comedias representadas por un grupo de lectores extranjeros que interpretan a sus dramaturgos nacionales, puede hacer más que un camión de libros. Muchas veces las primeras reacciones son de ira, resentimiento, desengaño o disgusto. Pero una vez prendido el virus, lo que había de absurdo, y totalmente exótico, se acepta y aprueba, y hasta se respalda entusiásticamente. Norteamérica ha recibido ola tras ola de tales influencias extranjeras, siempre para mejora de nuestro teatro nativo. Pero, cual cocinas extranjeras, estas infusiones nunca parecen perdurar. El teatro norteamericano permanece dentro de sus limitadas fronteras a pesar de todos los ataques que se le hacen de tiempo en tiempo.

¡Ah, pero no quisiera pasar por alto esa extraña figura que es David Belasco! Más o menos en la época en que mi padre agregó a Frank Harris a su lista de clientes, gracias al interés de su hijo por la literatura, llegó un buen día a la sastrería este sombrío individuo de tipo sacerdotal con su oscuro y magnético encanto, y que usaba, como un clérigo, el cuello al revés y vestía siempre de negro, pero, a pesar de todo eso, en sus gestos y movimientos casi felinos había una gran vitalidad, sensualidad y brillantez. ¡David Belasco! Nombre que Broadway recordará para siempre. No era cliente de mi padre sino cliente de uno de los socios de mi padre, un tal Erwin, quien estaba loco por dos cosas: las embarcaciones y la pintura. En esa época había cuatro figuras destacadas —instalaciones permanentes, por así decirlo— en la sastrería: Bunchek, el cortador, este Erwin, Rente, socio y oficial de sastre, y Chase, otro socio y oficial de sastre. No creo que existan cuatro hombres más distintos entre sí que estos. Todos eran excéntricos y todos, con la excepción de Bunchek, tenían su propio surtido de clientes muy personal y muy peculiar, no muchos, de todos modos, en realidad apenas un puñado, pero al parecer suficientes como para mantenerlos con vida. O quizá sea más exacto decir parcialmente vivos. El tal Chase, por ejemplo, oriundo de Maine y yanqui hasta la médula, además de pendenciero, se gastaba hasta el último centavo del dinero que ganaba jugando de noche al billar. Erwin, que estaba loco por su "yate" y siempre enfadado porque sus clientes no se presentaban a la hora convenida, impidiéndole así dirigirse a Sheepshead Bay, donde tenía anclada su embarcación, ganaba algún dinero extra llevando a pasear gente en su yate. En cuanto al pobre Rente, no tenía en absoluto las características de locura o precipitación de los dos citados; su solución consistía en trabajar de noche en un club de gente acaudalada preparando emparedados y sirviendo cerveza y brandy a los jugadores de cartas.

Pero todos tenían en común la tendencia a vivir en sueños. La mayor bendición que la vida era capaz de ofrecer a Chase consistía en zarpar a mediodía —a las doce en punto si fuera posible— para poner proa hacia Coney Island o Rockaway Beach, donde pasaba la tarde entera nadando y tostándose bajo el sol abrasador. Era narrador nato y poseía un don especial, que recordaba a Sherwood Anderson, para hilvanar y crear suspense, pero adolecía de un carácter tan violento, tan arrogante, tan polemista, tan antagonista, tan obstinado y tan eternamente correcto, que se hacía antipático para todos, incluso sus propios clientes. En cuanto a los últimos, adoptaba la actitud de "si no le gusta no lo lleve". Erwin era igual. Probaban los trajes una sola vez: si no les gustaban, que se fuesen a otra parte, cosa que por lo general hacían. No obstante, debido a su excéntrica naturaleza, debido a la gente rara y pintoresca con la que se codeaban y a los medios en que viajaban, debido al idioma que hablaban y a las figuras que recortaban, recogían constantemente nuevos clientes y a menudo gente por demás asombrosa. Belasco, como he dicho, era uno de los clientes de Erwin. No creo que alguna vez llegue a discernir qué había de común entre ambos. Al parecer nada. A veces los clientes de mi padre chocaban con los clientes de estos otros sastres al salir del cuarto de pruebas. Sorpresa general por parte de todos. Muchos clientes de mi padre, como he narrado en *Black Spring,* eran compinches suyos o se convertían en compinches suyos a través de las frecuentes reuniones en el bar de enfrente. Algunos, hombres de posibles (muchos de ellos actores célebres), se sentían deliciosamente cómodos en el cuartito trasero de la sastrería. Algunos tenían suficiente astucia como para inducir a Bunchek a charlar o discutir, sonsacándole cosas sobre el sionismo, los poetas y dramaturgos yídish, la Cabala y temas por el estilo. Muchas tardes, cuando parecía como si todos los clientes del establecimiento se hubiesen muerto, matábamos las cansadas horas en la mesa de corte de Bunchek, discutiendo sobre los más extraños problemas de carácter religioso, metafísico, zodiacal y cosmológico. Así, cuando escuché esa palabra, Siberia no resultó ser el nombre de una vasta y gélica tundra sino el nombre de una comedia de Jacob Gordin. Theodor Herzl, padre del sionismo, es más padre para mí que George Washington con su cara de hacha.

Uno de los individuos más queridos que frecuentaban la sastrería era un cliente de mi padre llamado Julián l'Estrange, quien en esa época estaba casado con Constance Collier, la estrella de *Peter Ibbetson.* Escuchar a Jean y a Paul —Paul Poindexter— discutiendo los méritos de las comedias de Sheridan o las histriónicas virtudes de Marlowe y Webster, por ejemplo, era casi como escuchar a Julián o el Apóstata contra Pablo de Tarso. O bien, como sucedía a veces, escuchar a Bunchek (quien entendía borrosa y confusamente su idioma) desacreditando su conversación, él que no sabía ni una sola palabra de Sheridan, Marlowe, Webster o siquiera Shakespeare, era como escuchar a Fats Waller después de una sesión en una sala de reuniones de Christian Science. O bien, encima de todo esto, escuchar a Chase, Rente, Erwin y compañía emprender sus respectivos monólogos sobre sus respectivas trivialidades obsesivas. El clima del lugar estaba impregnado de bebida, discusión y sueños. Cada cual vivía ansioso por recluirse en su mundo privado, mundo que, debo decirlo, nada tenía que ver en absoluto con la sastrería. Era como si Dios se hubiera encaprichado en crearlos sastres a todos, contrariando su voluntad. Pero fue precisamente este clima lo que me proporcionó la preparación necesaria para conocer el arbitrario e insondable mundo del hombre solitario, que me proporcionó extrañas, prematuras y premonitorias nociones del carácter, de las pasiones, dedicaciones, vicios, tonterías, acciones e intenciones. Tan extraordinario fue, por lo tanto, que al observarme con un libro de Nietzsche bajo el brazo, cierto día el buen Paul Poindexter me llamó aparte para darme una larga perorata sobre Marco Aurelio y Epicteto, cuyas obras ya había leído pero no me atreví a admitirlo porque me faltó coraje para decepcionar a Paul.

¿Y Belasco? Casi me olvidaba de él. Belasco siempre estaba callado como un ermitaño. Era un silencio que inspiraba respeto y no reverencia. Pero de él recuerdo vividamente lo siguiente: que de vez en cuando le ayudaba a confeccionar pantalones. Y recuerdo la radiante sonrisa que siempre me prodigaba a cambio de este pequeño servicio: era como recibir una propina de cien dólares.

Pero antes de terminar con la sastrería debo decir una o dos palabras sobre los articulistas

de los diarios en esa época. Como veis, si los clientes a veces escaseaban, siempre había corredores en abundancia. No pasaba un día sin que cayesen tres o cuatro de ellos, no con la esperanza de levantar un pedido, sino para hacer descansar su cansada osamenta, para comentar amigablemente sus miserias. Después de hablar de las noticias del día, la charla se centralizaba en los articulistas. Los dos que estaban en el candelera eran entonces Don Marquis y Bob Edgren. Aunque parezca extraño, Bob Edgren, cronista deportivo, ejerció una poderosa influencia en mí. Sinceramente creo decir la verdad si digo que mediante la lectura de la columna diaria de Bob Edgren cultivé ese sentido del juego limpio que tengo. Vi en Bob Edgren una especie de arbitro mental y moral. En esa época él era parte tan integrante de mi vida como Walter Pater, Barbey d'Aurevilly o James Branch Cabell. Fue, por supuesto, un período en el que acudía con frecuencia al ring, cuando pasaba noches enteras discutiendo con mis amigos los méritos relativos de los diversos maestros del guante. Mis propios ídolos fueron casi todos campeones. Tenía todo un panteón propio que comprendía, entre otras, figuras como Terry McGovern, Tom Sharkey, Joe Gans, Jim Jeffries, Ad Wolgast, Joe Rivers, Jack Johnson, Stanley Ketchel, Benny Leonard, Georges Carpentier y Jack Dempsey. ídem con los luchadores. El pequeño Jim Londos era para mí un dios casi tan grande como Hércules para los griegos. Y después estaban los ciclistas de las carreras de los seis días... ¡Basta!

Lo que quiero señalar con todo esto es que la lectura de libros, la asistencia al teatro, las acaloradas discusiones que sosteníamos, las contiendas deportivas, los banquetes en salones y al aire libre, las fiestas musicales (las nuestras y las que nos ofrecían los maestros), se fusionaron y concretaron en una única actividad continua e ininterrumpida. Recuerdo que en camino hacia el estadio de Jersey City el día de la batalla Dempsey-Carpentier —acontecimiento, dicho sea de paso, que para nosotros tuvo prácticamente la misma importancia que los heroicos combates con una sola mano detrás de los muros de Troya— discutí con mi compañero, un concertista de piano, el contenido, estilo y significación de *La Isla de los Pingüinos y La Rebelión de los Ángeles* Pocos años después, en París, cuando leía *La Guerre de Trote n 'aura pas lieu,* recordé de pronto este día negro en el que presencié la triste derrota de mi favorito, Carpentier. Nuevamente, en Grecia, en la Isla de Corfú, leyendo la *Iliada* o tratando de leerla —porque lo hacía de mala gana— pero de todos modos, leyendo sobre Aquiles, el poderoso Ajax y todas las heroicas figuras de un lado u otro, pensé una vez más en la hermosa figura divina de Georges Carpentier, lo vi tambalearse y desmoronarse, sumergirse en la lona bajo los aplastantes martillazos del castigador de Manassa. Se me ocurrió que su derrota fue tan abrumadora, tan vivida, como la muerte de un héroe o de un semidiós. Y con este pensamiento los recuerdos de Hamlet, Lohengrin y las demás figuras legendarias que Jules Laforgue había vuelto a crear con su inimitable estilo. ¿Por qué? ¿Por qué? De esta manera se confunden los libros con los acontecimientos y actos de la vida.

Desde los dieciocho hasta los veintiuno o veintidós años, el período en que floreciera la *Xerxes Society,* viví en una continua ronda de fiestas, bebida, comedia, música ("soy un músico magnífico, ¡viajo por el mundo entero!"), amplia farsa y bromas pesadas. No dejamos ningún restaurante extranjero de Nueva York sin visitar. Chez Bousquet, restaurante francés de la bulliciosa calle Cuarenta, donde nos querían tanto a los doce que cuando cerraban las puertas el lugar quedaba para nosotros. (¡O fiddledee, O fiddledee, O fiddledum-dum-dee!) Y durante todo ese tiempo me sacaba la cabeza de encima a fuerza de lectura. Todavía recuerdo los títulos de los libros que solía llevar bajo el brazo a cualquier sitio que fuese: *Anathema* (Anatema), *Cuentos* de Chejov, *The Devil's Dictionary* (Diccionario del Diablo), Rabelais completo, el *Satiricón, History of European Moráis* (Historia de la Moral Europea), *With Walt in Camden* (Con Walt en Camden), *History of Human Marriage* (Historia del Matrimonio Humano) de Westermack, *The Scientific Bases ofOptimism* (Las Bases Científicas del Optimismo), *El Enigma del Universo, The Conquest of Bread* (La Conquista del Pan), *History ofthe Intellectual Development ofEurope* (Historia del Desarrollo Intelectual de Europa), de Draper, *La Canción de las Canciones* de Suddermann, *Volpone* y otros por el estilo. Derramando lágrimas sobre la "convulsiva belleza" de *Francesco da Rimini,* memorizando fragmentos de *Minna von Barnhelm* (como posteriormente, en París, me

aprendería de memoria toda la famosa carta de Strindberg Gaugin, según aparece en *Avant etAprés),* luchando con *Hermann und Dorothea* (lucha gratuita porque me había debatido con él todo un año en la escuela), maravillándome por las hazañas de Benvenuto Cellini, aburrido de Marco Polo, mareado por *First Principies* (Primeros Principios) de Herbert Spencer, fascinado por todo lo que salió de la mano de Henri Fabre, escrutando la "filología" de Max Muller, conmovido por el sereno y lírico encanto de la prosa poética de Tagore, estudiando la gran epopeya finesa, tratando de abrirme paso a través del Mahabarhata, soñando con Olive Schreiner en Sudáfrica, divirtiéndome con los prefacios de Shaw, coqueteando con Moliere, Sardou, Scribe y Maupassant, luchando a brazo partido con la serie de los Rougon-Macquart, navegando por ese inútil libro de Voltaire, *Zadig...* ¡Qué vida! Poco debe extrañar que no me haya hecho sastre comercial. (Sin embargo me emocionó descubrir que *The Merchant Tailor* [El Comerciante de Telas] era el título de una conocida comedia isabelina.) Al mismo tiempo ¿y esto no es más maravilloso y caprichoso?, desarrollando una especie de charla de "ornitorrinco de vermouth" con compinches como George Wright, Bill Dewar, Al Burger, Connie Grimm, Bob Haase, Charlie Sullivan, Bill Wardrop, Georgie Gifford, Becker, Steve Hill, Frank Carroll, todos buenos miembros de la *Xerxes Society.* ¿Ah, cómo se llamaba esa comedia tan atrevida que todos fuimos a ver cierto sábado por la tarde en un famoso teatrito de Broadway? ¡Qué gran momento de placer tuvimos nosotros, los grandotes! Era una comedia francesa, *por supuesto,* y era puro ardor. ¡Tan picaresca! ¡Tan *risqué!* ¡Y qué noche pasamos a raíz de ella en el Bousquet's!

Ésta era la época en que, borracho o sobrio, me levantaba invariablemente a las cinco en punto para dar una vuelta en mi bohemia rueda a Coney Island y regresar. A veces, resbalando en el fino hielo de una oscura mañana invernal, con el viento ululante que me llevaba de un lado para otro como un rompehielos, me estremecía de risa por los acontecimientos de la noche anterior, pocas horas antes, para ser exacto. Este régimen espartano, combinado con las fiestas y las festividades, el curso de estudios de un solo hombre, la lectura por placer, el argumento y las discusiones, las payasadas y bufonadas, los encuentros de boxeo y lucha, los partidos de hockey, las carreras de los seis días en el Garden, los salones de baile arrabaleros, el piano y la enseñanza de piano, los desastrosos enredos amorosos, la perpetua falta de dinero, el desprecio por el trabajo, las andanzas en la sastrería, las solitarias peregrinaciones a la presa, al cementerio (chino), a la charca de los patos, donde, si el hielo era suficientemente grueso probaba los patines... esta actividad unilateral, multilingüe y sesquipedálica, noche y día, mañana, tarde y noche, estación tras estación, borracho o sobrio, o borracho *y* sobrio, siempre en la multitud, siempre rondando, siempre investigando, luchando, espiando, atisbando, espiando, ensayando, un pie adelante y dos pies atrás, pero adelante, adelante, adelante, completamente gregario pero totalmente solitario, buen deportista y al mismo tiempo reservado y solitario, el buen compañero que nunca tenía un centavo pero que siempre conseguía prestado para dar a los demás, jugador que nunca jugaba por dinero, poeta en el corazón e inútil en la superficie, sociable y oportunista, hombre que no estaba por encima del medrador, amigo de todos pero sin ser en realidad amigo de nadie, pues bien... allá estaba, una especie de caricatura de los tiempos isabelinos, todo reunido y representado en los sombríos recovecos de Brooklyn, Manhattan y el Bronx, la ciudad más inmunda del mundo, este lugar del cual surgí, quesera de. casas funerarias, museos, teatros de ópera, salones de conciertos, armerías, iglesias, salones, estadios, carnavales, circos, los mercados Gansevoort y Wallabout, el apestoso canal Gowanus, vestíbulos árabes con sorbetes, amarraderos de las balsas, diques secos, refinerías de azúcar, el Astillero de la Marina, puentes colgantes, pistas de patinaje, albergues del Bowery, fumaderos de opio, garitos, el barrio chino, cabarets rumanos, diarios amarillos, tranvías abiertos, acuarios, *Saengerbunds,* clubs atléticos, hogares, hoteles de Mills, centros aristocráticos, el zoológico, las Tombs, las Follies de Zeigfeld, el hipódromo, los descensos al Greenwich Village, los sitios prohibidos de Harlem, las casas privadas de mis amigos, de las muchachas que amé, de los hombres que reverencié —en Greenpoint, Williamsburg, Columbia Heights, Erie Basin— las interminables calles grises, las lámparas de gas, los obesos tanques de gas, la multitud, el colorido ghetto, los diques y muelles, los grandes

trasatlánticos, los cargueros de bananas, las cañoneras, los viejos fuertes abandonados, las viejas y desoladas calles holandesas, Pomander Walk, Patchin Place, United States Street, el mercado en la acera, la botica de Perry (al lado del puente de Brooklyn, con esos deliciosos y cremosos sorbetes con soda), el tranvía abierto a Sheepshead Bay, los alegres Rockaways, el olor a cangrejos, langostas, ostras, peces azules asados, ostras fritas, la jarra de cerveza por cinco centavos, los mostradores gratuitos para comer, y en alguna parte, en todas partes, siempre una de las bibliotecas "públicas" de Andrew Carnegie, donde los libros que uno quería apasionadamente siempre estaban "cedidos" o no estaban, o bien tenían, como los whiskys y brandys de Hennessy, las tres estrellas. No, no eran los días de la vieja Atenas ni los días y noches de Roma, como tampoco los homicidas y jubilosos días de la Inglaterra isabelina, y ni siquiera "aquellos tiempos del noventa", sino el "pequeño Maniatan" de siempre, y el nombre de ese teatrito que tanto me empeño en recordar me resulta tan familiar como el Breslin Bar o Peacock Alley, pero no quiere acudir a mi mente en este momento. Pero existió allí *una vez,* todos los teatros existieron, como también todos los grandes actores y actrices de antes, incluyendo los aficionados como Corsé Payton, David Warfield, Roben Mantell, como también el hombre que mi padre odiaba y que se llamaba Henry Miller. Todavía existen, por lo menos en la memoria, y con ellos están los días idos hace mucho tiempo, las comedias hace mucho tiempo digeridas, los libros, algunos de ellos, todavía sin leer y los críticos todavía por escuchar. *("/Volved atrás el universo y dadme el ayer!")*

Y ahora, en el preciso momento en que cierro la tienda al final de la jornada, ha llegado a mí el nombre del teatro. *¡Wallack's!*¿Lo recuerdan? Como ven, si se abandona la lucha (memoria-técnica) siempre vuelve a nosotros. Ah, pero veo ahora de nuevo, tal como fue en un tiempo, la sucia fachada de templo del teatro. Y con ella veo el cartel fuera. ¡Claro, si era *The Girl of Rector'st* ¡Tan picaresca! ¡Tan atrevida! ¡Tan *risqué!*

Una nota sentimental, para terminar, ¿pero qué importa? Iba a hablar de las comedias que había leído y veo que apenas las he mencionado. En un tiempo me parecieron muy importantes y no cabe duda de que lo fueron. Pero las comedias que he reído, que he llorado, que he vivido son más importantes todavía, aunque fueron de menor calibre. Porque entonces estaba con otros, con mis amigos, mis compañeros, mis camaradas. ¡Levantaos, oh antiguos miembros de la *Xerxes Socieyf* ¡Levantaos aunque vuestros pies estén en la tumba! Debo daros un saludo de despedida. Debo deciros a todos y a cada uno cuánto os amé, cuánto he pensado en vosotros desde entonces. ¡Es muy probable que alguna vez nos reunamos todos en el más allá!

¡Qué buenos músicos éramos! ¡O fiddledee, o fiddledee, o fiddle-dum-dum-dee!

Y ahora me despido de ese joven que está sentado solo allá arriba, en el lúgubre altillo, leyendo los clásicos. ¡Qué cuadro tan desalentador! ¿Que podría haber hecho con los clásicos si hubiera logrado deglutirlos? ¡Los clásicos! Lenta, lentamente, llego a ellos, no leyéndolos, sino haciéndolos. Donde me uno con los antepasados, con los gloriosos predecesores míos, vuestros, nuestros, es en el campo de la mortaja de oro. *Bref* vida cotidiana,.. Voltaire, aunque no eres precisamente un clásico, no me has dado nada, ni siquiera con tu *Zadig* ni con tu *Candide.* ¿Y por qué tomar a ese miserable esqueleto mordido por el vinagre que es Monsieur Arouet? Porque se me ocurre en este momento. Podría nombrar doscientos trapos y cabezas de trapo que tampoco me dieron nada. Podría hacer estallar un *pétarde. ¿Para qué?* Para indicar, para significar, para aseverar, para adjudicar que, borracho o sobrio, con patines o sin ellos, con los puños desnudos o con guantes de seis onzas, la vida viene primero. *Oui, en terminant ce fatras, d'événements de ma puré jeunesse, je pense de nouveau a Cendrars. De la musique avant toute chose!Áíains, que donne mieux la musique de la vie que la vie elle-méme?*

Enero a diciembre de 1950.
Big Sur, California.

APÉNDICE I

LOS CIEN LIBROS QUE MÁS INFLUYERON EN MÍ

AUTOR	TÍTULO
	Antiguos dramaturgos griegos. *Las mil y una noches* (para niños).
	Las Comedias isabelinas (excepto Shakespeare) .
	Comedias europeas del siglo XIX, inclusive las rusas e irlandesas.
	Mitos y leyendas griegos.
	Los caballeros de la corte del rey Arturo.
Abélard, Pierre	*The Story ofMy Misfortunes*
Alain Fournier	*The Wanderer.* (El Vagabundo)
Andersen, Hans Christian	*Cuentos de Andersen.*
Anónimo	*Diary of a Lost One.*
Balzac, Honorato de	*Serafita.*
	Louis Lambert.
Bellamy, Edward	*En la noche del pasado.*
Belloc, Hilaire	*The Path to Rome.* (El camino de Roma)
Blabvatsky, Mme. H. P.	*La doctrina secreta.*
Bocaccio, Giovanni	*El decamerón.*
Bretón, André	*Nadja.*
Bronté, Emily	*Cumbres borrascosas.*
Bulwer-Lytton, Edward	*Los últimos días de Pompeya.*
Carroll, Lewis	*Alicia en el país de las maravillas.*
Céline, Louis Ferdinand	*Viaje al fin de la noche.*
Cellini, Benvenuto	*Autobiografía.*
Cendrars, Blaise	Virtualmente todas sus obras.
Chesterton, G. K.	*San Francisco de Asís.*
Conrad, Joseph	Todos sus libros.
Cooper, James Fenimore	*Cuentos.*
Defoe, Daniel	*Robinson Crusoe.*
De Nerval, Gérard	Sus obras.
Dostoievsky, Fedor	Sus obras.
Dreiser, Theodore	Sus obras.
Duhamel, Georges	*Diario de Salavin.*
Du Maurier, George	*Trilby.*
Dumas, Alejandro	*Los tres mosqueteros.*
Eckermann, Johann Peter	*Conversaciones con Goethe.*
Eltzbachel, Paul	*Anarchism.* (Anarquismo)
Emerson, Ralph Waldo	*Hombres representativos.*
Fabre, Henri	Sus obras.
Faure, Elie	*Historia del arte.*
Fenollosa, Ernest	*The Chínese Written Character as a Médium for Poetry.*
Gide, André	*Dostoievsky.*
Giono, Jean	*Retus, d'Obéissance*
	Que majóte Demeure.

	Jean le Bleu.
Gutkind, Erich	*The Absolute Collective.*
Haggard, Rider	*Ella.*
Hamsun, Knut	Sus obras.
Henty, G. A.	Sus obras.
Grimm, Hermanos	*Cuentos de Grimm.*
Hesse, Hermann	*Siddharta.*
Hudson, W. H.	Sus obras.
Hugo, Víctor	*Los miserables.*
Huysmans, Joris Karl	*Contra natura.*
Joyce, James	*Ulises.*
Keyserling, Hermann	*Meditaciones sudamericanas.*
Kropotkin, Pedro	*Mutual Aid.* (El apoyo mutuo)
Laotse	*Tao Teh-King.*
Latzko, Andreas	*Men ir War,* (Hombre en la Guerra)
Long, Haniel	*Interlinear to Cabeza de Vaca.*
M.	*El evangelio de Ramakrishna.*
Machen, Arthur	*La colina de los sueños.*
Maeterlinck, Maurice	Sus obras.
Mann, Thomas	*La montaña mágica.*
Mencken, H. L.	*Prejuicios.*
Nietzsche, Friedrich	Sus obras.
Nijinsky, Vaslav	*Diario.*
Nordhoff y Hall	*Motín a bordo.*
Peck, George Wilbur	*Peck s Bad Boy.*
Percival, W. O.	*William Blake's Circle o/Destiny.*
Petronio	*El satiricón.*
Plutarco	*Vidas paralelas.*
Powys, John Cowper	*Visions and Revisions.*
Prescott, William H.	*Historia de la conquista de Méjico.*
Historia de la conquista del Perú.	
Proust, Marcel	*En busca del tiempo perdido.*
Rabelais, Francois	*Gargantúa y Pantagruel.*
Rimbaud, Jean-Arthur	Sus obras.
Rolland, Romain	*Juan Cristóbal.*
	Profetas de la India.
Rudyar, Dañe	*Astrology and Personality*
Saltus, Edgar	*La púrpura imperial.*
Sienkiewicz, Henry	*Quo vadis?*
Sikelianos, Anghelos	*Proanakrousma*
Sinnett, A. P.	*Esoteric Buddhism.* (Budismo esotérico)
Spencer, Herbert	*Autobiografía.*
Spengler, Oswald	*Decadencia de occidente.*
Strindberg, August	*El infierno.*
Suarés, Cario	*Krishnamurti.*
Suzuki, Daisetz Teitaró	*Introducción al budismo Zen.*
Swift, Jonathan	*Los viajes de Gulliver.*
Tennyson, Alfred	*Idilios del rey.*
Thoreau, Henry David	*Desobediencia civil y otros ensayos.*
Twain, Mark	*Aventuras de Huckleberry Finn.*
Van Gogh, Vincent	*Cartas a mi hermano Theo.*
Wassermann, Jacob	*El caso Maurizíus.*
Weigall, Arthur	*Akenatón.*
Welch, Galbraith	*The Unveiling of Timbuctoo.*

Werfel, Franz	*Star ofthe Unborn.*
Whitman, Walt	*Hojas de hierba.*

APÉNDICE II

Libros que todavía piensa leer

AUTOR	TÍTULO
Anónimo	*My Secret Life.* (Mi vida secreta)
Aragón, Louis	*El campesino de París.*
Calas, Nicholas	*Foyers d'incendie.*
Casanova, Giacomo Girolamo	*Memoirs. (Memorias)*
Chestov, Léon	*Alheñes et Jérusalem,*
Clecland, Dr. John	*Memoirs of Fanny Hill.* (Fanny Hill)
De Gourmont, Rémy	*Le Latín Mystique.* (El Latín místico)
De la Bretonne, Restif	*Les Nuits de París.* (Las Noches de París)
De Lacios, Choderlos	*Las amistades peligrosas*
De Lafayette, Madame	*La princesa de Cléves.*
Dickens, Charles	*Aventuras de Pickwick.*
Doughty, Charles	*Arabia Deserta.*
Fielding, Henry	*Tom Jones.*
Flaubert, Gustave	*La educación sentimental.*
Gibbon, Edward	*Decadencia y caída del imperio romano.*
Harrison, Jane	*The Orphyc Myths,* (Los Mitos Órficos) *Prolegómena.*
Hugo, Víctor	*Los trabajadores del mar.*
Huizinga, H.	*El otoño de la Edad Media.*
James, Henry	*El cuenco de oro.*
Maturin, Charles	*Melmoth el errabundo.*
Michelet, Jules	*Historia de la revolución francesa.*
Multatuli	*Max Havelaar.*
Napoleón Bonaparte	*Memorias.*
Radcliffe, Ann Ward	*The Mysteries ofUdolpho.*
Riviére, J. y Alain Fournier	*Correspondencia.*
Rousseau, Jean Jacques	*Emilio.*
Sade, marqués de	*Les 120 journées de Sodome*
S. Tomás de Aquino	*Summa Tbeologica.*
Stendhal	*La cartuja de Parma.*
Sullivan, Louis	*Autobiografía de una idea.*
Swift, Jonathan	*Diario a Stella.*
Vaché, Jacques	*Lettres de Guerre.* (Cartas de Guerra)

Y las obras de los siguientes autores: Jean-Paul Richter, Novalis, Croce, Toynbee, León Bloy, Federov, León Daudet, Gerard Manley Hopkins, T. F. Powys, Santa Teresa, San Juan de la Cruz.